

A surreal painting featuring a nude woman in a mechanical, steampunk-inspired landscape. She is positioned centrally, with her body partially obscured by a large, glowing, ethereal figure that appears to be emerging from or merging with her. The background is filled with intricate gears, cogs, and mechanical components, rendered in a palette of muted greens, blues, and browns. The overall atmosphere is dreamlike and complex.

Virginia Camacho

*Anhelo
de
amor*

Anhelo de amor

Virginia Camacho

Copyright © 2019 Virginia Camacho
Twitter e Instagram: @virginia_sinfin
Blog: www.virginiacamachoonline.wordpress.com
Primera Edición para Amazon.com
ISBN-13: 9781689652698

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A la verdadera Amelia,
Gracias por dejarme escribir parte de tu historia
Y darle el final feliz que tanto queremos...*

Prólogo

Zachary Galecki iba tarde, muy tarde.

Debió estar en el salón de clases a las ocho en punto de la mañana, y no lo había conseguido. Dios, y era un examen importante, el más importante, el decisivo... ¿Por qué justo hoy? ¿Le creería su profesor cuando le diera su excusa?

No le creyó.

Se quedó fuera del salón de clases cuando no se le permitió entrar a realizar su examen luego de haber llegado con quince minutos de retraso.

Sólo habían sido quince minutos, pero para su estricto profesor era lo mismo que toda una vida.

Se sentó en el suelo y dejó salir el aire. Algo tendría que hacer, arrastrarse por una semana implorando compasión, lo que sea, pero no podía perder esta materia. No estaba seguro de poder prescindir de esta nota y confiar en que su trabajo anterior le ayudara a pasar la asignatura. Además, eso afectaría su promedio, y no podía, no podía darse ese lujo.

Quince minutos, se repitió. Estos quince minutos le podían estar costando todo su futuro.

—A veces el futuro te cuesta sólo un segundo —dijo alguien a su lado, y Zachary se asustó al ver a la anciana de pie y apoyada en la pared donde estaba él recostado. Se puso en pie y miró en derredor. ¿Una anciana aquí, en la universidad?

—¿Necesita ayuda? —le preguntó, y la anciana le sonrió.

—Tan galante, como siempre. No, tú necesitas mi ayuda. —De repente, Zachary vio que todos sus compañeros entraban al salón de clases, y eso lo asustó. Ellos ya estaban dentro, ¿no? Los había visto dentro hacía sólo un par de segundos, cuando trató de entrar y su profesor se negó dejándolo afuera.

—Galecki, ¿va a presentar el examen o no? —le preguntó el profesor mirándolo adustamente, y Zachary abrió grande su boca. ¡Pero si acababa de decirle que no!

Qué confuso, primero los estudiantes vuelven a entrar, luego el profesor lo

invita al salón...

Miró su reloj. Las ocho en punto.

Qué rayos...

Entró al salón sin pérdida de tiempo, antes de que se hicieran las seis y un minuto, extrañado, confuso, preguntándose si acaso había estado tan estresado que había dormitado allá afuera mientras esperaba al profesor y había soñado que llegaba tarde.

Debía ser eso, definitivamente.

Y olvidó por completo a la anciana.

Es lo que siempre ocurre, suspiró ella, cuando el ser humano experimenta un pequeño milagro; trata de hallarle lógica, trata de adaptarlo a su realidad. Su cerebro rechaza todo intento de aparición de lo sobrenatural. Si no lo puede medir y razonar, no lo puede creer...

Se acercó a Zachary, que concentrado, rellenaba una hoja con operaciones de algún extraño nivel matemático. Él no podía verla, y si la viera, seguro que la ignoraría, por lo concentrado que estaba.

Tú me gustas, le dijo. Vales la pena. ¿Me dejas ayudarte?

Maldita mentirosa, se dijo Amelia entrando de nuevo al bar donde, hasta hacía unos minutos, había estado con un par de amigas.

Bueno, lo que ella llamaba *amigas*. Tess y Heather eran más bien conocidas, la una era su ex secretaria, y la otra la esposa de su jefe. Había pensado que eran mujeres más mundanas, pero poco habían soportado el alcohol, pues muy pronto tuvo que llamar a sus maridos para que las vinieran a buscar. Y era tan temprano todavía...

Había venido aquí con el propósito de olvidarse un rato de todo, de tener conversaciones tontas, reírse, y pasarlo bien, pero había sido todo lo contrario. La absurda felicidad de estas mujeres casadas la lastimaba, y no había hecho más que recordarle, una vez más, lo sola que estaba.

No siempre le pasaba, salía con mujeres casadas y felices todo el tiempo. Tal vez hoy estaba más sensible que nunca.

Entró de nuevo al bar y encontró que la mesa donde había estado antes ahora la ocupaba otro grupo de chicas mucho más jóvenes que ella. Miró a un lado y a otro advirtiendo que no conocía a nadie aquí, pero, sin importarle mucho, siguió buscando una mesa donde sentarse y pedir otro par de tragos. Tal vez alguien la invitara a uno, y la noche mejorara...

Maldita mentirosa, se repitió.

Ahora sentía un nudo en la garganta.

Cincuenta millones o la posibilidad de volver veinte años al pasado con tu memoria intacta, había sido la pregunta de la semana, del año, y se las había hecho a sus nuevas amigas. Ni Tess ni Heather habían querido volver veinte años atrás, fue lo que dijeron, y ella no estaba acostumbrada a verse vulnerable ante nadie, así que había mentido, y había dicho que también prefería los cincuenta millones que volver veinte años al pasado.

Hacía veinte años, ella sólo tenía dieciséis, vivía aún en Paradise con sus padres, estaba en la escuela, tenía muchas amigas, estaba enamorada, y creía que, si eras buena, todo te saldría bien en la vida. Era una completa ingenua.

¿Qué elegirías?, le había preguntado la Tess de su sueño, un sueño que tuvo hacía pocos meses. Cincuenta millones de dólares, libres, todos para ti, para gastártelos como quieras, sin restricciones... o volver veinte años al pasado,

con tu memoria y experiencias intactas...

En el sueño, ella no había contestado, se había quedado paralizada sin saber qué decir.

Se acercó a la barra y pidió un trago más bien suave, suspiró y miró hacia la pista de baile donde varias parejas se movían al compás de la música alocada.

Ella sí que volvería veinte años. Había dicho que no, explicando que su vida era perfecta, pero era una total y absoluta mentira. Su vida era horrible, y a cada día se hacía más consciente de eso. Horrible, solitaria, llena de remordimientos, llena de miedos, de heridas y cicatrices. Llena de resentimiento.

Y a cada año que pasaba era peor. Era más desconfiada, más prevenida contra la gente y los hombres. Sus amigos se hacían más escasos, porque entre más los conocía, menos los comprendía. Los hombres se habían vuelto un accesorio más, un mal necesario. La familia era un concepto allá subido en alguna nube imposible de alcanzar.

Los ojos se le humedecieron al pensar en esto último. ¿Qué había tomado acaso? ¿Por qué estaba tan sensible hoy? Había muy pocas personas en este mundo que sabían su historia y con las que podía hablar de ello, y tenían un cuidado especial de no tocar el tema, porque sabían, sabían sin temor a dudas, que esa Amelia de hierro, al recordarlo se volvería una nube de llanto y lágrimas. Pero hoy ella, sin necesidad de esos amigos, se estaba acordando solita, y otra vez estaba llorando.

Se bebió su trago y pidió uno más fuerte.

Volver a sus dieciséis sería perfecto, pensó. A sus dieciséis, estaba enamorada, sí, pero él aún no había reparado demasiado en ella. Su vida estaba intacta, su futuro era prometedor.

Su error había sido darle su corazón al hombre equivocado, y lo había pagado tan, tan caro...

Una lágrima le rodó por la mejilla, y se la secó con ira. Oh, volver a los dieciséis y recuperar su vida, su confianza en sí misma, en los demás, recuperar su... Recuperar todo.

—Yo volvería —dijo en voz alta recibiendo del barman su nuevo trago—. Volvería a mis dieciséis y le diría mil cosas, lo alejaría sin asco de mi vida. Lo... lo despreciaría sin remordimientos, y me iría tan campante.

—Lo que tú digas, cariño —le sonrió el barman, y Amelia lo miró con ojos entrecerrados.

—Y entonces, tal vez, volvería a confiar en los hombres. Y entonces, yo... estaría completa. ¡Completa! En todos los sentidos.

—Vivan las mujeres completas —sonrió el barman, creyendo que ya estaba borracha. Pero Amelia no estaba ebria, y rechazó el ofrecimiento de otro trago, pagó los que se había tomado y se alejó del bar, volvió a salir a la calle y se preguntó qué tan prudente sería conducir.

Nada prudente, se contestó, y llamó un taxi.

Fue a la vuelta de unas vacaciones de verano, recordó mientras iba en el asiento trasero del taxi, con la frente pegada en el cristal y mirando las calles vacías al pasar. Estaba en la clase de gimnasia, con esas mallas horribles, pero que a ella se le veían bien, porque a sus dieciséis su cuerpo era casi perfecto, curvilíneo y proporcionado. Había hecho bien un salto, no recordaba cuál, y la habían aplaudido, y fue cuando notó la mirada de Damien, su hermoso y popular compañero de clases, fija en ella.

Oh, Damien, Damien, suspiró cerrando sus ojos con fuerza.

El amor de su vida.

El horror de su vida.

Pocos hombres pueden ser tantas cosas en la vida de una mujer. Damien lo había sido todo. Lo bueno, lo malo, lo terriblemente malo, lo traumático. Eso había sido él. Un cáncer, un dolor constante, su miedo y su alegría. Todo.

Dicen que el tiempo todo lo cura, pero en su caso, el tiempo, más bien, era otro enemigo. Siempre le había ido en contra, siempre su peor enemigo. El tiempo no había curado sus heridas, sólo las había acentuado.

Pocos días después de esa clase, él empezó a hablarle, y era tan guapo que ella no se lo había podido creer. A sus dieciséis era tan ingenua y cándida que creyó que aquello era el destino, y aceptó salir con él, besarse con él, iniciar una relación con él.

Ahora lo recordaba y se enojaba contra sí misma, pero, ¿de qué otra manera iba a ser? Ella en ese tiempo creía que todos eran buenos, y que los malos sólo necesitaban un empujoncito para ser buenos otra vez. Creía que la gente era incapaz de dañar a otros así como lo era ella. Era capaz de ver la bondad aun donde no existía. Tenía muchas amigas, muchos sueños, era excelente estudiante, obedecía en todo a sus padres, o en casi todo. Respetaba a los adultos y creía firmemente en que, si se portaba bien, todo en la vida le iría bien.

Y por eso creyó que, con simplemente amar a Damien, ya todo sería perfecto. Él le había dicho que la amaba, así que... no había mucho en qué

pensar.

Había durado tan poco su felicidad, casi nadie alrededor le dijo que no lo hiciera, que tuviera cuidado, así que había seguido adelante. Sólo sus padres se habían opuesto rotundamente a que tuviera novio antes de la universidad, pero estaba tan acostumbrada a que desaprobaran siempre sus amistades que no les prestó atención, así que se veía con él a escondidas.

A veces les echaba la culpa a ellos, porque si no se lo hubiesen prohibido, ella no se habría empeñado más. Si en vez, le hubiesen dado el consejo que necesitaba, ella no habría salido tan lastimada. Pero eran unos padres cristianos que creían que la mujer sólo debía irse de su casa virgen y hacia el altar del matrimonio, y las cosas habían empeorado cuando Penny, su hermana mayor, se había quedado embarazada de su novio antes de casarse con él.

Oh, fue el escándalo más terrible de la vida, y a ella la encerraron semanas, y le vigilaron más de cerca las amistades. A su hermana la obligaron a casarse para tapar todo el escándalo, no le hablaban, y el ambiente era tan hostil...

—No puedo acostarme contigo sin antes haberme casado —le dijo ella a Damien cuando él le propuso tener al fin su primera vez.

—¿Por qué no? —se horrorizó él, y Amelia hizo una mueca.

—Porque... mis padres no estarán de acuerdo.

—¿Y acaso se van a enterar tus padres? ¿Tú les vas a contar?

—¡Claro que no! Pero... Eso... de todos modos yo creo que está mal. Y me da miedo... que las cosas salgan mal, ya sabes, por desobedecer.

—Entonces... ¿te casarías conmigo? —le preguntó Damien, y Amelia lo miró con ojos como platos. ¡Aquello era... una propuesta de matrimonio!

Pero ya no sonreía cuando lo recordaba.

Se bajó del taxi y caminó sin ánimo hacia el ascensor de su edificio. El conserje la saludó, pero ella ni lo miró. Tenía su mente y su alma en el pasado ahora mismo. Se estaba autoflagelando, castigando. Sus recriminaciones jamás terminarían, porque, sí, se casaron, pero a escondidas.

Su madre nunca, nunca supo que su hija menor se había casado a escondidas con un incrédulo, que se había acostado con él. Que se había embarazado... y que había perdido ese bebé.

Al llegar a ese punto, el dolor en su alma era tan agudo que ya no podía ver. Salió del ascensor con los tacones en las manos y caminó dando tumbos hasta su puerta, introdujo la llave y una vez dentro, se recostó en la puerta y golpeó con la cabeza la lámina de madera.

—Idiota —se decía—. Idiota, idiota, idiota.

Mejor que su madre nunca se hubiese enterado, mejor, pensó. Ella no habría podido soportar otro golpe como ese, ya había sufrido bastante con Penny, aunque al final de su vida se reconcilió con su hija, y con su yerno, y ellos volvieron a casa en las navidades, y las demás festividades.

No había sido para tanto, una madre siempre perdona, y ella había actuado impulsada por el miedo que había sentido al ver la reacción de sus padres ante lo que había hecho Penny, y eso sólo la había llevado a su propia ruina.

Se habían casado, sí, pero nunca vivieron juntos. El matrimonio sólo era su manera de calmar su conciencia cristiana de que lo que estaba haciendo no era pecado. El matrimonio santificaba el sexo, lo hacía legal, lo hacía aceptable a los ojos de Dios. No estaba desobedeciendo, estaba dentro de los parámetros de lo legal y lo correcto.

Y entonces, ¿por qué todo había salido tan mal?

Los primeros meses fueron tan hermosos. Ya eran mayores de edad, y sus testigos fueron un amigo de él, y Beverly, su mejor amiga en aquel tiempo. Nadie más lo supo, excepto luego, los hermanos de Damien y el abogado que los divorció.

Se habían puesto de acuerdo para ir a la misma universidad, la estatal de Sacramento, así sería menos difícil llevar una relación, pero como sus padres le exigían volver a casa cada fin de semana, ella tenía que mentirles para poder estar con él, decirles que tenía mucho trabajo, mucho estudio, que lo lamentaba, pero no podía ir.

Funcionó muy bien al principio, recordaba ahora; cuando todo lo que se necesitaba era sexo. Siempre había ganas, siempre había algo nuevo por probar. Siempre había un nuevo sitio, una nueva aventura. Se iba con él a su habitación, o pasaban ese tiempo en pequeños hoteles de Sacramento. Cuando tenían que separarse, los días eran horribles, pero la vida real los reclamaba, y a pesar de estar muy enamorada, Amelia no permitió que su relación se interpusiera en sus planes de ser una profesional, así que en época de exámenes poco se veían, y empezaban los reclamos de él.

Así pasó el primer año, pero las cosas empezaron a cambiar, aunque muy sutilmente. A cada nuevo semestre la exigencia iba aumentando, pero al parecer Damien no comprendía esto, y como ella no cedía, y le recordaba el compromiso que habían hecho de graduarse juntos, entonces él se enfadaba. En aquella época no existían las redes sociales tal como ahora para poder hablar con él a cualquier hora. Y si él desaparecía, y le decía luego que había estado con amigos, o estudiando, o en un viaje de la carrera, ella no podía más que

creerle, porque no tenía cómo comprobar lo contrario.

Pero desconfiar se volvió su hábito cuando una chica le dio un beso aun delante de ella, y cuando le pidió que se explicara, él se había enfadado diciéndole que no tenía control sobre lo que hacían los demás.

—Te estás volviendo celosa —le decía él—. Y no me gustan las mujeres celosas.

—Pero es que te desapareces, y no me dices dónde estás.

—Si tanto quieres tenerme a tu lado, ¿por qué no te vienes a vivir conmigo?

—¡Tengo que terminar la carrera! —le decía—. Mis padres son los que me la están pagando. Si les digo que me casé contigo, dejarán de darme su apoyo y tú... ahora mismo vives de tus padres, ¿vas a mantenerme? ¿Puedes hacerlo?

—Yo podría, si sólo viera un poco de interés en ti.

—¡Pongo todo mi interés! Acordamos que terminaríamos la carrera y luego sí... haríamos una ceremonia delante de todos y nos iríamos a vivir juntos.

—Entonces, no puedes criticarme si salgo con mis amigos. No me siento casado y es por tu culpa, así que te aguantas.

Las discusiones se volvieron peores. Cuando descubrió por primera vez una de sus infidelidades, lloró, lloró tanto. Pero cuando él, llorando también, le pidió perdón y le juró que no lo volvería a hacer, le creyó, y le perdonó. Damien nunca lloraba, y si lo hacía era porque le dolía en verdad el corazón.

Desde entonces, salió más con él. A donde él quería, iba.

—¿Por qué no te vistes diferente? —le decía—. Tus vestidos son tan... cubiertos.

Y ella empezó a usar escotes, mini faldas, a maquillarse. A escondidas de sus padres, claro.

—¿Por qué no bebes? Las mujeres normales beben. Bebe conmigo.

Y ella bebía, claro. Porque él se lo pedía.

—Eso es lo que no me gusta de ti. No te gusta salir a bailar, no te gusta tomar, no te gusta nada de lo que me gusta a mí. Prefieres pasar el domingo en tu casa que divirtiéndote, prefieres un libro a una disco; luego no te quejes porque me busqué a otra para divertirme.

Ahora lo recordaba y no podía más que enfadarse. Un hombre de verdad habría valorado que ella fuera más bien hogareña, que disfrutara más de la lectura que de los bailes y el licor. Habría encontrado en ese tipo de niña que fue un tesoro, alguien a quien valorar, algo muy escaso entre las jóvenes de su edad.

—Quiero hacerlo esta noche —le dijo una vez, borracho, y ella lo dejó

entrar a su habitación sólo para que no hiciera un escándalo en el pasillo.

—Estás ebrio, Damien. ¿Dónde estabas?

—Te amo, Amelia —le dijo buscando su boca para besarla—. Eres la mujer de mi vida. Eres todo para mí.

—¿Has venido... sólo a tener sexo?

—Y a decirte lo mucho que te amo. Te necesito —la abrazó, y el vaho de licor que salía de su boca le hizo rechazarlo.

—No puedes venir aquí y simplemente pretender que me suba la falda por ti.

—Ah, ¿tienes falda? Mi cristianita —se burló—. ¿Todavía vas a la iglesia con tus padres los fines de semana? ¿Le estás dando tu juventud a Jesús?

—Damien, sabes que no me gusta que te burles de...

—Tú no eres ninguna hija de Dios —le espetó—. Eres mentirosa, engañas a tus padres.

—Lo hago por ti.

—¿Y eso te justifica? Qué hipócrita eres. La mujer más hipócrita sobre la tierra eres tú —Amelia lo miró sorprendida, muy sorprendida de él y de sí misma. Él tenía tanta razón. Era una hipócrita.

Los ojos se le habían humedecido, y esa noche lo echó de su habitación.

—Si me voy con otra, no me vas a poder reprochar después —le advirtió Damien—. Tú misma me estás negando lo que por derecho me pertenece. Eres MI esposa, así que tu coño es mío.

—Lárgate, Damien. No quiero verte.

—¡Tu coño es mío! —gritó él.

Efectivamente, luego descubrió que estaba saliendo con otra. Cuando se lo reprochó, y discutieron, y ella lloró, él le dio una salida: divorciarse, o contarle al mundo que estaban casados.

—¡No puedo contarle a mis padres! —exclamó ella. Ya casi se iba a graduar, ¡ya le faltaba tan poco! —Un año más. Sólo un año más.

—¡Entonces no te quejes! ¡Soy un hombre! ¡Tengo necesidades!

—Pero, ¿quién es el que te gobierna? ¡Tu mente o tu polla!

—¡La polla me gobierna y qué! —gritó él.

—No me hagas esto, Damien. Me haces daño. Se supone que nos casamos para ser felices, pero me haces daño. Me lastimas con tus palabras, con tu infidelidad.

—Cuando vivamos juntos, todo va a cambiar.

—Pero ya tú has cambiado. Ya... ni siquiera me dices las cosas bonitas que

solías decirme antes. ¿Ya no me amas, Damien?

—Sí te amo —contestó él de inmediato—. Dios, sí, te amo. Me muero sin ti, Amelia. Soy tan miserable sin ti.

—Entonces, espera. Por favor... espera...

Y tan sólo unas semanas después de eso, ocurrió lo peor.

Alguien, un anónimo, le había enviado una fotografía de Damien besando a otra mujer, así que en cuanto pudo fue a buscarlo. Él vivía en un edificio de apartamentos cerca de la facultad, y aun en medio de la lluvia, Amelia cruzó las calles para enfrentarlo. Discutieron horriblemente, se dijeron cosas que ya ni siquiera recordaba, pero que lastimaban. Damien se sabía tantas palabras para denigrar a una mujer, que, de alguna manera, siempre conseguía hacerla sentir tan inferior, tan culpable de todo.

—No me busques más —lloró ella—. Nunca me vuelvas a llamar. ¡Te odio! —le gritó, y sin añadir nada más, salió del edificio. Cuando estuvo afuera, no tuvo ánimo para abrir de nuevo su paraguas y simplemente lloró empapándose en sus lágrimas y la fuerte lluvia. Alguien la tomó del brazo y ella se giró. Era Damien.

—No puedes odiarme. Por más que lo intentes, no puedes odiarme. Eres mía.

—No, Damien. No te pertenezco —ella forcejeó para liberarse de su mano, pero él era muy fuerte—. ¡Suéltame, me haces daño!

—¡Te aguantas! —gritó él—. Soy tu marido, ¡te aguantas!

—¡Me voy a divorciar!

—¡Tú no vas a hacer nada! —exclamó él a voz en cuello, y la soltó tan bruscamente que Amelia resbaló y cayó al suelo. Se había dado fuertemente en el trasero, y miró arriba a través de las gotas de lluvia notando que, si bien él estaba un poco sorprendido por su caída, no la estaba ayudando a ponerse en pie. Y Amelia tardó unos minutos en recuperarse, se movió hasta ponerse en cuatro y al fin se levantó. Lo único que vio de Damien fue su espalda internándose de nuevo en el edificio, y ella allí, de rodillas en el andén, bajo la lluvia, sola y adolorida.

Al llegar a casa notó una pequeña mancha en su ropa interior, pero no le prestó atención.

En los días siguientes tuvo fiebre, y se lo achacó a la lluvia; se había resfriado, tal vez.

Pero a las semanas, las cosas empeoraron. Manchaba, tenía fiebre, se sentía débil... De repente, en clase, había empezado a sangrar, y se desmayó. Sus

compañeros la llevaron a la enfermería, pero los cuidados allí no fueron suficientes, de modo que la trasladaron en una ambulancia a un hospital, y allí, sola, había recibido la noticia de que había estado embarazada, y que había perdido el bebé hacía varios días. Si se hubiese dado cuenta al momento, habrían podido ayudarla, pero desarrolló una severa infección que le podía estar costando hasta la vida.

Le aconsejaron que llamara a un familiar, pero ella no se atrevió. Solo imaginarse la cara de sus padres, su reacción, le hizo rechazar la sugerencia.

Llamó a Damien, una y mil veces, pero él nunca contestó. Llamó entonces a Catherine, explicándole la situación. Confiaba en ella, no le contaría a nadie. Pero ella tampoco había podido localizar a Damien, según lo que le había dicho luego, y cuando su hermano mayor, Zachary, le preguntó qué estaba ocurriendo, le había tenido que contar.

Fue Zack quien estuvo con ella en el hospital, quien la acompañó cuando recibió la noticia de que su situación era crítica, que intentarían salvarle el útero, pero que no le podían dar esperanzas.

Y habrían sido vanas, porque entonces Amelia había perdido toda capacidad de tener hijos. Y lloró, lloró, lloró...

Fueron días horribles. Zack la acompañaba todo el tiempo que podía, pero él también tenía clases, tenía una vida, así que la mayor parte del tiempo estaba sola, con sondas, tubos, agujas, etc. Aún ahora recordaba aquellos días y su piel se erizaba. El olor de los hospitales le recordaba aquella terrible época, y siempre que entraba a uno resultaba llorando como una niña llena de miedo y terror.

A pesar de la amabilidad de todo el personal, a pesar de las palabras tranquilizadoras de Zack, de Catherine... esa había sido la peor época de su vida, donde la noche no había podido estar más negra, el fondo mismo de su pozo de desesperación.

Cuando Damien se enteró, también lloró. Lloraba su bebé, lloraba por ella. Cuando al fin fue a verla, se culpó, pidió perdón, la abrazó con ternura y secó sus lágrimas.

Pero tan sólo unos meses después, le pidió el divorcio.

Luego supo que él había embarazado a otra mujer.

Tuvo su primer hijo, y parecía hallar placer en mostrarlo, en restregárselo a ella ante las narices.

A sus padres, ella le dijo que había sido una infección cualquiera y que ya estaba bien. Los controles que había tenido que hacerse durante años los

camuflaba con otro tipo de cosas. Al terminar la universidad, Amelia no sólo se convirtió en una mujer estéril, sino divorciada, y un tanto amargada.

Un tanto no. Muy amargada.

Damien había abandonado a la madre de su hijo y le pidió volver con ella, pero Amelia estaba tan resentida, tan dolida con él, que nunca le contestó, y él fue a verla a donde estaba, tratando de conquistarla de nuevo, siendo lindo otra vez.

—Ya tengo un hijo —le dijo—. No me importa si tú no me puedes dar otro. Ya no dependes de tus padres, podemos casarnos otra vez, podemos llevar una relación normal. Eso fue lo que nos hizo daño, Amelia, el haber tenido que esconder todo. Eso fue lo malo.

—No —le contestó ella—. Lo malo fuiste tú, tus mentiras, tu infidelidad.

—¿Eso quiere decir que no volverás conmigo?

—Ni muerta.

—Entonces, muérete. No eres más que una estúpida miedosa, incapaz de tener a un hombre interesado. No eres nada, no eres nadie, ni siquiera eres tan bonita...

—Perdóname, lo dije en el calor del momento, lo dije porque soy estúpido, perdóname —le decía siempre después—. Ven, mira, te doy lo que quieras, estoy ganando bien, vuelve conmigo. No sé vivir sin ti, Amelia. Ven a verme, por favor...

—Ni que el sexo contigo fuera tan genial —decía entonces cuando ella lo rechazaba y le recordaba el infierno que habían vivido—. Hay muchas otras mujeres que lo hacen mucho mejor que tú, ¿sabes? Soy un hombre, gano dinero, puedo tener a la mujer que se me dé mi puta gana. ¿Por qué me iba a conformar con una como tú? Nunca llenaste mis expectativas...

—No, Dios, no... Olvida eso. Estaba ebrio. No sé ni lo que digo. No sé por qué siempre digo lo que menos pienso. Me duele verte llorar, me duele saber que sufres. Amelia, vuelve conmigo. No me dejes así. Dios, esto duele tanto...

¿Relaciones tóxicas?, se reía ahora Amelia. La frase se había vuelto bastante famosa últimamente, los jóvenes de hoy en día la usaban para todo... y la gran mayoría no sabía lo que en verdad era.

Ella había estado en una. Le perdonó su infidelidad más veces de las que quería admitir. Se rebajó tantas veces pidiéndole su lealtad, su amor en exclusiva. Le creyó todas las malditas veces que dijo que iba a cambiar. Aceptó siempre la culpa, aceptó su insuficiencia, aceptó sus fallas en espera

de que él aceptara las suyas y se equilibrara al fin la balanza.

Pero eso nunca pasó, y Damien se fue volviendo cada vez más y más extraño para ella, hasta terminar convirtiéndose en un total monstruo, desconocido en todos los aspectos.

Había tenido dos hijos más, con otras dos mujeres diferentes. Había iniciado negocios que nunca dieron fruto. Era ahora una carga para sus padres, ebrio, problemático.

—Es tu culpa —le decía siempre que tenía oportunidad—. Tú me hiciste así. Tú acabaste conmigo. Mataste a nuestro bebé, y me mataste a mí.

Nadie nunca podría describir con precisión lo que Amelia sentía cada vez que lo veía, cada vez que lo escuchaba. Su solo nombre dolía, Sacramento y su universidad llegaron a convertirse en lugares que no soportaba ni ver, porque por mucho tiempo fue débil, y a pesar de las mentiras y los engaños Amelia anhelaba tanto el amor que volvía a caer en la trampa. De modo que al fin tuvo que huir, y en cuanto se graduó, se disculpó con sus padres y se fue a vivir a San Francisco.

Él insistía en llamarla, estuviera ebrio o sobrio, para decirle lo mucho que la amaba, o la odiaba, de modo que lo bloqueó de todas sus redes, de su teléfono, de su vida. Bloqueó también a Catherine, porque inevitablemente a través de ella se enteraba de qué hacía o en qué andaba él. Eludía las llamadas de Howard y Denise, sus ex suegros, que no supieron hasta dónde había llegado su relación, pero que intuían que había sido importante. Habrían sido los suegros perfectos, y Catherine la cuñada perfecta, porque la querían y eso se les notaba, pero Damien era tan, tan inapropiado, tan lejos de lo que cualquier mujer merecía y quería.

Se preguntaba si esas acusaciones de que ella había arruinado su vida eran verdad. ¿Qué habría sido de él si no hubiesen cometido la locura de casarse? Tal vez él la quiso en un momento, en un pequeño momento, pero no había podido asumir la relación tal y como ésta había venido. Los dos habían sido demasiado jóvenes y no habían sabido afrontar las dificultades, y él no había podido seguir adelante.

Ella tampoco, la verdad.

Oh, en lo profesional, había tocado la cima del éxito. Viajaba por el mundo, tenía dinero, un auto, un apartamento, toda la ropa que quisiera, todo lo que cualquier mujer ambiciosa pudiera soñar... Pero estaba rota, destruida, acabada en todo lo que con los sentimientos y las relaciones tuviera que ver.

Todas las relaciones que intentó tener luego acabaron mal, porque ella era

celosa. ¿Y cómo le iba a creer a los hombres, si aun cuando lloraban jurando que te amaban, se acostaban con otras? Los vigilaba, sí, revisaba sus teléfonos y sus conversaciones. Armaba siempre una red de espionaje con otras amigas para hallarle las faltas, y siempre, siempre, las tenían. Todos los hombres fallaban, todos eran infieles, todos eran unos malditos.

¡Y pensar así le dolía tanto!, porque sabía que era mentira, que sí había hombres fieles, tal como su propio padre, que no se había vuelto a casar a pesar de que había enviudado hacía mucho; tal como el mismo Howard con su querida Denise, tal como Richard, el esposo de su hermana Penny y padre de Andrew, su sobrino de dieciocho años.

Los hombres sí se enamoraban y eran capaces de ser fieles, pero no a ella, no con ella.

Ella carecía de ese algo que esas afortunadas mujeres tenían, y a ella no le eran fieles, con ella no se quedaban los buenos. A ella llegaban los advenedizos, los que también estaban echados a perder, así que, con el tiempo, los había aceptado para lo que querían, para pasar el rato. Y cuando alguno confesaba estarse enamorando, ella sólo se reía y terminaba la relación al instante.

No, nunca pasaría otra vez por algo similar. Nunca otra vez bajaría sus defensas, y todo había empezado en una estúpida clase de gimnasia a sus dieciséis, cuando Damien Galecki puso sus ojos en ella, cuando ella le dijo que sí, y lo besó.

Un instante puede costarte todo tu futuro, una palabra puede echar a perder toda tu vida, un segundo puede ser la diferencia entre el cielo y el infierno.

Oh, cuánto, cuánto se arrepentía.

Amelia despertó con los ojos hinchados, otra vez.

Ya tenía el remedio para eso, así que fue a la cocina y preparó dos bolsitas de té y se los puso sobre los ojos durante un rato.

El teléfono empezó a timbrar, y contestó.

—¿Estás en San Francisco? —preguntó una voz muy conocida para ella, y el corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. Era Catherine, la hermana de Damien.

—Conseguiste mi número.

—Tengo mis métodos —sonrió ella—. Pero contéstame, ¿estás en San Francisco?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Oh, bueno... es sólo que... quisiera pedirte un favor.

—Qué será —preguntó Amelia, algo molesta, y quitándose las bolsitas de té de ambos ojos y arrojándolas a un lado.

—Quería que hablaras con mi hermano.

—¿Estás loca? —gritó al instante—. Catherine, ¿cómo se te ocurre...?

—Tengo dos hermanos —la interrumpió Catherine elevando la voz—. El uno es el diablo, y a ese jamás te pediría que lo llames.

—Ah...

—Se trata de Zack... —siguió Catherine con tono preocupado—. Está pasando un mal momento.

Amelia guardó silencio por un momento. Siempre olvidaba que Zack era un Galecki, que era el hermano de Damien. Para ella, como si fuera de otro mundo; nunca los vinculaba con ellos, y era un poco extraño aun para ella.

—No me ha dicho nada —comentó bajando el tono de su voz.

—Ni te lo dirá. Sabes cómo es. Vamos, llámalo, a ver si contigo se desahoga un poco—. Amelia se echó a reír.

—Tal vez de eso se trata. Si quisiera contarme lo que le pasa, ya lo habría hecho, pues tiene mi número.

—Sí, a diferencia de mí.

—Sabes por qué lo hago.

—Realmente no. Pero no importa ahora... Zack te necesita, Amelia... Él

fue quien te ayudó cuando más lo necesitabas, ¿lo olvidaste?

—Y cómo, si te tengo a ti para que me lo eches en cara. Y acaso... ¿qué le está pasando?

—Se está divorciando —Eso dejó en silencio a Amelia. Zack, el hermano mayor de Damien, se había casado con Vivian, una hermosa mujer de buena familia, hacía unos ocho años. Ella estuvo en su boda, sólo porque se trataba de Zack. Había tenido que aguantarse la presencia de Damien, pero este estaba muy bien atado a su silla por la madre de su tercer hijo, y excepto para lanzarle miradas incómodas, no habían tenido contacto, así que había sobrevivido.

Zack divorciándose.

El corazón le dolió un poco. Debía tener razones muy, muy poderosas como para llegar a eso, pues sabía que, para él, el matrimonio era para toda la vida.

—Lo llamaré.

—Oh, gracias. Hazlo hoy mismo. Está en San Francisco por unos días, y volverá a Los Ángeles... o no sé qué haga. Te juro que estoy muy preocupada.

—Vale, vale, lo llamaré hoy mismo.

Antes de hacerlo, Amelia revisó las redes de Zack. Pero él era tan circunspecto... No tenía Instagram, sólo Facebook, y la última fotografía subida era de él, Vivian y su hijo en algún paseo en el campo. No había nada más, así que de esa manera no pudo enterarse de su vida.

Tuvo que llamarlo.

—Vaya —dijo Zack con su voz grave—. Un milagro—. Amelia se echó a reír.

—Supe que estás en la ciudad y quise invitarte a tomarnos un trago. ¿Te apuntas? —lo escuchó suspirar.

—¿Un trago de qué?

—¿Tequila? ¿Vodka? ¿Whiskey? Yo invito.

—¿Tú a mí?

—¿Por qué no? ¿Eres machista?

—Oh, no. Está bien, haré que te arrepientas de invitarme —Amelia volvió a sonreír.

—Algo de lo que no me arrepiento es de... tu amistad. Es de las pocas cosas auténticas que me ha dado la vida.

—No te pongas sentimental —bromeó él, aunque su voz sonó extraña—. ¿Paso por ti, o nos vemos en un sitio en especial? —Amelia suspiró.

—Yo pasaré por ti.

—Mi dama galante y caballerosa —ella rio ahora con ganas.

No tuvo problemas para reclamar su auto en el bar en el que había estado anoche. Invirtió su día haciendo algunas compras, revisó en su teléfono algunas citas agendadas, regresó a casa y puso a lavar ropa, recibió una llamada de Andrew, su sobrino, y habló un rato con él. Adelantó cosas del trabajo, etc.

Al llegar la noche, fue al hotel donde estaba hospedado Zack, y al verlo no pudo evitar sentir alegría. Lo abrazó con fuerza y le besó la mejilla barbuda. Cuando lo miró a los ojos, notó en él los cambios.

De adolescente, Zack no había sido guapo. Era pelirrojo, el cabello muy rizado, y su piel muy blanca y pecosa. Había necesitado ortodoncia un buen tiempo, y su cuerpo no era atlético. Todo lo contrario de Damien, que había sido casi perfecto desde niño. Sin embargo, la madurez le había hecho bien a Zack, y ahora no tenía nada que envidiarle a su hermano menor. Era alto, con más del metro ochenta, de espalda ancha y barba cerrada. De nariz recta, labios rosados y ojos gris azulado, mentón cuadrado y orejas pequeñas; Zack era simplemente guapísimo. A eso se le sumaba que era mucho más humano, más gente, más persona, más de todo.

Nunca le había oído decir una mentira, nunca lo escuchó maldecir a nadie. Siempre estaba de buen humor, pasara lo que pasara, y era el pacifista de la familia, siempre mediando por la paz. Ella había presenciado muchas discusiones entre él y Damien, y Zack era de los que prefería dejarlo peleando solo que seguir con el tema.

No había conocido a nadie como él, y ella había conocido bastantes hombres. Zack era constante, decidido, y para ella... admirable.

Se preguntaba qué había pasado con Vivian. La había felicitado por llevarse un gran hombre, aunque a ella no le parecía que fuera la mejor mujer, pero había respetado la decisión de su amigo, tanto, que hasta asistió a su boda, aunque eso había representado tener que volver a ver al esperpento de su hermano.

—Estás cambiado —le dijo Amelia acomodando un poco su camisa debajo de su americana, y él sonrió, aunque su sonrisa no iluminó sus grises ojos.

—Estoy más viejo.

—Me estás diciendo vieja también a mí.

—Te llevo casi dos años —Amelia volvió a reír.

—Dos años. Qué gran diferencia.

—Dos años pueden representar mucho... La diferencia entre la felicidad y

la infelicidad.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué dices eso? —él sólo sonrió de medio lado y sacudió su cabeza. Tenía los rizos un poco largos, pero se le veían muy bien. A pesar de las tristezas que lo aquejaban, hoy Zack lucía particularmente guapo. ¿O era ella que lo veía así?

¿Y por qué ahora? Estaba teniendo pensamientos muy extraños con respecto a su amigo.

—¿A dónde me vas a llevar?

—A un tugurio, claro —le contestó ella mirándolo de reojo y arrugando su nariz—. Uno con putas, y asientos sucios de semen.

—Mi sitio favorito —riendo, abrazó su cintura y lo condujo hasta su auto, y una vez en él, se hicieron las preguntas de rigor. Pero notó que sólo ella estaba contestando. Trabajo, familia, relaciones...

—Mi trabajo me va excelente, mi padre está muy bien, ya Andy está en la universidad, y pronto terminaré con mi novio.

—¿Por qué le terminarás? —preguntó él un poco ceñudo, y Amelia sólo se encogió de hombros.

—Ahora, haz el favor de contestar las mismas preguntas —él hizo una mueca.

—Me acabo de divorciar, también acabo de vender mi parte en las acciones de la empresa y... —al notar la mirada de ella, Zack se detuvo y sonrió—. ¿Me vas a decir que no lo sabías? ¿Acaso no fue Cath la que te dijo? —Amelia tragó saliva.

—¿Y Tommy? —preguntó ella, refiriéndose a su pequeño hijo de siete años.

—Está muy bien —contestó él con voz opaca—. Con su mamá.

—¿Le vas a ceder la custodia a ella?

—No tengo mucho que decir al respecto.

—¿Por qué no? Eres su papá, y serías mejor para el niño que la maldita esa.

—¿Por qué maldita? —preguntó él con media sonrisa.

—Te ha perdido, ¿no? Eso la hace una maldita para mí. Dime, ¿qué te hizo? ¿Te fue infiel? ¿Dejó de cumplir con sus obligaciones conyugales? ¿Dejó de quererte?

—Todo eso... en orden inverso.

—Oh... —se sorprendió Amelia mirándolo con ojos grandes—. Oh, rayos. Maldita, mil veces maldita. Lo siento tanto, Zack.

—Tú no tienes que sentirlo.

—¿Con quién te fue infiel?

—Esta conversación está siendo muy dura sin el primer trago de alcohol.

—Cierto, cierto... —se apresuró a llegar al bar. Era temprano, y mañana era domingo, así que podían quedarse un buen rato. Le pidió algo fuerte a él, la botella entera, y algo ligero para ella. Esta noche debía conducir para devolverlo a su hotel, y se acercó a él todo lo que pudo, dispuesta a escuchar su historia.

Zack era uno de esos pocos hombres con los que Amelia se sentía a gusto, sin presiones de ningún tipo. Era el único amigo varón que tenía en el mundo, sabía. Era el único hombre que jamás le había fallado, y era así porque era sólo un amigo.

Y no podía verlo de otra forma, era el hermano de Damien.

Zack era consciente de eso. Siempre había sido consciente de eso.

Ella sólo había tenido ojos para Damien; toda su vida, Amelia había amado a su hermano. Aún mientras lo odiaba, ella lo amaba.

Fue tan difícil para él verla unirse a él, saber que se habían casado a escondidas, saber que su hermano le era infiel cada vez que podía. La había visto llorar demasiadas veces, y eso sólo lo había llevado a odiarlo a él, a su propio hermano. En varias ocasiones se fueron a los golpes por ella.

—¡Si tanto te gusta, quédatela! —le gritó Damien una vez, y Zack le rompió el labio con el puñetazo que le dio. Eran igual de grandes y corpulentos, así que Damien no tardó en recuperarse y devolverle el golpe.

Casi podía recordar el momento en que se enamoraron, el momento en que se arruinaron. Estaban en la misma escuela, él ya en el último año, y fue testigo del inicio de la relación. Pero se había tenido que ir a la universidad, dejándola sola.

Igual, en aquel tiempo ella nunca se fijó siquiera en él, pero él sí que se fijó en ella. Sintió miedo de irse, como si algo dentro le gritara que todo saldría mal si la dejaba a merced de su hermano, y no se había equivocado.

Cuando supo que los dos habían entrado a la misma universidad que él, intentó acercarse de nuevo, pero entonces supo por su hermana que se habían casado, que llevaban la relación a escondidas, y toda esperanza para él había acabado.

Amelia nunca le contó a su familia, pero Damien no tuvo reparo en revelarle a varios el secreto, y por eso supo de todas las veces que le fue infiel, y que le estaba arruinando la vida.

Ella había sido inteligente al fin y se había alejado de su hermano, pero entonces, también se había alejado de él. Habían pasado años antes de que ella volviera a aceptar hablarle, y se había debido más a las casualidades que a cualquier otra cosa. Con el tiempo, ella empezó a confiar en él, a contarle las razones que había creído tener para soportar todo lo que soportó, y a relegarlo al puesto de mejor amigo.

De todos modos, eran ese tipo de amigos que siempre parecían conectar, que, cada vez que se encontraban, parecían haberse visto el día anterior, y sólo era sentarse para que los temas de conversación se sucedieran unos a otros.

Ella era tan bonita, tan inteligente. Siempre lo había fascinado su tenacidad para alcanzar sus metas, lo estricta que era consigo mismo hasta para una simple dieta, lo dura que era con la mediocridad... También su capacidad de tomarse las cosas con buen humor, su chispa y espontaneidad. Le encantaba su pasión por la lectura, por la música, por la cultura... y hasta esos momentos donde se enfrascaba en conversaciones acerca de la economía del país y la manera de llevar las finanzas. Fácilmente podía verse a sí mismo con ella, en silencio, sólo disfrutando de la compañía, del buen clima, o hasta del malo, porque con ella nada era incómodo ni forzado.

Ella era casi perfecta.

Su único defecto, y algo que ni siquiera él le podía perdonar, era el haberse fijado en Damien.

Si hubiese sido al contrario, si en vez de Damien hubiese sido él...

Pero, ¿qué caso tenía lamentar eso ahora? Para siempre, ella estaba vetada para él. Por lo que le quedaba de vida, él sólo podría mirarla de lejos. Era su cuñada, o lo había sido, y lo peor, en los ojos de ella, todavía se reflejaba el daño y el dolor que le había causado Damien.

—Desembucha —lo apremió ella con ojos entrecerrados y dando golpecitos sobre la mesa ante la cual estaban sentados—. ¿Cómo fue todo? — Zack suspiró y echó una mirada alrededor. El sitio era adecuado para bailar, hablar en voz alta y reír a carcajadas, desentonando terriblemente con su estado de ánimo, pero tal vez, si gritaba un poco, pasaría desapercibido, y era lo que le apetecía.

—Vivian estaba saliendo con... uno de mis socios.

—Vaya mierda —exclamó ella al instante, mirándolo con su ceño fruncido y expresión de asco y desaprobación.

—Sí —corroboró él—. Vaya mierda.

—¿Cómo era su nombre?

—Patrick.

—El maldito Patrick de los cojones —él volvió a reír—. Ahora lo recuerdo... ¿No era un poco amanerado?

—Sólo lo viste una vez. ¿Cómo que amanerado?

—Sí, me pareció rarito...

—Cosas tuyas. Ya ves que prefiere las mujeres.

—De todos modos, yo creo que Vivian es mujer sólo porque parió un hijo. ¿Y cómo los descubriste? —Zack aún estaba riendo por su primer comentario, pero contestó:

—Lo empecé a sospechar por algo que él dijo en un descuido... De ahí en adelante empecé a notar que eran muy familiares... se miraban... y se tocaban con la mirada. No sé cómo explicarte.

—Conciencia de amantes —explicó ella—. Cuando tienes sexo con alguien, tu mirada hacia esa persona cambia. Como que ya no eres capaz de verlo con la ropa puesta—. Zack elevó una ceja rojiza.

—Si tú lo dices... El caso es que tuve razón. Los seguí en una ocasión... y los sorprendí. Pagaban la misma habitación siempre, una suite carísima... No eran demasiado discretos, era yo el ingenuo, el tonto.

—No digas eso. Los mentirosos no necesitan que seas tonto.

—No lo sé, Amy —suspiró él usando el diminutivo de su nombre, y tragó saliva. Apoyó sus brazos en la mesa y siguió—. Llevaban mucho tiempo viéndose, casi el año. Y no me di cuenta sino hasta hace poco. Y cuando les reclamé... ella ni siquiera se sintió avergonzada, ni arrepentida... Parecía, más bien, como si hubiese estado esperando que la descubriera, porque no le importó lo más mínimo. Todo le importó una mierda—. Zack se apretó una mano con la otra y mordió sus labios.

Vivian. Otro error en su vida.

La había conocido hacía diez años. Era tan guapa, sofisticada y equilibrada... se parecía un poco a Amelia, la verdad. Tan independiente y emprendedora.

No iba a mentir, ella le había gustado; le pareció inteligente y divertida, con esa dosis de encanto que la hacía sensual y atractiva sin llegar a ser una coqueta. Se acostó con ella, inició una relación, y cuando le dijo que Tommy venía en camino... simplemente se casó. No hubo un enamoramiento demasiado apasionado por su parte, pero sabía que era capaz de hacer feliz a una mujer, de hacer unos votos y cumplirlos. Y había pensado que ella también.

Pero las cosas cambiaron porque Vivian era terriblemente celosa, a la vez que despreocupada por todo lo que tuviera que ver con él. Era como si sólo quisiera la atención de él sobre ella las veinticuatro horas del día, pero no se molestase en darle un mínimo de su propia atención a él.

Aun casado, llevaba un estilo de vida como de soltero: aún era él quien se hacía cargo de todo lo referente a la casa, las cuentas de los gastos, las tareas del hogar. Vivian no trabajaba, y tenía el dinero de su familia, así que la mayor parte del día estaba de compras o viéndose con sus amigas con el mismo estilo de vida. Al principio intentó proponerle repartir la carga entre los dos, pero ella se enfadó tanto... Lo acusó de machista, de retrógrada, de blanco privilegiado y etc. Le propuso entonces contratar ayuda y pagarla entre los dos, y ella aceptó, pero al final, terminó él con toda la carga.

Y a pesar de lo insostenible que se había hecho la relación, por su mente nunca pasó separarse, ni mucho menos buscarse otra. Tal vez era por su crianza anticuada, o lo idealizado que tenía el matrimonio al ver el de sus padres funcionar, o quién sabe por qué, pero podía jurar con la mano sobre biblia sin temor a ser fulminado por un rayo que siempre intentó salvar su relación.

Pero eso no había sido suficiente. Él era bueno, no estúpido, y había cosas que no se debían perdonar por simple amor propio.

—Con tu socio —comentó Amelia, indignada, y sacándolo de sus pensamientos—. Qué perra. ¿Cómo una mujer le es infiel a un hombre como tú? Patrick ni siquiera es la mitad de guapo.

—Oh, ¿de verdad?

—¡Ni la mitad de hombre! —siguió Amelia, irritada—. Ni la mitad de responsable, inteligente, ni... —Zack no pudo menos que sonreír al ver la vehemencia con que ella lo defendía. Y siempre había sido así. La lealtad de Amelia no se podía comparar a la de ninguna otra persona—. ¿O es que tú... la tenías abandonada? —le preguntó cambiando el tono—. La culpa nunca es de uno solo...

—No, nunca... Soy culpable de no haberla detenido a tiempo, de haber permitido que pasara por encima de mí —Zack suspiró y siguió—. Debí hablar, poner las cartas sobre la mesa desde el principio. Pero ahora no sé qué hubiese pasado. Si me hubiese comportado como un macho dominante que la sometiera, me habría acusado de déspota, pero como no lo fui, entonces me puso los cuernos. De verdad... creo que nunca la entendí, nunca supe qué quería.

—Qué mujer más estúpida —rezongó Amelia—. Ahora te acuso a ti por haberte enamorado de alguien así —él volvió a reír.

—¿Y qué es el amor, Amelia?

—No me lo preguntes a mí. Soy la menos indicada para contestar a eso.

—Creí que me amaba... —siguió él, bajando la mirada—. Y creí que lo que yo sentía por ella resistiría... Pero todo se fue desvaneciendo, y con el tiempo sólo quedó la costumbre, y luego, ya ni eso, porque somos tan... inconformes con todo —suspiró—. Tengo mucha culpa en lo que pasó. No fue ella sola, no fue sólo su infidelidad y sus mentiras, sus... miles de mentiras... Un mentiroso necesita a un crédulo... y yo fui ese crédulo.

—En qué más te mintió, ¿Zack? —él se echó a reír. Rellenó su vaso de whiskey y se lo bebió de un trago.

No fue capaz de decirlo. Ni cuando bebió otra vez fue capaz de decirle la peor mentira de todas. Oh, que le hubiese sido infiel, que fuera con su socio, palidecía ante esta otra monstruosidad.

Zack, de repente, se había quedado sin nada. Sin esposa, sin casa, sin empresa... sin hijo.

Cuando Vivian le dijo que estaba embarazada, hacía ya ocho años, él no pudo evitar sentir alegría. También susto, y hasta incomodidad, pues había pensado que se había protegido, pero al parecer el preservativo le había fallado. Recordaba haberlo usado, pero esas cosas pasaban, se dijo.

Se casó, y todo fue muy bien. Se mudaron a Los Ángeles, porque allí él quería iniciar su empresa, y esta inició con pie derecho, sin la ayuda de los padres de ella, que se la ofrecieron mil veces, Zack logró salir adelante. Estaba enamorado de Tommy, por él quería hacerlo todo. Era un niño precioso, moreno como su mamá, de ojos oscuros como ella, precioso, precioso.

Lo arrullaba, lo mimaba, y a veces lo malcriaba un poco, pero era su bebé, su único hijo.

No entendía cómo Damien podía ir por la vida ignorando a sus tres hijos, y tenía que ser demandado para que les diese el alimento y la educación. Tommy lo era todo para él.

Cuando las cosas empezaron a ir mal con Vivian, su hijo le dio la fortaleza para seguir adelante. No quería dejarlo sin su familia estructurada como la conocía. No quería crearle un trauma, un dolor, así que siempre bajó la cabeza, siempre se mordió la lengua y nunca dijo lo que pensaba de su mujer, que era egoísta, intransigente, materialista, y con un don único para hacerlo

sentir a él como la mierda.

Nadie nunca lo había lastimado tanto. Nadie nunca le hizo sentir tan poca cosa, tan poco hombre, tan insignificante.

Pero lo aguantó todo en silencio por su hijo. Por él llegaría a viejo como sea al lado de esa arpía, por él, sólo por él.

—No seas estúpido —le dijo Vivian cuando, al descubrir su infidelidad y pedirle el divorcio, él reclamó la custodia del niño—. No lo vas a tener.

—Si demuestro ante la ley lo mala madre que eres, si demuestro lo poco que te importa él, si logro hacerles ver que conmigo está mejor...

—Nunca lo tendrás —le espetó Vivian—. Tommy no es hijo tuyo.

Nada lo había hecho caer. Había resistido que fuera Patrick, su socio, el que se estaba revolcando con ella, que le dijera que nunca lo había amado. Había soportado todo, pero aquello... aquello realmente lo había devastado.

—No —le había dicho, rogado.

Retíralo, había querido decir. Retráctate. No. Es mentira. Di que es mentira. Que lo dices sólo porque eres mala, cruel. Di que no. Tommy es mío. Es mío.

Obviamente, no le había bastado su palabra, e hizo las pruebas.

Y las pruebas fueron contundentes. No había la más mínima posibilidad de que Tommy hubiese sido engendrado por él.

Oh, Dios. Cuánto dolor había sentido.

¿Qué sentido tenía ahora la vida? Conservar la empresa, ¿para qué? Allí estaba el maldito ese, allí estaba ella, también. Y se unieron para comprarle su parte y dejarlo por fuera. A él, que había sido el que iniciara todo; había sido su idea, su trabajo, su esfuerzo y su sudor, pero, ¿qué sentido tenía seguir allí?

Bebió de su vaso otra vez y sintió cómo el licor quemaba su garganta, su pecho y su alma.

Tommy no tenía la culpa de nada. A pesar de que no llevaba su sangre, él quería a ese niño por lo que era. Pero ahora se había quedado sin argumentos para reclamarlo.

No era su hijo, había criado y le había dado su amor al hijo de otro como si fuera suyo porque él simplemente era el imbécil más grande del mundo... Y luego se sentía mal por pensar así, porque el niño era la principal víctima de todo. Sus sentimientos eran contradictorios, sus pensamientos habían estado en guerra desde que supiera la verdad.

Ahora no era más que el cascarón de un hombre. Se levantaba todos los días con la mente en blanco. Sin planes, sin proyectos. Sin siquiera deseos. No

tenía nada. Más que un puñado de dinero en el banco, lo suficiente como para empezar una nueva empresa, pero empezar otra vez... otra vez, desde cero...

Miró a Amelia dándose cuenta de que ni siquiera era capaz de revelar todo. Ella no necesitaba saber que había perdido. Le avergonzaba que se enterara de que ahora no tenía nada, que no era nadie.

Tal vez en unos días se sintiera mejor. Tal vez en un mes todo esto pasara y él volviera a emprender su vida, retomara las riendas, volviera a empezar con más fuerza y con la ventaja de la experiencia, pero ahora mismo sólo quería permanecer en su pequeño agujero y lamer sus heridas. Los golpes de la vida lo habían machacado demasiado, y él había tratado de resistir, pero había cosas que ni el hombre más fuerte era capaz de aguantar.

¿Por qué no fuiste tú?, se preguntó con la mirada fija en Amelia. ¿Por qué tenías que fijarte en mi hermano? Ese bebé habría sido mío, y lo habríamos cuidado mucho. Lo habríamos amado tanto. No me habría importado esperar a terminar la universidad, esperar a casarnos para poder estar juntos. Esperar para que las cosas se dieran bien. Porque te amaba, Amelia, como jamás fui capaz de amar a otra mujer. Como jamás seré capaz de amar a otra mujer.

Con tu decisión, no sólo arruinaste tu vida, arruinaste también la mía.

—Me mintió en todo —respondió Zack al fin a la pregunta de Amelia—. Luego de casarme con ella, me di cuenta realmente de quién era. Y era... una mujer que jamás habría elegido. Jamás la habría elegido a ella por encima de las demás.

—Sé que es odioso, pero...

—Sí. Tú me dijiste que ella no te convencía del todo. Y tenías razón... toda la razón.

—No te sientas mal por haberle creído a un mentiroso. Yo caí en las mentiras de un hombre... Sé lo que se siente el engaño. Nunca fui capaz de pagarle con la misma moneda, y sé que tú tampoco, y ante mí eso te hace admirable. Eres de los pocos hombres en los que confío, Zack. Te admiro tanto —él extendió su mano a ella y tocó su mejilla. Amelia sólo sonrió, considerándolo tal vez borracho.

¿Qué harás si te beso?, quiso preguntarle.

Pero la respuesta que seguramente tendría hizo que apartara su mano de ella. Ella se espantaría, lo acusaría, se alejaría, y para siempre.

Mejor las migajas de su amistad que nada. Nada era... demasiado duro para él.

—Zack —habló Amelia acercándose un poco más a él y le enseñó sus

manos empuñadas como si dentro escondiera pequeños tesoros —Si en esta mano yo tuviera cincuenta millones de dólares, sólo para ti, y en esta otra la posibilidad de retroceder veinte años al pasado... con todos tus recuerdos intactos... ¿qué elegirías? —Zack sonrió. La respuesta era tan fácil...

—¿Es en serio?

—Sólo contesta. No quiere decir que vaya a pasar, ¿no? Decide... cincuenta millones... o veinte años al pasado.

—Veinte años al pasado —contestó él sin pérdida de tiempo—. Y veinte años son perfectos, creo.

—Sí, ya lo creo. ¿Entonces tú... devolverías el tiempo?

—Si es con mis recuerdos intactos, sí... Para así evitar los errores que cometí.

—Como casarte con Vivian, por ejemplo, pero... ¿Y Tommy? Porque entonces, él no existiría—. Él suspiró y tragó saliva.

—Creo que Tommy estará bien. Y lo primero que haría... sería evitar que Damien te ponga la mano encima—. Aquello pareció sorprender a Amelia, tal vez porque él no pedía mucho para sí mismo, sino para ella.

—Damien nunca me pegó.

—Sabes a lo que me refiero.

—Oh... pero para eso no necesitaría tu ayuda. Yo solita lo mandaría a la mierda, gracias—. Zack sonrió.

—Y, ¿en qué necesitarías mi ayuda? —ella hizo una mueca, y no contestó.

En nada, pensó él. Porque de no ser por Damien, jamás seríamos amigos. De no ser porque estuve allí en ese hospital, jamás me habrías contado la verdad.

Las migajas de su amistad, o nada. Esa era su verdadera elección.

—Te quiero, Amelia.

—Y yo a ti —le contestó ella, sonriendo con tristeza.

Oh, lo había dicho, pero ella creía que sólo era producto del whiskey.

No, no. Te quiero de verdad. Te amo... te deseo. Siempre te deseé. Eres tan bonita, tan inteligente, tan íntegra...

Se frotó los ojos. Sí, estaba ebrio.

Me muero por ti.

Eran demasiados tragos encima. Si no se andaba con cuidado, cometería un error, y lo lamentaría por siempre.

Daría la vida por ti...

Amelia volvió a su apartamento luego de dejar a Zack en su hotel. Nunca había visto a Zack ebrio, y en vez de eufórico, coqueto y lanzado, Zack era más bien taciturno, silencioso y melancólico. La miraba y sonreía como si llevara en su pecho el peso de una profunda tristeza. Y no era para menos, pensó; se acababa de divorciar.

Cuando lo dejó solo en su habitación, no pudo evitar sentir un ramalazo de tristeza por él, pero no tristeza por lo que le estaba pasando, sino porque, ahora que todo este tema del tiempo y volver al pasado y todo lo demás se le había metido en la cabeza, no dejaba de preguntarse si acaso la vida de él también debió ser distinta.

Se sacó los zapatos y los dejó de cualquier manera en la sala. Avanzó descalza y se fue quitando la ropa, las prendas, hasta quedar en ropa interior, y sin meditarlo mucho se puso frente al espejo mirando su cuerpo.

Luego de su aborto, ella había engordado más de treinta libras. Todos los medicamentos que tomaba, toda la falta de actividad, el trabajo en el que se había sumergido, todo se había juntado y su cuerpo había dicho basta. Su piel se había vuelto seca, llena de espinillas que no se iban con nada, su cabello se había marchitado e incluso le había surgido una resequedad en el cuero cabelludo que no remitía.

Antes de todo, ella había sido delgada por naturaleza, y su cabello, negro y ondulado, brillaba. Había recuperado su figura y parte de su cabello, pues ahora lo llevaba corto, pero había cosas que no había podido recuperar. Su útero, por ejemplo.

No, no pienses en eso, se dijo caminando al cuarto de baño para darse una ligera ducha y acostarse a dormir. No pienses en eso, no pienses en eso.

Pero casi siempre era su último pensamiento en la noche.

Su madre había fallecido sólo tres años después de eso, cuando ya tenía veinticuatro de edad. Le diagnosticaron cáncer de cuello uterino, y a pesar de todos los tratamientos, todos los esfuerzos, operaciones, quimios y radioterapias, fue demasiado tarde para ella. Estuvo tres meses internada en un hospital, consumiéndose poco a poco hasta que ya no pudo más y se fue. Ella y Penny la habían acompañado día y noche todo ese tiempo, a pesar de lo

horrible que le era ese lugar; era su madre y necesitaba su apoyo y consuelo. Al final, había sido ella quien la acompañó en ese último momento. Su madre ni siquiera había tenido fuerzas para decir unas últimas palabras, pero no fueron necesarias, porque ella las entendió.

Su padre había quedado devastado, y ella no podía más que sentir ira, porque si hubiese ido a tiempo al ginecólogo se habría podido salvar, pero su madre era ese tipo de mujer que consideraba ir al doctor una traición a su fe, y que, sin embargo, no creía en aquello que no pudiera ver; como nunca tuvo síntomas, nunca se preocupó, y cuando ya se sintió muy mal, era demasiado tarde para revertir el problema.

A partir de entonces, Amelia tuvo mucho más cuidado con su propia salud, fue más estricta con los medicamentos y no se saltó una sola cita.

Era cierto que tenía muchas amarguras en su alma, pero estaba muy apegada a la vida, y quería vivir bien, sana, con la mayor felicidad posible.

No fumaba, porque definitivamente le parecía asqueroso. Lo hizo sólo una vez, azuzada por Damien, pero nunca siquiera lo volvió a intentar. Bebía sólo de vez en cuando, acompañada de amigas, pero tampoco llegaba a embriagarse. Trataba de comer saludable, tomaba vitaminas, y en general, se cuidaba.

Cuando iniciaba una relación, lo hacía casi siempre por no estar sola, por divertirse un poco. Una pequeña parte de esas relaciones habían avanzado a algo más, como fue el caso de Joseph, con el que las cosas se pusieron tan serias que incluso él le habló de matrimonio e hijos.

Joseph era un buen hombre, le encantaba, se habría enamorado, pero debido a sus fracasos anteriores había aprendido a ir despacio en ese sentido. Y su precaución había valido la pena, pues, cuando le dijo que no podía tener hijos, él había cambiado. No de repente, pero sí que cambió. Al final, él simplemente se había ido de la ciudad, sin más despedida que un adiós, y ella se había quedado otra vez con el corazón roto, una herida nueva sobre una vieja cicatriz.

Trató de asimilarlo, de no llorar, pero no le fue posible. Y ella no lo podía culpar.

Todas sus historias de amor habían terminado de manera similar... ellos siempre buscaban a otra mujer y con ellas tenían hijos.

Si pudiera devolver el tiempo...

Había pensado en adoptar. Una niña... sería hermoso. Ella la criaría, le daría la mejor educación, la mejor alimentación, la mejor ropa... Y cuando

fuera adolescente, viajarían juntas por el mundo. Ella le enseñaría a no confiar ciegamente en los hombres, a pesarlos y medirlos como se debe. Le diría: mira cómo trata a su madre, mira cómo trata a sus hermanos, pues así te tratará a ti. Le diría: sí hay hombres que se enamoran, sí hay hombres que valen la pena, pero son escasos, son preciosos. Si encuentras uno, atesóralo.

Una niña adoptada era una solución ideal. No tendría padre, pero la tendría a ella, cuando antes no tuvo nada... No sabía si era un pensamiento mezquino, pero ella tenía amor para dar. Sabía que sería una buena madre.

Pero en todos estos años no se había atrevido siquiera a hacer la solicitud. Tenía miedo.

Cerró sus ojos debajo de las sábanas sintiendo de nuevo sus ojos humedecidos.

Oh, estos días, todos estos días se había dormido así. Ya estaba cansada. Sólo muerta de cansancio podía dormirse sin pensar en sus pérdidas, necesitaba un respiro...

Dormir como cuando tenía dieciséis años.

Amaneció, pero Amelia no quiso abrir los ojos. Había tenido un sueño, y antes de que las imágenes se le escaparan, trató de memorarlo, de darle forma.

Había estado con Zack, y él le decía que definitivamente iría al pasado, tal como anoche.

Pero había algo diferente. No estaban en el bar, sino en una iglesia, y no hablaban sentados a una mesa, sino en una banca de madera.

—Volvería veinte años al pasado —decía él con un sentimiento en sus ojos que ahora le parecía extraño—. Por ti.

—Yo también —había dicho ella, aunque no sabía por qué haría eso por él. Zack era sólo un amigo. Y de repente en el sueño apareció una mujer, una anciana, que le tomaba la mano y la alejaba de la iglesia y de Zack. La llevaba a toda velocidad por un camino, una carretera, un sendero, no sabía. Al detenerse, ella sintió mareo y se vio de nuevo en Paradise, el pueblo donde nació y creció.

Hazlo bien esta vez, dijo la anciana, y simplemente desapareció.

Amelia se arrebujó entre sus sábanas dándose cuenta de que era un sueño demasiado extraño como para darle un sentido. Tenía una amiga que creía en los sueños y su significado, pero ella simplemente no le daba tanta importancia. Era el estrés, era la ansiedad. Era cualquier cosa menos Dios desde el cielo dándole directrices.

Pero todas las imágenes del sueño se repitieron otra vez en la mente; la iglesia, Zack, el camino, la anciana...

Tal vez sí debía llamar a esa amiga y contarle. Le diría cosas como: La iglesia significa pureza, Zack representa para ti la fortaleza, y el camino, son decisiones que has de tomar.

Casi sonrió imaginándosela. Ella era tan rara con esas cosas...

Ah, qué rico se estaba aquí, entre sus sábanas, finas y calentitas. Había invertido mucho dinero en su cama y sus sábanas, y este era su santuario. Y era domingo, podía dormir hasta mediodía si quería.

—Amelia, ¿es que piensas dormir todo el día? —gritó una voz desde su puerta, y eso le hizo fruncir el ceño. Salió de debajo de las sábanas y abrió grande su boca y sus ojos. ¡Esa no era su habitación!

Pero sí lo era. Decía “Amy” en letras de papel rosa en la pared, y había flores alrededor del espejo, y había figuras de la torre Eiffel aquí y allá; las paredes no eran blancas, sino de un tono pastel.

¡¡Era su habitación de cuando era una adolescente y vivía con sus padres en Paradise!!

—¡Penny, no te tardes demasiado en el baño! —gritó la misma voz, y los ojos de Amelia se humedecieron cuando la reconoció.

Era la voz de su mamá. La voz que había escuchado desde antes de venir a este mundo. Era su mamá, su mamá...

—Qué... ¿Qué está pasando? —preguntó mirando a todos lados, sintiendo que le faltaba el aire—. ¿Estoy... soñando?

Sí, debía ser un sueño.

No, no era un sueño, porque se pellizcó y dolió. Y sus uñas... estaban muy raras, cortas, sin esmalte...

Separó su pijama de su pecho y se miró los senos. También estaban muy diferentes, pequeños, muy pequeños. Se tocó el rostro, y el cabello...

Salió de la cama casi gateando y se miró en el espejo de su pequeño tocador. Esa era ella, sí. Era su rostro, pero... estaba tan diferente, no sabía decir en qué sentido. Estaba muy delgada, pero no como si estuviese enferma, era como si simplemente no hubiese terminado de crecer, y su cabello, señor... ¡Su cabello era divino! Era negro, brillante, y largo, muy largo. Le llegaba a la cintura...

—No es un sueño... —se repitió mirando en derredor. Un sueño nunca era tan nítido, y que ella recordara, no se permanecía tanto tiempo en el mismo escenario—. Por favor, que alguien me conteste, ¿qué está pasando?

—Pediste volver veinte años al pasado... con tus recuerdos y experiencias intactas... —dijo una voz, y Amelia se giró para buscar su origen. En un asiento de su habitación estaba sentada una anciana que Amelia no conocía, pero de alguna manera, supo que no era alguien de este mundo. La anciana tenía las piernas cruzadas, en una pose muy femenina, algo muy extraño para las mujeres de su edad, y la miraba de arriba abajo.

—¿Quién eres?

—Alguien que puede ayudarte... y con el poder para hacerlo.

Amelia respiró hondo varias veces, miró en derredor, escuchó los ruidos afuera de su habitación, la voz de su madre apremiando a todos para que hicieran alguna cosa.

—¿Me has devuelto a... mis dieciséis? —preguntó casi con miedo, como si temiera que al decirlo en voz alta se fuera a desvanecer. La anciana hizo un movimiento con su cabeza como respuesta—. Tengo dieciséis otra vez... Y tengo... todos mis recuerdos.

—Hazlo bien esta vez.

—¡Fuiste tú! —exclamó Amelia—. La anciana de mi sueño... fuiste tú... Zack... ¿también Zack ha regresado?

—Estás sola en esto... bueno, conmigo... Pero fue lo que tanto deseaste todas estas semanas, ¿no? Volver, regresar sobre tus pasos...

—Sí... Sí... —los ojos se le humedecieron al comprender de repente lo que eso significaba. Había deseado tan fuertemente volver al pasado que esto en verdad se había cumplido; le habían concedido su más oscuro, profundo y estafalario deseo—. Puedo cambiarlo todo —susurró—. Puedo... recuperar... tantas cosas... —Volvió a mirarse al espejo, analizándose.

Sus ojos se cerraron. Era demasiado, demasiado para ella. Demasiado bueno, demasiado bello, y a Amelia Ferrer nunca le ocurrían cosas así. Ni un solo milagro en toda su estéril vida. Ni un solo indicio de que Dios escuchara sus oraciones. Y ahora de repente esto...

—¿Cuánto tiempo estaré aquí? —preguntó girándose hacia la anciana, pero ella ya no estaba allí—. No puedes irte ahora —le reclamó—. No me has dicho lo que tengo que hacer... o cómo hacerlo...

—¡Amelia! —gritó de nuevo la voz de su madre, y su corazón se saltó un latido.

Su madre estaba viva.

—¿Mamá? —llamó en voz alta, y Mary, su madre, viva y sana, abrió la puerta y la miró.

Amelia se parecía a su madre, sólo que Mary tenía un poco de sobrepeso. Tenían el mismo cabello y ojos negros, la piel trigueña se tostaba fácilmente bajo el sol y tenían también la misma forma de las manos y los pies. Un par de clones, sólo que la una era una mujer mayor que le encantaba hacer galletas y comérselas, mientras que la otra era...

—Siento que estoy soñando —Mary entrecerró sus ojos mirándola con sospecha.

—Pues yo no. Estoy despierta desde las cinco de la mañana porque es domingo y vamos a ir todos a la iglesia, y no te me hagas la enferma ni la... — la mujer se detuvo, pues su hija se había lanzado a ella y la estaba abrazando con fuerza—. ¿Te pasa algo? —le preguntó Mary, y Amelia no pudo más que llorar.

—Te quiero, mamá —susurró sin soltarla—. Te amo con todo mi corazón.

—¿Hiciste algo?

—Oh... he hecho demasiadas cosas, pero no importa, porque te amo.

—No es navidad, ni mi cumpleaños.

—No importa, quería decirte que te amo—. Al fin, Mary pareció conmovida, y respondió al abrazo de su hija.

—Yo también te amo, mi niña. Eres mi consentida, lo sabes —Amelia se echó a reír—. Pero no se lo digas a Penny, que se pone celosa.

—Está bien—. Mary salió dejándola sola, y Amelia se quedó allí, de pie en medio de su vieja habitación. Pero no tenía nada de vieja, se veía intacta, mucho mejor de lo que la recordaba.

Un nuevo comienzo: esto era, verdaderamente, un nuevo comienzo. ¿Cuánto tiempo estaría aquí? No lo sabía. ¿Y si sólo le habían dado veinticuatro horas para arreglar su vida? Ya esa anciana extraña le había dicho que estaba sola en esto, es decir, que Zack no había vuelto al igual que ella... a pesar de que había soñado con él, y anoche habían hablado del tema.

El Zack de ahora tenía dieciocho años, más o menos, y pronto se iría a la universidad. También Damien tenía dieciséis y compartían un salón de clases.

Se llevó la mano al vientre haciendo mentalmente la lista de cosas que debía hacer hoy.

La puerta se abrió, y tras ella apareció su hermana. Penny y ella se llevaban cuatro años, y en este momento debía estar en la universidad, pero si era domingo, seguro que lo pasaría aquí. Todavía ella no se había embarazado, todavía no habían pasado muchas cosas.

—¿Estás hablando sola? —Amelia se cruzó de brazos. Ahora podía hacer

algo e impedir que su hermana se embarazara, pero... recordaba que ella era muy feliz en su matrimonio, que amaba a su marido, y a pesar de las dificultades, los dos habían sabido salir adelante, e incluso ahora eran personas exitosas en sus negocios y en su familia.

Y Andrew... Oh, ella adoraba a su sobrino, así que no iba a hacer nada por cambiar aquello.

—¿Estás bien? —preguntó Penny, y Amelia la miró.

—Todo está bien, supongo.

—Vale —dijo su hermana alejándose por el pasillo.

Amelia salió de su habitación y buscó a su padre, pero este debía estar en la ducha, su madre cocinaba, la casa estaba en orden... Todo era extraño, diferente. No recordaba las cosas así... o sí, pero ella tenía una imagen un poco cambiada en sus recuerdos. Los muebles los recordaba más viejos, grandes, desgastados... la alfombra aún no estaba manchada de vino, la mesa del desayuno se veía demasiado nueva y limpia. ¿Se debía a que sus recuerdos eran de después de la muerte de su madre, donde todo había ido en decadencia, donde todo ya no era tan bello?

—¿Vas a desayunar antes de ducharte? —le preguntó Mary, y Amelia no pudo evitar volver a sentir deseos de llorar.

—Mamá, ¿cómo te has sentido de salud? —Mary la miró extrañada de nuevo.

—Yo... estoy como un roble, como siempre.

—¿Has... ido al médico como para que te diga que estás como un roble?

—No, pero...

—Ve al médico —Mary se echó a reír.

—¿Hoy domingo?

—No, hoy no... Pero mañana. Ve mañana. Ve a que te hagan una citología...

—¡Amelia, por Dios! —exclamó su madre molesta, deteniendo lo que hacía sobre la encimera, y recordó que a Mary ese tipo de conversaciones tan íntimas la molestaban.

—¡No te va a pasar nada! —exclamó—. Sólo te van a mirar...

—¡Pues no voy a dejar que un extraño me vea mis... partes!

—No es un extraño, es un médico.

—¡No! ¡Eso es tan... irreverente!

—Seguro que Dios te va a dar una palmadita en la espalda si por terca te mueres.

—¡¡Amelia!! —exclamó de nuevo Mary.

—Si te mueres por no ir al médico, va a ser tu culpa, mamá —insistió Amelia—. Si te mueres, vas a dejar a papá solo, devastado, arruinado. Y nos vas a dejar a Penny y a mí sin su mamá. No seas egoísta y ve a hacerte un chequeo.

—Nunca me habías hablado así. Nunca... ¿qué pasa contigo hoy?

—Que te quiero —lloró Amelia—. Hazme caso, ¿sí? Mañana tal vez vuelva a ser la niña tonta de siempre, pero hoy... ¿Qué día es hoy? —buscó frenética un calendario, y lo encontró en una pared de la cocina. Pero quedó perdida, porque no sabía en qué mes estaba, en qué semana, y el día afuera le daba muy pocas señales de en qué estación estaban.

—Quince de septiembre —dijo la voz de su madre, con un tono algo resentido por la manera en que le había hablado antes. Amelia no le prestó atención. Su madre podía resentirse todo lo que quisiera, pero antes de irse de vuelta a su futuro, iba a insistir hasta el cansancio para que se hiciera el chequeo que le salvaría la vida.

Quince de septiembre, meditó. Quince de septiembre de mil novecientos noventa y seis. Ella tenía dieciséis años, acababan de entrar de las vacaciones de verano... Y ya Damien se había fijado en ella, ya se sonreían de lejos y habían cruzado unas cuantas palabras de coqueteo.

Pero había tiempo. Aún la relación no era muy sólida. Había tiempo.

Corrió a su habitación y examinó su ropa. Ropa muy cubierta, toda, porque se la compraban sus padres, pero no le molestó y seleccionó un vestido que ya había olvidado, pero que le hizo sonreír al verlo. Se duchó, se arregló su cabello y esculcó en las cosas de Penny para ponerse un poco de maquillaje. Cuando vio las maletas hechas de su hermana, sonrió. Ah, ella lo iba a pasar un poco mal, pero sería feliz. La envidiaba.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Penny al entrar a su habitación y verla frente a su espejo.

—Me depilo las cejas —contestó Amelia con tranquilidad—. ¿Me ayudas a darle forma a este par de arbustos?

—Si mamá te descubre...

—No podrá hacer nada. Son mis cejas, en ellas mando yo.

—¿Qué pasa contigo? —se extrañó Penny—. Allá abajo le alzaste la voz a mamá, y ahora... ¿te quieres depilar las cejas y dices que tu cuerpo es tuyo? —Amelia se mordió los labios. Debía andarse con cuidado. A sus dieciséis ella nunca fue tan independiente, ni tan osada. Pero diablos, primero muerta

que andar con sus cejas así por el mundo.

—Ayúdame, ¿sí? —Penny se echó a reír.

—De acuerdo, ven.

Fueron a la iglesia, y Amelia supo que nunca se había sentido tan conectada con Dios. No había podido dejar de tocarse el vientre, como si así pudiese comprobar que allí seguía su útero intacto. Todos sus óvulos, todo lo que necesitaba para concebir a un bebé. Incluso su himen estaba intacto.

Lloró en agradecimiento. Qué hermosa oportunidad, qué milagro tan maravilloso habían obrado en ella. Le habían dado aquello por lo que tanto, tanto había llorado, y que nunca se había atrevido a pedir.

Si alguien juntase todas las lágrimas que había derramado a partir de haber conocido a Damien, seguro que llenaría todo el mar muerto, pues eran así de abundantes y amargas.

Gracias, gracias, gracias, decía. No te defraudaré. Esta vez, yo no te defraudaré.

Al salir del servicio dominical, fueron con sus padres a comer fuera, tal como era la tradición, recordó, y entonces, en el restaurante, vio a Damien. Estaba con toda la familia, pero sus ojos se quedaron clavados en él.

Definitivamente, era el muchacho guapo que recordaba. Eso no había cambiado. Alto, atlético, con el cabello rubio y abundante un poco largo, pero arreglado muy al estilo de los noventa. Su sonrisa le hizo sentir algo en el estómago, y se puso la mano allí.

Dios, lo había amado tanto. Toda su inocencia se le revolvió en ese momento.

Era tan bello, y su sonrisa tan hermosa. Si sólo él la hubiese amado de verdad, si sólo él hubiese sido el hombre que ella necesitaba.

—¿Estás bien, Amy? —le preguntó su padre, y ella respiró profundo.

—Sí, papá, estoy bien.

—Hoy has estado muy extraña. ¿Es verdad que le hablaste de manera irrespetuosa a tu madre? —Amelia levantó el mentón.

—No fue irrespetuoso, sólo dije una verdad.

—¿Ves? —se quejó Mary—. ¿Ves que no es mentira lo que te digo? ¡Parece otra!

—Necesito tu ayuda, papá para convencerla de ir al médico—insistió Amelia ignorando a su madre.

—Ella no está enferma.

—Llévala al médico —replicó—. Oblígala a que se haga una citología.

Quédate con ella en el examen, si es que le da miedo, o teme que... le hagan algo diferente. Quédate con ella y comprueba que cada año se haga el mismo examen. Por favor...

Su madre siguió refunfuñando, pero en los ojos de Elvis brilló la comprensión. Nunca había opinado nada respecto a este tema, pero al ver la preocupación de su hija, entendió que, al menos para ella, era importante.

Amelia miró su reloj, uno que le había prestado Penny. Se había acostumbrado a tener uno, y le sorprendía ver que a sus dieciséis no era esclava del tiempo, pues no tenía un solo reloj de pulsera entre sus cosas. Y tampoco existían aún los teléfonos inteligentes, así que se sentía perdida en medio de las horas.

Ya había pasado el mediodía. Oh, qué rápido se iba el tiempo. Este día debería tener cuarenta y ocho horas como para poder hacer todo lo que tenía que hacer.

Pidió disculpas y se levantó de la mesa con dirección al baño, pero una vez allí, se desvió. Había visto que la familia Galecki se ponía en pie para irse, así que salió por la puerta trasera y llamó a Damien con señas antes de que se subiera al auto de sus padres para que fuera con ella a la parte trasera del restaurante.

Si él al verla se extrañaba y se portaba distante, significaba que todavía no habían iniciado nada y entonces se disculparía inventando una excusa. Necesitaba saber en qué momento de su historia estaban.

Él, al verla, le sonrió. Tal vez pensaba que lo llamaba para darse besos sin que nadie los viera. Diablos, ¿ya se daban besos? Eso sí que había ido rápido. No lo recordaba así.

Y Damien la besó, y todo su mundo se desvaneció.

Estaba otra vez allí, entre esos brazos, sintiendo su olor, aroma que nunca olvidó. Y aún no había ocurrido nada malo, aún no se odiaban, aún él era inocente, al igual que ella...

No, no. No estaba aquí para esto.

—¿Qué haces? —reclamó ella alejándolo a empujones, pero Damien sólo sonrió.

—Te beso. ¿No fue para eso que me llamaste?

—¡No!

—Vamos, yo sé que te gusta. Tenía ganas de ir hasta tu mesa y decirles a tus padres que somos novios, pero seguro que luego de eso me matabas y me contuve—. Amelia lo miró en silencio. Mentira. Aquello era mentira.

Con dolor, con todo el dolor que sus mentiras le habían causado con el paso del tiempo, Amelia había aprendido a detectar cuándo Damien mentía, y ahora lo hacía. Se alejó tres pasos de él y respiró profundo.

Oh, si a sus dieciséis hubiese tenido el don de ver cuándo le mentía, nada malo le habría ocurrido.

Pero qué tonta era. Tenía dieciséis, y tenía ese don.

—Te llamé... porque... tengo algo importante que decirte.

—Soy todo oídos.

—Yo... te amo, Damien —de sus ojos salieron lágrimas. ¿Pero qué rayos estaba haciendo? —Te amo... y te amé tanto... Te amé hasta que me sangró el corazón, te amé como jamás fui capaz de amar a nadie.

—Oh, yo también...

—No, no. Cállate y escúchame. Eres... eres mi novio eternamente; todas mis tristezas, todas mis alegrías nacieron de este amor. Todo mi rencor, todos mis miedos tuvieron origen en ti. Todo lo que canté, lloré, escribí, esperé... todo brotó de ese amor que sentía por ti. Mi vida entera se definió por este sentimiento... Me marcaste de un modo que, por más que quise, nunca pude borrar...

—Pero hablas en pasado, como si...

—Te di todo lo que tenía para dar —siguió Amelia, con sus ojos anegados en lágrimas—. Te di incluso más de lo que debía dar. Tanto que me quedé vacía... ¡vacía! Incapaz de volver a amar, incapaz de abrir de nuevo mi corazón. Nunca pude volver a sentir algo así, aunque me esforcé, aunque lo intenté con todas mis fuerzas se interpusieron siempre el miedo, la duda y el rencor que dejaste sembrados en mí...

—¿De qué hablas? —ella le tomó el rostro entre las manos, se puso en puntillas de pie y le besó los labios.

—Te volviste el impulso para seguir adelante, y el obstáculo que me impidió avanzar. Mi odio, mi felicidad, mi ternura y mi desprecio... todo eso en ti, Damien... —él la miraba con ojos grandes, supremamente sorprendido, pero no le importó. Era como si todo este torrente de palabras hubiese estado allí, esperando a ser pronunciadas al fin—. Nunca una mujer te amó como yo —aseguró—. Nunca un ser humano estuvo tan conectado a ti—. Él la abrazó, conmovido por sus palabras. Y tal vez su conmoción era auténtica, ahora—. Eres mi estrella fugaz —suspiró ella, con la voz quebrada—. Tan brillante y cálida... pero tan pasajera...

—Amelia...

—Te amé... Amé la idea de ti, amé estar enamorada de ti... Pero ya que me han puesto a elegir, elijo dejarte ir.

—¿Qué?

—No voy a seguir contigo —siguió ella sin dejar de mirarlo a los ojos—. Tú y yo estamos terminando.

—¡Pero si acaba de empezar!

—No para mí. He tenido suficiente de ti. Eres como un agujero negro que va absorbiendo todo a su paso, destruyendo todo lo que toca... Así que hoy estoy poniendo mi corazón, mi vida y mi cuerpo a salvo de ti.

—¡Pero me acabas de declarar tu amor!

—Y también te estoy echando de mi vida.

—¿Crees que dejaré que las cosas se acaben así nomás? —Amelia se echó a reír y secó sus lágrimas.

—Siempre has creído que las cosas se tratan de lo que tú quieres, y de lo que tú permites. No, Damien. No seas tan egoísta. Las mujeres no son objetos de los que puedes apropiarte. Tu cobardía e inseguridades le han provocado tanto daño a los demás que sería justo que te quedaras eunuco.

—¡Qué te pasa!

—Nunca me vuelvas a buscar —exigió ella ahora con voz dura—, ni a mirar, ni a llamar. No existo para ti. No hagas que te odie, porque prefiero cortarme el pelo y quedarme calva, o caminar desnuda en la plaza antes que volver a estar contigo.

—¿Estás loca? ¡Definitivamente estás loca! —Amelia se echó a reír.

—Si me vuelves a buscar, le diré a tus amigos que a tus dieciséis todavía duermes con tu osito de peluche.

—¿Cómo sabes que...?

—A tus padres, que haces trampa en los exámenes.

—¡No!

—A tu hermana, que has tenido sueños raros con ella.

—¡Cállate! ¡Loca! Loca rematada, ¡estás loca! —Damien se alejó mirándola con desprecio, pero estaba más acostumbrada a esa mirada que a la tierna y llena de amor, así que no le fue difícil soportarla.

Tragó saliva viéndolo alejarse. Le dolía el corazón, como si un parásito muy podrido y adherido a él de repente hubiese sido desprendido con fuerza y ahora estuviera en carne viva. Sus pies se movieron hacia él por pura inercia, pero por pura voluntad, se detuvo. Esto era pura y física supervivencia.

Ya estaba hecho. Damien jamás la volvería a buscar, y así su vida estaba a

salvo.

—¿Se demora? —le preguntó Denise a su hijo mayor, Zack, que había sido enviado a buscar a Damien para que entrara al auto.

Zack no dijo nada, sólo sacudió su cabeza y entró al asiento trasero.

Había ido por su hermano, pues se estaba retrasando, sólo para verlo besarse con Amelia, mientras ella le confesaba su amor eterno.

El corazón le dolía. Había escuchado que su hermano la estaba acechando, pero ahora sabía que era verdad, y lo peor, Amelia le correspondía.

“Te amo, Damien”, había dicho ella. “Todas mis tristezas y alegrías tienen origen en este amor”.

Tragó saliva y cerró sus ojos recostando su cabeza en el asiento.

Pero, ¿por qué le dolía tanto? Nunca había cruzado más que un saludo con ella. Ella sólo era amable con él porque era el hermano mayor de Damien, era amiga de Catherine porque era la hermana menor de Damien. Sus ojos sólo lo veían a él, tal como hace un momento, en el restaurante, que sólo lo miraba y lo miraba y sus mejillas se sonrojaban.

Qué mala suerte la suya. La única mujer que le interesaba, y ésta estaba enamorada de su hermano menor.

Y lo que más le preocupaba, es que sabía que él no se la merecía.

Amelia volvió a la mesa con sus padres sintiendo el corazón vacío, vacío, vacío.

Acababa de arrancarse del alma algo muy grande, algo que se había pegado a ella como un cáncer, y había sido tan pesado de llevar...

Y al fin se lo había quitado del alma, del corazón, de sus hombros.

Ahora sí, se dijo, que venga el futuro, que venga el mañana.

El tiempo no espera a nadie, oyó decir, y Amelia levantó la mirada.

En los altavoces del restaurante estaba sonando una canción. Un clásico de Freddie Mercury. *El tiempo no espera a nadie*, decía, y los vellos de su cuerpo se erizaron.

Tenemos que planificar nuestras esperanzas juntos

O ya no tendremos un mañana.

Porque el tiempo... Éste no espera a nadie...

Se pasó la mano por los brazos, frotándoselos. Era verdad. El tiempo no daba espera. Siempre había considerado que éste era el más inexorable de todos los castigos del ser humano. Pasaba sin piedad, sin tregua. Y, sin embargo, ella estaba aquí, de vuelta a sus dieciséis, reparando un error que casi le había costado la vida.

Vio a su padre pagar la cuenta, y todos se pusieron en pie y salieron del restaurante, pero ella seguía con la mente elevada.

Sólo era una canción, se dijo. No tenía nada que ver con ella.

Sin embargo, seguía en su mente.

Subieron al viejo auto de Elvis, un Renault Clío que todavía brillaba bajo el sol. Este auto él aún lo atesoraba, recordó con una sonrisa. Lo tenía en un viejo taller mecánico con la esperanza de encontrar un repuesto, porque el viejo cachivache era más parte de la familia que sus mismas hijas.

¿“Aún lo conservaba”? se preguntó. ¿Era adecuado hablar en presente del futuro?

Al llegar a casa, revisó todos sus libros, sus deberes de la escuela y comprobó que todo estaba en orden. Claro, ella siempre había sido muy estricta en ese sentido, siempre había obtenido muy buenas calificaciones.

Si seguía así, si no se volvía a desviar, todo sería brillante para ella.

Aunque mañana despertara sin recordar lo que había hecho hoy, Damien jamás se volvería a acercar, lo había humillado demasiado para eso, y lo conocía muy bien. Él no se rebajaba, menos si era por una niña a la que apenas había besado un par de veces.

Ahora sólo le quedaba volver a despertar en el dos mil dieciséis y ver en qué había cambiado su vida, ver cómo sería ahora que había sacado a Damien de su existencia.

Esa noche lo pasaron en casa, cenaron, charlaron, y vieron algún programa de televisión.

No había internet en esta casa, ni un computador, pero tampoco existían las redes sociales, así que no es que hiciera mucha falta. Ya Penny había vuelto a San Francisco para empezar la nueva semana de clases, así que sólo estaban las tres, su padre le había prometido que llevaría a Mary al doctor, y ella respiró tranquila.

Abrazó de nuevo a su madre, de nuevo le dijo lo mucho que la amaba, y se fue a su cama a ponerse una de sus pijamas rosa y se acostó en su vieja cama a dormir.

Ven a mí, futuro, pidió con ansias. Estoy lista para ti.

Despertó, pero no quiso abrir los ojos. ¿Qué estaría pasando afuera? No lo sabía. ¿Había cambiado su vida?

Tal vez ahora era la esposa de alguien. Tal vez hasta tenía hijos. Lo único que sabía es que seguía viva, y todo, todo en su vida podía ser diferente, y para bien.

Más le valía levantarse y darse cuenta pronto.

Abrió sus ojos... y se descubrió en su vieja habitación, en la casa de sus padres.

—¿Qué? —se preguntó sentándose en el medio de la cama. Todo estaba intacto. Ella estaba intacta. No había pasado el tiempo—. ¿Por qué? —preguntó— ¿Hice algo mal? ¿No debería estar ya en el dos mil dieciséis?

Cerró sus ojos con fuerza, juntó sus manos y oró: por favor, por favor, por favor...

El tiempo no es algo con lo que puedas jugar a tu antojo, dijo la anciana, que ahora movía las cosas sobre su tocador, como si le llamaran mucho la atención. Amelia se asustó otra vez al verla, pero se recuperó pronto y apartó las sábanas para acercarse a ella.

—No entiendo lo que está pasando —le dijo—. Pensé que me habías devuelto a esta época para corregir mis errores. Yo... ya lo hice. Deseché a

Damien, mi peor pesadilla... ¿Qué más debo hacer?

¿No se te ocurre lo que debes hacer? Preguntó la mujer, y Amelia pensó en ello, sin atreverse a expresar sus sospechas. La anciana pareció soltar un suspiro, pero no estuvo segura. *Esto ya lo dije antes, pero también vale para ti. Cuando tomas una decisión importante, y actúas en consecuencia, una cadena de nuevos acontecimientos se desarrolla ante ti. Todo lo que podía ser cambia por completo. Tú has cambiado algo muy importante en tu vida. Algo que anteriormente la definió, la moldeó, dándole la forma que tenía. Ahora, ya no está ese algo... sientes un vacío dentro de ti, ¿no?*, Amelia asintió. *No es para menos. El vacío está delante de ti, la vida está a tus pies, se abre ante ti como un nuevo camino... está en ti el dar el siguiente paso, y luego el siguiente, y el siguiente.*

Amelia asintió comprendiendo, o creyendo comprender, porque todo aquello la abrumaba.

Si te envío a tus treinta y seis, siguió la arrugada mujer, como si adivinara sus pensamientos, *entonces, ¿quién vivirá cada día de estos veinte años que están por venir? ¿Quién se hará responsable de lo que te encuentres? No hay una especie de “piloto automático” para la vida, se hace a pulso y a propósito; nada viene por inercia, nada es fortuito. No puedes pretender echarte a dormir y que el tiempo pase y las cosas se sucedan solas. No. Tú tienes que hacer que sucedan. Si comparas la vida con una escalera, entonces los peldaños significan cada día. ¿No debes tú subirlos de uno en uno para transitarla?*

Amelia respiró profundo. Una vez, dos veces.

Lo que este extraño personaje, que aparecía y desaparecía de su habitación a su antojo le estaba diciendo era, ni más ni menos, que tendría que volver a vivir su vida desde los dieciséis... otra vez.

Pensó en su apartamento, en su trabajo, en Branagan Enterprise. En sus amigos... Pero, extrañamente, no había en su futuro algo a lo que quisiera volver. Ni siquiera las personas. Todos ellos eran entes sin los cuales podía vivir.

No había confiado en ninguno de ellos antes, y aunque ya lo sabía, daba miedo darse cuenta de lo sola que estaba.

Deberás confiar en alguien, o no habrá un mañana para ti.

—¿Podré confiar en alguien?

Es tu decisión.

—¿Podré amar de nuevo, tanto o más de lo que amé a Damien?

Eso sólo dependerá de ti.

—Antes no fue así.

Sí lo era. Pero elegiste los celos y la desconfianza. Te era más cómodo asumir que todos son malos y tú la víctima. Saboteaste todas tus relaciones buscándole fallas a seres que nacen con ellas, como si tú fueras perfecta. Amelia sintió un pinchazo en su corazón. La verdad dolía.

—No es justo que me digas eso. Él me hizo mucho daño —se excusó.

Pero ya no es así. Ya no te lo hizo, ya no te lo hará... a menos que se lo vuelvas a permitir.

—No.

No borraré tus recuerdos, porque has pedido que éstos estén intactos, y los vas a necesitar. Pero entonces, tampoco se borrarán tus miedos, tus incertidumbres. Tú misma tendrás que hacerlo. Confiar... es tu reto ahora, Amelia. Confiar... volver a creer... Vamos, tienes dieciséis. Tienes toda la vida por delante, ya sabes detectar a los mentirosos... Vas con muchas más ventajas que todas tus amigas de tu misma edad. Eres la que menos miedo debe tener acerca del futuro. Incluso recuerdas de qué tratará la evaluación de hoy en la mañana...

—¿La evaluación...?

—Amelia, es hora de ir a la escuela —dijo la voz de su madre, pero Amelia seguía paralizada.

La vida está delante de ti, repitió la mujer. *No tengas miedo de vivirla.*

Poco más de una hora después, Amelia se vio en su vieja escuela, con una vieja mochila y una falda larga que le llegaba debajo de las rodillas, el cabello recogido a medio lado y sus cejas depiladas. Pero todas las chicas alrededor estaban vestidas de una manera que le hizo recordar una vieja serie de televisión. Mini faldas, camisetas de algodón ajustadas, jeans a la cintura y amplios, gorros de diferentes estilos...

A pesar de ser un pueblo, la moda noventera había llegado aquí con la misma fuerza que en el resto del mundo. La extraña era ella, con su atuendo nada afín al de esas chicas.

No recordaba haber sido la rara del salón.

Los chicos tampoco se quedaban atrás, y pronto vio a Damien entre su grupo de amigos, los futbolistas, luciendo la chaqueta del equipo y un pendiente en la oreja izquierda.

Se detuvo en sus pasos observándolo y le pareció extraño no sentir nada al verlo. Antes siempre se emocionaba, o se indignaba. Damien había sido la

razón de todas sus emociones antes; así de importante había sido.

Él, en cambio, sí que cambió al verla. Lo vio susurrarle algo al oído a uno de sus amigos y soltar juntos la carcajada. Se burlaban de ella tal vez por su atuendo, quería humillarla, hacerla sentir menos. Bien.

—¡Amy! —exclamó Beverly sentándose a su lado, y Amelia se sorprendió al verla. Beverly, su mejor amiga durante años, su testigo en la boda con Damien... que ya no se realizaría.

—¡Hola, Bev! —exclamó abrazándola con fuerza. Qué delgada estaba también Beverly, qué bonita, qué niña.

—Calma —rio Beverly extrañada ante el abrazo—. Nos vimos apenas el sábado.

—Es que te quiero mucho... y tal vez estoy un poco sentimental.

—Ah... Pero, ¿Qué te hiciste?

—¿Qué me hice de qué?

—Te ves súper diferente... Oh, tus cejas... están más delgadas.

—Ah... sí...

—Me encanta. Yo también me las quiero hacer—. Pero eso iba en contra de la moda actual, pensó Amelia mirando a las otras chicas con sus cejas gruesas.

En fin. ¿Qué le importaban a ella las modas?

Entrelazó su brazo con el de Bev y caminó con ella hacia el salón donde tendrían la primera clase. También debía disimular, no estaba muy segura de cuál era. Se sorprendió al ver que en verdad había un examen, y que ella se sabía las respuestas, tal como predijera la anciana.

Predijera no, se corrigió. Le recordara.

Observó a sus profesores dándose cuenta de que también a ellos los recordaba diferentes. La memoria distorsiona la realidad, se dijo, pues Miss Gardner no tenía la voz tan chillona como la recordaba, ni Mr. Allen era tan bajo. Aunque el aliento de Mr. Brooks sí que era pestilente.

Todo el día transcurrió entre el asombro de Amelia y la melancolía de deambular otra vez por su adolescencia. Era una sensación muy extraña. Nunca había vuelto a esta escuela después de haberse graduado, y sabía que ahora lucía un tanto desgastada, pero que seguía en pie.

El día pasó y no tuvo que volver a tropezarse con Damien, y al lado de Beverly fue recordando en qué iba su vida.

—No dejó de mirarte en todo el día —sonrió Beverly con picardía—. ¡No podía quitarte el ojo de encima! —Amelia no hizo ningún comentario. Sabía de quién hablaba su amiga.

Había sido refrescante estar todo el día con ella. Sus bromas eran inocentes, y sus preocupaciones nada graves. No tenía amarguras que compartirle, sólo la alegría de su edad, que poco a poco se le había ido contagiando.

¿Debía advertirle que en dos años conocería a alguien, se enamoraría, y se volvería un tormento para ella?

Pero a veces las mujeres somos tan tontas, suspiró. Ni aunque te digan con pelos y señales que el hombre del que estás enamorada es una porquería, tú prestas atención. Ni viéndolo con tus propios ojos, quieres entenderlo.

—Bev, ese chico que te gusta...

—¿Ryan? —sonrió Bev al instante, y Amelia trató de hacer memoria, pero simplemente no recordó la cara de Ryan. No había sido nadie en la vida de ninguna, pensó—. Le hablé el otro día, ya sabes. Le mostré un dibujo y sólo dijo: interesante. Oh, Amy. Creo que no le gusto.

—Si no le gustas, entonces mira a otro lado.

—Pero es que es tan guapo.

—Te voy a regalar un truco —dijo, mirándola de frente, y Beverly hizo un ceño de extrañeza—. Cuando un chico te guste, imagínate con él, los dos viejitos y arrugados, él sin pelo y quejándose de dolencias... y tratándote tal como te trata ahora... y ahí podrás decidir si quieres eso para ti.

—Estás pasada...

—Bev, imagínate a Ryan viejo, panzón, calvo... y diciendo, acerca de lo que a ti más te apasiona: interesante, como si sólo quisiera calmar tu deseo de atención.

—Pero luego de conocernos no dirá solo eso, ¿no?

—Sí lo hará. Ellos se muestran intrigados e interesados al principio, pero cuando obtienen lo que quieren, pasamos a ser molestias.

—¿De dónde sacas eso?

—Del manual de la vida.

—Sólo tienes dieciséis —le recordó Bev, riendo, y Amelia respiró profundo.

—Por favor, colabora comprando un número para la rifa de mil dólares de este año —dijo una estudiante de último curso acercándose a ellas. Amelia la miró con el ceño fruncido. Recordaba esta rifa. Se la había ganado Megan Harris, la que menos necesitaba del dinero, pues sus padres eran unos ricachones dueños de la mayoría de los negocios en Paradise.

Y también recordaba el número con el que se lo había ganado.

—Compraré un número.

—¿De verdad? —preguntó Beverly, asombrada. Pensé que a tus padres no les gustaba participar en rifas...

—Ellos no se van a enterar, y tengo un buen presentimiento. ¿Tienes el cero, tres, cero, cinco? —le dijo al instante. Recordaba el número porque era la fecha del cumpleaños de Megan y ella, que habían tenido la suerte de nacer el mismo día en el mismo hospital, y cuando Megan se había ganado esa rifa, prácticamente había gritado el número ganador a los cuatro vientos.

—¿Lo tienes libre? —preguntó Amelia sintiendo prisa.

—Pues... sí. Está libre—. Amelia se revisó los bolsillos, y recordó entonces que no tenía dinero. No trabajaba, sus padres no le daban mesada. Era horrible.

Vio a Beverly sacar un billete y pagar por ella.

—Te los pagaré —le prometió.

—Cuando te ganes los mil —bromeó Beverly, y Amelia sonrió. Sí. Se ganaría esos mil. Megan no los necesitaba, ni se los merecía. En cambio, ella, con mil dólares, podía hacer algo importante. Tenía todos los conocimientos adquiridos en la universidad acerca de las finanzas; había sido una ejecutiva importante en Branagan Enterprise. Si no podía multiplicar esos mil dólares, nadie podría.

Regresó a casa más cansada de lo que quería admitir. Cansada de qué, se preguntaba. Sus días antes eran más agitados, más estresantes.

Pero el cuerpo ya lo tenía acostumbrado a ese ritmo, el de esta niña de dieciséis no, y necesitaba bastantes más horas de sueño para recuperarse.

Hizo un balance del día, y estimó que le había ido bastante bien. Nadie había notado nada demasiado extraño en ella. No se estaba comportando como una rara contestando las preguntas, ni hablando de acontecimientos que ella ya conocía e incluso había olvidado, como el matrimonio de un par de famosos que más adelante se divorciarían, el inicio de una serie que ella sabía cómo terminaría, o la trágica muerte de la misma Lady Diana.

Sólo estaba el fastidio de Damien mirándola entre molesto y ofendido, burlándose en voz baja de su vestimenta, y quién sabe qué más.

No le importaba, ya se le pasaría el enojo por haber sido ella quien lo desechara a él y no al revés.

Ah, qué alivio no estar atada a Damien Galecki.

La rifa de los mil dólares en efectivo se lo ganó Megan Harris, y Amelia quedó de piedra viéndola celebrar y casi gritando a los cuatro vientos que el

número ganador había sido la fecha de cumpleaños de su padre.

—¿Por qué? —preguntó furiosa—. Yo tomé el número ganador. No hubo errores, ese era el número ganador. ¿Por qué?

Algunas personas ya tienen grabado su destino, dijo ella, y Amelia se giró a mirarla. Nadie alrededor parecía extrañado de ver a una anciana en una escuela. *Hay destinos que no podrías cambiar ni devolviéndote indefinidamente al pasado, pues están grabados en piedra. Pasará lo que tiene que pasar.*

—Eso es...

Ni tú ni yo tenemos poder sobre ese asunto. Es así, y ya.

—¿Qué quieres decir con destinos grabados en piedra? —preguntó con enfado— ¿Acaso se puede grabar sobre diferentes materiales? ¿El mío en qué estaba grabado, en la arena? —estaba hablando sola, se dio cuenta. Ya la anciana no estaba.

—Va y viene a su antojo —refunfuñó Amelia entrando a su habitación. Era viernes, al fin. Pero tenía deberes.

Ah, otra vez los deberes, otra vez los horarios de sus padres para estar de regreso a casa temprano, otra vez rendirles cuenta de todo lo que hacía... Era duro volver a este ritmo.

Había tenido que insistirles a sus padres toda la bendita semana para que al fin su madre accediera hacerse una citología. Se dio cuenta de que, aunque hubiese vuelto al futuro el mismo día como había pretendido antes, las cosas no habrían cambiado mucho.

Los resultados tardaron un poco en llegar, pero no anunciaban nada negativo o sospechoso en el cuerpo de su madre, lo cual sólo significaba que dentro de un año tendría que volver a insistirle para que fuera al médico, y así el año siguiente, y el siguiente.

Paso a paso, se dijo. La vida se construye paso a paso.

Penny estuvo el fin de semana, como siempre, y al lunes siguiente, al salir de la escuela, Amelia empezó a buscar un trabajo de medio tiempo. Rendirles cuentas a sus padres ya era bastante malo, pero tener que pedirles dinero hasta para sus toallas sanitarias le parecía simplemente humillante.

Tenía la regla otra vez, y normal, qué maravilla. Nadie era tan feliz de tener la regla otra vez como ella.

—No vas a trabajar —le advirtió su padre con voz cortante— No lo necesitas, yo te doy todo lo que requieras. Sé que no estamos nadando en dinero, pero yo puedo cubrir todos tus gastos.

—Darne lo que necesito, cubrir mis gastos, no es el apoyo adecuado, papá —dijo, y Elvis frunció el ceño al oírla hablar así—. Deberías criar a tus hijas para que estas sean independientes y capaces de valerse por sí mismas. ¿O esperas que... Penny y yo nos casemos y dependamos de nuestros maridos luego?

—No me hables así —espetó Elvis—. No vas tú a enseñarme cómo criar a mis hijas. ¿Desde cuándo los pájaros les tiran a las escopetas?

—¡Pero ser independiente no está mal! —insistió Amelia—. Papá, es bueno para mí, es bueno para mi vida.

—Yo nunca trabajé —dijo Mary con tranquilidad, ocupada en zurcir una vieja camisa de su papá—. Nunca lo he necesitado... —Amelia no pudo menos que morderse los labios y respirar profundo antes de hablar.

—Tú tienes un excelente marido que te ama y vela por ti —dijo, lo que provocó que su madre la mirara estupefacta—. No todas las mujeres tienen la misma suerte... Y, aun así, si acaso papá llegara a faltar, se fuera antes que tú... ¿de qué vas a vivir?

—¡No me gusta tu tono! —volvió a hablar Elvis, cada vez más molesto, y Amelia dejó salir el aire con frustración.

—¡Les molesta porque saben que digo la verdad! —exclamó, y les dio la espalda dejándolos solos y huyendo a su habitación.

Elvis miró a Mary, y Mary miró a Elvis.

—¿Desde cuándo tiene esas ideas tan extravagantes? —preguntó Elvis haciendo amplios ademanes con sus manos, y Mary se encogió de hombros.

—Lo sacó de tu madre.

—Oh, mi madre. Ya vas a decir que la tuya es un dechado de virtudes.

—En mi familia no somos tan testarudos.

—Sí, como no.

Aquella batalla la ganó Amelia. Consiguió un trabajo en una heladería frente al supermercado, cerca del parque, y empezó a ganar centavos, pero ya era algo. Poco a poco fue exigiéndole a su cuerpo hasta acostumbrarlo a un ritmo más agitado. De vez en cuando salía a correr, le daba la vuelta al pueblo y volvía a casa cansada y bañada en sudor, así que sus músculos se fueron tonificando. Le dio a su cabello una forma más acorde a su edad y a la época, pero a su madre casi le dio un soponcio cuando la vio.

Pero no le decían nada, pues sus notas habían mejorado exponencialmente, y no fallaba un domingo a la iglesia, sus amigas eran las de siempre y ellos ya les habían dado su aprobación, así que sólo les quedaba deducir que no eran

ellos la influencia. Un día simplemente los sorprendió conduciendo el auto. Ella misma había hecho las diligencias para obtener la licencia.

De vez en cuando se le salían palabras extrañas como Instagram, internet, streaming, etcétera, pero era la misma chica inteligente y aguda de siempre, así que supusieron que era una extraña etapa de todo adolescente.

Amelia sostenía el libro *Grandes esperanzas* en sus manos sin mucho ánimo. Pronto tendrían una comprobación de lectura, y aunque ya se lo había leído, estaba repasando algunos capítulos en especial que seguro le iban a preguntar.

Repetir la secundaria a veces se le hacía tedioso. Había sido divertido al principio, y vivió de nuevo las diferentes actividades, pero eran pocas, realmente, y los días en un pueblo tan pequeño se alargaban de manera sofocante. Eso, sumado a que sus padres eran demasiado estrictos con sus llegadas y las actividades que fuera de la iglesia realizaba.

¿Cómo había soportado vivir así?, se preguntaba, para luego hallar la respuesta. Realmente no lo había soportado, y Damien había sido su escape, escape de sus padres, de su tedio, de sí misma.

Al estar otra vez aquí, comprendió muchas cosas acerca de sus decisiones en la línea oscura, tal como había decidido llamar a esa línea de tiempo donde se había casado con Damien y todos los horrores se habían sucedido uno tras otro. El tener demasiado tiempo libre le fue propicio para que la cabeza se le llenara de pájaros que cantaban acerca del amor. Había idealizado el sentimiento, y luego, cuando se estrelló contra la realidad, fue demasiado tarde para remediarlo.

Suspiró y dejó el libro sobre su falda. Tal como el título del libro, ella había tenido grandes esperanzas, y ninguna de ellas se había realizado. Cuando dejó de tener expectativas, cuando dejó de esperar nada de los demás, fue cuando al fin logró conseguir lo que quería. Su libertad.

Tenía la vista perdida en uno de los jardines de la escuela cuando lo vio. A Zack. Iba con un montón de libros en sus manos, con la espalda un poco doblada por el peso, y se encaminaba a una cafetería donde podría seguramente estudiar cómodamente. Estaba muy lejos, pero esos rizos rojos alborotados eran inconfundibles, pensó con una sonrisa.

Guardó sus cosas y se echó el bolso lleno de libros al hombro. Caminó sin perderlo de vista y no se dio cuenta de que pasó casi por encima de Damien en su afán de llegar hasta Zack.

Cuando lo tuvo en frente, le fue inevitable sonreír ampliamente. Dios, qué

feúcho era. Tan flaco, y hasta un poco desgarrado, pero tan adorable...

—¡Zack! —exclamó al verlo, y lo abrazó con fuerza. Él no respondió a su abrazo, pero no le importó. Sin embargo, cuando se alejó y lo miró de nuevo, se dio cuenta de su error. Ellos no eran amigos, ellos no se tenían confianza. Era inapropiado de su parte abrazarlo—. Oh, yo... —Mierda, necesitaba explicarse y no hallaba las palabras. ¿Qué le podía decir? ¿Me emocioné al verte porque en la línea oscura eres mi mejor amigo?

Se mordió los labios repetidas veces, sonrojada, y el momento incómodo se alargaba y se alargaba.

—Creo que te equivocaste de Galecki —le dijo él, y señaló a Damien a varios metros de él, que los miraba enfadado. Amelia también se sintió molesta.

—No me equivoqué de Galecki —espetó—. Venía por ti.

—¿Por mí? Por qué.

—Pues porque... Me dijeron que eres muy bueno en física —dijo de repente, y recordó que era verdad—. Y que tal vez... podías... ayudarme. El otro Galecki no es bueno en nada, que yo sepa—. Zack no sonrió, sino que apretó un poco los dientes y bajó la mirada, y eso le extrañó. Zack acostumbraba a decir siempre lo que pensaba, pero tal vez a sus dieciocho no era tan directo.

Se sentó frente a él en la mesa y sacó sus libros y apuntes. Le señaló una parte de un tema en especial y le sonrió tratando de sacar todo su encanto, lo cual se sentía raro, pues con Zack nunca tuvo que usar esas artimañas.

—¿Puedes ayudarme?

—Si estás haciendo esto sólo para... darle celos a mi hermano, te digo que no me gustan este tipo de juegos.

—No estoy jugando.

—Entonces, ¿quieres que te crea que de repente necesitas un refuerzo en física? ¿Tú, que tienes una de las mejores calificaciones en la escuela?

—Pero...

—Si estás disgustada con él, arréglalo. No me involucres. No me gustan las niñas que utilizan este tipo de juegos sucios para conseguir lo que quieren—. Zack recogió sus libros y se levantó, dejándola a ella con un palmo de narices.

Cuando vio su espalda alejarse, el corazón le dolió. Zack nunca le había hablado así. Él siempre había sido amable, y en ciertas circunstancias, hasta un poco condescendiente. Se suponía que ellos eran amigos, que se caían bien. ¿Por qué ya no?

Entonces repitió en su mente las palabras que acababa de decirle.

¿Él sabía lo de Damien? ¿Ahora?

Que ella recordara, Zack se había enterado de todo ya cuando se hubo casado, y ella se lo confirmó por primera vez en aquel hospital.

Guardó también sus libros y fue detrás de él, que ya se había internado en el edificio del colegio. Pronto sonaría la campana de vuelta a clase, el tiempo se le agotaba.

—Creo que estás confundido —le dijo—. Yo... no tengo nada con tu hermano.

—Ajá —fue lo que él dijo, y aceleró el paso. Sus zancadas eran largas, y le estaba costando un poco seguirle el ritmo.

—¿Es verdad! —exclamó—. No hay nada con él. No me interesa Damien, sería el último hombre sobre la tierra sobre el cual yo posaría mis ojos—. Él sólo la miró de reojo. No le creía— ¡Nunca te he mentado! —exclamó, y eso llamó su atención.

—¿Y cómo ibas a mentirme, si es la primera vez que tenemos una conversación más allá del saludo?

—Bueno... ahí tienes un punto —concedió ella, incómoda.

—Sabes, no me caes bien.

—¿Qué? —exclamó ella, deteniéndose, pero él siguió adelante, molesto, y Amelia se quedó allí, en los pasillos de los casilleros, pasmada.

Se había salvado de Damien, sí. ¿Significaba eso que perdería la amistad de Zack?

Trató de recordar cómo se habían hecho amigos en el pasado. Habían tratado de manera más cercana en el hospital. Él fue su apoyo, y trató siempre de consolarla, sólo que ella no quería el consuelo de Zack, ni de nadie realmente. Y años después, él prácticamente había insistido en seguir en contacto, y ella sólo había cedido.

¿Qué tenía que pasar ahora para que fueran amigos?

Se sintió realmente mal al darse cuenta de que, si no lo ve, no lo recuerda. Había estado tan ensimismada que no había reparado en la existencia de su amigo. Ni siquiera se había acordado de él.

—¿De qué hablabas con ella? —le preguntó Damien a Zack en la noche, entrando sin llamar a su habitación. Zack había estado recostado en su cama leyendo, pero al ver a su hermano menor dejó a un lado el libro y lo miró fijamente.

—Nada.

—¿Nada? —vociferó— ¿Te siguió toda la maldita escuela, y dices que nada? ¿De qué hablaban?

—No me alces la voz —le advirtió Zack con el mismo tono plano de antes.

—¡Ella es mi novia! —volvió a exclamar Damien, ceñudo, y Zack sonrió.

—Qué extraño —dijo—. A mí me dijo que serías el último hombre sobre la tierra en el que ella posaría sus ojos.

—Eso es una estupidez. Ahora mismo... estamos un poco disgustados. Pero ya se le pasará. Ella me ama, me adora. Me lo dijo. Seguro que te buscaba sólo para enfadarme, porque yo estaba allí; lo hizo delante de mí para ponerme celoso—. Zack tragó saliva y volvió a tomar el libro.

Sí, eso mismo pensaba él. Damien no tenía que decirlo para que lo entendiera.

—Vete de mi habitación.

—Si te vuelve a buscar, dile que... no estoy tan enfadado. Que podemos volver.

—No soy tu mensajero.

—Se lo dirás cuando te vuelva a buscar. Lo hace para...

—¡Piérdete, Damien! —exclamó Zack, y Damien sólo se echó a reír.

Al quedar solo de nuevo, Zack se levantó de su cama, y empezó a deambular por la habitación. ¿Por qué Amelia había hecho eso? ¿Por qué ese abrazo? ¿Por qué esa luz en sus ojos? ¿Era todo una actuación para, tal como decía Damien, provocar sus celos?

—No es justo que hagas eso —dijo, cerrando con fuerza sus ojos—. Yo no soy el juguete de nadie.

La navidad pasó demasiado pronto. Qué rápido se estaba pasando el tiempo, y a la vez, qué lento.

Pronto tendría que decidir a qué universidad iría, y eso, más que de incertidumbres, la llenaba de expectativas.

No elegiría la universidad de Sacramento, no otra vez, no, nunca. Elegiría una en San Francisco, o Los Ángeles, si acaso. Ojalá pudiese permitirse una privada, pero tal como estaban las cosas, eso no lo veía posible. Ni devolviendo el tiempo había conseguido hacerse rica, o a sus padres, a tiempo. Elvis tenía un trabajo modesto en Paradise, y Mary se ocupaba del hogar; no tenía una profesión. Lo que había conseguido acumular en su trabajo de fines de semana no alcanzaba sino para pagar, tal vez, unos pocos meses de manutención, nunca una matrícula en una universidad privada, como era su deseo.

¿Qué universidad elegiría Zack?, se preguntaba. ¿Se apegaría al plan del pasado yendo a Sacramento, o cambiarían en algo las cosas? Él ya estaba en su último año de secundaria. Pronto se iría. Sabía que, aunque los Galecki no eran ricos, sí que tenían más posibilidades. El padre de Zack y Damien era médico en el hospital, y Denise era enfermera. Por lo que sabía, ambos deseaban que sus hijos les siguieran los pasos en el mundo de la medicina, pero sólo Catherine lo había hecho. Zack, como ella, había preferido el mundo de los negocios, y Damien... Damien también, pero luego de graduarse a duras penas, no había hecho nada con su vida.

¿Cambiarían ahora las cosas? Damien ya no tendría una esposa a la que atormentar, podría acostarse con todas las mujeres que quisiera libre de culpas. Ya no estaría ella allí para recriminarle cada vez que lo hiciera, ni para reprocharle, y, por ende, sería más libre.

Suspiró al comprender que, a pesar de todo, a pesar de lo malo que había sido con ella, el odio que había sentido antes por él se había ido desvaneciendo. Verlo otra vez de niño le daba una nueva perspectiva de todo, y había conseguido afrontar sus propias culpas y responsabilidades en aquel fracaso.

Con todo lo que le sucedió, concluyó simplemente que nunca debieron

juntarse, nunca debieron besarse siquiera. Aunque se pudo evitar lo peor devolviéndola a ella a sus dieciséis, al haber aterrizado en una fecha en la que ya se habían dado besos, él se creía con cierto derecho sobre ella.

Había eventos que no cambiarían por más que ella se esmerase, se recordó. Lo de la rifa de los mil dólares ya se lo había dejado muy claro; aunque se empeñara, los acontecimientos siempre se desarrollarían de la misma forma porque estos afectaban el destino de los demás, no sólo el suyo.

No era a eso a lo que la habían devuelto; no tenía permiso para cambiar el rumbo de la historia de la humanidad. No podría impedir que atacasen las torres gemelas por más que lo anunciara y previniera al país de ello, pero en su vida y sus decisiones personales sí que podría dar un giro de ciento ochenta grados.

Tal vez también pudiera ayudar a sus amigos. Estaba tratando de inculcarle a Bev un poco más de amor propio y defensa contra hombres aprovechados, y también a detectar relaciones tóxicas para terminarlas a tiempo. Tal vez pudiera salvarla de Lewis.

Le dolía que Zack se hubiese alejado tanto. Temía no poder ayudarlo contra Vivian.

No sabía si aquello que sentía cada vez que lo veía de lejos era añoranza. Después de la universidad, Zack y ella pocas veces estuvieron por mucho tiempo en la misma ciudad; la relación siempre se había llevado por teléfono o mensajes de texto, pero cuando coincidían, siempre se reunían para hablar y ponerse al día el uno en la vida del otro.

Sin embargo, saber que estaba allí, en Paradise, y no hablarle, no llamarlo, era raro, y le molestaba en cierta forma las barreras que él había puesto. Siempre él se había acercado para bromear o hacerle compañía, pero ahora era distante. Ni la miraba, y cuando ella se le acercaba, él encontraba algo que hacer, y siempre se alejaba.

Por otro lado, Damien seguía siendo un grano en el culo. No le importaba que tuviera otras noviecitas. Verlo en esa tónica era tan natural para ella que no le movía ya ninguna fibra, pero a cada momento la buscaba, la seguía, le enviaba mensajes incómodos y la verdad es que ya se estaba cansando.

Ella y su enorme boca. Declararse para terminarle, confesarle que siempre lo amaría para luego decirle que no iban a estar juntos... había sido la peor movida de su vida, de esta vida. En su creencia de que volvería pronto de nuevo a sus treinta y seis, no calculó el impacto que palabras así tendrían en una persona que era cuando menos, un ególatra.

Y lo era. Dios, viéndolo desde sus maduros ojos de una mujer de treinta y seis, Damien nunca cambió, nunca maduró. Se quedó en sus dieciséis eternamente.

A ella la vida la había arrasado, enseñándole a golpes que las cosas no son tan fáciles, que todo hay que lucharlo para conseguirlo. Él no. Él había mantenido esa filosofía de vida facilista y cómoda.

En cambio, Zack...

—No sabía que... trabajabas —le sonrió ella, gratamente sorprendida, al verlo de cajero en un nuevo restaurante del pueblo. Lo había visto desde afuera a través de los cristales al pasar. Afortunadamente, tenía unos cuantos dólares en su bolsillo, así que pudo entrar y hacer un pedido.

—Sí —contestó él, escueto—. Trabajo.

—Ah... Es... para reunir algo para la universidad, me imagino.

—Sí. Son tres dólares con veinticinco... —Amelia asintió sintiéndose triste por su tono frío y su actitud distante. Abrió su billetera para sacar el dinero con un nudo en la garganta, y hacía tanto tiempo que no tenía esa sensación que no pudo evitar recordarse a sí misma en el pasado llorando por un idiota.

Tomó aire y se recordó que la tristeza no estaba permitida en su vida, ni las personas que la causaban, así que, frunciendo levemente el ceño, elevó su mentón y lo miró.

—Sabes, no es justo de tu parte tratarme como lo haces —le dijo con voz un poco dura—. No sé qué crees o qué has escuchado de mí, pero cuando doy mi amistad, la doy sinceramente. He... tratado de acercarme a ti, de ser tu amiga, pero constantemente me encuentro con un muro de piedra. Pensé... que tenías corazón, que eras mejor persona que tu hermano. Ya veo que me equivoqué también en eso. Cancela mi pedido, gracias—. Dio la media vuelta y salió del restaurante.

Sentía el rostro caliente, y era porque estaba molesta. Idiota. No le había permitido a Damien volver a hacerle daño, y tampoco se lo iba a permitir a Zack. Que su cuerpo tuviera dieciséis años no le daba permiso a nadie a tratarla como a una cosa.

Llegó a su casa y trató de concentrarse en sus cosas. Extrañó hoy más que nunca el internet, a Netflix, las redes. Si existieran, se habría zambullido en una maratón de Friends, o de cualquier otra de sus series favoritas. No tenía en qué esconderse y sólo pudo quedarse allí, en su cama, mirando largamente el techo.

Trató de comprender lo que estaba pasando, de hallarle la lógica, pero sus sentimientos se entrometían y no era capaz de verlo objetivamente. ¿Por qué Zack la trataba así? ¿Por qué parecía incluso que la odiaba? ¡Le había dicho que no le gustaba! Nunca antes pasó algo así.

Vamos, eres adulta, eres madura. Piensa.

Antes, la amistad con Zack había empezado en aquel hospital. Él había sido tan amable, y tan solícito...

Recordó que había llorado en su hombro largo, largo rato. Le había contado toda la historia, se había culpado a sí misma de todo, y él la había escuchado sin juzgarla, sin acusarla, y se lo había agradecido tanto.

—Odio a tu hermano —le había dicho—. Lo odio, lo odio. Es el culpable de toda mi desgracia, es su culpa, lo odio... —pero esas palabras se contradecían cuando, al volver a verlo, lo primero que hacía era preguntarle si Damien ya había aparecido, si había podido hablar con él.

Zack había sido testigo de todo su patetismo, la había visto en su peor momento, en su peor estado, y aun así, no la había menospreciado.

Amistades así valían oro, y se había propuesto volver a tenerla, conservarla. Pero por alguna razón, en esta vida no se estaba dando, y era otro hueco que se le formaba, y ese sí que no sabía cómo rellenarlo.

—Te busca un chico —dijo Penny entrando de repente a su habitación, y del mismo modo que su cabeza apareció por la rendija de la puerta, desapareció.

¿Un chico?, se preguntó Amelia. Oh, no. Damien no.

Damien no, se repitió, deteniéndose en sus pensamientos. Ese jamás tuvo los pantalones como para presentarse en la casa de sus padres, ni tratar con ellos, ni nada. Todo siempre fue a hurtadillas.

Bajó silenciosamente las escaleras al primer piso y sintió que el estómago se le subía a la garganta cuando escuchó la voz de Zack saludar a su papá. ¡Zack había venido a verla!

¡Y ella en estas fachas!

Corrió de nuevo a su habitación y se arregló el cabello, se cambió de blusa y se pellizó las mejillas. Se detuvo frente al espejo cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Zack era sólo un amigo. ¿Qué le pasaba?

—¿Pretendiente? —preguntó Penny entrando de nuevo, y Amelia se echó a reír.

—Nada que ver. Sólo es un amigo.

—¿Un amigo que viene a verte un sábado en la noche a tu casa?

—Pues... sí —contestó Amelia. Seguro que Zack apenas salía del trabajo, y lo primero que había hecho era venir aquí.

Se sentía nerviosa, pero no lograba explicar por qué.

Esta vez bajó lentamente las escaleras, y cuando los ojos grises y pálidos de él se posaron en ella, Amelia sonrió. Qué tonta era. Se suponía que estaba molesta con él, no debía sonreír.

—No puedo creer que vinieras.

—Me porté... mal... contigo. No es propio de mí.

—No, no lo es—. Él elevó una ceja rojiza, y ese gesto era tan característico de él que Amelia sintió auténtica alegría sólo con verlo.

Su padre carraspeó llamando la atención del par de niños.

—Pueden hablar aquí en la sala —les dijo, y Amelia hizo una mueca.

—Yo preferiría que habláramos afuera.

—Aquí en la sala —sentenció su padre, y se metió en la cocina con Mary, desde donde podrían oír todo lo que hablaran. Amelia sólo pudo echarse a reír.

—Son unos padres muy protectores —susurró—. Me cuidan, a mí y a mi virtud.

—Oh —soltó Zack un poco sonrojado, y Amelia tuvo que recordar que él sí era un niño aún, que esos chistes subidos de tono aún no los podía lanzar.

Le señaló el sofá de la sala y él se encaminó allí, pero no se sentó.

—Sólo venía a... disculparme.

—Ya lo has hecho.

—No...

—Con venir aquí, ya me has dicho que... lo que yo dije no es cierto. Sí eres mejor persona que tu hermano—. Él hizo una mueca.

—Nunca he envidiado a mi hermano —aseguró—, ni me considero celoso, pero... ciertamente, que me compares con él no es agradable.

—Cierto —aceptó ella humildemente.

—Y tienes que reconocer que fuiste novia de él... Que al menos... le declaraste tu amor.

—Fue una estupidez... de esas que cometes creyendo que las consecuencias no te alcanzarán, pero sí te alcanzan. Pero... ¿cómo sabes eso?

—Zack se encogió de hombros sin contestar.

—De verdad pensé que me buscabas sólo para llegar a él a través de mí.

—Sería muy tonto de mi parte intentar algo así. Para llegar a Damien sólo

se necesita tener un par de tetas... Ups... —se disculpó, pero Zack la sorprendió echándose a reír. Y entonces ella también rio, feliz, feliz de recuperar a su amigo.

Nuestra amistad sí está grabada en piedra, se dijo, y sintió que otro peso se quitaba de sobre sus hombros.

—Sí estoy trabajando para reunir algo que cubra los gastos de la universidad —dijo Zack cuando calmó su risa—. Lo cual es un poco tonto; aunque trabajara un año como cajero, no podría costear una sola matrícula en Cambridge.

—¡Cambridge! —exclamó Amelia, horrorizada. Zack la miró fijamente, y asintió agitando levemente su cabeza.

—Desde el año pasado envié las solicitudes, y fui aceptado en varias...

—¡Pero eso está en Inglaterra!

—Sí —rio él.

—Pensé que estudiarías... en Sacramento... o en Pasadena... algo cerca—. Él asintió.

—También yo... pero cambié de idea.

—¿Por qué? Quiero decir... No me jodas —dijo en un susurro. Tenía tantas ganas de decir esa palabrota que el que su padre estuviera al otro lado no la contuvo—. Desde el año pasado tenías ya previsto que te irías a Cambridge, y tú... ¿por alguna razón inexplicable cambiaste de idea y te quedaste en Sacramento?

—¿Me quedé? No... no te entiendo.

—¿Por qué te quedaste en Sacramento?

—No me quedé, ni me quedaré en Sacramento —explicó él, confundido—. Tal como... te acabo de decir, aunque no sé en qué idioma... me iré a Cambridge.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó ella, totalmente ida, y Zack se rascó la cabeza, alborotando un poco más sus rizos. Amelia lo miró fijamente por largo rato, tratando de extraerle con su sola fuerza de voluntad la respuesta.

Zack estaba incómodo. Amelia se estaba portando muy extraño, hablando en pasado de cosas que nunca habían ocurrido, haciéndole reclamos un tanto fuera de lugar. Pero algo le indicaba que ella de verdad estaba preocupada por él, por sus decisiones, por su futuro.

Eso era agradable.

Pero no fue capaz de decirle que sí que había pensado quedarse en

Sacramento, pero que a última hora se decantó por Cambridge. No sabía explicarlo, no sabría decir por qué. En un momento pensó que Sacramento era mejor, más económica y cerca de sus padres. Ellos no eran ricos, y Cambridge iba a ser un sacrificio bastante grande; tenían dos hijos más a los que debían enviar también a la universidad, sería egoísta de su parte quedarse con todas las posibilidades y dejarlos a ellos sin opción.

Pero había hablado con Howard, y le había dicho todo. Aquel domingo, cuando vio a Amelia y a Damien besarse y declararse su amor eterno, se había llenado de una extraña ira y decidió conversar con su padre.

—Si me voy a Inglaterra... ¿seguro que podrás con la carga de la universidad de Damien y Catherine? —le preguntó, y Howard le sonrió.

—Se nos hará un poco pesado —reconoció—. Habrá dificultades. Tal vez tengamos que vender uno de los coches, apretarnos el cinturón... Pero lo haré con orgullo por ti. Eres el primer Galecki que entrará a una universidad tan prestigiosa. No me importa si durante algunos años tenemos que comer pan con lechuga y agua... Estaremos muy orgullosos—. Zack había sonreído, feliz...

Y para no ser una carga tan onerosa decidió trabajar los fines de semana. No ganaba gran cosa, pero unos centavos de más ayudarían.

Ahora, él se iría a Inglaterra. No sabía qué le esperaba allá, pero estaría por lo menos cinco años alejado, muy, muy alejado. Y ella se estaba mostrando tan amigable...

No hagas eso, se reprendió. Eres el único responsable por tu futuro, no puedes, no debes supeditarlos a los deseos de otro. Ella es amable ahora, pero, ¿qué sabes tú qué ocurrirá más adelante?

Le daba miedo pensar en el destino. De la nada, Amelia había empezado a ser amable con él, a buscar su amistad. Estaban en Paradise desde hacía ocho años, habían compartido la misma escuela primaria, y luego la secundaria. Damien y ella siempre habían estado en el mismo curso, y él, a pesar de estar un curso más adelantado, se había fijado en ella. Pero Amelia ni se fijaba en su existencia, y ahora, de repente...

Y justo después de oírla decir cosas tan bonitas y trascendentales a su hermano en la parte trasera de un restaurante.

No entendía qué estaba pasando, qué ocurría en la mente de Amelia. Por eso no podía fiarse de su amabilidad, ni de la durabilidad de ésta.

—Te vas en septiembre, entonces —dijo ella sin dejar de mirarlo con fijeza, y él asintió.

—Un poco antes. Papá me acompañará para instalarme, y todo lo demás, así que...

—Te quedan unos meses aquí, todavía.

—Sí... —sonrió él.

—Tenemos tiempo para ser amigos, de todos modos —dijo ella, con sus ojos humedecidos—. Y yo... no voy a ir a Sacramento —aclaró—. Nunca iría a Sacramento. Ojalá pudiera ir a Berkeley, pero no nos alcanza el presupuesto.

—Tendrás éxito no importa a cuál universidad vayas.

—Oh, claro que sí —aseveró ella—. Tendré éxito y seré la mujer independiente, empoderada y triunfadora que sé que puedo ser—. Zack volvió a sonreír.

—Me encanta tu seguridad.

—Esa soy yo, Amelia la segura —rieron juntos, aunque en ella se reflejaba una extraña tristeza—. Estoy feliz por ti —dijo—. De verdad, muy feliz.

—Gracias —sintió los pasos del padre de Amelia en la cocina y Zack suspiró.

—Nos veremos luego, entonces. Gracias por recibirme en tu casa.

—Vuelve cuando quieras —le dijo ella—. También es tu casa —él sonrió asintiendo, y se giró hacia la puerta para salir.

Amelia lo vio perderse en la oscuridad con su corazón terriblemente oprimido.

Destinos grabados en piedra. El de Zack tampoco era uno de esos. Él había cambiado su vida, aunque no podía entender a qué se debía este giro.

Pero era verdad que se alegraba por él. Infinitamente. No era lo mismo ser un egresado de la universidad de Sacramento que uno de Cambridge. Se le abrirían muchísimas puertas, y tal vez así no tuviera la mala suerte de asociarse con el estúpido de Patrick, ni casarse con la víbora de Vivian.

A él le iría bien.

Y ella... ¿ella qué?

Ella debía encargarse de su futuro más seriamente. Más sensatamente.

—Un chico inteligente, ¿eh? —dijo Elvis saliendo de la cocina—. Cambridge. Increíble.

—Sí.

—Lograr una matrícula allá equivale a un milagro... —Amelia volvió a mirar por la ventana el camino por el que se había ido Zack. Un milagro, se repitió. Su regreso a este tiempo le estaba haciendo bien también a él. No debía sentirse triste; todo lo contrario.

En las siguientes semanas vio a Zack más seguido, y lo mejor, él ya no era distante ni áspero en su trato. Estaban en cursos diferentes, lo que era un impedimento, pero de alguna manera, cuando coincidían en los pasillos, o en las cafeterías, se sentaban juntos. Siempre bajo la furiosa mirada de Damien.

—¿Qué escuchas? —le preguntó ella a Zack sentándose a su lado en las gradas del campo de fútbol y quitándole uno de los auriculares de la oreja para ponerlo en la suya. Zack sostenía un walkman amarillo chillón, de casete, a la vez que leía un libro, y Amelia no pudo más que sonreír al pensar que aún faltaba mucho para la llegada del Mp3.

Una nueva canción empezó, y de inmediato la reconoció. *El tiempo no espera a nadie.*

—¿Te gusta Freddie Mercury? —le preguntó, de nuevo con las sensaciones que experimentaba cada vez que escuchaba esa letra.

—Por supuesto. ¿A quién no?

—Antes no le presté mucha atención.

—Es el mejor cantante de la historia, en mi concepto —dijo Zack—. Cada canción que no grabó es ahora una pérdida. Y esta letra... ¿no te parece tan real? —Amelia no pudo más que asentir.

*No necesitas que te diga qué está mal,
Sabes bien qué está ocurriendo...*

Suspiró y se quedó allí, a su lado, escuchando toda la canción, y sintió que los ojos se le humedecían.

En la línea oscura, esa donde ella fue estúpida, ella sí que había sabido qué era lo que estaba haciendo mal. Sabía qué estaba ocurriendo, pero había esperado que algún milagro le enderezara el camino, siendo que era ella misma quien debía tomar las riendas de su destino.

Ahora todo era diferente. Ahora estaba haciendo las cosas bien.

En el momento, el equipo de fútbol de la escuela salió al campo a entrenar, y Amelia se quedó mirando fijamente a Damien a través de la distancia.

Quitándole su infidelidad, su inclinación a decir mentiras, su crueldad, y su egoísmo, él era un buen chico.

Sonrió al pensar así.

—Está procurando una beca en la universidad de San Francisco —le contó Zack, y Amelia lo miró sorprendida.

—¿Qué?

—Damien, mi hermano —aclaró él—. Se entrena duro, se exige. Quiere usar sus habilidades en el deporte para conseguir una beca e ir a la

universidad de San Francisco. Estarán haciendo fichajes; nunca vienen a Paradise, pero un caza talentos fue convencido por el entrenador y va a venir a verlos a un partido.

—¿Por qué? Quiero decir... ¿de verdad?

—¿No te lo había dicho?

—No, nunca... Bueno, hablamos muy poco.

—Lo oí decírselo a papá. Creo que el saber que me iré a Cambridge lo pulló un poco. Y eso está bien, que procure por su futuro.

—Yo que creí que dentro de su cráneo sólo había humo y porno—. Zack se echó a reír.

—Le dijiste que lo amas... pero no lo conoces realmente. Damien es bastante tonto en lo que a mujeres y fiestas se refiere, pero está viendo que el mundo avanza y sólo él se está quedando atrás. Su propio orgullo lo impulsa a ponerse a la par—. Amelia hizo un sonido de asentimiento con su garganta, y siguió mirándolo fijamente.

Ahora resultaba que también Damien iba a ser alguien en la vida. Vaya cosas.

Entonces sí había tenido razón. Ella había destruido su vida en el pasado, el otro pasado, casi tanto como él la suya. Pero ella había sido más fuerte que él y salió adelante. A pesar de haberse quedado tan rota y destrozada, a pesar de haber llorado tanto, tanto, tomó los pedazos de su vida y siguió adelante, haciendo con esos trozos su propia obra de arte. Él no.

“Tú me hiciste así, la había acusado él. Tú acabaste conmigo. Mataste a nuestro bebé, y me mataste a mí”

Respiró hondo. La canción terminó y Amelia quiso retrocederla para escucharla otra vez, pero recordó entonces que retroceder una canción en un casete no era tan fácil y lo dejó estar.

Sin embargo, la letra seguía sonando en su mente.

—Amelia —la llamó Zack con un tono de voz algo extraño— ¿Tú... sigues enamorada de él? —le preguntó Zack, pero Amelia no lo miró, siguió con sus ojos fijos en el equipo de fútbol que se entrenaba a varios metros de ellos.

—No, no lo amo —contestó en tono distraído—. Lo que sentía por él era... demasiado tóxico. Dependencia, adicción, ansiedad... nada de eso es amor, pero sí que es dañino y deja huellas indelebles igual que el amor. El amor te ayuda a ser mejor persona, edifica tu vida, es un impulso positivo que te lleva a otros niveles. No destruye, ni asfixia, ni te corroe el alma.

—Acaso... ¿cuánto tiempo estuviste con él, Amelia? —preguntó Zack, un

poco impactado. Amelia lo miró al fin. Mierda, esa no era una manera normal de hablar de una niña de dieciséis años, pronto diecisiete. Sonrió.

—He leído muchos libros —evadió ella—. Tengo un vocabulario un poco extenso y a veces se me da por ponerme filosófica y entonces exagero.

—Ya veo—. Amelia lo miró al fin. Él había vuelto a concentrarse en su libro, o eso pretendía. Una ventaja que tenía es que ya lo conocía muy bien, y sabía cuándo estaba incómodo o molesto.

Ah, qué ganas de azuzarlo un poco, de incordiarlo con bromas tontas, pero no debía. Aunque muy maduro para su edad, Zack era, de todos modos, un adolescente.

Sonrió, y sólo hizo lo que siempre hacía, recostarse en su hombro y suspirar. Sin notar que él se sorprendía, y hasta se sonrojaba un poco, ni que Damien, desde la distancia, los observaba.

Pasaron los días, las semanas.

Amelia hubiese querido decir que, con todas las cosas que habían cambiado en su nueva vida, ya estaba olvidando la antigua, pero no era así, y menos, en cuanto a las tecnologías. El internet todavía era privilegio de universidades y casas de millonarios, los computadores a duras penas tenían el sistema Windows 95, con sus escasas herramientas y tan básicas. No estaba interesada en aprender a usar tecnologías que dentro de poco quedarían obsoletas para siempre, y extrañaba los teléfonos inteligentes, el wifi, la Wikipedia...

¡Era tan difícil y aburrido hacer los deberes a la manera antigua! Se perdía demasiado tiempo consultando en las enciclopedias, buscando el código de un libro entre filas y filas de estanterías. En las películas mostraban el romanticismo de buscar un libro de esta manera, pero ella siempre había sido demasiado digital.

Había algunas cosas positivas, claro, como excelentes bandas de música a las que aún se podía escuchar en vivo, prodigios del arte que seguían con vida, libros que todavía podían adquirirse por primera edición... Sin embargo, todavía era una menor de edad y sus padres no le permitían pasar la noche fuera, su disposición del dinero era muy escasa, y todavía gobernaban en lo que era su ropa, su cuerpo y su tiempo.

A pesar de su empleo, seguía teniendo tiempo libre, así que con su dinero compró agendas y libretas y empezó a escribir allí ideas de negocio, y conocimientos propios de su carrera y de la experiencia anteriormente adquirida para no olvidarlos. Fechas de acontecimientos importantes, presidentes y alcaldes que ganarían las elecciones, y hasta intentó ubicar a los amigos del futuro en la fecha actual.

Raphael Branagan debía tener sólo unos ocho o nueve años de edad, y Tess un par más. Joseph debía estar terminando también la escuela, o entrando apenas a la universidad... Branagan Enterprise estaba adquiriendo mucho poder. Richard Branagan no sonaba aún en ninguna parte, pero pronto lo haría, y sería una fuerza incontenible en las finanzas. Quería pronto subirse a su barco, seguro que esta vez tardaría menos en llegar a la cima.

Era frustrante que en la escuela insistieran en preguntarle cosas del pasado en vez de prepararla para los eventos del futuro. El internet estaba a punto de hacer boom, el motor de búsqueda de Google estaba a un año de ser creado, los portátiles y otros tipos de computadores estaban a punto de evolucionar para nunca volver atrás... y en su escuela todavía hablaban del papiro y la imprenta.

El futuro estaba a las puertas, y ella estaba muy ansiosa por verlo otra vez.

Sonreía al pensar que había amado tanto su carrera y su trabajo que estaba dispuesta a estudiar lo mismo e ir a trabajar al mismo lugar. Al menos en eso había elegido bien, pensó. Y ahora, con todas las ventajas que tenía, sería aún más genial. Ohhh, qué ansias.

La mentalidad que tenía ahora le ayudaba muchísimo en todas las áreas de su vida. Resolvía problemas con mucha más facilidad, se había vuelto una líder entre sus compañeros de estudios, incluso en la iglesia, y se atrevía a dar ideas hasta a gente más estudiada y experimentada que ella. Pero siempre funcionaban, y por eso la volvían a buscar.

Sin proponérselo, se había vuelto una chica popular. No podía importarle menos la notoriedad que sin querer estaba obteniendo, pero sí que la ayudaba a la hora de aspirar a una buena universidad. La directora de su escuela la llamó en una ocasión a su oficina y allí hablaron del tema. Ella le ayudaría a llegar a Berkeley, le prometió, y Amelia casi salta de la felicidad.

Cumplió sus diecisiete años. Una modesta celebración en casa, y una invitación a comer un helado por parte de Beverly. El regalo de Zack fue un casete con una recopilación de canciones, entre las cuales iba, obviamente, *Time*.

—Vi que te gustó mucho esa canción —le dijo, y ella sonrió.

—Sólo quieres que me vuelva otra fan de Queen.

—También —admitió él, y Amelia se echó a reír—. Ahí tienes —siguió Zack—, para que lo escuches cada vez que quieras —. Ella sólo sonrió y lo abrazó con fuerza. No quiso decirle que dentro de muy poco los casetes quedarían en el olvido para siempre.

Su amigo, su querido amigo del alma.

Zack adolescente le gustaba mucho. La última vez que lo había visto, con treinta y ocho años, le había parecido que esa alma luminosa y siempre alegre se había ensombrecido demasiado. Pero aquí estaba intacto, tal como ella. Oh, cuánto daría para que esa luz nunca se extinguiera.

—Ven, sentémonos aquí un rato —le pidió ella una tarde que regresaron

juntos de la escuela, y él la había acompañado hasta su casa. Le señaló el porche, donde su padre, hacía tiempo, había instalado un banco columpio. Ella se sentó a él subiendo sus piernas y Zack la siguió, mirándola con una sonrisa.

Sus padres estaban dentro, y seguro que, si hacían mucho ruido, les pedirían que entraran para tenerla a ella más vigilada. Aunque Zack les gustaba, los Ferrer no se fiaban de nadie que tuviera pene y rondara a sus hijas.

No entendían el concepto de amistad, y mucho menos el de “confianza”.

A Zack aquello le causaba un poco de gracia, sobre todo, porque Amelia iba muy a su bola en lo que a todo esto se refería; tenía opiniones propias, y aunque era una chica bastante obediente a sus padres, por lo general terminaba saliéndose con la suya.

Le encantaba. Ella le encantaba con ese aire de fuerza e independencia. Le encantaba lo libre que era su espíritu. Estaba aprendiendo mucho de ella, era ese tipo de personas que convenía tener cerca, porque lo contagiaba con su positivismo. Hablaba del futuro como de un hecho ya realizado, no como lo incierto e hipotético que en verdad era.

—Pronto llegarán las vacaciones de verano —dijo ella mirando al jardín.

Sí, pensó él. En unas semanas me iré.

Tomó aire profundamente y estiró su brazo a lo largo del espaldar del banco. Ella no tuvo reparos en recostar allí su cabeza. A veces Amelia lo sorprendía por la forma tan natural que tenía de tocarse con él, de rozarlo, y aunque lo hacía de manera inocente, sus reacciones no lo eran. Era un hombre, por favor, uno con todas las hormonas en fiesta.

—¿Vas a llevar a alguien a la fiesta de graduación? —preguntó ella, distraída.

—Eh... sí.

—¿Sí? —preguntó ella con una sonrisa—. ¿De verdad? A quién.

—A ti, si aceptas ir —En los ojos de Amelia chispeó la alegría.

—Oh... yo encantada. ¡Sí! Tendré que conseguir un buen vestido —dijo de repente cambiando el tono de su voz—. Creo que el dinero me alcanza para ir a Sacramento y conseguir algo bueno.

—Vale —rio él.

—Es que no te volveré a ver en... ¿cuánto tiempo, Zack?

—Cinco años.

—Oh... Demasiado. Si tan sólo pudieras volver un verano de esos. ¿Por qué quisiste irte tan lejos? —él sonrió. ¿Qué pensaría ella de él si le dijera

que, si se hubiese hecho su amiga desde antes, habría elegido algo cerca? No lo dejaría muy bien parado, así que tragó saliva y se quedó callado.

Amelia cerró sus ojos y respiró profundo. El aquí y el ahora estaban siendo demasiado reconfortantes, demasiado lindo. Así que atesoró el momento, se llenó de las sensaciones, de la luz de la tarde de fin de primavera y cielo despejado, del aroma de la tierra y del pino plantado por sus padres en el jardín cuando ella no había nacido siquiera.

Y el aroma de Zack, notó. El sonido de su respiración.

Abrió los ojos y lo encontró mirándola atentamente, como si la estudiara, como si le fascinaran las formas de su cara. Inevitablemente, ella bajó sus ojos a los labios de él.

Tenía labios bonitos, de un rosado pálido, y en su piel ya se veía la sombra de una barba. Él sería un hombre velludo, de barba gruesa y cerrada. Ya casi lo era.

Lo sabía porque lo había visto sin camisa en varias ocasiones que fueron juntos a algún lago, piscina, o el mar...

Qué bien olía, caray...

Cuando él movió su cabeza, más, y su boca estuvo a escasos milímetros de la suya, Amelia se dio cuenta de lo que estaban haciendo, de lo que estaba a punto de hacer, y lo alejó de un empujón y se levantó del banco donde había estado. Este empezó a mecerse algo violentamente, lo que desestabilizó un poco a Zack.

—No, no, no —dijo ella tan rápido como pudo y adelantando sus manos como si quisiera detener a un horrible monstruo que se le acercaba—. Oh, Zack. Lo siento. No. Tú y yo sólo somos... amigos. ¿Lo entiendes? Amigos. Eres mi mejor amigo en el mundo. Siento si... Oh, Dios. Siento si te di a entender otra cosa—. Él la estaba mirando sorprendido, desconcertado. Los ojos de Amelia se humedecieron—. No quiero que se dañe esta amistad. Vale demasiado para mí. Por favor... —lo vio tragar saliva, y su nuez de Adán subió y bajó. Él entreabrió los labios como si quisiera preguntar algo, pero ella se le adelantó—. No puedo permitir que se confundan las cosas. Somos unos niños aún, no podemos fiarnos de nuestro corazón. Somos amigos, Zack, y es lo que siempre seremos. Las cosas son mejores así, créeme, por favor.

—Vale, vale —dijo él al fin, poniéndose en pie—. Ya lo has dicho.

—No quiero hacerte daño.

—No soy de papel...

—No quiero arruinarlo, y se arruinaría, terriblemente. Y, en todo caso...

¿por qué echar a perder algo sólo por un impulso del momento? —él la miró con gravedad, como si tuviera mucho que decir al respecto, pero no lo dejó—. Las cosas como son y donde deben estar. No puedo permitir desviarme de mi camino, y esto sería terrible, el peor error que cometería jamás. ¿Me entiendes?

—Lo estás dejando muy claro.

—Zack, no te enfades conmigo —le rogó ella acercándose unos pasos y sintiendo sus ojos húmedos por las lágrimas—, por favor. Dime que todo sigue igual, dime que seguimos siendo los mismos. ¡Dímelo! —él tomó aire, dio unos pasos y salió del porche.

—Todo sigue igual —dijo, pero al tiempo que lo decía, se alejaba de ella—. Fue una tontería, no pretendía asustarte tanto.

—No... no estoy asustada.

—Estás aterrada, Amelia. Como si en vez de un beso, yo te fuera a meter una bala en el cuerpo.

—Una bala no habría sido tan dañina —él se echó a reír.

—Qué linda eres.

—Zack, no lo entiendes...

—Sí, sí lo entiendo. Mi amistad vale mucho, bla, bla, bla... No quieres arruinarlo, bla, bla, bla... No te preocupes. Fue un impulso, tal como lo dijiste. No significa nada. Los hombres siempre queremos besar, y tu boca estaba muy cerca—. Al oír eso, ella cerró sus ojos con fuerza.

—Lo siento —dijo, y una lágrima rodó al fin por su mejilla.

—Habría reaccionado igual con la boca de otra chica —insistió él, y Amelia sintió otro apretón, más duro y más fuerte, en su corazón.

—Me alivia... —él apretó sus dientes, sacudió su cabeza alborotando un poco sus rizos pelirrojos—. Seguimos siendo amigos —lo atajó ella tomando su camisa para detenerlo, y cuando él se giró, Amelia casi vio ira en ellos—, ¿no?

—Claro que sí.

—¿Sigo siendo tu invitada para el baile? —él volvió a reír, y a Amelia le dolió en el corazón ver lo linda que era esa sonrisa, aunque parecía más bien rasgada por la decepción.

—Si tú aún quieres.

—Te quiero, Zack —dijo ella, acercándose más—. No te imaginas cuánto te quiero.

—Como amigo —aclaró él.

—Sí, por supuesto. No... no podría ser de otro modo.

—Por supuesto. Entonces, no hay nada que decir. Vendré por ti la noche de la fiesta—. Amelia sonrió al fin, y él, sin añadir nada más, dio la espalda y se alejó.

A Amelia le temblaba el cuerpo. Pero, por Dios, ¿qué había estado a punto de suceder? ¿Por qué rayos se dejó llevar tanto? De sus ojos rodaron más lágrimas casi empapándole el rostro, y se sentó en el escalón del porche secándose las inmediatamente. Había estado a punto de arruinar lo único bello, constante y verdadero que había tenido en la vida. Ya había cometido demasiados errores antes, ¿cómo era posible que su cuerpo la traicionara tanto?

Enterró la cabeza entre sus rodillas y lloró. Todo su cuerpo seguía en tensión, como si lo hubiesen sacado de un estado de confort y placer demasiado abruptamente.

No quiso analizar las exigencias que su piel le estaba haciendo en ese momento. Lo decepcionados que estaban sus propios labios por haberles impedido aquel beso, lo adolorida que estaba su alma sedienta de este vaso de agua fría que le había arrebatado cuando ya casi lo tenía en las manos.

No, no, no.

Era un error, estaba mal. Todo lo que ella tocaba en el sentido romántico lo destruía. No podía tocar a Zack así. No debía pensarlo, siquiera. Además, que deshacerse de Damien con todo lo que eso implicaba estaba demasiado reciente para ella, Zack era su hermano. Era el hombre más prohibido sobre la tierra. Aunque ahora fuera un adolescente, aunque ahora fueran niños.

Ya le había pasado demasiadas veces, y tenía que poner la amistad de Zack a salvo, era demasiado valiosa como para arriesgarla tanto, porque, estaba segurísima, ella lo arruinaría luego con sus celos y su falta de confianza.

Aunque se tratara de Zack... aunque se tratara del único hombre honesto que ella había conocido en su vida.

Pasaron varios días sin ver a Zack, y sin dejar de sentir ese miedo que le advertía que todo saldría mal si no hacía las cosas como debía, marcó el número de su casa y llamó. La primera vez contestó Damien, así que tuvo que colgar.

Dejó pasar las horas, y volvió a llamar. Al fin fue Catherine la que atendió la llamada, y a ella sí pudo pedirle que le pasara a Zack.

—Hola... —titubeó ella cuando escuchó al fin su voz. Ahora sentía el estómago revuelto—. Quería preguntarte... ¿está todo bien?

—Todo bien —contestó él, conciso.

—Ah, bueno...

—¿Y tú? —Amelia dejó salir el aire. Que él le devolviera la pregunta era la mejor señal de paz.

—No tan bien.

—¿Y eso?

—Pues... No tengo con quien ir a Sacramento a buscar mi vestido —rio un poco tonta. Había tenido que decir lo primero que le vino a la mente.

—Casualmente, mamá y Catherine irán en estos días en el coche. Si quieres, les digo que te hagan un lugar.

—Oh, ¿de verdad? Yo estaría encantada—. Escuchó a Zack hablarles del tema a su madre y su hermana, y el asunto estuvo resuelto de inmediato. Amelia le agradeció, y al fin se sintió lo suficientemente tranquila como para hablar de otras cosas con él. Era lo suficientemente maduro como para pasar por alto una metida de pata y se lo agradecía enormemente.

—¿Un vestido nuevo? —le preguntó Mary cuando le comentó a ella y a su padre que necesitaba ir a Sacramento—. ¿Para qué? Tienes varios que te pueden servir para la fiesta.

—No para esta... Esos vestidos son aptos para... la iglesia, los domingos.

—No tengo dinero —dijo de inmediato Elvis, como si con eso quisiera desanimar a su hija, pero ella sonrió.

—Yo ya lo tengo.

—¿De dónde lo conseguiste?

—De mi trabajo.

—Entonces habla con la señorita Davies—. Amelia hizo una mueca. Si le mandaba hacer un vestido a esa mujer, sería como fotocopiar cualquiera de los que ya tenía. La señorita Davies sólo conocía un estilo de vestido.

Iba a ir del brazo de Zack. No quería avergonzarlo. Recordaba que antes sus padres no la habían dejado asistir sino a su propia fiesta de promoción. A ella no le había importado mucho, pero ahora se trataba de su amigo.

Fue difícil hacerles entender la necesidad de un nuevo vestido, pero al fin cedieron, y junto a Catherine y Denise fueron a Sacramento a buscarlo. Tampoco allí había demasiada variedad, pero sin duda sí que había más opciones que en Paradise.

Como estaba muy delgada, y ya había alcanzado su máxima estatura de un metro con sesenta y nueve, la mayoría de los vestidos le quedaban muy bien, y Amelia tuvo que esforzarse en no dejarse llevar y elegir uno con toda la

espalda descubierta.

Pero no sirvió de mucho elegir el más recatado, que dejaba los hombros al descubierto y parte de la espalda. La noche de la fiesta, cuando su padre la vio con su cabello recogido, maquillada y lista para salir, se opuso rotundamente a que saliera de casa así vestida. Zack llegó por ella y Elvis seguía diciendo que no iría a ninguna parte, de ninguna manera.

—Pero papá...

—Te he dicho que no. Pareces una... una...

—¿Una qué? —se exasperó Amelia—. No estoy mostrando nada, ni siquiera tengo escote...

—Pero muestras mucha piel.

—sólo en los hombros...

—No vas a ir así. Y menos con esa pintura en la cara.

—Sólo es un poco de brillo en los labios.

—No pareces tú. No pareces mi hija—. Amelia empuñó sus manos y cerró sus ojos. No recordaba que su padre fuera tan testarudo e intransigente.

Piensa, se dijo. Esta discusión eres capaz de ganarla sin herir sus sentimientos ni quedar como una desobediente. ¡Diablos! La fiesta en sí ni siquiera le importaba, pero no iba a dejar plantado a Zack.

—¿En serio quieres que deje plantada a mi pareja, me vaya a mi habitación a llorar toda la noche, y de aquí en adelante, recuerde este momento como el día en que más te odié? —le preguntó sin mirarlo. Las miradas fijas se podían traducir en agresión.

—¿Qué? —preguntó Elvis, asombrado.

—Eso es lo que haré. Irme a llorar, y a odiarte, no porque no fui a una tonta fiesta, sino porque mi padre no confía en mí —añadió, imprimiéndole más fuerza a sus últimas palabras—. piensas que un vestido me cambia por dentro, que un poco de maquillaje cambia mi cerebro. ¿No crees en tu propia enseñanza? Ya me enseñaste qué es lo bueno y qué es lo malo. Toda la vida me has guiado por el camino correcto. Un vestido, un poco de maquillaje, no hará ninguna diferencia en mí. Soy la misma niña a la que una y otra vez le has dicho que el diablo es malo y acecha a los buenos. ¡Ten un poco de confianza en las cosas que me has inculcado! Tengo diecisiete años, pronto me iré a la universidad, si no me das un poco de libertad, sólo empezaré a sentirme asfixiada ¡y créeme, que oportunidades para hacer las cosas a escondidas las hay por montones!

—Pero cómo...

—¡No soy tan tonta como para tirar por la borda mi futuro! —volvió a hablar Amelia, y esta vez sí lo miró a los ojos—. No hay un hombre sobre la tierra que me haga tambalear en mis propósitos. ¡Sólo confía un poco en tu propia hija, por favor! —Elvis la miró en silencio, admirado, tal vez, por la autoridad con que hablaba esta chiquilla de sólo diecisiete años, aunque ante sus ojos, todavía gateaba y llevaba pañales.

El incómodo silencio fue interrumpido por el carraspear de Zack, que, vestido con su traje, esperaba a Amelia en la entrada. Elvis, con toda su corpulencia, se giró a él y lo miró como al mismísimo Satanás.

—A las once de vuelta en casa —imperó, y Zack sólo hizo un asentimiento con la cabeza.

—Sí, señor.

—Intacta, o iré a tu casa y te las verás conmigo.

—No lo pondré en duda, señor—. Elvis siguió con la mirada clavada en el muchacho, que se sonrojaba e incomodaba, y Amelia se arrojó a su padre y le dio un beso en la mejilla.

—Eres el mejor —le dijo.

—No hagas que me arrepienta.

—Tengo planeado ser el orgullo de la familia —le sonrió Amelia con encanto—, no te preocupes; esta vez, no pienso equivocarme.

—¿Esta vez? —preguntó Elvis, confundido, pero entonces Zack puso delante una pequeña caja que contenía una flor. Amelia sonrió sin contestarle a su padre y extendió su mano para que Zack la pusiera en su muñeca, se colgó de su brazo y salieron al fin de la casa. Mary, que había escuchado toda la discusión sin decir una palabra, se ubicó al lado de su esposo.

—Esa niña a veces me asusta —admitió, pero Elvis sólo soltó un gruñido, dio la media vuelta y se fue a su habitación.

Amelia entró en el auto y dejó salir el aire ruidosamente. Parecía que viniera de pelear la guerra contra el mismísimo Goliat ella sola. Zack se echó a reír.

—Eres impresionante —le dijo, y Amelia lo miró de reojo.

—¿Eso es un cumplido?

—¿Qué, si no?

—No lo sé. Me has visto manipular a mi padre.

—¿Lo estabas manipulando?

—Por favor, Zack... Si yo me empeñara, a pesar de todas las enseñanzas de mis padres, a pesar de la iglesia, y a pesar de Dios mismo, yo podría ir con

el primer estúpido que me engañara, me acostaría con él, me casaría a escondidas con él, y mi papá jamás en la vida se enteraría—. Zack la miró un poco ceñudo. No le gustaba esa manera de hablar de sí misma y de la vida.

—¿Y qué es lo que te detiene entonces de hacer cosas como esa? —le preguntó al tiempo que ponía el auto en marcha. Amelia suspiró—. ¿No es por obediencia?

—Obedecer por obedecer es algo muy vacío, creo yo. Vas como una máquina diciendo y haciendo lo que te digan sin comprender el propósito de tus acciones. Pero... cuando eres consciente de que se trata de tu vida, que esto no es un juego y que... todo lo que hagas traerá una consecuencia con la que no serás capaz de lidiar luego... decides que es mejor hacer las cosas de la manera correcta, conducirte por el lado “iluminado” de la vida.

—Estás hablando como una anciana muy experimentada—. Amelia guardó silencio por un momento, luego del cual, suspiró.

—Tal vez lo soy —dijo, mirando fijamente la carretera, y Zack sólo sonrió.

Llegaron a un restaurante de comida rápida y parrilla, y Amelia se emocionó un poco. Le estaba dando hambre.

—Perdona que no te haya llevado al más exclusivo de Paradise —se disculpó él al tiempo que le daba la mano para que se sentara en uno de los reservados, y Amelia recordó entonces las noches de pizza en pijama en el apartamento de alguno de los dos. Zack nunca había necesitado llevarla a sitios exclusivos para hacerla sentir bien.

—Cuando seas un empresario rico y famoso, no te lo perdonaré. Por ahora... estamos bien —él se echó a reír.

—¿Rico y famoso?

—¿No tienes pensado serlo? Tú podrías. Montar tu propia empresa de software, de telecomunicaciones, de aplicaciones de red, etc. Serías un pionero y acumularías un montón de riqueza. ¿No sabes que San Francisco será el epicentro de la revolución tecnológica a nivel mundial?

—¿Dónde viste eso? —preguntó él, entre interesado y divertido. Amelia dejó salir el aire.

—En mi bola de cristal.

—Ya lo creo —rio él. Pero Amelia se puso seria y le tomó la mano sobre la mesa.

—Aunque lo que estudies no tenga nada que ver con las telecomunicaciones, cualquier inversión que hagas en esa área en los próximos diez años, te hará inmensamente rico.

—Suenas tan segura. Por el contrario, he oído que el negocio de los computadores ha tenido varios reveses en las últimas temporadas.

—No será así por siempre. Los jóvenes somos muy dados a insistir en aquello en lo que los viejos fracasaron. Y créeme, serán los jóvenes con mente abierta y sin miedo al cambio los que obtendrán el éxito.

—Y dime, señora de la bola de cristal —siguió él con su sonrisa luego de que una mesera les tomó el pedido—. ¿Qué harás tú? —Amelia suspiró.

—Si tuviera tan sólo un poco de dinero... me adueñaría del mundo.

—No lo dudo —rio él.

—Pero como Dios se negó a darme siquiera mil dólares para empezar, tendré que trabajar duro para conseguirlo—. Ella lo miró fijamente. Si daba demasiados detalles, él se intrigaría, y empezaría a hacer preguntas incómodas.

Saber tantas cosas y no poder compartirlo le hacía sentir un poco solitaria. Privilegiada, pero solitaria. Si pudiera contarle a Zack...

—No te lo había dicho, pero estás muy guapa —dijo él interrumpiendo sus pensamientos, y Amelia sonrió y toda ella se iluminó con ese cumplido.

—Gracias... Yo espero que éstas crezcan otro poco —dijo, poniendo sus manos sobre sus senos, lo que provocó la tos de Zack—. Tú... tú también estás muy guapo... Dios, no tienes brackets —él se echó a reír.

—Sí. Ya acabó el tratamiento. Esta mañana estuve con el odontólogo, así que acabaron de quitármelos.

—Ahora sonríes lindo —él enseñó todos sus dientes como dándole una pequeña muestra, y Amelia no pudo evitar echarse a reír.

Siguieron hablando. De cosas serias y de tonterías.

Y Amelia empezó a preguntarse entonces qué habría pasado si ella hubiese recibido ese beso ese día en su porche.

La respuesta la aterraba, así que ni siquiera se dejaba llevar por ese pensamiento.

Había mucha gente en el polideportivo de la escuela. Tal vez se debiera a que todos los adolescentes de Paradise esperaban este evento con ansias, pues era uno de los pocos donde podían lucirse, pero aquí estaban todos.

Amelia entró del brazo de Zack, y varios los miraron de arriba abajo.

Era un poco extraño, porque la popular allí era ella. Había ganado cierto reconocimiento no sólo entre sus profesores por tener muy buenas calificaciones, sino también entre los estudiantes por su forma de ser, decir la verdad sin tapujos, y mostrar tanta seguridad en sí misma. Había demostrado que no se necesitaba ser rubia y de ojos azules para llamar la atención, ni ir mostrando la piel para atraer a los chicos. Además, iba acompañada del nerd de la escuela, pero lucía como si hubiese conquistado al capitán del equipo de fútbol.

Era algo totalmente distinto a lo que cualquier adolescente pudiese soñar o dar por sentado, su vida antes fue muy, muy diferente, así que iba a disfrutar todo esto. No se había propuesto ser popular, ni mucho menos, pero esto había sido inevitable, pues ella, literalmente, estaba muy adelantada para su época.

La noche empezó a transcurrir de manera tranquila y normal. Zack le trajo bebidas, bailaron un rato, charlaron con otros compañeros, y en general lo estaban pasando muy bien. Amelia se dio cuenta ya un poco tarde que Damien también había ido, pero su pareja parecía muy decepcionada de él, pues no la había sacado a bailar sino una vez.

—¿Qué hora es ya? —le preguntó a Zack, pues ella no había traído reloj, ya que no lucía con su vestido.

—En cuarenta minutos debes estar en casa.

—Oh, qué rápido se fue la noche—. Él se encogió de hombros sonriendo—. Ya vengo —dijo ella tocando su brazo— Tanto ponche hizo su efecto — Zack volvió a reír. Amelia era tan original. Seguro que otras chicas no anunciaban de esa manera que necesitaban ir al baño.

Amelia salió del baño luego de revisar que el escaso maquillaje que se había aplicado siguiera en su lugar. También el peinado, así que se dirigió hacia donde la esperaba Zack. Pero Damien prácticamente se atravesó en su camino, y con brusquedad, le tomó un brazo conduciéndola a un pasillo más

bien solitario, y a pesar de que gruñó y casi gritó, no la soltó, ni nadie vino en su auxilio.

—¡Me haces daño, idiota! —exclamó ella zafándose al fin y alejándose varios pasos, pero él le fue detrás y la atrapó entre la pared y su cuerpo.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—No sé de qué. ¡Aléjate!

—Todas estas semanas me has estado evadiendo como si yo tuviera una enfermedad contagiosa, y no voy a permitir que las cosas sigan así. ¡Me debes muchas explicaciones!

—Y tú, bruto, ¿no encontraste otra manera de hablar conmigo? ¿Esta es toda la civilidad que tienes?

—¡Y a qué horas te iba a hablar si nunca me das el chance! —le apretó aún más el brazo y la sacudió un poco— ¿Por qué andas todo el tiempo con Zack? —preguntó entre dientes—. Yendo de un lado a otro, hablando y sonriendo como si fueran muy amiguitos, y hasta viniste con él al baile. ¿Por qué? ¿Es que te gusta él más que yo?

—¡Sí, toda la vida! —le gritó ella—. ¡Zack es mucho mejor persona que tú!

—¡Por qué! —contestó él en el mismo tono—. Luego de todo lo que me dijiste, luego de... ¿Por qué de repente ya no te gusto, ni te intereso? ¿Por qué mi hermano, joder! —algo en el tono de Damien hizo que Amelia se quedara en silencio. Él no parecía furioso, sino de verdad herido—. Dios, decían que las mujeres eran difíciles de comprender, pero tú definitivamente eres algo. Dime, por favor, ¿por qué de repente empezaste a comportarte así? Tú me gustabas de verdad, ¡lo sabías! —Amelia bajó la mirada. Él le hablaba casi a gritos sobre su cara, pero ella conocía ese tono. No era el tono quebrado que buscaba llamar la atención. En realidad estaba confundido.

Cerró sus ojos. No podía quitarle razón, era normal que se estuviese haciendo preguntas.

—Un momento me besas y me sonríes con ojos bonitos. Incluso me dices las cosas más... increíbles que jamás pensé escuchar, y haces que me ilusione, que me enamore, y al momento siguiente terminas nuestra relación. ¿Por qué demonios juegas conmigo de esa manera?

—No estoy jugando contigo. De verdad...

—Dime qué hice mal —susurró él casi en un ruego y la voz entrecortada, y el corazón de Amelia se encogió—. Dime qué fue eso tan terrible que te hice que te niegas a seguir conmigo—. Ella lo miró a los ojos.

¿Que qué me hiciste?, quiso preguntar, y por su mente pasaron todas las

noches llorando por él, todas las infidelidades que le descubrió, las noches sola en el hospital y preguntándose por qué él no venía, todo, todo el sufrimiento.

Pero ese había sido el Damien de la otra línea de tiempo de su vida. Este de aquí apenas si le había robado unos cuantos besos, y no era ningún tonto como para dejar las cosas así sin una buena explicación.

¿Pero qué le podía decir? ¿De qué manera le podía explicar algo tan... increíble?

—¿Por qué me haces esto? —siguió él, dolido—. Si lo único que he hecho hasta ahora es pensar en ti, querer que seas mi novia y besarte. ¿Es eso tan malo?

—No, pero...

—Yo te amo, Amelia —susurró Damien, y por un momento, ella no supo qué decir. Se quedó completamente muda, y recordó, en la línea oscura de su vida, la primera vez que Damien le dedicó esas palabras.

Había sido más o menos por estas fechas. Volvían juntos de la escuela, y en un momento, él miró a todos lados de la calle comprobando que no los veía nadie y le tomó el brazo, se acercó a ella y la besó.

—Te amo —le dijo entonces—. De verdad te amo —la Amelia de ese tiempo se había sorprendido muchísimo.

—Yo también te amo —le dijo, y allí inició su infierno.

Un te amo siempre es bonito, más cuando son almas inocentes las que lo dicen, y Damien en aquel tiempo era inocente, y tal vez, tal vez lo había dicho de corazón. Oírse lo decir ahora, que otra vez era inocente era confuso, y raro... y doloroso.

—Y cada día que pasa te amo más —siguió Damien ahora, en este presente, en la fiesta, ignorando todo el tumulto de emociones que se suscitaban en el corazón de ella—. Reconozco que antes me gustabas porque eras linda, guapa y... Pero entre más días pasan, más me gustas, porque eres inteligente, madura y tan... Me estoy enloqueciendo, me vuelves loco, Amelia.

Ella cerró sus ojos deseando echarse a llorar allí mismo. No sabía por qué, pero esto dolía.

En aquellos tiempos en que lo odió, se decía que al menos le quedaban los momentos lindos, los momentos que sí fueron verdaderos. Había sido feliz con él por un corto espacio de tiempo. Esa sensación de plenitud y alegría por sus declaraciones de amor, por sus bromas, por su risa, había sido real. Se había consolado a sí misma diciéndose que al menos eso le quedaba, aunque no le

quedara nada más.

Y ahora se estaba dando cuenta de que eso no era suficiente. Ella había merecido más... había merecido todo. Le dio su amor puro, le dio su cuerpo puro, le dio todo a Damien Galecki, hasta su alma, que debió ser sólo suya y por siempre.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tú no sabes amar, Damien —le dijo en voz baja, con labios temblorosos, pero voz segura—. Pides, pides y pides... le arrebatas todo al otro, pero tú mismo no cedés ni un ápice. Y el amor, por el contrario, se trata de dar. Tú no sabes amar.

—Enséñame entonces.

—No.

—Seguro que a tu lado sí aprendo a amar...

—No —repitió ella, con una lágrima rodando por sus mejillas—. Me romperías, me resecarías el alma a costa de lágrimas. Me destruirías y luego saltarías sobre mis pedazos haciéndome polvo.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—No sé si estás destinado a ser feliz —siguió ella, deseando no estar derramando lágrimas sino seguir firme y estoica, pero es que se estaba dando cuenta de que esto todavía le dolía—. No sé si ahora tengas oportunidad de ser feliz con alguien, pero te aseguro que, si no aprendes a amar, tu vida acabará muy mal. No hay manera de estar contigo sin salir lastimado, cualquier mujer que te ame se destruirá a sí misma, y lo peor es que ella creerá que puede ayudarte, repararte, conseguir el milagro, pero con cada intento sólo se herirá una y otra vez. Se verá la sangre en el alma y dirá: no es nada, puedo con esto, él merece ser salvado, pero no lo mereces Damien, porque no sabes amar.

—Amelia...

—Tu amor es tóxico, venenoso, corrosivo. Lo que tú llamas amor es un castigo para el otro, destruyes lo que tocas, lo corrompes y luego lo dejas inservible para los demás.

—Seguro que Zachary sí sabe amar —se burló Damien, apretando con más fuerza el brazo que aún le tenía asido.

—Zachary no tiene nada que ver con lo que digo.

—¡Y por qué estás con él! —exclamó Damien—. ¡Por qué él! ¡Por qué me castigas así por algo que no he hecho! No tiene sentido, Amelia, lo que siento por ti es real, tus acusaciones no. Mírame, dime, dime que puedo tenerte otra

vez. Tú pondrás las condiciones, haré lo que quieras Amelia, cuando quieras y como lo quieras. Si me haces esperar esperaré, si me pides que vaya ante tus padres y hable con ellos lo haré.

—Cállate, no sabes lo que dices.

—¿Cómo sabes que en verdad no sé amar si no me dejas demostrártelo?

—¡Nunca!

—Tienes miedo porque sabes que es real lo que siento, sé que lo puedes sentir. Amelia, ¿no te das cuenta de que nunca he sentido algo tan fuerte por nadie? ¿Crees que le digo lo mismo a todas las chicas? —Amelia volvió a llorar.

Dios, ¿cuándo iba a parar?

No, se dijo cuando su alma empezó a doler de nuevo por él, por esas promesas que ya se sabía de memoria, por esa voz dolida que le reclamaba como si la culpable fuera ella. No, Amelia. Aunque él cree que dice la verdad, la realidad es que miente.

¿Y por qué infiernos deseaba ella todavía que él fuera sincero? Por una vez, por una pequeña vez, en el fondo, en lo más oscuro de su corazón, Amelia deseaba que él estuviese diciendo la verdad.

¿No has aprendido nada? ¿Para qué estás aquí entonces? ¿Para caer de nuevo en sus trucos? Treinta y seis años, ahora treinta y siete. ¿Serás una cuarentona que siga llorando por un adolescente que te amó, que creyó amarte?

Todo se trataba de su ansia de reparar aquello que era irreparable, de poder decir que no se había equivocado al escogerlo. Porque se trataba de tu criterio, de tu sabiduría para elegir, de tu inteligencia, y Amelia siempre se había tenido por alguien inteligente... Admitir que él no era el adecuado aun cuando lo había elegido como el amor de su vida, desechando así al resto de los hombres sobre la tierra, indicaba que se había equivocado, y que le había dado su corazón al que no era, y que había sido tonta... y costaba tanto admitir que eres tonta...

Pero ella lo había sido. Ya lo había admitido. Le había costado, pero lo había conseguido.

No podía permitirse cometer otra vez el mismo error, el error que no sólo casi le cuesta la vida y la cordura, sino su amor propio, un amor propio que le había costado muchísimo volver a construir.

Y aunque las apariencias dijeran lo contrario, él estaba ahora frente a la mujer madura, a la que se había rearmado a sí misma.

Aunque él ahora fuera tan bello, tan dulce, tan... Aunque él se creyera en

verdad capaz de cumplir las promesas que le estaba haciendo, esta no era la misma mujer de antes.

—Amelia —llamó alguien, y ella giró su cabeza buscando la voz. Zack los miraba un poco asombrado, y no era para menos. Ella estaba contra una pared, con Damien encima, muy cerca, casi besándola, y ella paralizada como si de repente se le hubiesen olvidado para qué sirven las piernas.

Al ver a su hermano, Damien se retiró un poco, y ella aprovechó la oportunidad para empujarlo y escapar. Se abrazó a Zack como si éste fuera una tabla flotante en un naufragio y lloró.

—¿Qué le hiciste? —le preguntó Zack a Damien con tono irritado.

—¡No le hice nada! Estábamos hablando muy bien. Amelia, por Dios, ¿por qué me haces esto?

—¡Sácame de aquí, Zack, por favor! —le rogó ella abrazada a él con toda la fuerza que podía—. Por favor.

—¡No te la lleves a ningún lugar! —exigió Damien—. Ella y yo tenemos una conversación pendiente.

—¡Cálmate! —oyó Amelia que Zack decía, pero ella no levantó la cabeza a ver qué era lo que estaba ocurriendo entre los dos hermanos—. ¿No te das cuenta de que no quiere hablar contigo?

—¡No puedes dejarme así, Amelia! —gritó Damien, y ella sintió a Zack forcejear.

—¡Déjala en paz!

—Te usará a ti como lo hizo conmigo. No es más que una...

—Te prohíbo que digas una palabra más —gritó ahora Zack, y la tomó fuertemente de la cintura, caminando rápidamente con ella a la salida del gimnasio de la escuela.

Cuando estuvieron afuera, Amelia sintió el aire fresco darle al fin en la cara y se permitió respirar hondo. Oh, Dios. Esto era un desastre. La noche con Zack, la velada, el baile, todo se había echado a perder por culpa del idiota ese.

—Lo siento —dijo ella mirando a Zack, pero él no la miraba a ella, sino que caminaba buscando el sitio donde había aparcado su auto—. Zack...

—Se nos agota el tiempo. Ya debo llevarte a casa.

—Escúchame, por favor —él la miró al fin, una mirada dura y casi resentida, pero no dijo nada, y pronto estuvieron frente al auto.

A pesar de lo molesto que parecía, Zack no perdió las formas y le abrió la puerta del auto para que ella entrara.

No era igual que su hermano, lo sabía. Cuando Damien se enojaba con ella, era capaz de dejarla tirada en medio de la nada, aun en peligro. Lo había hecho muchísimas veces. Una vez incluso la había dejado a altas horas de la noche en una carretera solitaria sólo porque no había soportado los reproches que le hacía, y luego no regresó por ella, y al día siguiente no la llamó para preguntarle cómo estaba.

Dios, cada vez que recordaba algo así no podía más que aumentar su odio por sí misma. Ella había permitido todo eso.

Y era el mismo hombre que ahora le decía que la amaba, y que no entendía por qué ella le terminaba.

—¿Qué hubiera pasado si yo no llego, Amelia? —le preguntó Zack cuando ya estaban de camino a su casa. Ella lo miró de reojo, pero no contestó. El nudo en su garganta no se desataba, al contrario, y le impedía hablar—. ¿Y por qué él te sigue buscando? Pensé que habías dicho que no había nada entre los dos.

—No lo hay —contestó ella con voz gangosa, evidenciando así sus fuertes deseos de llorar.

—¿Y por qué lloras?

—No lloro.

—Oh, yo creo que sí. Por dentro lloras—. Amelia se secó una lágrima con ira.

—Porque soy tan... tan estúpida —dijo con voz rota—. Tan tonta, tan... patética... Dios, no ha servido de nada, ni un milagro me puede salvar de mí misma. Soy mi peor enemiga, soy mi peor daño... Quisiera sólo que me sacaran el cerebro, me borrarán todo y me dejarán seguir tan tranquila. Pero no, tengo todos mis recuerdos intactos y soy tan estúpida que parece que todo lo malo no alcanza a tapar lo bueno, aunque sólo haya sido un espejismo y una mentira. Me aferro a esos momentos bonitos como si fueran ciertos y no lo fueron, y me odio tanto, tanto...

—Hey, Amelia...

—¡No hay más culpable que yo misma! —exclamó golpeándose el pecho—, no tengo más villano que yo misma, y este miedo, y este anhelo, este estúpido anhelo de amor que me hace débil... Como si no existiera en el mundo otro ser, como si no hubiese nada más, sólo porque quiero tener razón, quiero ganar la apuesta que sin saber hice contra la vida y el destino; quiero demostrarle a Dios que el equivocado es Él, y que yo tenía razón... que yo tenía razón...

Zack la vio llorar, doblada allí en el asiento del copiloto, sin energía, sin voluntad. Parecía más bien el llanto cansado de alguien que ya ha derramado demasiadas lágrimas por lo mismo. Pero ¿cómo podía ella sufrir tanto, si apenas estuvo con él un par de semanas? ¿Qué estaba pasando realmente?

¿Era Damien, su hermano, acerca de quien ella hablaba?

Amelia siempre se comportaba de manera extraña, parecía más bien una adulta que ha vivido demasiado, no la niña que en verdad era. Y estas lágrimas eran muy sabidas, parecían ya trilladas, como un camino viejo por el que ya se ha transitado demasiadas veces.

Se detuvo una cuadra antes de su casa y esperó a que se calmara. Le prestó su pañuelo, que quedó sucio de polvos y rímel, pero no le importó.

—Soy más valiente de lo que parece —dijo ella al fin, más controlada—. Soy más fuerte de lo que crees.

—¿Y ante quién tienes que ser fuerte y valiente?

—Ante mí misma. Es lo que cuenta, al fin y al cabo.

—¿Y por qué no ser normal? —preguntó él—. ¿Qué es eso tan horrible que te ha ocurrido que no puedes ser normal, sino valiente y fuerte?

—Es que no hay otra opción —sonrió ella—. Las mujeres normales van desprevenidas por la vida, y les ocurre toda clase de cosas. Las fuertes no... ellas van delante, y no pueden asustarse ante nada. Y en el mundo... las mujeres normales no llegan a ninguna parte, mientras que las valientes obtienen lo que quieren.

—No soy mujer —dijo él encogiéndose de hombros—, pero me parece que ese estilo de vida es muy cansado —Ella extendió su mano a él y le tocó la mejilla.

—Eres tan lindo—. Él la miró ceñudo, molesto por esa caricia y esas palabras, sobre todo cuando ella acababa de ver a su hermano y llorar a mares por alguna extraña e incomprensible razón.

—Damien también lo es —dijo, y aunque sabía que luego se reprocharía sus propias palabras, siguió—. Y por él lloras como si fuera un viejo amor perdido y sin esperanza.

—No lloro por él.

—Oh, perdona. Entonces ¿sólo fue una casualidad que lo vieras y luego lloraras? ¿Todo casi al tiempo? Si no hubiese llegado, te habrías escapado con él a un lugar donde ni el FBI te habría encontrado. ¿Qué dijiste más temprano? Hasta te casarías a escondidas con él—. Al escucharlo, Amelia abrió la puerta y salió del auto, y Zack enseguida cayó en cuenta de lo tonta de su acusación.

Salió también y fue tras ella—. Lo siento —dijo cuando la alcanzó.

Amelia se detuvo y lo miró. Pareció querer decir tantas cosas, pero se mordió los labios, lo señaló con su índice y lo hundió en su hombro, pero no dijo nada, nada.

—Amelia...

—¡Eres un tonto! —dijo ella al fin, y ahora le dio un puñetazo en el pecho y echó a andar de nuevo hacia su casa. No le dolió. Amelia pegaba muy mal.

—Lo siento —repitió él—. Alguien con metas tan claras como tú, jamás haría semejante estupidez... —Ella hizo un giro abrupto, ahora dirigiéndose de nuevo al auto. ¿Qué le estaba pasando a esta mujer?

Al fin pareció calmarse, se quedó quieta, respiró profundo y miró al cielo. Zack estuvo otra vez a su lado.

—No lo haré —dijo como para sí—. Soy distinta, soy dueña de mí misma. Soy inteligente.

—Lo eres... ¿Acaso lo dudas? —ella elevó sus cejas y lo miró. Zack la miraba entre la confusión, la sorpresa y la curiosidad. Ella sí que se estaba portando muy extraño esta noche.

Cálmate, se dijo una vez más. Céntrate.

Se llenó del aire de la noche, de los sonidos de inicio del verano, del calor que ya se empezaba a sentir.

Y de la reconfortante compañía de Zack, que, a pesar de tantas cosas, era su amigo. En esta vida y en la otra.

Pensando en todo eso, pudo tranquilizarse al fin, la fuente de las lágrimas y los mocos se secó, y el nudo en su garganta se fue desatando. Se recostó en el auto de los padres de Zack y miró en derredor.

La calle en general estaba muy tranquila, los vecinos estaban ocupados al interior de sus hogares, o ya durmiendo. Paradise no tenía vida nocturna, todo el mundo estaba siempre temprano en casa, y a las once de la noche, ya era muy tarde para ellos.

Tomó la muñeca de Zack, que se había acercado, para comprobar la hora. Sólo les quedaban diez minutos.

Tontos horarios. Qué bien le vendría irse a otro lado ahora y despejarse otro poco. Pero no, tenía que volver a casa. Él la entendió, así que le sostuvo la puerta para que ella volviera entrar al auto, y ella hizo una mueca y entró.

—Por favor, Zack —murmuró cuando él estuvo frente al volante de nuevo—. Créeme cuando te digo que lo de Damien... no fue tan importante como él lo hace parecer—. Él no dijo nada, sólo la miró de reojo y soltó los frenos. En

menos de un instante estuvieron de nuevo frente a su casa—. Y no volvería con Damien... —insistió ella, pero Zack seguía en silencio. Lo vio bajarse del auto, dar la vuelta y abrirle la puerta—. Ni aunque fuera el último hombre sobre la tierra... —siguió— Te lo juro por...

—No tienes que jurarme algo así —contestó él extendiéndole la mano para que ella bajara al fin. Amelia lo hizo, pero no avanzó hacia la casa. Seguro que sus padres estaban despiertos y asomados a las ventanas vigilando la llegada de su hija, pero no le importó.

—Te lo juro por mi útero —terminó diciendo ella, y Zack la miró espantado. Era el juramento más extraño sobre la tierra.

—De... acuerdo.

—Y por todos los hijos que tendré en el futuro. Quiero tres. Tres niños. Van a ser guapos e inteligentes. Van a tener una mamá que los adorará... —él elevó una ceja mirándola entre divertido y espantado.

—No sé por qué me estás jurando algo así. Es... extremo. No soy nadie para que me hagas ese tipo de juramentos—. Ella le tomó la mano y lo miró fijamente.

—Sí eres alguien. Eres... mi polo a tierra, eres... Sonará extraño, pero eres también mi espejo. Quiero sentirme orgullosa de lo que se refleja a través de tus ojos.

—Dios, esos libros tuyos sí que son raros—. Amelia se echó a reír, pero siguió:

—Me portaré tan bien, que seguramente sólo tendré sexo luego del matrimonio.

—Oh, ¿de veras? —rio él otra vez, con esa sonrisa linda y sin brackets—. Deberás encontrar entonces un novio paciente... o que comparta tus creencias.

—No se trata de creencias. Es supervivencia.

—Entonces todas las chicas que perderán la virginidad esta noche han arriesgado tontamente su vida—. La sonrisa de ella se desdibujó un poco.

—Te quiero, Zack—. Él bajó la mirada.

—Sí —dijo con voz apagada—. Ya lo has dicho antes.

Ella respiró profundo, y poniéndose en puntas de pie, le dio un beso en la mejilla. Él se quedó allí, con sus ojos cerrados y aguantando la respiración, pero ella sólo se giró y se encaminó a la puerta de su casa.

—¿Todo bien? —preguntó Elvis, mirando a su hija de arriba abajo, como si así fuera a encontrar algo fuera de lugar en ella.

—Todo perfecto, papá —contestó Amelia sin energía.

—Mmmm

Mi himen sigue en su lugar, hubiera querido decir, pero mejor se guardó su broma y subió a su habitación. Se desvistió y se retiró el maquillaje.

Extrañamente, sus ganas de llorar se habían evaporado.

¿Qué hubiese pasado si no llego en ese momento?, había preguntado Zack, pero ella ya tenía una respuesta a ese interrogante.

Si Zack no hubiese llegado en el momento en que lo hizo, ella, de todos modos, no habría cedido ante las palabras y miradas bonitas de Damien. No lo habría besado, no habría caído en la tentación. Poco a poco, él estaba dejando de ser una tentación. Las ganas de demostrarle al mundo que no había sido tan malo, se iban yendo.

No era tan tonta, después de todo.

Era inteligente.

Zack llegó a su casa y encontró a su hermano menor sentado en la entrada. No podía esquivarlo, él estaba en medio. Lo había estado esperando, era evidente.

Zack se quedó frente a él, con los brazos caídos en señal de calma. Damien era el deportista de la familia, y corpulento, mucho más pesado que él. Seguro lo reventaría a golpes si se empeñaba. Rayos, su genética no le había ayudado mucho para situaciones como esta.

Damien se puso en pie, y como estaba un escalón arriba, parecía más alto. Una ilusión.

—Deja a Amelia en paz —fue su advertencia—. Es mi novia. Yo la vi primero—. Zack sonrió.

—Escúchate. No tienes cinco años, Damien. Ella no es un juguete del que te puedes encaprichar.

—No me importa tu estúpida cháchara, sólo dime que la dejarás en paz—. Zack tragó saliva.

—Estaré lejos mucho tiempo. No tendré oportunidad de hacer nada... ¿No te tranquiliza eso?

—No quiero que ella piense en ti. No quiero que seas su amigo. Es mi novia, respeta eso.

—Amelia tiene derecho a elegir sus amigos; aunque fuera tu novia, no podrías prohibirle nada... Y en realidad... ella no es tu novia, Damien.

—Sí lo es.

—¿Entonces por qué ella dice lo contrario?

—¡Está confundida! Pero yo haré que vuelva sobre sus cabales y regrese

conmigo. No quiero a ninguna otra mujer —Zack frunció el ceño.

—Pero estos meses has tenido como tres novias...

—No es tu problema.

—Si en verdad la quisieras, te conducirías de otra manera.

—Ya te dije que no te metas en lo que no te importa.

—Pero ella sí me importa, Damien —le dijo Zack con voz suave—. Si te empeñas con Amelia, sólo la harás infeliz. Ella está huyendo de ti, ¿no lo entiendes? De alguna manera intuye que sólo le harás daño y quiere escapar de tus garras, pero no la dejas.

—¿Qué te crees que eres? Hablándome de esa forma como si supieras mucho de mí y de ella.

—Sé lo que ella me ha contado, y viéndote ahora, le doy la razón.

—Sólo quieres torcer las cosas para que se quede contigo y no conmigo. Pero ella ya es mía —se le acercó más y casi en la cara le susurró—. Si quieres mis sobras, entonces espera tu turno a que acabe con ella—. Zack no lo soportó. Se consideraba el hombre más pacífico, pero eso lo irritó sobremanera, así que empujó a su hermano con tal fuerza que éste cayó sobre los arbustos del jardín, y le costó volver a ponerse en pie.

—Dices quererla y al tiempo hablas de usarla y tirarla. ¿Pero qué clase de hombre eres? —le gritó—. ¿Quién te crees para hablar de esa manera de la vida de otra persona? ¡Estás enfermo! —la algarabía pareció alertar a los habitantes de la casa, y Howard salió a tiempo de ver a Damien estamparle un puñetazo a su hermano Zack. De inmediato se puso entre los dos, empujó a un lado al mayor, que ya se preparaba para devolver el golpe y a Damien lo tomó de la oreja, dejándolo fuera de combate al instante.

—¿Qué significa esto! —bramó—. Mis dos hijos peleando en el jardín de mi casa. ¡Qué rayos significa esto! ¡Explíquense!

—¡Fue Zack! —acusó Damien.

—Pero tú diste el primer golpe, ¡te vi! ¿No les he enseñado que nada justifica la violencia? —Zack se limpió la sangre del labio sin mirar a nadie.

—Lo siento, papá.

—¡Me decepcionan! —volvió a exclamar Howard, y Denise se acercó a su hijo mayor para mirarle el labio. Estaba roto y se hinchaba—. ¡Pídele disculpas a tu hermano! —ordenó Howard moviendo a Damien con un fuerte tirón en la oreja, de donde aún lo tenía asido.

—¡Jamás!

—Que lo hagas, te digo, o te tiraré tanto de la oreja que mañana andarás

con ella a rastras.

—Pero fue él...

—No me interesa. Discúlpate. Te lo advierto, Damien, ¿o es que quieres pasar todo el verano en tu habitación?

—No hace falta —dijo Zack adelantándose un paso—. Yo me disculpo.

—Responde, Damien —azuzó Howard, y Damien, con los dientes apretados y rojo de ira, tuvo que aceptar la disculpa de su hermano. A Howard le pareció lo suficientemente sincera, así que lo soltó al fin—. ¡Son hermanos! —exclamó—. Sólo se tienen el uno al otro. En vez de pelearse a golpes, ¡deberían ser amigos! —Ninguno dijo nada, y Damien sólo se ajustó el traje mirando a su padre como si también quisiese pegarle a él. Denise seguía estudiando el labio de Zack.

—Estoy bien, mamá.

—Déjame ponerte hielo —le dijo, conduciéndolo al interior de la casa. Zack vio a Catherine en pijama mirando a sus dos hermanos disgustados con ojos enormes—. Lo siento Cath —le dijo, y ella se acercó a él para mirarlo.

—¿Por qué te dejaste pegar? —le preguntó, y él sólo sonrió. Denise le puso hielo en el labio y él se quejó un poco, pero luego se sintió mejor.

Damien subió las escaleras furioso. Todos alrededor de Zack como si fuera el príncipe de la casa. Desde que había anunciado que lo habían aceptado en Cambridge era como el centro de atención de todo el mundo. No, desde antes. Desde siempre.

Y ahora Amelia andaba con él para arriba y para abajo. Dios, ¡cuánto detestaba eso!

Pero Zack tenía razón. Él se iría. Se iría lejos, y no podría tocarla por muy largo que fuera su brazo.

Le quedaba todavía un año para recuperarla, y si averiguaba a qué universidad iba ella, haría lo posible por seguirla allí. No le dejaría Amelia a Zack. Ella era suya. Era lo único en lo que no iba a dejar que Zack ganara.

Las semanas de aquel verano se pasaron demasiado rápido. Amelia nunca se enteró de la pelea entre el par de hermanos, así que no hubo preguntas incómodas, y dado que ambos tenían un empleo de medio tiempo, sólo se podían ver por las noches, y entonces Elvis puso la absurda regla que decía que a las nueve tenía que estar de nuevo en casa.

Zack era un poco ñoño, así que las veces que salían, volvía con ella antes de las nueve, pero entonces ella lo convencía de quedarse otro rato viendo la tele, jugando algún juego de mesa, y así se fue integrando a la familia. Elvis le hacía preguntas acerca de lo que le esperaba en Inglaterra, y Zack le contestaba al principio con un poco de timidez, pero luego con más confianza.

Verlo partir fue muy duro para ella. No lo acompañó al aeropuerto porque ya iban justos en el auto con todo el equipaje de él, pero él sí que vino a su casa a verla por última vez antes de partir. Ella le dio un muy fuerte abrazo, muy sentido, pues lo iba a dejar de ver por muchos años.

—Y recuerda, eres brillante —le dijo ella mirándolo fijamente a los ojos como si así la información fuera a entrar mejor en su mente—, tu cerebro es oro puro. Puedes conquistar el mundo si te lo propones.

—Vale, vale —sonreía él.

—La tecnología es el futuro del mundo, no te desvíes. Eres un ganador, y contigo se juntarán los ganadores—. Él volvió a reír, y ella lo volvió a abrazar—. Y no te enamores de... de nadie. Las inglesas son feas todas.

—Pobres inglesas.

—Ni las niñas ricas. No te enamores de ninguna.

—Lo intentaré. Mi corazón es joven, después de todo—. Ella lo miró fijamente a los ojos. Lo que quería, en verdad, era meterse en su maleta e irse con él.

—Te voy a extrañar muchísimo —dijo, tratando de contener sus emociones, pero le era difícil, y los ojos se le humedecieron. Se había propuesto no llorar, pero estaba fallando.

—Yo... intentaré pensar en ti —siguió él con el mismo tono bromista—, pero no te garantizo nada —ella le dio un suave manotazo en el hombro, pero él sólo se echó a reír y la abrazó por última vez.

—Estaremos bien —susurró él sin soltarla—. Estaremos en contacto.

—Abre una cuenta de correo electrónico en cuanto puedas.

—Ya te dije que lo haré.

—Por favor, no te pierdas. Prométeme que...

—Amelia, voy a estar bien. Y tú... Espero que no necesites otra vez que te rescaten de Damien.

—Oh, no te preocupes. Yo solita lo mandaré a la mierda si se pone pesado de nuevo —él la miró extraño, como si sus palabras le sonaran de algo.

Un dèja vú.

Ella se echó de nuevo a sus brazos, y él incluso la alzó un poco en una larga, larga despedida. Le dio un beso en la frente y al fin dio la media vuelta para subirse al auto donde lo esperaba toda la familia. Amelia se despidió agitando su mano largo rato hasta que los perdió de vista, pero el nudo en la garganta no se deshizo aun después de eso.

Es para bien, es para bien, se repitió Amelia una y otra vez. Esto le hará bien. No sé por qué esto cambió, pero debo creer que es para bien...

Se preguntaba qué tenían que ver con Zack el cambio en sus decisiones. Por qué lo habían afectado a él de esta manera. No entendía, pero no podía enfadarse; a él le iría bien, estaba segura.

El nuevo año escolar inició demasiado pronto, Damien y ella compartieron salón en muchas asignaturas, pero nunca permitió que se sentara a su lado. Él la buscaba constantemente, pero tenía una ventaja sobre él: ella sabía lo que él detestaba, así que cuando él conseguía hacerse en los mismos grupos de estudio, ella, que por lo regular era la líder, le ponía cargas más pesadas que a los demás.

Damien era un estudiante promedio, sus notas no eran ni buenas, ni malas, así que no podía seguirle el ritmo, y pronto se dio cuenta de que seguir acosándola sólo representaba estar más tiempo metido entre los libros, siendo que él prefería el deporte y el aire libre.

—¿Por qué eres así? —le preguntaba—. ¿Por qué me tratas así? ¿Por qué...?

—Pareces una campana resonando y resonando —le reprochó ella, con la enorme satisfacción de usar una de las frases que él le dedicó muchas veces—. Me cansas con tus ruegos. No me digas que estás tan enamorado de mí que no puedes respirar si no me ves. ¡Busca tu propia independencia! ¡Vive tu propia vida! —él la miró con ojos como platos, y ella no pudo más que tragarse las ganas de reír.

¿Qué se siente que te devuelvan tus propias frases?, quiso preguntarle, pero sólo se quedó callada.

A veces se sentía un poco culpable por estar castigando al Damien inocente, al que no había hecho nada, pero cuando se enteraba de que iba dejando novias como muertos deja una ametralladora, se le pasaba el arrepentimiento. No había cambiado, era el mismo Damien que, al tiempo que le juraba a ella amor eterno, se acostaba con muchas más.

¡Comunicarse con Zack era tan difícil! Al principio le llegó una carta, él había tenido que mandarla junto con las de su familia, pues, explicaba, el gasto de envío era enorme desde Europa, pero ya luego no le llegaron más, y no se atrevía a ir a casa de los Galecki si acaso entre su correspondencia no había nada de parte de Zack para ella.

Ella sí le escribía. Era verdad que costaba, pero destinaba parte de su salario para eso, y cuando definitivamente no se lo podía permitir, le entregaba su sobre a Denise para que la enviara junto a las suyas. En la primera carta él le había escrito el código postal al que podía enviarle sus misivas, y Amelia no podía creer que todavía estuvieran tan lejos el día en que cada casa tuviera conexión a internet y wifi.

—Sistema Windows, ¿dónde estás! —gritó una vez, y sus compañeros la miraron como si hubiese enloquecido—. ¡¡Bill Gates, deja de hacer el tonto y ponte a trabajar!!

Y así se pasó mil novecientos noventa y siete. Y en diciembre, Penny les anunció a sus padres que estaba embarazada.

Vio todo el show que hicieron sus padres desde otra perspectiva. Recordó que, en la otra línea de tiempo, su madre casi sufre un infarto, o así se comportó, y Elvis bramaba y bramaba como si con eso pudiera remediar las cosas. Penny no dejó de llorar, y disculparse una y otra vez.

Estaba sucediendo exactamente igual.

Si esto seguía así, ella dejaría la universidad, porque sus padres se opondrían a seguirla pagando, y entonces Penny se casaría, tendría a su bebé, y no podría retomar la carrera sino dos o tres años después. Y cuando al fin sus padres consideraran que a pesar de haber fornicado y haberse embarazado ella seguía siendo su hija, y este bebé era su nieto, Mary entonces enfermaría y moriría lamentando el tiempo que no disfrutó junto a su hija y su nieto.

Respiró profundo. Se puso en pie y caminó hasta su hermana, que, sentada en el sofá de la sala, lloraba desconsolada mientras su padre seguía gritando

lo mucho que se avergonzaba de ella, y la deshonra que había caído sobre la familia por su culpa. Richard estaba allí, pues había ido a dar la cara ante sus suegros, pero no soportaba que estuviesen tratando tan mal a Penny.

—¡No la toques! —gritó Elvis cuando Amelia se sentó al lado de Penny en el sofá—. ¡No vaya a ser que le contagies tu... pecado!

—¡No es justo que digas eso, papá! —exclamó Amelia mirando a su padre sumamente molesta.

—Tú ni siquiera deberías estar aquí. ¡Vete a tu habitación! No quiero que te manches los oídos con las desvergüenzas de tu hermana.

—¡Lo que está manchando mis oídos en este momento es ver el poco amor que ustedes son capaces de practicar! —exclamó mirando ahora a Elvis, y luego a Mary—. Mucho amor, mucho perdón de Dios, pero a tu propia hija que sólo cometió un error la tratas como a la peor basura. Dime con quién estará más enojado Dios, si contra una joven que se dejó llevar por sus impulsos, o contra ti, un hombre hecho y derecho, experimentado, que, predicando el amor y la bondad, haces sentir como nada a tu propia hija y te regodeas rompiendo su corazón.

—Pero, ¿quién te crees que eres para tratar así a tu padre? —gritó ahora Mary, roja de ira—. ¡A tu habitación, ahora mismo!

—Que sepas que no estoy de acuerdo con lo que haces, papá —siguió Amelia, avanzando hacia las escaleras que llevaban al segundo piso, pero dispuesta a hacerse oír antes—. Ella sigue siendo tu hija, y ese bebé es tu nieto. ¡Tu nieto! ¡Seguro hasta se parecerá a ti! Y piénsalo dos veces antes de desterrarlos de tu familia, porque cuando pasen los años, los dos lamentarán el tiempo que no estuvieron allí para verlo crecer y formarse, el haber dejado sola a su hija en la dificultad sólo porque se atrevió a desobedecerles. Penny es una buena chica a pesar de todo. No aplaudo su proceder, pero tampoco la condeno. ¡No somos quién para eso!

Se hizo el silencio, y Amelia lo aprovechó para hacer una gran salida. Subió las escaleras, entró a su habitación y tiró la puerta.

Oh, Dios, lo había hecho. Lo había dicho. Se tapó los oídos, como si así fuera a cubrir el ruido ensordecedor de su propio corazón. ¿Qué pasaría ahora? ¿Ayudaría esto en algo a su hermana? Oh, ¿por qué sus padres eran tan cerrados de mente y corazón?

No escuchó más gritos abajo. Su padre había dejado de bramar, y al parecer, también Mary había perdido las ganas de seguir gritando. Abrió con mucho cuidado la puerta y se asomó por las escaleras a ver qué estaba

sucediendo, y entonces oyó la pausada voz de Richard.

—Me casaré con ella, por supuesto —decía él, y eso le extrañó. Recordaba muy bien que había sido su padre quien impusiera el matrimonio. Ahora no lo harían por imposición, sino porque él mismo lo proponía.

No habían tenido oportunidad de quitarles eso, al menos.

—Yo ya estoy a punto de graduarme, conseguiré un empleo y mantendré a Penny y a nuestro hijo. Será difícil al principio... pero yo la amo, y estoy dispuesto a hacer lo que sea para que no le falte nada.

—¿Casarse? —preguntó Mary—. Pero si no son más que unos... niños.

Qué ironía, pensó Amelia con una sonrisa torcida. Antes fue ella la que más insistió para que se casaran, para cubrir lo más pronto posible la vergüenza cometida por su hija ante toda su comunidad y amistades, y ahora le parecía que eran muy niños, sólo porque había sido él quien lo propusiera.

—Me casaré —dijo Penny, aunque con voz vacilante—. Yo amo a Richard. Lo siento, papá, mamá, por defraudarlos tanto. Recogeré mis cosas y...

—¿A dónde piensas ir...?

—Dijiste que...

—No he dicho nada. Si te vas a casar, bien. Pero de esta casa no te vas sino vestida de blanco, ¿me entiendes? Tienen dos meses —advirtió Elvis, mirando a Richard—. Dos meses, antes de que se empiece a notar la panza.

—Sí, señor.

—Ay, hija —se lamentó Mary—. Si hubieses hecho bien las cosas...

—Pero se enderezará —insistió Elvis—. No son los primeros, ni serán los últimos, que hagan las cosas al revés—. Amelia frunció el ceño al oírlo hablar así. Luego suspiró. Parecía ser que, después de todo, sí había ayudado un poco a su hermana.

Esto se comprobó cuando, horas más tarde, Penny entró a su habitación, y sentándose a su lado en la cama, la abrazó.

—Gracias —le dijo—. Les dijiste sus verdades con tanta fuerza que no tuvieron más opción que escucharte. Yo jamás habría sido capaz de tanto. Gracias, Amy.

—No pasa nada, Penny. Era lo menos. Ellos... ni se imaginan todo el daño que son capaces de hacer con su rigidez moral.

—Pero, ¿cómo...? ¿De dónde sacaste tanta fuerza? ¡Me asombras! Te digo que les cambió la cara de inmediato, no se lo podían creer, y encima, los pusiste a pensar... —Amelia le puso una mano en el vientre.

—Es que es la verdad. Esta cosita de aquí no tiene culpa de nada... y sería

el que más sufriría si ellos seguían así. Para nada, porque con el paso de los años te perdonarían. Los papás son los papás, y aunque orgullosos, su amor es incondicional.

—Te escucho y no lo creo. De verdad que hablas con tanta madurez.

—Te felicito —dijo Amelia desviando el tema—. Richard es un buen chico. Al menos... has escogido bien. Y cuando Andrew nazca...

—¿Andrew? —preguntó Penny poniendo también su mano en su vientre—. Ni siquiera podemos saber aún si es niño o niña.

—Bueno, si es niño, llámalo Andrew. Yo te prometo malcriarlo —Penny se echó a reír.

Llegó el nuevo año, y con él, la notificación de su aceptación en la universidad de Berkeley. Y no sólo eso. Estaba becada.

Saltó de alegría, abrazó a sus padres, a Penny, a sus maestros, a la directora de la escuela. Berkeley era un sueño que antes ni siquiera se atrevió a soñar.

Pero, ¿cómo no iba a conseguirlo, si estaban tratando ya con una profesional que había hecho un máster, tres diplomados y hasta había empezado un doctorado? Los otros aspirantes no habían tenido la menor oportunidad frente a ella, pensaba con una sonrisa.

—Yo... yo pensé que irías a Sacramento —dijo Mary, más que asombrada, mirando a su hija con ojos como platos, y pareciendo no poder creerlo, aunque tenía la carta de aceptación de la universidad en sus manos—, igual que tu hermana.

—¿Te molesta? —le preguntó Amelia, aunque si a su madre le molestaba, iba a tener que contentarse.

—¿Estás loca? Ninguna de mis amigas tiene hijas que hayan ido tan lejos.

—Te dije que sería el orgullo de la familia —rió Amelia entonces.

Mientras celebraba con sus amigas de la escuela, le pareció que Damien, por el contrario, se molestaba. Él había conseguido entrar a una buena universidad en San Francisco, pero no podría, ni por asomo, seguirle los pasos en Berkeley.

Sería libre de él los siguientes cinco años.

—Cath, ¿me das un momento, por favor? —la llamó Amelia, y Catherine, hermana de Zack, se giró a ella.

—Ah, hola, Amy...

—¿Les ha vuelto a escribir a Zack?

—Claro, siempre. ¿Por qué?

—Ah... es que... No es nada.

—¿No te ha escrito más?

—Pues... no. Raro, ¿no? —rio ella, tratando de quitarle peso a algo que en verdad la lastimaba—. Debe estar muy ocupado.

—No lo creo. A nosotros nos escribe con regularidad, y hace cartas largas... —aquellas palabras sólo hacían que a Amelia le doliera más el corazón. Se despidió de Catherine sintiéndose preocupada. Ella pronto se iría de Paradise, y él perdería su contacto. ¿Cómo iba a saber dónde escribirle?

Llegó su propia fiesta de graduación. Ella había aceptado ir con uno de sus compañeros que le pidió ser su pareja. Era algo gracioso, porque el chico era bastante tímido, y le tuvo que dejar caer varias veces que si él la invitaba ella aceptaría... Había otros chicos que también le caían bien y que se habían acercado para preguntarle por el baile, pero Amelia ya había elegido a uno y estaba más que conforme.

Notaba que estos niños, a pesar de que ella era un poco imponente, no perdían el arrojo y se lanzaban de vez en cuando. Ojalá no cambien cuando se hagan hombres, pensó Amelia con pesar, pues en un tiempo ella sintió que los hombres se intimidaban tanto por su éxito o su manera de ser que eran pocos los que se le acercaban con buena intención.

Damien le pidió ser su pareja, por supuesto. O simplemente le dijo que iría por ella a su casa, sin preguntarle si estaba de acuerdo o no.

—Ya tengo con quién ir —fue lo que le contestó ella, pero él no se dio por enterado. Pareció entrarle por un oído y salirle por el otro, porque fue por ella a su casa, sólo que ya Amelia se había ido con el otro chico.

—No sabía que eras tan popular —le dijo su madre después—. Dos chicos quisieron llevarte a tu fiesta de graduación... Increíble.

—No es tan increíble. Y no soy tan popular—. Pero Mary la miró sabedoramente. Ella sí que creía que su hija era muy popular. Había considerado que Dios le había dado dos hijas bonitas. Penny era guapa, tal vez más que Amelia, pero esta última había sabido aprovechar mejor sus encantos. No era coqueta, o ella misma se lo habría reprochado, pero definitivamente tenía algo que atraía a todos.

Ese verano no tuvo que aguantarse la cara de Damien haciéndole reproches, pues, en celebración porque Amelia había entrado a una excelente universidad, y que Penny ya se había graduado, la familia Ferrer se fue al pueblo de su abuela, la madre de Elvis, y allí se estuvieron la temporada. Los recién casados fueron bien recibidos por Tita, la abuela, quien felicitó a Elvis por no haber sido mente-cerrada y haber aceptado a su hija de vuelta.

Fue un verano genial, aunque no supo nada de sus amigos en esos días. La época en la que su felicidad dependía de la compañía que tuviese al lado había pasado hacía muchísimo tiempo; había aprendido a disfrutar también de la soledad.

Pero también había días en que lamentaba que aún no pudiese llamar a Zack a su antojo.

Lo extrañaba de verdad. Se había vuelto más su amigo ahora de lo que fue jamás, o así lo sentía. Pero sólo había recibido hasta ahora una sola carta de él, y eso le tenía el corazón oprimido.

Amelia sintió que Berkeley la recibió con los brazos abiertos. ¡Su primer año de carrera! Lo único que lamentaba de tener que mudarse a San Francisco, era no pasar todo el tiempo que quería con su sobrino, Andrew, que era tan hermoso de bebé como lo recordaba. La relación entre Penny y Mary, sin embargo, sí que era muy diferente. Penny no tuvo que pasar el tiempo de la dieta sola, pues su madre estuvo allí con ella dándole consejos, apoyo y a veces, hasta regaños. Ellas se llevaban bien a pesar del terrible pecado que la más joven había cometido a ojos de los mayores.

Sólo pudo pasar con el pequeño sus primeras semanas de nacido, pues pronto tuvo que hacer sus maletas y mudarse a la gran ciudad.

Oh, cuántas cosas podría hacer ahora. Era libre, totalmente libre. Libre de Damien, de sus padres, de mil ataduras que no se imaginó que tenía en su primera experiencia en la universidad.

Eligió negocios, porque le encantaba, y pronto empezó a empaparse en los temas de estudio. Al tiempo, aceptó un trabajo por horas en una cafetería, y pronto fue algo más que la cajera. Era innegable que tenía madera en esto de llevar negocios, y logró obtener un mejor sueldo y mejores responsabilidades. Ya no tenía que volver cada fin de semana a casa de sus padres, pues ellos entendían que debía aprovechar para estudiar y hacer dinero, pero no por eso los dejaba de ver. Cada vez que tenía un tiempo libre iba a ver a sus padres, a llevarles un obsequio, a insistirle a su madre que fuera al médico a hacerse el chequeo de siempre.

A Zack le siguió escribiendo, aunque no obtenía respuesta de él, esperando pacientemente por el e-mail que siempre le rogaba que abriera en cada una de sus cartas, ella no había podido abrir el suyo sino hasta que entró a la universidad, y aun entonces, perdió la cuenta un par de veces, pues las plataformas de correo aún no eran estables, pero en cada carta que le enviaba a Zack le detallaba su nuevo usuario para que le escribiera allí, y seguía sin

respuesta.

Hasta que, en las primeras vacaciones de verano que tuvo luego de ingresar a Berkeley, Cath la fue a visitar en su casa.

—Una carta de Zack para ti —dijo ella con una sonrisa, y la de Amelia se iluminó enormemente. La tomó de sus manos y fue a abrirla, pero entonces se dio cuenta de que ya el sobre estaba roto, y miró a Catherine interrogante.

—Esta llegó dirigida a mí —fue su respuesta—. Las primeras páginas iban para mí y todo, y luego... como comprobarás cuando la leas, me pide que te entregue a ti el sobre, porque... al parecer, sospecha que alguien está interceptando sus cartas, y quiere despistar al enemigo.

—Alguien está... —se quedó en silencio, pues era evidente que, si Zack había estado escribiéndole, y las cartas no le habían estado llegando, era culpa de alguien en especial. Damien.

¡Oh, pero eso no había detenido a Zack! Había sido más inteligente y logró encontrar una manera de comunicarse al fin. Usó a Catherine... y ella no debía estar muy contenta.

—Lo siento —se disculpó ella un poco incómoda, pero Catherine sólo sonrió.

—No sientas nada. Me encanta ser parte de una aventura.

—No es una aventura.

—¿Un amor en ciernes no lo es? El par de amantes es separado por los avatares de la vida —dijo Catherine usando un tono de voz como si estuviera en las tablas de un teatro—, pero el sentimiento de ambos es fuerte y trasciende el tiempo y la distancia. Si eso no es una aventura, vas a tener que explicarme qué es —Amelia rio agitando su cabeza—. Tú me caes bien —siguió Catherine—. Si te casas con Zack, seremos hermanas políticas—. Algo atravesó el corazón de Amelia. Ella y Catherine ya habían sido hermanas políticas, en otra vida.

Pero nunca se imaginó que ella dijera algo así no por Damien.

—Te dejo para que leas tu carta —se despidió Catherine con picardía—. Te prometo que no lo leí. Mi hermano me hizo jurar que no lo haría.

—¿Y cumples todos tus juramentos?

—Casi todos —rio Catherine, y se fue al fin. Amelia corrió al instante a su habitación y sacó el montón de hojas de dentro del sobre.

La carta había sido enviada hacía ya varios meses, y aquello le pesó. Zack llevaba todo este tiempo esperando respuesta, pero Catherine había esperado al verano para entregársela.

Oh, diablos. Cada día se desesperaba más por la llegada del mundo digital.

Leyó lo que iba dirigido a Catherine. Empezaba como una carta muy normal entre hermanos, y la manera en que le pedía que lo disculpara por usarla para hacerle llegar su carta a Amelia. Y luego se dirigía a ella.

Nunca se imaginó que recibir una carta fuera tan emocionante. Ahora le parecía que los e-mails eran tan fríos e impersonales... Esta era la letra de Zack. Estas mismas hojas de papel las había tenido él entre sus manos, casi olían a él.

El corazón le retumbaba en el pecho, y no pudo detenerse a analizar esta nueva emoción. Era tan pura y tan brillante...

Querida Amelia, decía la carta de Zack.

Temo que he tenido que usar unas cuantas artimañas para al fin hacerte llegar una carta. He recibido las tuyas, y al revisar su contenido, y la manera en que me contabas las cosas, empecé a sospechar que mis cartas a ti no te estaban llegando. Intenté enviarte un e-mail, pero este me fue devuelto como si tu cuenta tuviese un error, de modo que seguí intentándolo en la manera tradicional. El correo desde aquí hasta California es bastante complicado, por eso al principio imaginé que unas cuantas se habían extraviado en el camino, pero al ver que el asunto se repetía, me empecé a imaginar lo peor.

Sí, lo peor, se dijo Amelia. Qué ganas de castrar a Damien.

Y, como es seguro que no te ha llegado ninguna de mis cartas, entonces te todo desde el principio. En estos casi dos años que llevo aquí en Inglaterra me ha ido muy bien. Al principio fue un poco difícil, pero ya no es así; he hecho amigos, y mi carrera progresa satisfactoriamente. Me he esforzado para hacerme notar con mis calificaciones, y creo que lo he conseguido.

Comparto piso con un par de compañeros que hacen la vida bastante emocionante. Ellos me cuidan de no dedicarme enteramente a estudiar.

Amelia ya odiaba a ese par. Como si dedicarse enteramente a estudiar fuera malo. Seguro que le presentaban chicas, los muy hijos de su madre.

La carta seguía hablándole de su vida en la universidad, de su trabajo como becario, de lo interesante de las clases, y al final, escribió su dirección de correo electrónico, que, según él, había abierto expresamente para comunicarse con ella. Amelia sintió sus ojos húmedos al ver su usuario seguido del signo arroba. Ya era hora, se dijo limpiándose una lágrima. Tom Hanks y Meg Ryan ya habían lanzado su película "Tienes un e-mail". Ya era hora que ella también recibiese uno.

Y al final, él se despidió diciendo que todo estaba bien, que él estaba bien,

y que esperaba que ella también lo estuviese, y que la echaba de menos.

Amelia terminó de leer la carta sintiendo que, a pesar de decir que la echaba de menos, esto era más bien un anticlímax. Había un vacío en esta carta, pero no hallaba el qué.

De inmediato salió de casa y se encaminó a la biblioteca pública, donde sabía que había computadores e internet gratis, y se dispuso a escribirle a Zack, pero una vez frente a la pantalla, se quedó allí, sin poder escribir, sintiendo todavía ese vacío.

Faltaba algo.

Mi querido Zack, empezó a escribir.

Por fin he recibido tu carta. Un poco tarde, pero al fin llegó a mí. Que sepas que todos estos meses sin saber de ti fueron muy angustiantes; pensé que simplemente ya no te interesaba seguir nuestra amistad y me pinté mil escenarios horribles, y me disculpo, porque mientras yo pensaba lo peor, tú buscabas una forma de comunicarte.

Tengo que reconocer que no imaginé que Damien hiciera algo como interceptar tus cartas; no me imagino tampoco cómo lo hizo, pero habrá encontrado sus maneras. De todos modos, me alegra mucho que hayas podido idear una forma de comunicarte conmigo. ¡Me alegra tanto! Te...

Se detuvo.

¿Qué iba a decir?

Cerró sus ojos y deshizo una parte del escrito.

Tenía una frase atorada entre su pecho y su boca. Una frase que pugnaba por salir.

Te extraño.

No, no era te extraño.

Te quiero, era.

No.

Te amo.

Sus ojos se humedecieron.

Claro que amaba a Zack. Era el mejor amigo del mundo mundial. Era tan inteligente y tan amable, y siempre dispuesto para ella. Siempre que lo había necesitado había estado allí, siempre, en esta vida, en la pasada... y hasta ahora se daba cuenta de que ella no había valorado esa amistad como se debía.

Claro que lo amaba, pero... ¿De qué forma lo amaba? ¿Como a un hermano? ¿Como a un hombre?

Sacudió su cabeza. Era una respuesta muy sencilla de obtener. Sólo tenía que imaginarse besándolo, pero no, no, no. Porque si admitía que lo amaba de esa manera, ella empezaría a preguntarse si él sentía lo mismo.

¡Intentó besarte antes!, le respondió su subconsciente a la pregunta no formulada.

Pero que haya intentado besarme no significa que me ame, se respondió. Él mismo lo dijo; los hombres siempre quieren besar, y mi boca estaba muy cerca.

Y luego, ¿en qué le ayudaría a ella pensar en él de esa manera? Eso sólo le serviría para atormentarse preguntándose si Zack allá tenía novias, o amigas con derechos. Y si era así, ella no podría reprocharle nada, porque ellos no tenían ninguna relación, y él estaba en toda libertad de acostarse con quien le diera la gana, pues era joven, y sabía, en estos años él se estaba convirtiendo en un chico guapo, realmente guapo. Ninguna mujer con dos dedos de frente lo rechazaría.

Oh, Dios...

Mejor no amarlo de esa manera en especial. Mejor seguirlo amando como amigo. Era lo más saludable y sensato para ella.

Era una experta ocultando sus sentimientos, enterrándolos en lo más profundo hasta que estos se asfixiaban, así que el tema Zack-amor quedó relegado a lo más oscuro de su mente y corazón. Lo quería como amigo; era incapaz de verlo de otra forma, además de inútil.

Terminó su mail diciéndole lo feliz que era de poder comunicarse con él al fin, y que mientras estas plataformas de correos fueran estables, ellos no perderían el contacto.

No lo perdería, suspiró Amelia. Era una lástima que no tuviese el dinero necesario para poder ir a verlo cuando tuviera tiempo, o que viniera él, pero tenía propuesto no perder el contacto.

Recibió respuesta de Zack por el mismo medio la semana siguiente, y de allí en adelante, la comunicación fue mucho más fácil. Sólo tardaban en escribirse cuando el uno o el otro estaba en temporada de exámenes. Y lo comprendían. Escribir un mail sólo tomaba minutos, pero ambos entendían que había días en que no tenías ni siquiera eso de respiro. Nunca se hicieron un reproche. ¡Qué diferente era todo!

De ese modo, Amelia se enteró de que Zack tenía una novia. Y luego, que terminó con ella por alguna tonta razón. Así mismo, Zack se enteró de Andrew, su sobrino, y luego, de que Mary estaba un poco enferma.

Cuando le dijeron a su madre que había algo anormal en los últimos exámenes, y que debía practicarse otro tipo de estudios médicos, Amelia casi había temblado de miedo. Había tiempo, se repetía. Estaban a tiempo. Esas enfermedades son lentas, tardan mucho en desarrollarse. Hay tiempo.

Mary había mirado a su hija no sólo nerviosa por sus propios resultados, sino asombrada porque ella desde el principio había parecido saber lo que iba a ocurrir.

—Yo voy a estar bien —le dijo Mary. Amelia había venido desde San Francisco sólo para verla y comprobar con sus propios ojos que estaba bien—. Mi salud es como un roble—. Sin poder soportarlo, Amelia la abrazó y lloró.

—Tienes que ser fuerte —le dijo—. Sea lo que sea que se avecina, sé fuerte, mamá.

—Sólo es una anomalía. Todavía no han diagnosticado nada grave...

—No importa. Tú sé fuerte.

—No hay otra manera de ser para una madre —sonrió Mary palmeando la espalda de su hija menor—. No hay otra manera.

Se turnó con Penny y su padre para acompañarla a practicarse un sinfín de exámenes, dándole apoyo, diciéndole que estaría bien, que todo pasaría.

A pesar de que los médicos le aseguraban que, por haber descubierto a tiempo lo que estaba ocurriendo había muy pocas posibilidades de que se desarrollara un cáncer, Amelia no dejaba de tener miedo. No hacía más que pensar en los destinos escritos en piedra; ¿y si el de su madre era uno?

No, no, no. No debía pensar eso.

—Supe lo de tu madre —le dijo Damien en una ocasión, acercándose a ella en una cafetería de Paradise. Amelia se sorprendió un poco al verlo, pues no se había vuelto a ver con él desde hacía mucho tiempo, y aunque cuando coincidían en el pueblo él siempre procuraba hablarle, nunca tenía oportunidad, nunca se la daba.

Se sentó frente a ella en la mesa y de inmediato la camarera le tomó el pedido. Damien pidió una cerveza y Amelia no quiso hacer un show levantándose y dejándolo solo. Sólo miró la calle a través del cristal de la ventana.

Él olía bien, a limpio, a loción de hombre, pero aquello no evocó ningún recuerdo agradable en Amelia. Ni siquiera los recuerdos desagradables.

Hacía tiempo que se había declarado curada de Damien.

—Espero que las cosas salgan bien—. Ella sólo asintió sin mirarlo, ni siquiera dijo gracias—. Estás muy guapa—. Eso le hizo torcer los ojos—. De verdad. Lo digo de verdad—. Amelia ladeó su cabeza y lo miró sonriendo sin muchas ganas, y eso pareció molestarlo, pues apretó los labios—. Me preocupo por tu madre, te hago un cumplido... y tú sólo eres grosera conmigo.

—Pobrecito —se burló Amelia, e incluso hizo un puchero.

—No seas así.

—¿Te invité a mi mesa? ¿Te prometí alguna vez ser linda? —Amelia se apresuró a terminar su bebida, pero él, al ver su intención de irse, le tomó la mano.

—No te he olvidado. Diablos... creo que nunca te podré olvidar—. Amelia lo miró con el ceño fruncido en un gesto de incredulidad.

—¿Tendré que pedir una orden de alejamiento? —Damien sonrió esta vez.

—Tal vez. Cada vez que te veo, sólo quiero acercarme y decirte... tantas cosas. Detesto que nuestra historia haya terminado tan mal, que ni siquiera podamos ser amigos.

—¿Quieres una historia? Aquí te tengo una: Había una vez —dijo Amelia mirando al techo y sonriendo con desdén— un joven de dieciséis años que le pareció que una de sus compañeras de la escuela era guapa. Tenía buen cuerpo... las mallas de la clase de gimnasia le quedaban bien. La buscó, le dijo un par de cosas lindas... y ella le sonrió y se dejó besar por él.

—Amelia...

—Se besaron unas cuantas veces —siguió ella, ignorando su reproche—. Pero un día ella pensó que eso que hacía no estaba bien, que no debía

continuar, y se lo dijo: no debemos continuar. Pero ese chico, en vez de pasar página, en vez de seguir su vida, empezó a preguntarse por qué la boba del salón rechazaba al chico popular.

—¡No es eso!

—Y se obsesionó. Y de ahí en adelante, empezó a verla más linda, porque no la podía tener; más interesante, porque lo rechazaba una y otra vez. Y para completar —siguió ella elevando un poco el tono de voz—, ella se hizo amiga de su hermano mayor... por quien siempre ese chico se sintió inseguro.

—¡Nunca! —exclamó Damien, furioso—. Jamás me he sentido... inseguro... por Zack. Nunca en la vida—. Amelia lo miró en silencio y sólo elevó sus cejas, y Damien, tonto, siguió hablando—. Por favor, soy mejor que él en muchos sentidos. Soy más... tengo más... No me siento amenazado. ¿De dónde sacas eso? ¿De dónde sacas que Zack a mí podría superarme en algo? ¿Sólo porque entró a Cambridge? No seas ridícula—. Amelia siguió en silencio, mirándolo sobradamente—. No seas estúpida. No entiendo qué le ves a Zack, si no es más que un escuálido que vive con la nariz metida en los libros, y allá está en su elemento, con otros nerds como él, ñoño, virgen y estúpido—. Aunque aquello disgustó a Amelia, no dejó de mirarlo con esa sonrisita de desprecio.

Funcionó, porque Damien golpeó la mesa y se levantó, pero antes de irse, se inclinó a ella y le habló:

—Tú eres más idiota de lo que pensé.

—Una razón más para dejarme en paz, ¿no te parece? —él apretó los dientes y se alejó gritándole a la camarera, que ya había servido su cerveza, que cancelara su orden. Amelia se quedó allí terminando su bebida, un poco divertida, no lo podía negar, pues nunca Damien podía ganarle una discusión.

Con el paso de los meses, los médicos fueron tratando a Mary, y al fin llegó un día en que le dijeron que todo había pasado, que sólo debía chequearse cada cierto tiempo para eliminar cualquier posibilidad futura de que se volviera a desarrollar, y Amelia tuvo que preguntar exhaustivamente si aquello era cierto, si era verdad que su madre estaba bien.

Mary estaba bien, y Amelia no dudó en ir a su iglesia para agradecerle eso a Dios. Todavía tenía que esperar la fecha en que ella sabía que moría, pero por el momento, podía tener esperanza.

La fecha que no le pasó inadvertida fue aquella en la que ella perdió a su bebé, y de paso su útero. Por esos días tenía miedo hasta de salir a la calle, tomar un bus, salir con sus compañeros de estudios. Prácticamente se estuvo

metida en la biblioteca de la universidad, o en su habitación. Se había propuesto mejorar su alemán y lo estaba consiguiendo, así que ese noviembre casi no vio a nadie, ni salió, ni hizo nada demasiado arriesgado.

Seguía virgen.

Y no por falta de pretendientes, tiempo o cualquier otra cosa. Ella simplemente no quería. No se veía a sí misma teniendo sexo con gente a la que apenas conocía. Ya había pasado por esto, ya sabía qué le aguardaba en la cama y desnuda con un hombre, y no podía negar que a veces quería volver a sentir las caricias de un amante. Pero no hallaba con quién.

Sexo para sentirse hermosa, no lo necesitaba; ella sabía que era hermosa y deseada. Sexo para no sentirse sola, sabía que era, estadísticamente, una mala idea. Varios chicos, de su carrera y de otras, le proponían pasar la noche. La besaban, la acariciaban, pero, aunque su cuerpo despertaba, recordando lo que le esperaba, su corazón no latía con la fuerza debida.

Esta boca no sabía a lo que sabía la boca que ella quería besar. No tenía idea de qué sabor debía ser, pero al cabo de un rato de estar con un chico, su cuerpo se enfriaba y dejaba de desearlo. Los que empezaban siendo sus amigos, y demostraban ser inteligentes o interesantes, les faltaba una chispa, un algo, un no sé qué que para ella era imprescindible, y esas relaciones de amistad no trascendían a nada más. Los que llegaban directamente diciéndole que era hermosa, y que les gustaba, y que querían iniciar con ella una relación romántica, sólo lograban asustarla; ninguno le gustaba lo suficiente como para pasar por etapas de descubrimiento, enamoramiento, adaptación, celos y etcétera.

¿Seguía ella dañada en ese sentido? ¿Seguía siendo incapaz de enamorarse?

No lo sabía, pero ya no era una niña ansiosa por descubrir los placeres del sexo, de los límites de su cuerpo. Ya había experimentado todo aquello, con varios hombres. No muchos, pero sí con unos cuantos. Luego de Damien, con quien el sexo al principio había sido más que placentero, había estado con tres o cuatro hombres más. Varios de ellos en relaciones pasajeras, sólo Joseph en una relación estable.

El sexo era algo demasiado íntimo, precioso... y arriesgado. No importaba el condón, no importaba si tomaba la píldora. No importaba nada. Esa zona de su cuerpo era un templo, y sentía que permitirle a cualquiera la entrada era casi como profanarlo.

Qué me está pasando, se preguntaba. Cumplió los veintidós años, y su himen seguía intacto.

—Eso no me extraña —le dijo Zack por videollamada, cuando le contó que no se enamoraba de ningún hombre y que hasta ahora no se había acostado con ninguno. Con él podía hablar tranquilamente de cualquier tema, incluso de este. Nunca, nunca había temido compartirle a él sus inseguridades. Zack sabía de sus citas al médico por infecciones, o lo nerviosa que había estado antes de la sustentación de un trabajo importante, y hasta de las ganas que tenía de comprarse un par de zapatos de diseñador que había visto en una tienda. Él la escuchaba, e incluso a veces le daba su opinión, y ella lo atendía.

Habían encontrado la manera de saltar el impedimento de las diferencias horarias, y a menos que alguno tuviera algo demasiado importante que hacer, siempre cumplían la cita.

Hasta ahora, él seguía siendo el mismo Zack, excepto por su aspecto físico, claro, y ella seguía encantada de tener a alguien como él en su vida, escuchando cualquier cosa que tuviera que decirle, hasta quedarse en silencio.

Hubo días en que los dos estuvieron demasiado ocupados estudiando o redactando algún trabajo, pero, con tal de no fallar a la cita, ponían la cámara. En silencio, los dos se ocupaban en lo suyo, y sólo de vez en cuando alguno lanzaba un comentario.

—¿Qué es eso que comes? —preguntaba él si la escuchaba destapar algún envoltorio—. Tengo hambre.

O,

—Zack, te quedaste dormido —le decía ella cuando lo descubría sobre el escritorio, con la cabeza apoyada en algún libro abierto—. Zack, no puedes quedarte así, mañana vas a tener tortícolis—. Y entonces él despertaba y se iba a dormir a su cama dejando la cámara abierta, y se quedaba allí horas enteras con la imagen de él dormido entre sus sábanas mientras ella seguía estudiando acá.

Ahora mismo, Zack hablaba con ella al tiempo que terminaba un trabajo. Ya lo estaba imprimiendo, y se escuchaba el ruido del aparato escupiendo hojas.

—Recuerdo que prometiste portarte tan bien que sólo tendrías sexo luego de casarte —sonrió él siguiendo la conversación, y Amelia hizo una mueca.

—Eso fue una tontería.

—¿Lo fue?

—Ahora mismo, pienso que sí —rio ella mirando cómo a través de la ventana de Zack se filtraba la luz, haciéndole ver sus rizos más rojos.

—Entonces, tus palabras te condenaron. Sigues virgen —Amelia suspiró.

—No siento que seguir virgen a los veintidós sea una condena—. Él hizo

una mueca encogiéndose de hombros.

—Me pareció que te quejabas.

—No me quejo... Bueno, sí —se corrigió ella cuando Zack la miró sabedor y elevando una ceja. Amelia sonrió y suspiró—. Pronto comprarás los tiquetes... ¿no? —le preguntó, y Zack la miró fijamente a través de la cámara—. ¿Zack?

—Ah... no te he dicho algo.

—Ay, no —se quejó Amelia mirando a otro lado y sospechando lo peor.

—¿Recuerdas que ingresé a un grupo de investigación?

—Sí. Te fue muy bien, ganaron yo no sé qué cosa.

—Sí... Me van a financiar un posgrado—. Amelia abrió grandes los ojos, pues sabía, sabía lo que eso significaba—. Totalmente gratis, y al tiempo, podré trabajar... aquí mismo. Es una increíble oportunidad, Amy... —Amelia sintió que el corazón se le desgarraba. Ya incluso había empezado a contar los días para su regreso. ¡Al fin Zack volvía después de cinco años! Y ahora le estaba diciendo que no, que se quedaría más tiempo.

—Vas a aceptarlo, obvio —dijo, con un nudo en la garganta. Zack sonrió.

—¿No te opones?

—¿Por qué iba a oponerme? ¿No sería la amiga más egoísta del mundo?

—Sí, lo serías.

—Yo deseo lo mejor para ti —dijo Amelia, pero tuvo que bajar la mirada, para que él no notara la tristeza que se notaba en ella.

—Gracias, Amy. ¿Te imaginas... todas las puertas que se me abrirán cuando vuelva? Es decir... ya el pregrado en Cambridge era bueno, pero con un posgrado...

—Sí, por supuesto... y es increíble, porque es difícil, si no imposible, que financien los posgrados.

—No fue sólo a mí, sino al equipo de investigación completo.

—Es que eres el mejor. Un poquito ñoño, pero el mejor—. Él se echó a reír, y de repente lo vio recibir una llamada en su teléfono, levantarse de su silla y empezar a andar de un lado a otro.

—Tengo que irme —le dijo acercándose de nuevo a la cámara, y Amelia, con los ojos grandes, lo vio quitarse la camiseta y buscar otra para ponerse—. Nos están solicitando en el campus, es un poco de sorpresa... —él siguió hablando, pero Amelia tenía fijos los ojos en el cuerpo de Zack, en su abdomen plano y su pecho velludo, en sus brazos que ya no eran delgados. Cuando él se dio la vuelta, Amelia no dejó de mirar el movimiento de sus

omoplatos, y de repente, él estuvo vestido otra vez, y la atención de Amelia volvió a lo que le decía—. Lo siento, de verdad...

—No... no te preocupes —dijo, sintiendo su garganta seca, y la boca llena de saliva—. Ve, y... que te vaya muy bien.

—Gracias —le sonrió él con esa boca divina de labios rosados y ojos gris azulado, y Amelia sintió que desfallecía.

Cuando él cortó la videollamada, Amelia se quedó allí en su silla frente a su computador otro rato. Estaba enferma, pensó. Loca, desquiciada. Empuñó la mano al sentir el arrebatado deseo de tocar esa piel, ese pecho y esa espalda. ¡El cuerpo le temblaba!

—Madre mía —se espantó Amelia—. Deseo demasiado a Zack.

No puedes, se reprendió Amelia pasado ese verano, el primer año del posgrado de Zack, el último de su pregrado. No puedes poner los ojos, esos ojos libidinosos, en tu amigo Zack. En su deliciosa piel blanca y esas tetillas rosadas.

No puedes, Amelia.

El sexo con él sería fenomenal.

Pero no puedes. Diablos. Es tu mejor amigo.

Caliente, húmedo, ruidoso. Sería sublime. Besarías esa piel, lo lamerías todo mientras él empuja dentro de ti con fuerza y tú gritas su nombre antes de llegar al orgasmo.

Cerró sus ojos y apoyó su frente en la mesa de su pupitre, mientras un profesor explicaba algo frente a todos, y ella no estaba prestando ni pizca de atención. Llevaba semanas, meses, pensando en lo mismo, luchando contra sí misma. Había vuelto a ver a Zack a través de videollamadas, pero él era tan tacaño... siempre iba vestido.

Dios, ¿qué clase de enferma era?

Pero es que no le mostraba ni un poquito del abdomen, ni el pecho, ni los brazos. Y luego de que llegó el invierno él incluso cubría esos hermosos rizos rojizos con gorros de lana tejida.

¡¡Aaaaah!!

Las últimas noches había soñado con él, haciéndolo con él, y siempre despertaba mojada y ansiosa, triste y desesperada. Mierda, era la peor de todas. Qué mal estaba, qué traidora.

Sus padres le habían estado presentando amigos, todos de la iglesia, para tentarla, pero nadie la tentaba, en ningún sentido. Sus amigas también le presentaban chicos, pero eran todos tan bobos...

Y lo peor era saber que él no sentía lo mismo. No, no podía sentir lo mismo. Ahora mismo estaba saliendo con una tal Morgan, flaca, rubia, de tetas como dos tapitas de limón. Qué fea era.

Con ella se acostaba, seguramente, y le daba todo el sexo que quisiera.

Se pasó la mano por la cara y trató de concentrarse en su clase.

Zack estaba prohibido. Zack era su amigo. Un hermanito; así debía verlo.

—Richard Branagan —lo saludó Amelia, y extendió su mano hacia él con una auténtica sonrisa de alegría. El hombre, más bien bajo, algo gordito, pero de sonrisa fácil y carácter agradable, se giró a ella y le tomó la mano que le extendía.

—¿Tengo el gusto de conocerla?

—Ahora sí —sonrió ella encantadora, y avanzó junto a él hacia los ascensores, a donde él se dirigía—. Soy Amelia Ferrer. Estoy en último año de la escuela de negocios en Berkeley... y estoy muy interesada en su último proyecto. Lo buscaba para, si no es mucha molestia, hacerle unas cuantas preguntas acerca de ello—. Richard miró su reloj. Era un hombre muy ocupado, sabía Amelia, por eso hablaba rápido y sin rodeos—. No le tomaré mucho tiempo, y podemos hacerlo mientras usted avanza hacia su próxima cita.

—De acuerdo. ¿Y qué quisieras saber? Berkeley, ¿eh? Excelente universidad.

—Una de las mejores —sonrió Amelia, echando a andar a su lado, y con el mismo ritmo, tono seguro y audaz, le expuso sus ideas. Era para algo de la universidad, un simple trabajo que le calificarían, pero Amelia Ferrer siempre iba un paso adelante. Lo había ido a buscar a un edificio de oficinas donde había oído que estaría, y lo interceptó nomás entrar.

Y no fue en vano, pues luego de aquello, el mismo Richard Branagan le pidió hacer una pasantía con ellos.

—Wow, ¡¡qué bien, felicitaciones!! —exclamó Zack cuando ella le contó la noticia. El idiota estaba vestido.

—Gracias. Ahora, sólo me queda esforzarme para que no quieran que me vaya, y me ofrezcan un contrato como Dios manda. Ah, ¡estoy tan feliz!

Sus padres se alegraron muchísimo por ella, y también Penny, que junto a su marido ya habían iniciado el negocio que los llevaría al éxito.

¡Todo estaba saliendo tan bien! Sus padres estaban vivos los dos, con buena salud, su hermana y su sobrino, excelentes. Amaba volver a vivir la niñez de Andrew, las navidades llenas de regalos, su preciosa voz llamándola títa. Ah, lo amaba con todo su ser.

Amelia se graduó al fin de la universidad. Ella misma organizó una pequeña fiesta a la que acudieron su familia y varios amigos. Había pensado que a estas alturas ya Zack estaría de vuelta, pero no importaba, sentía la alegría de él a través de la distancia.

Cuando Denise y Howard fueron a Inglaterra a verlo, y trajeron tantas fotografías, ella no había podido más que sentir envidia. No había podido viajar ni una sola vez, ni él tampoco. Pero bueno, se veían con frecuencia por videollamadas. La tecnología al fin estaba haciendo boom.

Entró a trabajar a Branagan Enterprise en cuanto acabó su pasantía, y Amelia no podía más que admirarse. Estaba entrando a esta empresa cinco años antes, pero estaba feliz con el cambio, y con su primer sueldo, al fin pudo independizarse completamente de sus padres.

Oh, Mary seguía haciéndole indirectas para que eligiera a alguien y se casara. Para ella, la vida de una mujer no estaba completa si no tenía un marido al lado. Y Amelia sólo la miraba y sonreía, pues su mentalidad era completamente diferente.

Y al fin llegó el verano en que Zack regresara a casa. Siete años después, lo volvería a ver.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —preguntó Catherine por teléfono, y Amelia se mordió el lado interior de una mejilla.

—Pues... como Zack regresa este jueves, pensaba dedicárselo a él —contestó, y era cierto. Había tomado cuatro días de sus vacaciones para esto, y ahora mismo preparaba su pequeño apartamento por si acaso.

—Ah, picarona. Pensabas robarte a mi hermano tú solita, ¿eh?

—¿Por qué no? Él se mostró de acuerdo con el plan que le mostré.

—Pues hubo un cambio de planes. Papá alquiló una cabaña en las afueras de San Francisco, frente al mar, con varios kilómetros de playa privada.

—Oh, qué genial...

—Y queremos convidarte.

—¡Yo encantada! Pero —se detuvo Amelia, y cambió levemente el tono de voz—, ¿estará Damien? —Catherine suspiró.

—Ya veo que no te has enterado.

—¿Le pasó algo?

—Más o menos —sonrió Catherine, y Amelia se dio cuenta que no debía ser nada grave, o al menos, no algo que amenazara su vida—. Parece que una de sus novias quedó embarazada.

—Oh...

—Y está metido en un lío. Papá y mamá están muy disgustados... —Catherine siguió hablando y dando uno que otro detalle, y Amelia se puso la mano en el corazón sintiendo que este retumbaba con fuerza en su pecho. Había estado tan preocupada porque algunos eventos no se realizaran, como la muerte de su madre, que había olvidado a Damien. Esta había sido, más o menos, la fecha en que él y ella se habían divorciado y luego él había anunciado lo del embarazo de su novia.

El destino de Damien no había cambiado gran cosa. La única diferencia era que ahora ella no estaba en su vida.

Al parecer, era cierto su pensamiento: nunca debieron juntarse, y mucho menos, casarse. Él iba a cometer los mismos errores estuviera ella o no. Y eso, naturalmente, la impactaba.

—Entonces no recibiré a Zack en el aeropuerto —comentó.

—Pues no. Pero vamos a estar papá, mamá y yo. No vas a estar a solas con mi hermanito, pero seguro se apañan —Amelia se echó a reír.

—¿Andas de celestina?

—Ya te dije que tú me caes bien. Y si tengo que soportar una cuñada, mejor te soporto a ti, que ya te conozco.

—Eres una lisonjera. ¡Me sonrojas con tantos piropos! —Catherine se echó a reír, y Amelia suspiró—. Estaré encantada de acompañarlos.

—La cabaña tiene tres habitaciones —siguió Catherine—. En una habitación estarán papá y mamá, en otra tú y yo, y en la restante, Zack. ¿Te molesta compartir conmigo?

—No seas tonta. Claro que no.

—De acuerdo. Entonces nos vemos en el aeropuerto el jueves, cuando su avión arribe—. Amelia sonrió como cada vez que pensaba en el momento del reencuentro.

—Allí estaré —le dijo con la voz llena de emoción.

Estaba tan nerviosa.

Al pensar en la llegada de Zack, en su regreso al fin, todo pensamiento acerca de Damien se esfumó. El estómago lo sentía revuelto como cada vez que se sometía a una gran presión, se acercaba una fecha o momento importante, o tenía malos presentimientos.

Pero a Zack no podía pasarle nada malo, ¿no? Él estaba bien.

En el tablero decía que el vuelo desde Londres había arribado a tiempo y sin novedades. Si algo malo hubiese ocurrido en el avión, lo sabrían.

No, no debía pensar en cosas tan siniestras.

Miró su reloj. Seguro a esta hora él venía con su maleta pasando por migración y firmando la entrada de vuelta al país. No faltaba mucho, y seguro que estaba bien. ¿Por qué se sentía así?

Se estiraba los dedos al tiempo que esperaba frente a la puerta de arribos al lado de Catherine, Howard y Denise, que habían ido a recibirlo. Damien brillaba por su ausencia, pero, ¿a quién le importaba?

De repente, en medio de la gente que salía por la puerta de arribos y saludando a sus familiares, Amelia lo vio. Zack arrastraba su maleta y llevaba atravesado en el torso un maletín. Al ser verano, sólo vestía una camiseta de algodón y jeans, tenía la barba crecida de días, tal como ella lo recordaba de adulto, y sus rizos rojos estaban algo largos.

Fue como volver a ver al Zack adulto que vio por última vez en aquel bar, al adulto interesante y sexy, y a la vez, al adolescente que se había convertido

en su mejor amigo. No había imaginado que hubiese mejor combinación.

También era el hombre que más deseaba en la tierra. Aquello de amigos, sólo amigos, no le era posible ya. Ella no lo veía así, su mera presencia despertaba en ella un sinfín de sensaciones no sólo ya en su alma, sino por todo su cuerpo.

Sintió cómo, poco a poco, de lo más profundo de su ser empezaron a emerger toda la alegría, felicidad, emoción y ansiedad que él le despertaba. Se sentía como un cohete a punto de estallar, una bomba de tiempo a la que ya sólo le quedaban segundos.

No lo pudo soportar, verlo era demasiado...

Así que sus pies se mandaron solos y corrió a él como una cría. Al verla, él sonrió y extendió sus brazos a ella, y como si lo hubiesen ensayado, la alzó muy firme en sus brazos a la vez que ella se subía a su cintura y lo abrazaba fuerte, dando vueltas en medio de todas las personas que los miraban, o pasaban de ellos.

Lo que se decían no tenía sentido. Era sólo la repetición de “volviste”, “te extrañé”, y “al fin”. Le dio besos en la cara, en el pelo, y él reía apretándola fuerte sobre su cintura, y caminó con ella alzada a la vez que llevaba su maleta y su bolso para acercarse al fin a sus padres.

Amelia no lo quería soltar. Tenerlo entre sus brazos era todo lo que había ansiado, y sentir su aroma y la barba, y su cabello...

Cuando la bajó, se miraron el uno al otro a los ojos, los de Amelia estaban húmedos tal vez por la emoción, pero el instante duró sólo eso, pues Denise, Howard y Catherine se les acercaron para emocionarse también por la llegada del hijo mayor.

Amelia observó feliz cómo Denise se admiraba por lo guapo y alto que estaba su hijo. Howard le preguntó qué tal había estado el vuelo a la vez que le expresaba lo mucho que lo alegraba tenerlo de vuelta, y Catherine también fue alzada por un momento, pero ella fue menos ruidosa y escandalosa.

—No me imaginé este recibimiento —dijo la voz de una mujer, y todos quedaron casi petrificados al ver a la joven detrás de Zack, que los miraba sonriendo como si fuera la nueva integrante de la familia y sólo esperara ser presentada. Amelia sintió que se le iba el alma del cuerpo.

Era Vivian.

No, se dijo de inmediato, con el corazón saltándole de angustia. ¿Cómo era posible? ¿Por qué? ¿Qué hacía esa arpía aquí?

Era por esto que había sentido que él estaba en peligro, porque venía con

esta arpía, ésta mal nacida hija de mala madre...

Miró a Zack interrogante, pero él sólo le sonrió disculpándose, y dio un paso atrás para presentarla.

No, no pueden ser novios, casi lloró Amelia internamente viendo cómo él le ponía una mano en la espalda, con ansias de gritar, de tomar a Vivian del pelo y enviarla a la luna de una patada. No pueden ser novios, esto es una locura. No, jamás...

—Ah... Les presento a... una amiga que hice en Cambridge —dijo Zack mirando a sus padres. Y Amelia casi cae sentada en el suelo de puro alivio cuando escuchó “amiga”. Amiga, no novia. Zack nunca negaría una novia si la tuviera, menos, delante de sus padres.

Sintió que recuperaba el color poco a poco, y su alma decidió que era seguro volver a su cuerpo.

Pero de inmediato el humor de todos cambió. Denise le sonrió un poco forzada y le extendió su mano. Howard simplemente dijo: “encantado”, y Catherine apenas le sonrió de medio lado. No dijo nada, ni mucho menos le dio su mano. Quién es esta zorra, le preguntaba Catherine con la mirada, y Amelia sabía perfectamente qué tipo de zorra era.

¿Cambridge? Se preguntaba. ¿Qué hacía la estúpida de Vivian en Cambridge? Ella no había estudiado allá. ¿Y por qué...? Amelia rememoró todo lo que sabía acerca de la nefasta relación entre Zack y la víbora. Se conocieron cuando él tenía veintiocho años, y se casaron a los treinta, más o menos porque ella había quedado embarazada. Pero se habían divorciado ocho años después y Vivian se quedaba con todo, la empresa, la casa, el niño...

Zack apenas iba a cumplir los veintiséis años. ¿Por qué se había adelantado esto? ¿Tenía eso que ver con ella?

Diablos, ¿ese matrimonio estaba escrito en piedra?

Si era así, ella lucharía contra el mismo destino. No podía permitir que Zack pasara por aquello; si ella se había librado de algo tan oscuro y siniestro como lo de Damien, y hasta había logrado que su madre se salvara de un cáncer, Zack podría librarse de Vivian. Claro que sí.

—Sólo estoy de paso —sonrió Vivian tratando de ser cordial, intuyendo tal vez que la sorpresa de su presencia no era grata—. Voy hacia Los Ángeles, pero tuve problemas con mi vuelo y... Zack se ofreció a ayudarme los días que esté en San Francisco— Amelia apretó sus dientes. Típico de Zack ayudar siempre, aunque ahora sólo quería zarandearlo. Estaba arruinando el fin de

semana trayendo a esta extraña a la familia.

Pero, ¿qué tan extraña era para él?

No eran nada, se dijo, tratando de calmarse. Seguro se acababan de conocer, ella no se mostraba muy posesiva ni familiar, y era el tipo de mujer que no desaprovecharía la oportunidad para marcar territorio delante de la familia, y, sobre todo, delante de ella, que se había mostrado como alguien muy cercano a él. No eran nada, no eran nada.

—Vamos a casa —dijo al fin Howard tomando la maleta de su hijo y guiándolos a la salida—. Supongo que, de paso, podemos dejarte en tu hotel —siguió, mirando a Vivian con cordialidad, y Vivian se mordió los labios.

—No encontré reservaciones a causa del verano—. Zack se giró a mirarla algo sorprendido. Al parecer, él no había sabido de esto, y lo estaba tomando por sorpresa también a él.

—¿Y qué tenías planeado hacer? —preguntó Catherine un poco seca, y Vivian sólo sonrió —No pareces alguien tan poco previsor. ¿Habrías dormido en la calle o bajo un puente? —Vivian se echó a reír.

—Claro que no. Algo se me ocurrirá.

—Si te vas por tierra a Los Ángeles, llegarás esta misma noche —sugirió Amelia mirándola con la misma sonrisa cordial de Howard, pero a ella no le salía tan bien; con los ojos quería acuchillarla. Vivian sonrió.

—Mis padres se morirían del disgusto donde les diga que tomé un autobús —. Amelia contestó con una mueca. La odiaba, Dios, ¡cuánto la odiaba!

—Pasa esta noche con nosotros, entonces —resolvió Denise, y no pasó por alto la mirada de Catherine y Amelia. Zack carraspeó.

—No vamos a estar en casa —le explicó a Vivian—. Sino en una cabaña, y...

—Siento las incomodidades —fue lo que dijo ella mirando a Zack; estaba determinada a pasar la noche bajo el mismo techo que él, eso era evidente. No le importaba incomodarse ni incomodar a los demás; tenía un objetivo claro. Amelia enseguida abrazó a Zack por la cintura.

—Donde comen cinco, comen seis, dicen. ¿Qué tal el vuelo? —le preguntó a Zack dándole la espalda a Vivian, y éste sonrió contándole todo, las horas dentro del avión, del café tan malo que habían servido, y hasta del momento en que había tenido que pelearse por un tomacorriente durante una de las escalas para poder cargar su teléfono. Amelia sonreía escuchándolo.

Ahora iban más ajustados en el auto de Howard, pero Amelia se aseguró de quedar al lado de Zack, y luego Catherine, y en el otro extremo, Vivian.

—¿Estás molesta? —le preguntó Zack a Amelia cuando al fin llegaron a una preciosa cabaña frente al mar, que tenía un precioso porche en madera y palmas. Una hamaca se colgaba de uno de sus columnas de madera a la otra, meciéndose levemente por el viento.

Todos los demás ya habían entrado llevando su equipaje y el de Zack, sólo ellos se habían quedado un poco rezagados, a propósito. Amelia se echó al hombro el pequeño maletín que contenía su ropa y sus cosas sin mirarlo ni responderle. El clima era cálido, pero había poco sol, y la brisa le alborotaba el cabello.

Respiró profundo mientras Zack seguía esperando una respuesta. ¿Cómo podía advertirle que se apartara de esa bruja? ¿Cómo le explicaba que, si le ponía el ojo encima, arruinaría su vida, lo que emprendiera, y todo lo demás?

Pero, ¿y Tommy? ¿No iba a nacer?

A pesar de esta preocupación, Amelia no podía imaginarse a Zack con Vivian haciendo ese bebé. De inmediato le dolía el corazón, le entraban náuseas y quería llorar.

Lo sentía por Tommy, pero si le daban la oportunidad, ella impediría su concepción. Sobre todo, porque sabía que esta se había dado antes del matrimonio, un pequeño asunto que había impulsado a Zack a casarse con esa maldita.

—Es típico de ti ayudar las pobres almas desamparadas —sonrió ante la pregunta de Zack—. Si ella te gusta, es obvio que...

—¿Quién te dijo que ella me gusta?

—Bueno, es lo que pensé, porque venía en el mismo vuelo que tú, y...

—No, no es así.

—Y por un momento hasta pensé que era tu novia, y que tenías intención de presentársela a tus padres porque era algo muy serio, que planeabas casarte porque a lo mejor ella estaba embarazada...

—Qué imaginación tienes —se rio él.

—Hasta que dijiste “amiga”.

—Sí que volaste lejos —volvió a burlarse él.

—No lo sé. Con los hombres nunca se sabe.

—Si fuera mi novia, lo habrías sabido desde antes, y, Dios... más, si me fuera a casar, y ¿embarazada? Ni siquiera he pensado en besarla.

—¿No lo has pensado?

—No —Amelia lo miró fijamente, tratando de disimular la alegría y el alivio que esa simple palabra le producía.

—Pero es... es guapa, joven. Es bonita —Zack la miró fijamente por un momento sin contestar a eso, y Amelia siguió mirándolo esperando a que dijera algo.

—Si me acostara con cada mujer sólo porque me parece guapa y joven... —él hizo una mueca, y Amelia sonrió al fin—. Sólo es una amiga —aseguró—. Y no me gusta en el sentido romántico.

—¿Y qué hay de Morgan?

—Eso acabó hace casi un año.

—¿Y la tal Megan?

—Ni la recuerdo.

—¿Y la tal Shirley?

—¿Quién?

—¿Tienes novia? —Zack se echó a reír.

—No tengo a nadie, Amy. Lo sabrías—. Amelia respiró profundo y se cruzó de brazos mirándolo con sus ojos entrecerrados, pero la mirada risueña de él le quitó todo ánimo de seguir preguntando cosas desagradables.

Era tan guapo...

¿Por qué nunca había notado lo guapo que era? Lo alto, lo fuerte... y lo bonito de sus labios, su nariz casi perfecta, esas cejas...

Él se acercó más a ella, más, más... y la abrazó.

—Te extrañé, Amy—. Ella cerró sus ojos y le rodeó el cuerpo con sus brazos, apoyando sus manos abiertas sobre su espalda, sintiendo de nuevo su calor, y que, definitivamente, no era el mismo flacucho que se había ido hacía siete años.

Los ojos se le humedecieron de inmediato.

—Y yo a ti. Demasiado—. Él no dijo nada, sólo se estuvieron allí abrazados largo rato, mientras Zack aprovechaba y la sentía a lo largo de todo su cuerpo, aspiraba el aroma de su champú, y la apretaba fuerte entre sus brazos, y Amelia iba sintiendo cómo todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se iban encendiendo. Encajaban muy bien. Eran perfectos. Esto estaba bien...

Cerró sus ojos sintiendo una dulce angustia. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía negar lo evidente, estaba enamorada de Zack, de su mejor amigo, y tenía miedo, pero el miedo era diferente ahora. No temía tanto arruinar esta amistad como el estar sin él... o el verlo con otra.

Él se alejó un poco y la miró fijamente.

Siete años habían pasado. Muchas cosas en medio, varias novias, amigas...

y el conocimiento de que Amelia sólo lo quería como amigo también estaba allí, pensó, pero, aun con todo eso, sólo era tenerla delante otra vez y todo aquello se borraba. Aun ahora, como aquella vez en el porche, Zack quería besarla.

Bajó su mirada dejándola en los carnosos labios de Amelia, que se entreabrían como si lo invitara a besarla.

Oh, sí...

—Oh, estás ahí —dijo Vivian interrumpiéndolos, y Zack y Amelia se separaron el uno del otro casi espantados. Vivian sonrió poniendo una mano en su cintura—. Acabo de hablar con mi padre —siguió ella—. Aprueba que me quede con ustedes este par de días.

—¿Dos días? —protestó Amelia.

—Oh, lo siento si te molesta, pero ya Denise dijo que estaba invitada.

—Lo dijo cuando pensaba que era una noche.

—Chicas —intervino Zack con tono conciliador—. Eso está bien, Vivian. En dos días entonces te acompañaremos al aeropuerto—. Vivian sonrió, miró a Amelia de arriba abajo y se alejó.

—La odio —Zack miró a Amelia extrañado.

—¿Por qué? —ella no tuvo más que morderse la lengua. Zack suspiró—. No podía dejarla tirada —se explicó—. Me ayudó con mi regreso, realmente me sacó de un apuro.

—¿Era una estudiante en Cambridge?

—No, sólo estaba de vacaciones. La conocí por pura casualidad, pero...

—El verano apenas empieza. Qué raro, ¿no?

—Ella dice que Inglaterra es mejor en primavera.

—¿Hace cuánto la conoces?

—Un... par de semanas—. Amelia soltó un bufido, molesta.

—Dos semanas y ya vas y le ofreces tu casa. ¿Qué tal que fuera una asesina en serie?

—Pensé que sólo tendría que ayudarla a buscar un hotel, no que tendría que hospedarla—. Amelia sólo meneó su cabeza negando, sintiéndose molesta de nuevo. Lo que iba a ser un fin de semana a solas con él se había transformado en una salida familiar. Lo había aceptado, pues su familia tenía prioridad, y a ella le encantaba estar con los Galecki, pero Vivian, definitivamente era un imprevisto demasiado desagradable.

—Ella te tiene ganas —fue lo que dijo, y Zack ahogó su risa.

—¡Claro que no!

—Claro que sí. Tengo un detector de zorras, acuérdate—. Él volvió a reír.

—No me digas que a lo mejor estás...

—¿Celosa? Claro que no, no seas ridículo —Zack elevó ambas manos en una mueca que a Amelia le pareció hilarante, y sólo fue capaz de tirarle de uno de sus rizos y salir de allí casi corriendo cuando él se quejó y amenazó con vengarse.

Amelia entró a la habitación que habían designado para ella y Catherine y la encontró allí acomodando un colchón en el suelo. Las camas gemelas dejaban un espacio lo suficientemente amplio como para que cupiera un colchón, y Amelia de inmediato subió su pequeña maleta en una de las camas.

—Esta es la mía —dijo, y Catherine la imitó poniendo la suya en la otra cama.

—Y esta, la mía.

—Oh, parece que la pobre Vivian dormirá en el suelo.

—Es una pena que no me apena —Amelia se echó a reír—. Tiene una cara de víbora que no soporto.

—¿A ti también te lo parece?

—Claro que sí. ¿Quién se entromete de esa manera en lo que claramente es una salida familiar? Es decir... yo no sería capaz de forzar mi invitación de esa manera.

—Está interesada en Zack.

—Eso es obvio. Y mi hermano es tan idiota que seguro cae en su trampa—. Amelia tragó saliva. Ya Zack había caído una vez y se había enamorado de ella, y hasta se había casado. Aunque ahora él decía que no la veía de esa manera, las cosas podían cambiar; Vivian era peligrosa—. No podemos dejarlos solos, Amy —advirtió Catherine—. Si se te ocurre alguna idea para dañarle el juego a esa zorra, estoy de tu lado en todo—. Amelia sonrió.

—Gracias. Ya veremos qué hacer. Seguro que se me ocurrirán muchas cosas—. En el momento entró Vivian, y al ver que le habían dejado a ella el colchón del suelo, suspiró.

—Nunca he dormido en el suelo —se lamentó.

—Bueno, hay tantos hostales en San Francisco, con sus colchones subidos en sus camas...

—Creo que hay alrededor de diez mil hoteles en la ciudad y sus alrededores... es increíble que no hayas sido capaz de reservar una habitación. Menos mal no eres la secretaria de nadie.

—Ya veo que mi presencia no es grata para ninguna de las dos —suspiró

Vivian mirando a una y a otra con un gesto que indicaba que en vez de dormir en el suelo estuviese atravesando una calamidad—. No les he hecho nada malo a ninguna. ¿O es simplemente por Zack? —Amelia entrecerró sus ojos mirándola con odio. Vivian siempre había sido directa, no lo había olvidado.

Y había sido capaz de atrapar a Zack en un matrimonio.

—No lo sé, dímelo tú. ¿No fue por él que accidentalmente perdiste tu vuelo a Los Ángeles y fuiste incapaz de hallar un hotel?

—No mentí en eso. Pero no puedo negar que sea una fortuna que conozca a alguien de aquí, y que hayamos estado en el mismo avión.

—Tantas casualidades juntas —murmuró Catherine.

—Si le gusto a Zack, si se enamora de mí... ¿qué tendría eso de malo? Somos jóvenes, sanos e inteligentes, ¿no?

—Lo que sea que tengas planeado, no funcionará —le advirtió Amelia—. Zack no es tonto.

—Nunca he dicho algo así.

—Yo sólo te digo que no permitiré que le hagas daño. Como amiga, soy la mejor del mundo, pero como enemiga, ni te imaginas lo perra que puedo llegar a ser, así que ándate con cuidado, querida Vivian—. Y dicho esto, Amelia salió de la habitación. Salió de la cabaña y miró hacia el mar tratando de respirar aire limpio. De repente, la habitación se había vuelto tóxica.

No sabía si había exagerado allá dentro, pero con Vivian, con la clase de mujer que era, mejor dejar las cosas claras desde el principio. Si ella hubiese sospechado siquiera lo maldita que era la primera vez que la conoció, jamás habría permitido que Zack se casara con ella. Y ahora estaba a tiempo, e iba a dar todo de sí para evitar esa tragedia.

Y se trataba de Zack. Puede que no fuera para ella, puede que su destino no fuera estar juntos, eso no lo sabía, pero de lo que sí estaba segura, es que tampoco estaba al lado de Vivian.

Vio a Zack hablar con su padre y reír cerca de la playa, y el corazón se le fue calmando. Howard debía estar diciendo algo muy gracioso, porque Zack reía alto. Cuando la vio a la distancia, le envió un saludo, y ella le respondió.

Sólo eso ya la calmaba, y le hacía sentirse mejor.

—No me gusta esa Vivian —le dijo Howard a Zack, y éste hizo rodar sus ojos.

—Todos se han empeñado diciendo lo mismo. Sólo falta mamá.

—Ya lo hará. No me gusta esa chica —repitió.

—¿Por qué no?

—No te lo sé explicar... Sólo percibo algo en ella—. Zack sonrió.

—No debes preocuparte. Sólo es... una conocida. Creo que no llega ni a amiga, pero lo dije para ser cordial.

—Te tengo por un hombre sensato —siguió Howard mirando fijamente a su hijo, que lo miraba cruzado de brazos, atento—. Sé que estás muy joven, pero llegará el momento en que debas elegir con qué mujer pasar el resto de tu vida y necesitarás saber lo siguiente: cástate sólo porque estás completamente enamorado, porque esa persona no sólo te hace feliz, sino que te impulsa a crecer y a seguir adelante. Cástate sólo si ella es capaz de ver al verdadero tú, y si, aun conociendo sus defectos, te es imposible ver la vida sin ella—. Zack sonrió de medio lado mirando a su padre, meditando en sus palabras.

Completamente enamorado, el primer paso, se dijo. Sus ojos volaron de nuevo hacia la casa, donde Amelia permanecía recostada a la baranda del porche mirando el mar a lo lejos.

A pesar de los años, o tal vez gracias a ellos, él seguía enamorado de Amelia. Había tenido novias, por supuesto, porque pensaba que sólo se trataba de conocer a otras mujeres, parecidas o diferentes, para encontrar que podía olvidarla... y no había sido así.

Ella conocía todo de él, y definitivamente, era quien lo había ayudado a ser mejor en muchos momentos a lo largo de todos estos años. Por ella había dejado de sentir miedo ante el futuro, y por ella nunca se sintió solo ni en los peores momentos en Inglaterra.

También él la conocía a ella, sus defectos, que, aun así, adoraba.

Amelia era esa mujer que su padre le describía, pero ella sólo lo veía como un amigo.

Aunque ahora que había vuelto, notaba algo diferente. Ella siempre había sido una mujer a la que le gustara el contacto físico. Siempre le tomaba la mano, el brazo, se recostaba en su hombro, etcétera. Pero ahora había algo, algo más.

O tal vez eran sólo sus ansias.

—Bonito consejo, papá.

—Los consejos no sirven de nada si no se ponen en práctica—. Howard volvió a la cabaña dejando solo a Zack, que sentía su corazón palpitar con fuerza dentro de su pecho.

Sin decir nada más, siguió a su padre hacia el interior de la cabaña. Todavía era temprano en la mañana, y tenía este fin de semana con Amelia. Luego, tal vez encontrara un buen empleo en San Francisco y se quedara.

Ansiaba el poder retomar la amistad con Amelia, y volver a intentar algo más. Sólo necesitaba hacerle entender que eso de ser sólo amigos no era lo que él quería, y si ella era terca e insistía, entonces buscaría la manera de también demostrarle lo feliz que sería si se quedaba con él.

Parecía un sueño, pero tenía fe en poder realizarlo.

La misma Amelia le había infundado esa confianza.

Al entrar de nuevo a la cabaña, Zack encontró a Denise y Cath cocinando mientras Amelia metía al refrigerador varios paquetes de cerveza. Howard la libró de la tarea, y entonces Amelia le ofreció a Denise ayudarla con la ensalada.

—No es necesario, cariño. Ve a la playa un rato y disfruta. Zack, llévala a la playa—. Zack miró a Amelia sonriéndole a modo de invitación. Ella le sonrió elevando una ceja como si estuviera disfrutando desde ya; no se negaría, supo él.

—¿Van a ir a la playa? —preguntó Vivian asomándose a la cocina—. Me apunto—. Zack miró a Amelia, que tragaba saliva mirando a Vivian. Mierda, no le gustaba el cariz que estaba tomando esto.

—Estoy cansado —dijo, sentándose en los muebles de la sala—. El jet lag, creo.

—No tienes que salir si no quieres —dijo Amelia, secundando su intención—. A propósito, ¿me trajiste lo que te pedí? —Zack sonrió.

—Y traje algo más —contestó poniéndose en pie, desmintiendo su jet lag—. Está en mi maleta, ¿vienes? —Amelia sonrió y lo siguió a su habitación. Vivian se quedó allí esperando que dijeran que se irían a la playa. Cuando nadie siguió hablando del asunto, volvió a entrar a la habitación.

Zack abrió su maleta sobre la cama doble y empezó a sacar sus cosas.

—Ten cuidado —rio Amelia, pero Zack no prestó mucha atención. Sacó un par de cajas pequeñas y se las pasó a Amelia, que se sentó en la cama riendo a la vez que examinaba su contenido. Una era una réplica de la torre del reloj de Londres, y otra, una cabina telefónica roja.

—Sólo te pedí el reloj.

—¿Entonces no quieres la cabina?

—Claro que sí —rio ella. Zack siguió buscando cosas entre su ropa—. ¿Qué más trajiste? Oh... —él le mostraba ahora un pequeño oso de peluche vestido como un Guardián de Gales, y Amelia volvió a reír—. ¿También es para mí? —él asintió, y Amelia se mordió los labios recibiendo el oso y sintiéndose muy emocionada.

—Me encanta —dijo abrazando el pequeño oso—, gracias— Zack la miró

fijamente por un momento, encantado por la sonrisa de ella y la manera en que abrazaba el oso.

—Que no lo vea Cath —dijo con voz grave—, o se molestará porque no le traje uno a ella.

—Va a ser difícil, no lo pienso esconder.

—Qué mala eres —Amelia se echó a reír.

—¿Qué más trajiste? —preguntó ella asomándose en su maleta, y él, con cuidado, extrajo sus diplomas. Amelia sonrió mirando ese par de pedazos de papel colmada de orgullo—. ¡Summa cum laude! —exclamó ella cuando los leyó con cuidado, y Zack se puso una mano en la cintura y sonrió mostrando toda su perfecta dentadura, y Amelia soltó un gritito de felicidad que sonó extraño aun para ella, corrió a él y lo abrazó—. ¡Qué guardado te lo tenías!

—Quería darte la sorpresa.

—¡¡Eres un ñoño!! —le gritó muerta de risa mientras él la abrazaba—. ¡Ni yo tuve el Summa cum laude!

—¿O sea, que tú siempre opinaste que eres más inteligente que yo?

—Oh, admítelo ya, sí lo soy —él la atacó a cosquillas, y ella cayó sobre la cama y la ropa de él atacada de risa, mientras trataba de esquivarlo, pero no le era posible.

El salió a la sala llevando los presentes que había traído para la familia. Eran cosas pequeñas, pero para ellos eran lo máximo. Catherine, inevitablemente, se fijó en el oso de peluche de Amelia y, tal como había anticipado Zack, protestó porque a ella no le trajeron uno.

La única que no recibió, obviamente, fue Vivian. Pero miraba los pequeños objetos como si no comprendiera la razón de tanto alboroto.

Minutos después, Denise los llamó avisándoles que el almuerzo ya estaba listo y servido, y Amelia casi olvidó la presencia de Vivian en la mesa.

Mientras comían, planeaban las actividades del fin de semana. Esta noche cenarían fuera, en el restaurante de un hotel cercano, mañana irían de excursión a un parque natural que daba a la playa, y así hasta el domingo.

No se fueron a dormir temprano. Estuvieron mucho rato en la playa hablando, tomando cervezas, jugando, riendo y contando anécdotas. Los primeros en levantarse de la arena e irse a dormir fueron Denise y Howard, y Cath miró a Amelia significativamente antes de irse también.

—Vivian, debes estar cansada, ¿te vienes conmigo? —la convidó Cath, pero Vivian meneó su cabeza.

—No estoy tan casada, estoy acostumbrada a los vuelos internacionales.

—Vale —dijo Cath entre dientes, y Amelia no pudo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Vivian a Amelia, y esta se encogió de hombros.

—Que hablas como niña rica.

—Lo soy. No puedo negar mi esencia.

—¿Esa es tu esencia? —Vivian la miró molesta, y Amelia siguió sonriendo—. Yo, en cambio, nunca he salido del país —dijo sin avergonzarse. Antes, en la otra línea, eso la había fastidiado mucho, y por eso viajó a todos los países que pudo. Casi había explorado todo el continente americano, y ya había empezado a programar una gira a Europa cuando la devolvieron a sus dieciséis. Por eso le había pedido a Zack recordatorios, para no olvidar que tenía ese asunto pendiente.

—No es la gran cosa —siguió Vivian—. He ido a Europa unas diez veces, creo. En verano, en invierno y primavera. Terminan siendo ciudades cualesquiera.

—Yo viví en Londres siete años y no pienso así —intervino Zack al fin—. Se puede decir que recorrí Europa, y siempre es fascinante.

—Es que tú no pierdes el asombro —sonrió Amelia—. Es una característica de las personas felices.

—Bueno, eso sí. Todavía me asombro de todo.

—Una tontería —murmuró Vivian—. Y hablando de todo, Amelia, tal vez tú, que pareces ser una buena amiga de Zack, lo convanzas de la propuesta que le estoy haciendo—. Amelia miró a Vivian elevando ambas cejas. ¿En serio ella creía que le ayudaría con cualquier cosa que le estuviera proponiendo? —No sé si has oído hablar de mi familia, pero mi padre es el CEO y socio mayoritario de una importante empresa en Los Ángeles. Le hablé acerca de Zachary, le dije que es un egresado de Cambridge, y obviamente mencioné sus títulos de honor... Papá quiere conocerlo; si Zack acepta, estaría siendo parte de una gran empresa, y de allí en adelante se haría imparable. Como me imagino que deseas lo mejor para él, seguro que le aconsejarás que acepte—. Amelia miró a Zack, y éste sólo le hizo una mueca como si para él eso no fuera tan importante.

Seguro que ni siquiera le sonaba la idea, pues no se lo había comentado.

—¿Y por qué recurres a mí? ¿Por qué no le preguntas directamente a él? Está aquí, entre nosotras.

—Obviamente ya se lo dije —respondió Vivian, molesta—. Pero dice que no está interesado.

—Y no lo estoy —agregó Zack—. Y que se lo pidas a otras personas no me hará cambiar de opinión.

—Entonces —sonrió Amelia—, no hay nada más que decir.

—¿En serio vas a dejar que pierda esta oportunidad?

—Si lo hace por presión, entonces no es una buena idea...

—Y tal vez yo quiera iniciar mi propia empresa —Agregó Zack en tono serio, pero Vivian sonrió con sorna.

—Te tomará años ser alguien en la vida.

—No me importa eso —contestó él—. Si me tentaran los empleos de sueldos jugosos, me habría quedado en Inglaterra; allá desprecié al menos seis propuestas, mucho mejores que la tuya, sólo por volver aquí.

—Pero es que tienes algo entre manos, tienes juventud, ideas, fuerza y energía. No agotes eso en empresas que tal vez fracasen —Amelia se fue poniendo roja, y mil insultos se le acumularon detrás de los dientes. Afortunadamente, Zack habló antes que ella.

—Si fracaso o tengo éxito, serán *mis* fracasos y *mis* éxitos. No me importa tropezar y caer, tengo la energía suficiente como para levantarme y volver a empezar—. Amelia lo miró sintiendo que el corazón le dolía. Él, ciertamente, había fracasado en la otra línea, y ella lo había visto tan mal que se había preocupado.

Y todo había sido culpa de la zorra víbora venenosa que estaba ahí.

—Eres muy ingenuo —sonrió Vivian, y ella tenía razón, pensó Amelia. Había sido por pura ingenuidad que Zack se había casado con ella, y también por pura ingenuidad ella estaba aquí ahora mismo.

Pero Amelia no era ingenua. Ah, ah...

—Sabes, me molesta un poco que dudes de las capacidades de los demás —le dijo—. No tienes fe en Zack.

—No es eso.

—Entonces déjalo ser. ¿O eres una de esas mujeres controladoras que quiere que sus amigos alrededor hagan lo que ella quiere? Terrible.

—No soy así.

—Ya me dio sueño —dijo Zack de repente, cortando la discusión que se veía venir. Se sacudió la arena de su pantalón y miró hacia la cabaña.

—Yo también —dijo Vivian, y Amelia no tuvo más remedio que ponerse en pie también.

Ya dentro de la cabaña, se despidieron, y Zack entró primero a su habitación, Vivian y Amelia a la suya. Catherine estaba acostada ya, y Amelia

esperó a que Vivian usara el baño y se acostara para entonces hacerlo ella.

Se sentía como un centinela. Si Vivian se levantaba a media noche y se introducía en la habitación de Zack, ¿qué pasaría?

No podía dormir. Daba vueltas y vueltas en la cama. Buscó su teléfono y le envió un mensaje de texto a Zack. Éste le respondió; estaba despierto. Sonrió.

Era casi la una de la madrugada cuando Vivian abrió sus ojos. Todo estaba quieto, sólo se escuchaba un poco el rumor del mar y el viento, así que se levantó de su horrible colchón en el suelo y miró a las dos mujeres acostadas en sus camas. Se había quedado dormida al menos una hora, pero había puesto una alarma que la despertara. Era ahora o nunca.

Se introdujo en el baño silenciosamente, sin encender la luz, y se aplicó un poco de perfume entre los senos, un poco de brillo labial y acomodó su cabello. Con cuidado, abrió la puerta, y salió descalza por el pasillo. Llamó un par de veces a la puerta de Zack y se apartó uno de los tirantes de su pijama de seda. Tenía que seducirlo, Zack le gustaba demasiado, y no soportaría saber que la simplona que andaba detrás de él se lo quedaba.

Hombre era hombre. Caería ante sus encantos.

La puerta se abrió y ella sonrió seductora, pero su sonrisa se quedó congelada cuando vio que no era Zack quien abría la puerta, sino... ¡Amelia!

—Oh, ¡te nos uniste! —sonrió ella, abriendo más la puerta para que entrara. Vio que en la cama estaban Zack y Catherine, con el televisor encendido, viendo una película.

—¿Cómo...? ¡las acabo de ver acostadas!

—No es posible —sonrió Amelia volviendo a la cama de Zack, ocupando el espacio que quedaba—. Llevamos aquí toda la noche.

—Hey, Vivian —la saludó Zack, risueño—. Pensé que no te unirías.

—Quedó profundamente dormida en cuanto tocó la cama —explicó Amelia, y Vivian la miró apretando sus dientes.

—Pero te despertaste —comentó Zack, como si aquello necesitara una explicación.

—Estamos viendo una de Harry Potter —la convidó Catherine, y Vivian vio que ella y Zack compartían un bol de palomitas de maíz—. ¿Te gusta la saga? —Vivian hizo un gesto de desagrado. ¿A qué horas ese par de mujeres se había metido aquí? ¡Las había visto acostadas!

Se devolvió a la habitación y apartó las sábanas de las camas de Amelia y Catherine. Debajo sólo había almohadas, y lo que había confundido con el cabello negro de Amelia al parecer era una simple camiseta oscura.

Oh, todo esto lo habían planeado y llevado a cabo mientras ella se quedó dormida. ¡No era posible!

—Parece que no le gusta Harry Potter —se lamentó Catherine, aunque de los dientes para afuera, cuando vio que Vivian daba la espalda y se alejaba furiosa. Amelia no pudo evitar echarse a reír.

—Te perdiste su cara de decepción.

—Por eso quería abrir yo.

—Ustedes son diabólicas —acusó Zack, y en seguida Amelia y Catherine protestaron.

—¡Diabólica ella! ¡Se iba a meter a tu habitación!

—Y hasta se echó perfume —agregó Amelia como si eso le diera asco, y Catherine la miró con asombro.

—¡No me digas! —ambas se echaron a reír, y Zack tuvo que advertirles que, si no se iban a estar quietas, quitaría la película. Amelia y Catherine se contuvieron, pero seguían riendo por lo bajo.

—Te lo dije —le susurró Amelia a Zack —te tiene ganas—. Él hizo una mueca, poco feliz con ese descubrimiento, y Amelia lo observó ladeando su cabeza.

—No hubiera pasado nada, de todas formas —aseguró él.

—Confiamos en ti —añadió Catherine mirando fijamente la pantalla—, pero no en ella, así que... había que tomar medidas.

—¿Mañana harán lo mismo? ¿Se quedarán a cuidar mi virtud? —Amelia volvió a reír.

—No, mañana ya se habrá ido.

—Dijo que dos días.

—Eso era mentira. Ya verás cómo tengo razón. Al ver que no conseguirá nada contigo, no seguirá perdiendo el tiempo entre gente a la que no le agrada y se marchará—. Zack la miró elevando una ceja, y Amelia tuvo que contenerse para no saltarle encima y comérselo.

—Ustedes dan miedo —fue lo que dijo, y Amelia se volvió a recostar a su lado supremamente satisfecha.

Al terminar la película, Cath y Amelia ya estaban dormidas a cada lado de Zack. Catherine le daba la espalda y estaba en el borde de la cama, casi, pero Amelia no; ella estaba encima de él y le rodeaba la cintura con su brazo.

Él sonrió mirándola, y metió sus dedos entre sus cabellos oscuros, sintiendo su respiración acompasada.

Cerró sus ojos sin poder evitar darle un beso en la frente. Oh, cuánto daría

por poder ponerla de espaldas y despertarla a besos. Los labios casi le picaban, las manos le hormigueaban. Todo su cuerpo y su piel la deseaban. Todavía.

Ella se movió ligeramente, y subió su muslo, de manera que lo rozaba y Zack se vio en problemas. Faltaba mucho para el amanecer.

Cerró sus ojos con fuerza. No, no era tan fuerte como para pasar la noche así. Por Dios, todo él estaba ya duro y agitado. Con cuidado, la alejó de él y la puso al otro lado de la cama. La pijama que ella llevaba puesta se bajó un poco y uno de sus senos quedó casi a la vista.

Zack sentía la boca seca. Tuvo que morderse los labios y dominarse fuertemente para no bajar la cabeza y meterse ese pezón a la boca.

Oh, cielos, cielos...

Amelia abrió los ojos. Al ver a Zack casi encima de ella, no se asustó. En un momento pensó que estaba soñando, pues era un sueño recurrente ese donde él le hacía el amor. Pero sólo necesitó tres segundos para advertir que no era un sueño, que era real, y que ella en verdad estaba en una cama, con él, y que él la miraba como si... como si...

Él se dio cuenta de que ella estaba despierta y quiso decir algo, pero no lo hizo, sólo la miró y la miró largamente.

En los ojos de Zack había algo indescifrable, algo que ella había visto antes, pero ahora no recordaba cuándo. Un fuego que la estaba calentando poco a poco, derritiéndola a tal punto que sentía cómo toda su piel comenzaba a arder, y que en su vientre se preparaba una fiesta de bienvenida para él.

Catherine tosió y se movió un poco, y ambos salieron abruptamente de ese hermoso lugar de ensueño. Amelia vio a Zack apretar los labios y salir de la cama de un solo movimiento, y cuando ella lo llamó, ya él estaba afuera. Se sentó en la cama más que decepcionada, un poco contrariada, y muy, muy caliente. Pasó sus manos por su rostro, pues seguía inquieta por la forma en que él la había mirado. Obviamente había deseo allí, pero también había algo más, mucho más fuerte y poderoso.

Esa mirada estaba llena de anhelo.

Salió de la cama también, aunque afuera estaba todo en tinieblas, y fue detrás de él.

Zack salió de la cabaña y se encaminó a la playa.

Mierda, estaba tan excitado que le costaba caminar.

Se acomodó mejor el pantalón, y dolió, y lanzó una protesta mirando hacia el mar. Debía estar helado, tal vez así se le pasara esta calentura.

Jesús, ¿qué iba a hacer ahora? ¿Y si Amelia decidía que no quería volver a verlo? ¿Había metido la pata?

Últimamente, la había sentido diferente, que lo miraba ya no de la misma forma, y él había tenido esperanza. Terminó la relación que tenía con su última amiga, que no llegaba a novia, y se mantuvo solo casi todo el último año. Quería regresar y probar una oportunidad con ella otra vez y quería hacerlo bien, sin ataduras ni sombras del pasado.

Paso a paso, se dijo, sin asustarla, ni saltar sobre ella como un cavernícola incapaz de dominar sus impulsos, que fue lo que estuvo a punto de hacer ahora.

Necesitaba enfriarse, sí. Pondría todo su cuerpo en calma y luego hablarían. Tenían mucho que hablar... o al menos, él tenía mucho qué decir. Ya no podían seguir igual.

No, no podía seguir viéndola como amiga, iba a arriesgarse otra vez, y en esta ocasión era todo o nada.

Si Amelia decía que no, él no podría seguir aquí viéndola como una amiga nada más. No podría volver al inicio, no soportaría las migajas de su amistad, de modo que regresaría a Inglaterra, donde tenía más de las seis propuestas de trabajo de las que había hablado más temprano, y allá se quedaría. La extrañaría, tal vez la lloraría, pero seguiría adelante.

Pero si Amelia decía que sí...

El mero pensamiento hacía que le sudasen las manos.

Di que sí, Amelia...

Pero, ¿y si ahora la había asustado?

Amelia era virgen, ella nunca había estado sexualmente con un hombre. Esto de ahora bien podía parecerle un abuso, un atropello.

Y también él estaba asustado, reconoció. Asustado de sí mismo, de la fuerza de su deseo hacia ella. Era como si viniese conteniéndose desde su vida pasada, y estuviera a punto de estallar. La anhelaba casi como un ahogado al aire, y el sólo pensar que podía rechazar uno de sus avances lo paralizaba.

Estaba en una encrucijada.

Se pasó las manos por los rizos tratando de calmarse, y entonces escuchó que lo llamaban. Se giró de inmediato pensando que era Amelia, pero no era ella.

Pero, ¿qué rayos hacía Vivian despierta a esta hora?

—No he podido dormir —le sonrió ella llegando hasta él—. Estuve deambulando por el balcón. Lo que hicieron ese par de crías fue muy grosero

—. Zack se sintió perdido por un momento, casi no la estaba escuchando.

—¿Qué? —preguntó, y ella respiró hondo haciendo que su pecho se ensanchara un poco y sus senos se notaran mejor a través de la pequeña pijama que tenía puesta. Zack, automáticamente, se quitó la camisa que tenía puesta y se la dio a ella cubriéndola—. Te vas a resfriar—. Vivian lo miró fijamente, no agradecido por su gesto caballeroso.

—Tú me gustas, Zack —soltó de repente, y él fijó sus ojos en los de ella—. Me gustas de verdad. Quisiera... que fueras mi novio—. Él rio un poco molesto, contrariado, pero ella siguió.

—No me rechaces. Soy un muy buen partido para ti.

—No estoy buscando un buen partido.

—Ahora no, porque eres joven, un recién egresado que cree que el mundo le pertenece, pero...

—Tú también eres joven. ¿Por qué me hablas como si yo no supiera nada de la vida?

—Zack, de verdad. Juntos podemos hacer grandes cosas...

—No estoy interesado en hacer grandes cosas. Por el contrario, quiero cosas muy sencillas: tranquilidad, paz, amor...

—Conmigo lo tendrás, y mucho más. Puedes ser grande y muy feliz. Conmigo puedes...

—Pero yo a ti no te amo —Vivian lo miró en silencio un par de segundos, apretó los dientes y respiró profundo.

—Me amarás... —Zack cerró sus ojos. De alguna manera, sentía que estas ideas, que esta discusión, o su esencia, ya la había vivido antes. Lo cual era una locura, nunca había tenido una conversación tan seria con Vivian.

—Apenas te conozco. No sé nada de ti, y aunque así fuera... Yo ya amo a alguien más.

—No me digas. ¿Amelia? Con ella no tendrás más que trabajo y dificultades.

—Prefiero el trabajo y las dificultades, pero con ella.

—¿Qué le ves? Por favor, ¡no es nadie! —Zack apretó sus dientes.

—Para mí, tú no eres nadie. Hemos tratado cuánto... ¿un par de semanas? ... y no me siento atraído hacia ti en ningún sentido.

—Zack...

A lo lejos, Amelia salió de la cabaña envolviéndose en un sencillo cárdigan, protegiéndose así del frío. Había entrado al baño de su habitación, y al darse cuenta de que Vivian no estaba en su colchón, se preocupó, de modo

que fue a la sala y a la cocina sin encontrarla.

Los vio cerca de la playa. La iluminación era pobre, pero esos, sin duda, eran Zack y Vivian.

Apretó los dientes sintiéndose tan molesta, tan celosa. Así que echó a andar hacia ellos.

¿Y qué haría cuando llegara?, se preguntó bajando la velocidad de sus pasos. La mirada de Zack era la mirada de un hombre, no la de un amigo, y ya no podía negarse más, ella lo quería a él. No por protegerlo de Vivian, que había algo de ello, sino por sí misma. Por ella. Lo quería porque con él ella se sentía feliz, completa, querida y hermosa.

No puedes querer a un hombre sólo porque a su lado te sientes bien.

Pero él a mi lado también se siente bien, se contestó. Lo sé. Esa mirada era...

De repente, lo supo. Lo supo todo.

Se detuvo casi enterrando sus pies en la arena, y toda su vida, sus vidas, pasaron delante de sus ojos desde un enfoque que nunca fue capaz de ver.

Esa mirada de Zack sobre ella en la cama era idéntica a la del sueño que había tenido la noche en que la devolvieron a sus dieciséis años.

—Volvería veinte años al pasado —había dicho él en ese sueño—. Por ti.

Su corazón emprendió una loca carrera hacia la desesperación cuando toda esta información fue llegando de golpe a su mente, y la comprensión de que todo tenía una razón de ser la estaba abrumando de tal manera que casi no podía respirar.

Al volver veinte años, el destino de Zack había cambiado drásticamente, no sólo el suyo. En cambio, el de Damien había seguido casi intacto. Siempre se había preguntado por qué se había afectado tanto la vida de Zack, qué tenían que ver sus decisiones con las de él, y ahora lo entendía. Zack siempre había estado enamorado de ella.

En la otra vida y en esta, él la había amado.

En la línea oscura, ella lo había conocido porque era el hermano de Damien, y habían coincidido en alguna fiesta familiar, o alguna salida. Siempre había pensado que era muy diferente de su hermano, pero que le agradaba. Y luego en el hospital se había dado cuenta de que era alguien incondicional, capaz de ayudar a otro sin esperar nada a cambio. Y cuando se divorció de Damien y toda su vida estaba hecha un desastre, él había insistido en llamarla, en preguntarle cómo estaba.

¡Había sido el amigo que había necesitado tantas veces!, y ella le había

retribuido tan poco. Y cuando la vida de él también se volvió desastrosa, él sólo se había guardado sus penas, ni siquiera le había dicho que estaba en la ciudad para que no lo viera derrotado, así como se sentía. Ella pensaba que su tristeza de esa noche se debía a sus fracasos, pero ahora tenía derecho a pensar que no era sólo por eso.

Saber eso no hizo sino que le doliera fuertemente el corazón por él. Lo que debió padecer tuvo que ser indescriptible al ver a la mujer que amaba siendo lastimada y destrozada por su propio hermano.

Nunca le había dicho nada. Nunca le insinuó siquiera que ella le gustaba. Y ella no lo habría podido ver, porque estaba tan cegada con el rencor hacia Damien, y el miedo a las relaciones, que no... nunca lo habría podido ver.

Volvería veinte años al pasado... por ti...

Y lo primero que haría... sería evitar que Damien te ponga la mano encima.

Tenía sentido. Tenía todo el sentido del mundo, y apenas lo estaba viendo. Él no había sido feliz con Vivian porque no era la mujer para él, y ella había sido infeliz con Damien porque... simplemente porque se había equivocado de Galecki.

Se limpió las lágrimas y retomó el camino hacia la pareja que conversaba en la playa. Zack estaba sin camisa, pues la tenía puesta Vivian, pero él parecía más bien tenso, como si el estar con ella lo molestara.

“Ahora te acuso a ti por haberte enamorado de alguien así”, le había dicho ella en aquel bar, aquella noche, la última del futuro. Pero, él nunca se había enamorado de Vivian de verdad, ¿no? Su corazón nunca había sido enteramente de ella. Se había casado por las razones equivocadas, por un bebé, por tratar de seguir con su vida, por no quedarse solo, o porque... porque Vivian tenía cierto parecido físico a ella.

Se cubrió la boca al darse cuenta también de esto. Vivian había sido su sustituta en la cama de Zack. Oh, qué triste para Vivian...

No debía sentir lástima por esa perra. Le había sido infiel a Zack, le había llenado la vida de miserias.

Ah, qué lástima que este Zack no tuviese todos sus recuerdos, así como ella, porque entonces le haría mil preguntas, y hablarían tanto, tanto...

De repente, Vivian hizo un gesto de enfado, dio la vuelta y caminó alejándose de él. Al verla, ella se detuvo, pero retomó el camino hacia la cabaña.

—Ni creas que me quedaré tranquila —masculló Vivian al pasar por su

lado, pero Amelia no la escuchó, todos sus sentidos estaban atentos a Zack, a sus reacciones, al lenguaje de su cuerpo.

Él sólo podrá ser feliz contigo, le pareció oír. Su felicidad sólo estará completa si lo amas. Ya viste lo fatal que le fue una vez, no lo vuelvas a dejar solo.

Se limpió otra lágrima y anduvo el espacio que los separaba. Zack la miró en silencio largo rato. Abrió su boca como si quisiera decir algo, tal vez disculparse, o protestar, o quejarse, pero entonces Amelia casi saltó frente a él, le tomó el rostro y lo besó.

Tomado completamente por sorpresa, Zack no respondió a su beso en un primer momento, pero ella abrió de nuevo sus labios, acariciando, mordiendo y lamiendo los suyos, y todo Zack se estremeció de deseo, la rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo y le respondió al beso con ansias, con hambre, con anhelo, un anhelo que, sin saberlo, los venía consumiendo desde hacía varias vidas, y que por fin se permitían saciar.

—Oh, Amy...

—Zack —murmuró ella, sintiendo los vellitos de su pecho en sus brazos, excitándose sólo porque podía tocar su piel. Él la miró entre confundido y encantado, y volvió a bajar la cabeza y a besarla, cubriendo toda su boca, introduciendo su lengua y buscando la de ella, y Amelia fue a su encuentro, hambrienta de él, necesitada. Él la alzó en su cintura y ella lo rodeó con sus piernas, besándolo tan profundo como podía, deseando fundirse, meterse en su alma para siempre, ser uno por toda la eternidad.

Porque esto estaba bien.

Esto era perfecto.

Amelia sintió los besos de Zack en su cuello, su garganta, sus hombros; sus manos en su trasero sosteniéndola con fuerza sobre su cintura, y la piel de su espalda descubierta, cálida y suave bajo la palma de sus manos. Él mordisqueó un poco la piel de su hombro y Amelia soltó un gemido tan sensual que él casi bramó, y cuando ella se restregó contra él, contra la erección contenida al interior de sus pantalones, Zack simplemente se apoyó de rodillas en la arena de la playa y la recostó de espaldas para seguir besándola y lamiéndola. Amelia no tenía sus manos quietas, sino que las paseaba por todo su tórax, sintiendo los vellos del pecho, sus tetillas que sabía eran rosadas, dándose gusto pellizcando suavemente esa piel que desde hacía rato quería tocar.

Era mucho mejor de lo que jamás imaginó o soñó. La realidad sobrepasaba cualquier fantasía que hubiese tenido, porque no era sólo el ansia física que la consumía la que estaba siendo saciada, sino algo mucho más profundo, en su alma, que Zack estaba llenando con cada beso, cada caricia, cada palabra de amor...

Zack estaba enloquecido, como si soñara, como si esto fuera simplemente otro sueño caliente con ella, pero cuando se apretó contra ella y ella lo miró a los ojos elevando sus caderas a él, supo que era real. En sus sueños él nunca llegaba tan lejos con Amelia.

—Amy... —la llamó. Era extraño, porque no sabía qué hacer primero, si decirle hasta la saciedad cuánto la amaba, o besarla infinitamente, entrar en ella, y quedarse allí por siempre. Como Amelia movía su cadera contra él, con sus ojos cerrados, buscándolo, provocándolo, supo que lo de la conversación tendría que esperar. Él estaba que estallaba.

Ah, qué fácil sería simplemente sacarse el pantalón, desnudarla a ella y penetrarla aquí, bajo la luna, frente al mar. Qué maravilloso sería, y qué memorable.

Sí, sí, hazlo, clamaba su cuerpo. Márcala, hazla tuya, imprime tu cuerpo en el de ella, ámala como hace rato has querido amarla...

—Zack —lo llamó ella, y cuando vio que ella bajaba sus manos a sus pantalones y lo desabrochaba, él sólo pudo gemir.

—No —susurró él, pero la mano de ella ya estaba dentro, y lo buscaba, y lo palpaba. Qué atrevida, qué lanzada, pensó. Le encantaba... —Dios, Amy, por favor...

—Lo sé —le contestó ella sobándolo por encima de su ropa interior, sintiendo cuán duro estaba, cuán largo era—. Y está bien... Yo también lo deseo—. Él la miró a los ojos, con la boca seca, la garganta ardiendo, y casi vibrando en las manos de ella.

Antes había pensado que era hablar o actuar, pero ahora supo que podía hacer las dos cosas. Si bien su cuerpo estaba teniendo algo de lo que siempre deseó, su alma y su corazón se estaban imponiendo.

—Te amo, Amy —dijo entonces. Cerró sus ojos con fuerza y apretó los dientes tratando de contener el deseo que lo estremecía en ese momento—. No puedo seguir siendo tu amigo. Te amo demasiado para eso—. Ella le acarició la barba y bajó su cabeza para besarlo—. No puedo seguir siendo tu amigo —insistió él—. No puedo —él le tomó la mano y la alejó de él entrelazando sus dedos con los de ella y apoyándola en la arena. Necesitaba un poco de lucidez ahora, y esa mano se la estaba quitando toda—. Decide en este momento qué eres: mi amiga... o mi amada—. Los ojos de ella se humedecieron, lo que asustó a Zack. Mierda, ella se iba a ir llorando.

Pero aguantó, esperó.

El silencio de ella se prolongó lo que pareció una eternidad, pero Zack no la interrumpió, sólo siguió mirándola con el pecho agitado, ansioso, sabiendo que el resto de su vida y su felicidad misma pendían de un hilo.

Ella tenía que decidir.

—Hace rato que... también te amo —contestó Amy, y Zack dejó salir al fin el aire contenido—. La manera en que te extrañaba... no era la de una amiga. También te amo, Zack.

—Ah... —él cayó débil sobre ella, y Amelia lo abrazó con brazos y piernas, le besó la oreja, el cuello, su cabello. Olía tan bien, era tan hermoso, y tan... Zack.

—Perdóname por haber tardado tanto en darme cuenta —siguió ella, paseando sus manos por la espalda de él—. Perdóname.

—No importa.

—Si lo hubiese entendido a tiempo... en aquel porche... —él levantó la cabeza sobre ella, recordando también el momento, pero no le hizo reproches, ni aceptó sus disculpas, sólo sonrió, con esa sonrisa tan bonita que Amelia quiso comerse su boca allí mismo.

—No se ha perdido nada —le dijo—. Estoy contento, de todos modos, porque ahora... ¿De verdad me amas, Amelia? —ella asintió moviendo su cabeza, y él volvió a besarla, a mimarla, y secó sus lágrimas con sus besos—. Me haces tan feliz —murmuró él contra su piel, y ella sonrió. Sí, lo sabía, lo podía sentir. Casi podía palpar la felicidad que a él lo envolvía, y volvió a besarlo, y a sentirlo, y a acariciar toda la piel que alcanzaba—. Quisiera...

—¿Hacerme el amor? —él la miró fijamente, y sonrió al recordar que, si bien ella era virgen, no tenía reparos en hablar de sexo ni ningún tema íntimo que otros llamarían tabú. Había pensado que se asustaría, que rechazaría sus avances por mostrarse tan ansioso, pero no era así, y la adoraba por eso.

—Lo puedes sentir, ¿no?

—Muy bien —sonrió ella moviendo ligeramente las caderas, lo que lo hizo gemir a él.

—Dios, sí —murmuró casi sin aire—. Te deseo... tanto... que duele —ella sólo soltó una risita, y Zack sacudió su cabeza agitando sus cabellos—. Pero... tendría que ir a alguna parte por un preservativo, yo... no traje ninguno conmigo.

—Es decir, que, ¿no tenías planeado seducirme? —él sonrió, y se enderezó hasta quedar sentado frente a ella. Amelia también se sentó, y no pudo evitar las ganas de echarle un vistazo a su erección. Lo había tenido en su mano, pero quería verlo... y estaba tan oscuro...

De repente, Zack se puso en pie y se bajó los pantalones, sin darle tiempo a ella a echar un vistazo, se metió al agua, y lanzó un bramido por lo fría que estaba. Amelia se echó a reír y fue tras él.

—Tú también deberías meterte —dijo él con el agua a la cintura, firme como una roca a pesar de las impetuosas olas—. ¡Pero no te desnudes! —gritó. Muy tarde. Ella se había quitado el cárdigan y la pijama y se había metido también al agua. Lo buscó y lo abrazó, y Zack sólo pudo reír abrazándola. El agua era helada, y ella de inmediato empezó a tiritar.

Tuvieron que salir casi de inmediato, se vistieron a prisa y corrieron al interior de la cabaña. En silencio, se besaron de nuevo en la sala a modo de despedida, pero era tan difícil desprenderse el uno del otro, que se quedaron allí otro rato, besándose con fuerza, mojados y destilando agua salada sobre el suelo de madera.

—Mañana tenemos una excursión pendiente —dijo ella casi dentro de su boca—. Deberíamos dormir...

—Sí...

—Mañana...

—Mañana... —la imitó él, pero no se movió ni un ápice, sólo siguió besándola y atrayéndola otra vez a su cuerpo que, a pesar de estar helado, parecía querer volver a la vida.

Sus besos no eran sólo cuestión de deseo, entendió. También su corazón quería besarla, y ese seguía latiendo muy caliente en su pecho.

Tuvo que empujarlo suavemente, mirándolo a los ojos mostrando mucho pesar. Él no tenía preservativos, y aunque se moría de ganas por hacerlo, no cometería errores de ese tipo esta vez.

—Dúchate, perverso —él se echó a reír.

—Lo dice la que me agarró duro en sus manos.

—Oh... No se lo cuentes a nadie.

—¿Me dejas escribirlo? —Amelia se echó a reír, y dando la vuelta, se separó de él al fin.

Entró a la habitación abriendo enormemente sus ojos por las sensaciones, la felicidad, el hambre de él. ¡Era tan perfecto! Jamás sintió esta plenitud en su alma y en su cuerpo, hoy estaba más viva que nunca, y era más mujer, más completa de lo que jamás imaginó ser.

Todo por Zack, todo por su amor. Sus ojos se humedecieron deseando volver corriendo a él y seguir abrazada a su cuerpo. Sólo estaba al otro lado de la pared ¡y ya lo echaba tanto de menos, lo ansiaba tanto!

Controlándose con todas sus fuerzas, caminó al baño y se metió a la ducha fría sacándose la sal del agua de mar. Tuvo que salir pronto, al volver a la habitación se dio cuenta de que Vivian no estaba en su colchón.

Y ahora, ¿dónde se había metido la víbora?

Casi suelta la risa cuando vio que había ocupado su cama. Qué mujer tan idiota.

Se sentó en la cama de Cath mirando la que ocupaba ahora Vivian recordando lo que ella le había dicho al pasar por su lado. No podía tomarse esas palabras a la ligera, Vivian parecía muy determinada a conseguir a Zack, y aunque tenía confianza en él, en que no caería en las garras de esta arpía, debía tener cuidado.

Se acostó pensando en esto, preguntándose otra vez por qué la aparición de Vivian se había adelantado tanto, por qué ella hablaba tan segura de que Zack ya le pertenecía, como si ya lo hubiera visto en algún lado.

—Dios, por favor, no —oró antes de quedarse dormida—. Dame la astucia que necesito para enfrentarla y vencerla. No quiero que le haga daño a Zack.

Y con esa seguridad de que su oración había sido escuchada, Amelia se quedó dormida.

A la mañana siguiente, Amelia salió de la habitación sintiéndose mejor que nunca. Su sonrisa era ancha, casi le rajaba la cara. Y esta se ensanchó aún más cuando vio a Vivian con su maleta en la sala despidiéndose de la familia.

—Zack no se ha despertado —comentó Denise mirando a Catherine, como sugiriéndole que lo fuera a despertar, pero Amelia se le adelantó y entró a la habitación.

Lo encontró dormido de medio lado, con la cabeza apoyada en la almohada y el brazo debajo de ella.

Y estaba tan calentito y delicioso...

—Zack —lo llamó sentándose a su lado, y los ojos de él se abrieron, más luminosos que nunca—. Despierta, dormilón —él se movió inspirando fuertemente y mirándola todavía entredormido. Amelia paseó sus ojos por el pecho de él, amando las pequitas de su cuerpo, cada vellito, sintiendo que la yema de sus dedos hormigueaba por tocarlo.

Contrólate, se regañó, y cuando él terminó de estirarse como un gato, volvió a hablar.

—¿Quién te desveló anoche? —preguntó en tono juguetón, y en respuesta, Zack la atrajo a él apretujándola con fuerza. Amelia empezó a protestar, pero estar entre sus brazos era demasiado bueno, así que no se esforzaba tanto en zafarse. Él se puso sobre ella en la cama y empezó a besarla y a acariciarla, y Amelia olvidó cuál era la razón por la que había venido a su habitación. Sentir su peso sobre ella, sus labios por su piel, su aroma...

—Dios, esto es...

—¿Un sueño? —sugirió él con una sonrisa—. No, no lo es —Amelia sonrió, y apoyó ambas manos sobre las mejillas barbudas de él.

—Yo... Zack... —él siguió mirándola con esos ojos grises y resplandecientes, y Amelia tuvo que cerrar sus ojos. Él la desconcentraba demasiado.

Y al fin recordó que lo esperaban afuera, y lo empujó suavemente.

—Vivian ya se va.

—¿Se va? —preguntó él sentándose al fin en la cama, con los cabellos parados y revueltos como un nido rojo de pájaros, y sobándose el pecho con pereza.

—Se va —le confirmó ella, mordiéndose los labios—. Te dije que no se quedaría los dos días.

—Bien, iré a... ¿Pidió algún transporte al aeropuerto?

—Creo que espera que tú te ofrezcas a llevarla —dijo Amelia mirándolo salir de la cama y dirigirse a la maleta buscando algo que ponerse—. Péinate antes de salir —se burló ella, y al fin salió de la habitación.

Como era de esperarse, Vivian insistió que fuera Zack quien la llevara al aeropuerto, pero él no tuvo reparo entonces en pedirle a Amelia que los acompañara. Para no devolverse solo, dijo.

—Entonces los esperamos en el punto de salida de la excursión —dijo Howard, algo molesto porque se había dañado un poco su perfecto plan de salida en familia—. Lleven el auto hasta allí, nosotros tomaremos un transporte público.

—Si acaso no llegamos a tiempo, no nos esperen —pidió Zack, y alzó la enorme maleta de Vivian para meterla al baúl.

Vivian miraba a Amelia con rencor, pues sólo llevaba un short jean y una camisa blanca muy amplia, casi transparente. Debajo, el bañador. Iba mostrando mucha piel, y Zack no hacía sino mirarla. Cuando caminó al auto para ocupar el asiento al lado del conductor, encontró que ya Amelia estaba sentada allí y la miraba con una sonrisa sobrada.

—¿Te parece muy divertido lo que haces? —le reprochó, pero Amelia, sin ningún remordimiento, le contestó:

—Sí —Vivian sólo bufó y abrió la puerta trasera.

En pocos minutos estuvieron en camino. Fue algo fastidioso para Vivian, pues Zack y Amelia no hacían sino hablar de tonterías muertos de risa. Todas las canciones les recordaban algo, todo lo que veían los remitía a un evento que habían pasado juntos, y así hasta que llegaron al aeropuerto.

—¡Mira, el siguiente vuelo sale en menos de una hora! —exclamó Amelia señalando el tablero que anunciaba los siguientes despegues, y ella no tuvo más opción que acercarse a la ventanilla a comprobar que todavía hubiese asientos disponibles.

Sí los había, y como ya estaban prontos a despegar, tuvo que atravesar la puerta de abordaje demasiado pronto.

Miró a Amelia con encono. Esta se las pagaría. Había echado a perder todos sus planes de ese fin de semana.

Zack era suyo. Tenía que ser suyo.

Así se lo había dicho la gitana, una anciana arrugada y fea que le había leído la mano en Francia. Le auguró que conocería a un hombre guapísimo, del que se enamoraría locamente, y que lo atraparía y juntos llegarían a la cima

del éxito.

—Ese hombre lleva la marca del fuego —dijo la gitana—, lo sabrás en cuanto lo veas. Sé paciente y espera el momento adecuado. Si te apresuras lo perderás, y te aseguro que no habrá más oportunidad, y la expectativa de un futuro maravilloso desaparecerá como la luz de una vela.

Un futuro maravilloso, se repitió sentándose en su asiento de clase ejecutiva en el avión. La cima del éxito. Si la gitana le hubiese hablado de hijos y una casa, habría sacado la lengua con asco, pero “un futuro maravilloso” y “la cima del éxito” sí que eran tentadores para ella.

Y era Zack, él llevaba la marca del fuego con ese cabello rojo. Era él, porque al verlo por primera vez sintió que lo reconocía; la gitana le habría dicho que lo sabría al verlo, y así le había pasado.

Él acababa de perder su billetera, y no tenía un centavo para ir a algún lugar, así que lo llevó en su coche alquilado y él se lo agradeció varias veces.

—Págame invitándome a un café —le propuso ella, y él, amable, accedió. Intercambiaron números y luego se encontraron en cierta cafetería famosa. Le había parecido que ella a él le gustaba un poco, pero ahora se preguntaba si había sido así, pues nunca intentó besarla, ni mucho menos le propuso irse de fiesta o pasar la noche juntos, que habría sido lo natural.

Durante los pocos momentos que pasaron juntos, ella se aseguró de dejarle claro quién era ella, y quién su padre, pero eso no le había llamado mínimamente la atención. Tonto, si él lo hubiese querido, se habría adueñado de todo, pues ella era hija única, y junto con su esposo algún día presidiría sus grandes empresas. La cima del éxito para ambos...

Ver que él estaba poco interesado no la desanimó, y en los días que estuvieron en Inglaterra se insinuó un poco. Sin embargo, al ver ese recibimiento de la tal Amelia, tuvo que volverse más activa.

La subestimó. No podía ser otra cosa, había pensado que era más inteligente que ella, y que ganaría esta carrera sólo porque Zack y ella estaban destinados, pero subestimó el dominio de esta zorra sobre Zack, a quien claramente prefería.

Sé paciente, recordó. Si te apresuras, lo perderás.

Le daba unos meses a esa relación. Seguiría en contacto con Zack, y cuando las cosas se hubiesen ido a la mierda, tal como sabía que sucedería, ella estaría allí para consolarlo. Y entonces, sí, Zack sería suyo.

La vida era un juego largo, con varias entradas y tiempos fuera. No todo estaba perdido.

Amelia y Zack entraron de nuevo al auto de Howard, y, una vez sentados, ella no pudo evitar soltar la carcajada.

—¿Qué te causa tanta gracia? —le preguntó él sonriente, contagiado por su hilaridad.

—La cara de Vivian —rio Amelia—. Fue como: ¡¡esta me las pagarás!! Fue muy gracioso—. Zack sólo la miró sonriendo y elevando una ceja. Puso el auto en marcha y salieron del parqueadero del aeropuerto.

—Eres muy mala—. Amelia fue calmando su risa y lo miró a los ojos.

—Créeme, ella sí que es mala.

—¿Por qué estás tan segura? ¿Vas a decirme que es el sexto sentido que tienen todas las mujeres? —Amelia suspiró.

Era algo más que un sexto sentido, pero no podía decirle qué.

No podía decirle nada, y eso la hizo sentirse un poco triste.

¿Qué pensaría Zack si le dijera que, en otra línea de tiempo, ella se había casado con su hermano cometiendo así el peor error de su vida? ¿Y que él, gracias a esa decisión suya, había tenido también un fracaso?

¿Le perdonaría el haber elegido a Damien? ¿El haber sido su esposa, haberse embarazado de él y perdido su bebé?

—¿Pasa algo? —le preguntó él tomando su mano, y Amelia la apretó suavemente—. De repente, te quedaste muy callada—. Ella le sonrió.

—Todo está bien.

—¿Seguro? —ella asintió y respiró profundo.

Minutos después, se detuvieron en una gasolinera, y mientras ella llenaba el tanque, él entró al mini market. Lo vio regresar con una ancha sonrisa, y ella enseguida pudo adivinar por qué.

—¿Ya estás surtido de preservativos?

—Como para un fin de semana muy loco —rio él acercándose a ella y besándola. Amelia lo abrazó riendo también.

—¿Y cómo piensas conseguirlo con tus padres alrededor?

—Algo se me ocurrirá. ¿No te parece que el avión de Vivian se fue muy pronto? Podríamos decir que tuvimos que esperar una hora.

—¿Sólo una hora? —se burló ella—. ¿Es todo tu aguante? —Zack la miró con ojos entrecerrados, y Amelia volvió a subir al auto muerta de risa.

Hicieron un pequeño desvío y se internaron en un hotel frente a la playa. Entraron a la luminosa habitación besándose, desde ya desnudándose.

—Perdona que no te lleve a un cinco estrellas —le pidió él besando su cuello, conduciéndola poco a poco a la cama amplia cama de sábanas blancas

—. Cuando sea... rico y famoso, te llevaré a la suite presidencial —ella lo miró un poco sorprendida por sus palabras, y Zack se echó a reír, pero sin perder tiempo, le sacó la camisa blanca y se quedó admirando la piel de su pecho y sus hombros.

—¿Rico y famoso?

—¿Crees que me he olvidado de todo lo que me dijiste? —le preguntó tirándola al fin a la cama y ubicándose sobre ella—. Cada palabra, cada consejo me los llevé conmigo a Inglaterra. En Cambridge sorprendí a mis profesores con afirmaciones que eran tuyas, y por eso ellos me hicieron propuestas que me llevaron a ser parte de esa investigación que me mereció el posgrado—. Amelia seguía escuchándolo atenta, él había detenido sus besos, pero eso no la molestaba ahora—. En cierta forma, debo a tus consejos, a tu insistencia, el ser lo que soy.

—No es así.

—Claro que sí. Me has ayudado a crecer.

—Oh, Zack...

—Y me encantas, Amelia —siguió él, mirándola como si de repente ella se hubiese convertido en un pastel de chocolate, su favorito—. Me encanta tu cerebro, y tu cuerpo... Dios mío —eso la hizo reír, y con paciencia, con delicia, le sacó la camiseta que llevaba puesta.

—Tú también me encantas.

—Llevo fantaseando con tu cuerpo años...

—Bueno... yo también —eso lo detuvo, y la miró interrogante. Amelia se sonrojó un poco— Fantaseaba contigo, con tocarte, con... manosearte todo.

—¿De verdad? ¿Y qué hacías en esas fantasías, además de toquetearme?

—Oh, ya sabes qué.

—Puede ser, pero quiero escucharlo—. Ella se mordió los labios, y moviéndose un poco, se puso sobre él, que permanecía sentado sobre el colchón, y se sentó en su regazo, le besó primero los labios, profundo, muy profundo, enredando su lengua con la suya hasta sacarle el aliento, y al tiempo, le desabrochaba el pantalón e intentaba sacárselo. Él elevó un poco sus caderas facilitándole el trabajo, y pronto estuvo en ropa interior frente a ella, que seguía con su bañador y el short.

Amelia besó su cuello, lo mordisqueó suavemente, y la respiración de él se fue acelerando. Lamió sus pezones chatos, acarició con ambas manos su plano vientre, y las fue bajando hasta su ropa interior.

—Quiero besar cada rincón de ti —él estaba un poco sorprendido. Había

pensado que ella estaría muy tímida, algo asustada quizá, pero verla tan... activa, tan participativa, tan... lo deslumbraba y enamoraba y encantaba. Sentía que el virgen era él.

Al fin se movió, y le sacó el short, al tiempo que ella se deshacía de su ropa interior y lo dejaba totalmente desnudo. De inmediato lo atrapó en su mano y él soltó un gemido de sorpresa y placer. Amelia sólo rio.

Vamos, vamos, trató él de controlarse, y le quitó la parte superior del bañador y al fin tuvo los senos de Amelia a la vista. Qué bonitos eran. Sí que habían crecido un poco estos últimos años, y eran perfectos para sus manos, que quedaban llenas con ellos.

Pero estaba demasiado ansioso por metérselos a la boca, así que bajó la cabeza y los chupó, haciéndole soltar un quejido que se le antojó demasiado sexy. Ella metió sus manos entre sus rizos al tiempo que él succionaba y lamía. Amelia sentía la lengua áspera de él rodearla, estremecerla, y luego prestarle idéntica atención a su otro pecho. Ya estaba mojada y ansiosa, así que ella misma se sacó la parte inferior del bañador, y al fin, los dos estuvieron desnudos sobre la cama. Lo quería dentro, ya. Lo necesitaba, la ansiedad y la locura se habían encendido y apoderado de ella, y el botón de apagado estaba muy dentro de su cuerpo, y sólo él lo podía alcanzar.

Pero Zack tenía otros planes para esta primera vez.

No, no, quiso protestar ella cuando él la apoyó en la cama y siguió besándole el vientre. Eso después, te lo juro, ahora necesito tu cuerpo dentro del mío. Es urgente...

Pero no, Zack siguió besándola, lamiéndola, mordiéndola, y bajando poco a poco a su zona más íntima. Amelia casi empezó a llorar. Se cubrió los ojos con su antebrazo mientras él le abría los muslos, y un líquido hirviente corría a través de ella, empapándola.

—Zack...

—Shhht —la calmó él, o eso intentó—. No seas ansiosa —sonrió Zack con voz tan grave que casi parecía un ronroneo—. Te mereces lo mejor, y estoy dispuesto a todo para dártelo.

—Ya lo tengo... contigo... ya lo tengo.

—No, no —contradijo él, y Amelia sintió su aliento en su vulva, y un calambre la recorrió del cuello al vientre.

Por fin, él abrió su boca y la lamió toda. Amelia soltó un bramido muy poco femenino al sentir esa lengua inquieta sobre su clítoris haciendo círculos, succionando, acariciando, y segundos después, él introdujo uno de sus dedos

en su cuerpo, y Amelia vio estrellas. Y sólo eran unos dedos, Dios. Se estuvo allí largo rato, enloqueciéndola con cada lametón, con cada caricia, y Amelia sintió que las lágrimas rodaban por sus sienes, pues pendía en un abismo del que no terminaba de soltarse, y todo su cuerpo estaba tensionado a la espera de la explosión.

Él volvió a su boca, besándola, y Amelia lo miró a los ojos pidiendo compasión, que la liberara de esta tortura. Los dedos de él seguían dentro, moviéndose, y ella tomó esa mano tal vez para detenerla, o para hacer que entrara más profundo, no sabía. Abrió su boca y dejó salir un quejido, apoyó su mano en el cuello de Zack sin desconectarse de esa mirada, y fácilmente entró a ese universo lleno de fuego y estrellas, que la embravecía y la volvía loca. Zack no paró, su mano se movía rápida y rítmicamente dentro de ella, y la llevó más y más alto en esa ola de placer hasta que Amelia gritó, elevó su cadera apretándose más contra esa mano, cubierta de una pátina de sudor que la hacía resbaladiza y se quebraba en espasmos de placer. Su primer orgasmo con él.

Duró mucho, no supo si aquello fueron horas o minutos, sólo supo que cuando volvía, él estaba entrando en su cuerpo.

Sí, sí, lloró ella, rogando por él, deseando esto por fin. Cuando él intentó atravesar la barrera dentro de su cuerpo recordó entonces que era virgen. Va a doler, fue lo que pensó. Y él sabe que va a doler, por eso se aseguró de darme primero un orgasmo.

—Amy...

—Rápido y en un solo movimiento.

—¿Qué?

—Hazlo así —le pidió ella—. Por favor... —él la miró confundido por un momento, pero le tomó la rodilla ubicándose mejor sobre ella, e hizo tal como ella le pidió. Empujó duro, y en un instante, estuvo en el fondo. Amelia lanzó un grito de dolor, y él se quedó completamente quieto, aunque todo él vibraba de tensión y deseo.

Lo siento, quiso decirle él, pero esa frase ahora era muy vacía, pues no lo sentía para nada. Por el contrario, sentía como si hubiese ganado algo muy grande, el más alto honor sobre la tierra, la más alta honra.

Ni cuando le dieron el Summa Cum laude en su graduación se sintió tan pleno, realizado, feliz. Ahora sí, así que esperó, esperó con valentía dentro de ella, quieto, aunque casi temblaba.

Amelia se secó la lágrima que había corrido por sus sienes.

—Dios... —susurró Amelia abrazándolo con delicadeza—. No es justo que tenga que pasar por esto—. Él sonrió, y las vibraciones de su risa se sintieron dentro de ella, y cerró sus ojos, porque, diablos, dolía. Él la miró un momento, y pasó sus manos por la piel de sus brazos. Parecía no tener afán, no querer nada más que estar allí, lo cual era una verdad a medias, y eso la enternecía más que cualquier otra cosa. Tenía la evidencia de su fuerte deseo, sabía que la deseaba desde hacía mucho, mucho tiempo y, aun así, él se controlaba... por ella, por hacer que su primera vez fuera memorable.

Lo besó, y él gimió quedamente con su garganta.

—Te amo —le dijo—. Te amo tanto. Eres perfecto, y eres mío, y te amo con todo mi ser, Zack. Mi amor... —él onduló suavemente sobre ella, y Amelia volvió a quejarse, lo que le hizo detenerse. Si no quería dejarlo a él impedido, iba a tener que tragarse por un momento su dolor.

Ya había pasado por esto. Ya sabía que podía aguantarlo. Y con Zack había sido más que hermoso. Su otra primera vez estuvo llena de ansias, de afán, de prisas y sólo sintió dolor. Al principio algo de deseo mientras Damien la besaba y la desnudaba, pero había desaparecido en cuanto él la penetró.

Esta vez no, porque no estaba tratando con un niño, sino con un hombre hecho y derecho. Y él la amaba y había procurado darle una hermosa primera vez a pesar de sus propias ansias y prisas.

—Te amo, Zack —dijo otra vez, ahora, con lágrimas en sus ojos—. Eres mi regalo, eres mi don.

—No...

—Sí —insistió ella—. Haría girar el mundo hacia atrás sólo por mantenerte aquí, por vivir el amor contigo una y otra vez. Por estar junto a ti —. Él se movió dentro de ella, y aunque volvió a doler, esta vez se quedó callada.

Él empezó a empujar dentro, ya había aguantado demasiado, iba a morir, seguramente, así que poco a poco se fue dejando llevar. La besó cuando vio la arruguita en su entrecejo, acarició con sus dedos su clítoris tratando de hacerle olvidar el dolor, pero poco a poco fue perdiendo la noción de las cosas, y se sentó en la cama para empujar mejor dentro de ella. Abrazó sus rodillas y se concentró en entrar y salir de su cuerpo, tan resbaladizo y apretado.

—Mi amor —la llamó él, y se afirmó en la cama para darle con todo, con todo su deseo, con toda su fuerza, dentro y fuera de ella, una y otra vez, hasta que el mundo de verdad pareció girar hacia atrás, e imágenes locas de ella riendo y besándolo se metieron en su cabeza, imágenes de otra vida, de otro

mundo, pero siempre, siempre con ella.

De repente ya no pudo contenerlo más, y se vació largamente. Amelia lo abrazó con fuerza, recibiendo toda su pasión y su violencia. Él deliraba ahora mismo y decía cosas sin sentido, pero era exquisito, sublime y volvió a empujar dentro, llegando al fondo, y aun en medio de su dolor, Amelia pudo sentir deseo, y felicidad.

Al fin se quedó quieto, con sus miembros enredados con los de ella, en una posición imposible sobre la cama, y se quedaron allí hasta que él recordó su deber como amante cuidadoso y poco a poco salió de ella y se dejó caer a su lado para no aplastarla. Amelia lo siguió y se abrazó a él. Se permitió mirarlo, y al darse cuenta que había usado el preservativo sin que ella lo advirtiera, sonrió.

Nadie como Zack, pensó apoyando su mejilla en el pecho velludo de él.

Nadie como él dentro y fuera de la cama. Nadie.

—¿Estás bien? —le preguntó él besando con exquisita ternura su frente y sus cabellos. Amelia asintió con un movimiento de su cabeza, y él se movió para salir al fin de la cama y dirigirse al baño. Amelia se miró a sí misma. Estaba un poco irritada y dolorida. Necesitaría una toallita húmeda para refrescarse.

Cuando lo vio volver, desnudo como había venido al mundo, y con la toalla húmeda que ella había deseado, sonrió. Qué hombre tan bello, pensó cuando él estuvo de nuevo a su lado, dejando la toalla en su entrepierna y aliviándola. Su corazón se derritió aún más por él a la vez que se lo comía con los ojos.

No había ni podido imaginar que su capacidad para amar se fuera a expandir tanto, tanto. ¿Por qué había creído estar enamorada de Damien? Se preguntó. ¿Qué parásito se le había metido al cerebro como para alucinar algo así? ¿Por qué, definitivamente, había sido tan estúpida y cabeza hueca?

¡Zack era todo lo que ella pudo desear jamás! Su amigo, su confidente, su guarda, su amante, el hombre más sexy y mejor dotado que hubiese tenido la fortuna de ver y tener entre sus piernas...

—¿Mejor? —le preguntó él, y Amelia casi le saltó encima, besándolo, mordiéndolo. Él, sorprendido, se echó a reír.

—Déjame violarte —le pidió ella, ubicándose de nuevo sobre él, sin dejar de besarlo y mordisquearlo, y Zack, divertido, elevó sus cejas—. Sí, di que sí. No seas así.

—No podrías, aunque quisieras —le contestó—. Te duele todavía.

—Ay, por favor, te falta imaginación.

—¿Qué? —se sorprendió él, y casi suelta un grito cuando la vio tomar su miembro en sus manos y metérselo a la boca. Sorprendido, sí, pero a la vez maravillado, y aturdido, y conmovido. No supo qué hacer, más que mirarla, y luego, su visión se fue nublando, y otra vez se fue poniendo duro y alargando. Amelia no tenía reparo en metérselo totalmente en la boca, casi hasta su garganta, y Zack gemía y apretaba los dientes. Oh, qué sublime, y era Amelia, su Amelia. Sabía que el sexo sería bueno con ella, pero esto... sobrepasaba cualquier expectativa que hubiese tenido.

Amelia lo besó de arriba abajo, ¡él era tan hermoso! ¡La erección más

hermosa que jamás vio! Cuando alcanzó toda su forma, no pudo más que sonreír. Precioso, perfecto, su tacto sedoso, la dureza del metal, el glande suave y tan sensible, que lo hacían gemir cada vez que lo rodeaba con su lengua.

Y Amelia se dispuso a sacarle todos los gemidos que le fueran posible.

—No, nena... por favor —pidió Zack, sintiendo que llegaba al límite—. Nena, nena... Ah... —Trató de pensar en otras cosas. En el mercado de divisas, por ejemplo. O en la secuencia Fibonacci...

No, no. Nada funcionaba. Se iba a correr, iba a terminar y sería un desastre.

—Amelia... —pero, tal vez esto era lo que ella quería. Tal vez para esto lo había provocado. Quería regalarle este raptó de locura, así que se dejó ir, y se cubrió el rostro con una mano mientras con la otra atrapaba los cabellos de Amelia, derramados sobre su abdomen.

A tiempo, ella se levantó y lo besó en la boca a la vez que lo atrapaba fuerte en sus manos, masturbándolo mientras él se corría, y la abrazaba y la besaba.

Nada en el mundo podría describir lo que estaba sintiendo en ese momento. Zack se sentía casi adorado por Amelia, y se preguntaba si acaso era merecedor de tanto. Casi podía tocar con sus manos el ardor de ella, la ansiedad por demostrarle que lo amaba, que lo deseaba.

Ya sé que me amas, quiso decirle. Lo sé, lo entiendo. De alguna manera soy capaz de comprenderlo.

Y aquello lo asustaba a la vez que lo maravillaba.

Soltó un quejido muy poco masculino, casi rogaba. Estaba en su límite, así que todo su cuerpo se preparó para el éxtasis. Puso su mano sobre la de ella, apretándose más duro, más rápido, y Amelia sintió el líquido caliente que salía disparado de él.

Caliente, húmedo y ruidoso. Ella sabía que sería así, y estaba encantada de comprobarlo. Él era tan endiabladamente hermoso mientras se corría, era tan perfecto aun mientras seguía temblando, gimiendo, sudoroso y pendiendo todavía en la última ola de su orgasmo.

Amelia lo abrazó y besó su rostro.

—Eres bello —le susurró, aunque él no parecía estar escuchando—. Y eres mío—. Zack volvió a rodearla con sus brazos, todavía sin aire, ahogado aún en su propio éxtasis. Ella sonrió mientras esperaba a que él recuperara el aliento, a que su respiración volviera a normalizarse, y, satisfecha consigo misma, se estiró un poco encima de él.

—Eres increíble —le dijo al fin, y Amelia le subió el muslo a la cadera, abrazándolo con ternura, sonriendo mientras él por fin le metía un poco de oxígeno a sus pulmones—. Por Dios... eso fue tan...

—Era algo que quería hacerte desde hace tiempo.

—De... ¿de verdad? —preguntó él sorprendido, y Amelia se echó a reír.

—Fantaseé mucho con ello.

—Nunca pensé... es decir... Nosotros sí, todo el tiempo fantaseamos, pero...

—Las mujeres también. Tal vez no en la misma medida, pero lo hacemos. También somos de carne y hueso.

—Te adoro —susurró él, y buscó su boca para besarla—. Te adoro, Amelia —ella recibió su beso todavía riendo, y él profundizó el beso. Esa boca, oh, Dios, esa boca había hecho maravillas hacía un rato. Casi sentía que podía venerarla de rodillas desde ahora y para siempre.

—Sabes —dijo ella entre beso y beso—. Es la primera vez que hago algo así.

—Y te salió estupendo —sonrió él—. No me imaginé... Nunca pensé... Jesús, ¿quién es el virgen aquí? —Amelia volvió a reír besando su hombro, mordisqueando un poco su piel.

—Te amo —le susurró—. Y eso me induce a querer tocarte, besarte, acariciarte. Tu placer es parte de mi felicidad; hacerte ver estrellas me enloquece—. Él rio entre dientes, y Amelia se acercó más a él para esconderse en su pecho—. Deberíamos poder quedarnos aquí por siempre—. Él no dijo nada por largo rato, sólo la acunó en sus brazos acariciando suavemente la piel de su espalda, mirando el techo de la habitación escuchando sólo el sonido de sus respiraciones, sintiendo todo otra vez en calma, su mente y sus corazones.

Entre los dos, con sus cuerpos y miembros entrelazados, habían formado un capullo en la cama, un capullo cálido y suave, como si fueran dos mitades de un todo, dos piezas que encajaban a la perfección.

Un amor que había sido decretado desde el mismo inicio de los tiempos.

Casi podía sentir que era así.

—Zack —lo llamó ella, y él inspiró fuerte, como si se hubiese quedado dormido, y contestó con un sonido de su garganta—. Debemos irnos.

—No.

—Sí —lo contradijo ella, sonriendo—. Tus padres esperan que nos unamos a ellos para la excursión.

—Oh, diablos—. Pero ninguno se movió, y pasados unos minutos, Amelia sintió que se adormecía, pues nunca había sentido tal ola de bienestar. Y un apretón de Zack en su trasero la trajo de vuelta a la realidad.

—Estás demasiado buena —le dijo—, pero debemos salir de la cama.

—Tú primero.

—No, tú —eso le hizo reír. Ninguno de los dos quería soltar al otro, y al final, fue él quien se movió y salió de la cama. Amelia se quedó mirando su trasero y sus piernas bonitas mientras él entraba al baño y abría la ducha para hacer correr el agua. Amelia se sentó en la cama sin quitarle los ojos de encima. Qué bello era, por Dios.

Él no cerró la puerta del baño, sino que se metió a la ducha frente a sus ojos, como si supiera que lo que ella quería era seguir mirándolo.

Amelia salió al fin de la cama y se unió a él bajo el agua, y Zack de inmediato tomó la pequeña barra de jabón y la empezó a pasear por todo su cuerpo, su espalda, su cuello, sus senos... se arrodilló frente a ella enjabonando sus piernas y su vientre, tocándola suavemente, intuyendo que todavía estaba irritada.

Quería tocarla mucho, besarla allí otra vez.

Su cuerpo era una tentación constante aun estando vestida, y desnuda y en la ducha, ni se diga...

—No voy a poder cumplir con la excursión —dijo ella con sus ojos cerrados, sintiendo los dedos resbaladizos de él por su entrepierna. Afortunadamente, había tenido el atino de depilarse; ya algo le había dicho que esto pasaría, y estaba feliz.

—¿Por qué no?

—Me duele.

—Has perdido tu himen —contestó él—, no una pierna —. Amelia se echó a reír.

—Pero sentí que me entró una pierna por ahí.

—Qué exagerada —sonrió Zack poniéndose de pie de nuevo—. Soy un humano normal.

—¿Normal? —preguntó ella atrapándolo otra vez en su mano, y dándose cuenta así de que él ya estaba a media asta. Su toqueteo mientras la lavaba lo había excitado otra vez.

—Amelia, ya nos hemos retrasado bastante.

—Pero no he tenido suficiente de ti.

—Me saliste hecha un sátiro —eso la hizo reír, y lo besó bajo el agua

caliente de la ducha, que seguía corriendo—. Dios... —gimió él cuando ella siguió acariciándolo, explorando su cuerpo, y otra vez se iba endureciendo hasta llegar a su tamaño pleno.

De repente, se vio a sí mismo tomándole ambos brazos y girándola, poniéndola de cara contra la pared, abriendo su cuerpo y entrando en ella desde atrás.

Amelia lanzó un grito de sorpresa, placer y dolor combinados. Pero estaba tan resbaladiza allí dentro que él entró fácil y hasta el fondo.

Oh, qué bien se sentía.

Lo apretó fuertemente y apretó sus dientes con fuerza tratando de contenerse. Él sólo había entrado y ella ya estaba columpiándose en un orgasmo.

Respiró hondo, tratando de invocar la calma y se movió hasta que casi quedó afuera, pero él volvió a empujar y otra vez lo tuvo completamente dentro.

Volvió a gemir, a llorar, a pedir más. Sí, sí, sí, le decía. Sí, por favor. Más, dámelo todo. No te contengas, y Zack le hizo caso.

¿Por qué era tan hermoso? ¿Por qué se sentía como si fuera a morir de pura dicha?

Se llevó una mano allí donde los dos estaban unidos, donde él se movía entrando y saliendo, y supo por qué. Estaban piel con piel.

—Zack, el preservativo —le recordó ella casi asustada, aunque su voz estaba impregnada de deseo, pero cuando él volvió a empujar y lo tuvo todo adentro de nuevo, soltó un gemido que le hubiera puesto los pelos de punta a Zack si ya no hubiese estado mojado—. Zack, por favor... —él estaba tranquilo, controlado, sobre todo, porque si ella hubiese querido, se habría separado de él, pero allí estaba, apretándolo con fuerza dentro de su cuerpo, como si, más bien, quisiera retenerlo allí por siempre.

Amelia empezó a temblar, apoyando sus manos contra la pared, elevando su cadera para darle mejor acceso, y él no la soltó, sino que empezó a empujar dentro de ella, rápido, duro. Le encantaba verla así, gimiendo de placer por él, perdiendo completamente el control, porque, conociéndola, si no fuera así, sería ella quien lo estuviera dominando a él en este momento.

La llevó al orgasmo, y sintió su cuerpo rodeándolo vibrar casi con violencia, endurecerse, oprimirlo tratando de exprimirle toda la cordura, y por un momento la perdió, pero volvió a tiempo para correrse fuera de ella.

Amelia vio el líquido blanco y pegajoso correr por el suelo de la ducha y

meterse al interior del desagüe perdida todavía en la nebulosa, pero consciente de alguna manera de lo que había pasado, o había estado a punto de pasar.

—Esto... fue muy arriesgado —lo acusó ella apoyándose en su pecho, agitada, relajada, colmada de él. Zack la abrazó reteniendo todo su peso y le besó el cuello, los hombros, la espalda mientras ella parecía casi desmayada sobre él.

—Entonces... no lo volvamos a hacer en la ducha.

—No. Al menos... hasta que... Dios, debo empezar a tomar la píldora—. Él sonrió.

—Aunque fue estupendo. Piel con piel...

—Sí, lo fue —rio Amelia—. Pero... no podemos tener un bebé... me encantaría, pero...

—¿Te encantaría? —Amelia cerró sus ojos sintiendo que le picaban por las lágrimas, y asintió con un movimiento de cabeza.

—Más si es tuyo. Me encantaría. Y podría, pero... —ella sonaba como si se estuviera disculpando, cosa que no tenía por qué hacer, y Zack sonrió girándola para besarla de nuevo en la boca.

—Te entiendo, Amy. Perfectamente —la besó de nuevo, suave, tierno, casi como toques de mariposa—. No tienes que sonar culpable por no desear embarazarte. Es tu cuerpo, y lo contrario sería absurdo —siguió él poniendo una mano sobre su vientre—. Sólo tú puedes decidir al respecto.

—Oh, Zack... —Volvió a hablar ella, como si quisiera seguir disculpándose, pero él tenía razón. No tenía por qué hacerlo. Él cerró al fin la llave del agua, tomó una de las toallas del hotel y la cubrió con ella, secándola.

Se miraron largamente, se dieron besos, se ayudaron a vestir el uno al otro y Zack la ayudó a secarse el cabello, que seguía largo y negro.

—¿Nunca... te has cambiado el color del cabello? —le preguntó mirándola a través del espejo, mientras le pasaba el secador. Amelia frunció su ceño negando.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—¿Lo harías si yo te lo pido? —Amelia sonrió.

—Bueno, acabas de decir que este es mi cuerpo y que yo decido, pero... si de repente me dijeras que te gustan rubias, yo me lo pensaría —él se echó a reír y la besó.

—Morena estás preciosa. Pero me dio la sensación de haberte visto con el

cabello más claro, no sé—. Amelia agitó su cabeza negando y sonriendo, pensando que tantos años viéndose sólo a través de una videocámara lo había confundido.

Al fin salieron de la habitación.

Una vez en el auto, de camino al punto de encuentro de la caminata que los esperaba, Zack puso música mientras conducía en silencio. No habían hablado de lo que le dirían a la familia, de si declararían que estaban juntos o no, pero no parecía necesario. Sin tener que comunicarlo, el uno sabía que el otro quería mantenerlo en secreto un poco más, sólo hasta que se hiciera necesario.

Amelia cerró sus ojos recostando su cabeza en el asiento y sintiendo, a la vez que calma, añoranza.

Oh, el sexo había sido fenomenal, a pesar de que era su primera vez, y que aun en la segunda ocasión ella sintió dolor. Todo había salido mucho mejor de lo que fantaseó.

Lo miró de reojo estudiando su perfil, su nariz recta, la barba cerrada de días, sus brazos, sus manos sobre el volante.

El sexo había sido perfecto, más que por el placer, el éxtasis o los orgasmos que él le dio, por esa conexión que sintió con él, como si todo en el universo al fin se hubiese puesto en su lugar, donde debía ser. Era algo casi espiritual, y eso la colmaba más que la satisfacción que estuviera sintiendo su cuerpo.

Pero en ese momento, el momento en que él entró en su cuerpo sin la barrera del preservativo, aunque había sentido algo de alarma, no había podido evitar calcular qué tan fértil era el día en que estaba, y luego, más que imaginarse, se vio a sí misma embarazada, llevando ese bebé los nueve meses en su vientre y luego pariéndolo, dándole el pecho, y Zack a su lado...

Pero él se había corrido fuera.

Era contradictorio, porque si él no lo hubiera hecho, seguro que le había reclamado, y habrían tenido su primera discusión, pero él había sido consciente, cabeza fría, un poco, y había obrado bien.

Pero entonces, ¿por qué ella se sentía tan vacía ahora?

Lo miró otra vez, y el corazón se le encogió cuando sus ojos se encontraron.

Quiero tus bebés, quiso decirle, y tuvo que parpadear para ahuyentar sus lágrimas.

Quiero una familia, una casa, un perro y dos gatos. Quiero incluso un pajarito en su jaula colgando en la ventana de la cocina. Quiero hacer nada los

domingos, masajear tus hombros cuando estés agotado, y que hagas el desayuno tú cuando yo no pueda ni levantarme. Quiero ir a cine entre semana porque es más barato, y lavar los platos mientras tú los secas, y pellizcarte la nalga cuando vas pasando, y tener sexo caliente por la noche y por la mañana. Y quedarnos en silencio mientras leemos un libro, y afuera es invierno, y quiero verte protestar porque el bebé se hizo popó y huele mal, y...

Lo quiero todo, pero contigo.

La vida no es igual sin ti. Ya lo sé, ya lo pude ver. Ya sé lo que sería de mí si no estuvieras a mi lado...

—Te amo, Zack —le dijo, mirándolo fijamente, y él tuvo que frenar el auto y hacerse a un lado de la carretera para no estrellarse. Aunque ya lo sabía, aunque ya lo habían dicho, había algo en su tono y en su mirada que le indicaba que mejor le prestaba toda su atención, porque algo estaba ocurriendo en ella—. Me duele el corazón de tanto amor que tengo para ti.

—Mi amor...

—Se me sale por todos lados y no lo puedo contener, no me imaginé que pudiese amar tanto a alguien —él le desabrochó el cinturón de seguridad y la abrazó, mientras ella sollozaba sobre su pecho y él se llenaba de una felicidad que le parecía de mentira. Pero era real, ella estaba entre sus brazos.

—También te amo.

—Amo la luz en tus ojos, amo tu aliento y el palpitar de tu corazón. Amo a Dios porque te puso en mi camino y a tu madre por haberte parido. Te amo hasta la desesperación, no puedo estar con nadie más —siguió Amelia—. Ni quiero siquiera imaginar la posibilidad de que tú estés con otra.

—No hay tal posibilidad. No deseo a ninguna otra.

—Sé que estamos muy jóvenes, sé que tenemos mucho por delante, que primero debemos crecer profesionalmente, ser alguien, pero... —Zack la besó, cubrió su boca con sus labios y la acalló con su beso. Sintió su lengua inquieta y Amelia lo buscó con la suya, hondo, suave, cálido. Él apretó uno de sus senos y gimió dentro de él.

—Crecamos juntos —le dijo—. Hagamos todo eso juntos.

—Sí—. Él la miró fijamente, ella otra vez tenía esa mirada nublada por el deseo.

—Yo también te amo, Amelia. Contigo me siento invencible, porque me das fuerza, energía y hasta valentía para enfrentarme al mundo. He aprendido que, si estamos juntos, no hay nada que no podamos hacer, ni nada que se pueda interponer.

—Sí —volvió a decir ella, y él la besó de nuevo, duro, profundo, y luego se quedaron abrazados y en silencio, como reverenciando el momento.

Y entonces un auto pasó, hizo sonar el claxon en protesta por estar detenidos casi a mitad de camino y ellos volvieron al mundo real.

Amelia no pudo evitar reír, aunque sus ojos seguían húmedos.

Zack volvió a meter el cambio y de nuevo puso el auto en marcha, con una sonrisa velada en los labios, y los ojos más luminosos que nunca.

Era demasiado pronto para hablar de matrimonio, y ambos lo sabían, ambos lo pensaban, pero fue la palabra que se quedó flotando entre ellos todo el resto del viaje.

—Al fin, por Dios —dijo Howard cuando Amelia y Zachary se unieron a ellos en la caminata. Era una simple colina, aunque algo escarpada, atravesada por un camino de unos cuatro kilómetros, con vegetación, caminos que subían y bajaban, rocas y arroyuelos en medio, pero Zack y Amelia los habían alcanzado bastante pronto, mientras que los mayores habían invertido más de medio día para llegar aquí.

Catherine miró a su hermano con una sonrisa sabedora; el lenguaje corporal de estos dos era muy diferente ahora, y ella tenía una idea de por qué.

—Ya estamos a la mitad del camino —les informó Denise— En unos minutos llegaremos a un restaurante y ahí descansaremos.

—Qué bonito todo —sonrió Amelia mirando en derredor y Zack le pasó una botella de agua.

—Hidrátate —le pidió, y ella le sonrió de medio lado.

Howard y Denise se miraron el uno al otro.

—¿Se fue Vivian? —les preguntó Catherine, y Amelia asintió pegándose la botella a los labios—. ¿Se aseguraron de que subiera al avión? —Zack se echó a reír por la exageración.

—Más o menos —contestó Amelia, y siguieron avanzando por el estrecho sendero.

Amelia y Zack tomaron la delantera, y unos pasos atrás, Denise le sonrió a su marido dándole un codazo.

—Parece que al fin concretaron algo esos dos.

—¿Algo? —preguntó Howard agitando su cabeza. Iba a paso lento; había pensado que su estado físico era lo suficientemente bueno como para esta caminata, pero ahora se estaba dando cuenta de que necesitaba más ejercicio—. No me extrañaría si en unos meses anuncian su compromiso.

—¿Tú crees? —preguntó Denise con ilusión, y Howard no pudo menos que sonreír. Sabía que a Denise le gustaba Amelia. Ambos se habían preocupado muchísimo con la aparición de esa tal Vivian, pero Amelia, Dios la bendiga, había sabido manejar las cosas y tenerla bien al margen.

Le gustaban las chicas así, aguerridas, que tomaban lo que querían y no se dejaban de los demás. Era exactamente el tipo de mujer que necesitaba su hijo,

al que veía más seguro de sí mismo desde que volviera.

Hacían buena pareja, lo que le faltaba al uno, le sobraba al otro en cuanto a carácter y temperamento. Sabía que les iría bien si decidían juntarse.

Llegaron al restaurante que marcaba la mitad del camino y pidieron su almuerzo. Sin Vivian, todos parecían haber recobrado su buen humor y la alegría que representaba el regreso de Zack.

Él les contaba experiencias vividas en Cambridge, de cómo se llevaba con sus severos profesores, de los compañeros locos que vivían más pendientes de las fiestas que del estudio, y lo mucho que había extrañado su hogar.

—Y nosotros te extrañamos a ti —le dijo Denise—. La casa de repente quedó vacía, y...

—Es la ley de la vida —intervino Howard poniendo su mano delicadamente en el hombro de su esposa—. Ahora cada uno encontrará un trabajo, o iniciará su empresa, y luego se casarán... y nos traerán nietos a la casa—. Amelia trató de disimular una sonrisa mordiéndose los labios, y aunque ni ella ni Zack se miraron, sabían que pensaban en lo mismo.

—¿Tienes alguna propuesta en San Francisco, Zack?

—Sí —contestó él de inmediato—. La otra semana me entrevistaré con un ejecutivo de Ellington & Company —al oír aquello, a Amelia le entró tos, y Zack le empezó a palmear la espalda.

—Perdón —pidió ella cuando su acceso de tos remitió—. Zack, eso es... fabuloso—. Él se encogió de hombros.

—Son muy diversos —siguió él—. Algo podré aprender.

—¿Quiénes son? —preguntó Denise, y Amelia contestó.

—Una familia muy rica. Tienen hoteles, bancos, tecnología... El mejor lugar para que Zack inicie su vida laboral, y aprenda todo lo que quiera. Asegúrate de conseguirte un lugar al lado de Horace Goldman. Sería un gran aprendizaje para ti —Zack le sonrió con la tentación de besarla, pero aguantándose por la presencia de sus padres.

—Por ahora, esa es la empresa que más me llama la atención —siguió él, mirando de nuevo a sus padres—. Ya adquiriré un poco de experiencia, así que no seré tan novato, y como dice Amy, aprenderé todo lo que pueda para iniciar mi propia empresa más adelante—. Denise le sonrió a su hijo sintiéndose henchida de orgullo.

Hubiese querido decir que todos sus hijos estaban ya bien encaminados en la vida, pues Catherine estaba obteniendo buenas calificaciones en su carrera, pero entonces pensó en Damien, y su novia embarazada.

—Ojalá Damien pudiera seguir tu ejemplo —dijo suspirando.

—Es un chico todavía —agregó Howard—. Tiene tiempo.

—Tiempo es lo que no tendrá ahora con ese bebé.

—¿Se hará cargo? —preguntó Amelia, algo desconcertada. Que ella recordara, Damien nunca se hizo cargo de ninguno de sus hijos. Por el contrario, cuando una de ellas le pidió la paternidad, porque se iba del país, él la cedió sin ningún remordimiento.

—Tendrá que hacerlo —contestó Howard—. Lo crie para que fuera responsable—. Amelia se reservó el derecho a rebatir a ese comentario, y sólo se recostó en su asiento y miró en derredor el paisaje natural.

—Pero vas a ser abuela —le dijo Zack a su madre con una sonrisa y tomándole la mano—, ¿eso no te alegra? —Denise hizo una mueca.

—No lo sé. En parte sí, pero... ¿cuándo veré a ese bebé? La madre vive aquí, en San Francisco, no creo que vaya a llevar al bebé a Paradise los fines de semana—. Amelia hizo una mueca asintiendo, pues ella tenía razón. A pesar de que Damien había tenido tres hijos en la línea oscura, ni Denise ni Howard habían disfrutado de sus nietecitos, pues cada mamá vivía en una ciudad diferente, y luego el tercero se había ido del país. Ellos sólo habían podido disfrutar de los hijos de Catherine, y de Tommy, el hijo de Zack.

Ahora disfrutarán de los que yo les dé, dijo para sí.

Si ella llegaba a tener hijos de Zack, seguro que los llevaría a ver a sus abuelos muy a menudo; a los padres de Zack y a los de ella misma.

Y entonces sonrió al ver que estaba planeando este tipo de cosas cuando ni siquiera habían anunciado que tenían una relación.

Terminaron la excursión a duras penas para los mayores, que volvieron a la cabaña más cansados que nunca. Pasaron la tarde en la playa, tendidos en las tumbonas mientras Zack, Catherine y Amelia aún tenían energía para meterse al agua.

Desde sus lugares, los vieron corretearse, atraparse y lanzarse al agua muertos de risa, y ellos sólo los miraban sonriendo por lo bonito que era ser joven.

Luego de una ligera cena, Denise y Howard se acostaron a dormir. Catherine, Amelia y Zack se quedaron despiertos mucho más rato jugando cartas en el porche, apostando centavos de dólar, o poniéndose retos como pellizcarse, comer algo picante, o pararse de cabeza.

—Y entonces —preguntó Catherine mientras Zack mezclaba las cartas para iniciar una nueva partida. Estaban sentados en el suelo, con latas de cerveza

vacías alrededor y paquetes de snacks a medias, pisados con algo para que no fueran arrastrados por el viento—. ¿Cuándo se lo van a decir a los padres? — Amelia y Zack la miraron con idéntico asombro, y Cath soltó un bufido— No se hagan los tontos. Ya sé que se hicieron novios, o lo que sea que hace rato querían hacer—. Zack se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Lo sabes?

—Es obvio. Papá y mamá también lo notaron. No hicieron ningún comentario porque quieren que ustedes lo anuncien formalmente—. Zack miró a Amelia, y ésta sólo sonrió de medio lado esquivándolo.

—Todo en su momento.

—¿Quieren vivir el momento a solas primero? Son tontos. Si se los hubieran dicho, mamá habría arreglado para que Amelia durmiera en tu habitación esta noche, y no se habría escandalizado cuando ella, de todos modos, amaneciera en tu cama.

—¡Qué descarada te has vuelto! —la acusó Zack, y Amelia reía con ganas.

—¡Yo sólo digo! Han desperdiciado una buena oportunidad.

—Pero eso es problema nuestro, no te metas—. Catherine sólo hizo rodar sus ojos, y cuando Zack empezaba a barajar, ella se puso en pie.

—Estoy muerta de cansancio —dijo—. Y mejor los dejo a solas, ¿verdad? —Zack la miró con sus ojos entrecerrados, y Catherine se echó a reír—. Pero estoy contenta —dijo antes de meterse de nuevo a la cabaña—, y estoy segura de que papá y mamá también están contentos; Amelia siempre ha sido como de la familia. De todos modos —le dijo a ella—, bienvenida.

—Gracias —sonrió Amelia sintiendo un apretón en su estómago.

A pesar de que antes había sido una Galecki, a ella nunca le habían dado la bienvenida a la familia. Era irónico que ahora, cuando no llevaba ni veinticuatro horas de haberse declarado a Zack, eso ya estuviera sucediendo.

Una vez a solas, Zack recogió la baraja y le dio la mano a ella ayudándola a ponerse en pie, luego la condujo al lado del porche que tenía la hamaca y se sentó en ella haciéndole lugar a Amelia, que no lo despreció, sino que de inmediato se recostó casi encima de él. Zack la rodeaba con sus brazos y ella encontró que era el lugar más tranquilo sobre la tierra, el más hermoso y perfumado.

Suspiró de pura dicha.

El cielo estaba despejado, la brisa era fresca, y el rumor de las olas y el viento eran sumamente relajantes, incluso había en el aire un aroma a flores nocturnas que le hicieron sonreír.

—Qué delicioso —susurró Amelia apoyando su cabeza en el pecho de él, mientras él se mecía con cuidado, con una de sus manos metidas debajo de su blusa, aunque quieta, pero en contacto con su piel.

—Sí —contestó él—. Es muy bello aquí. Me alegra disfrutar esto contigo —. Ella le sonrió peinando los vellitos de sus brazos con sus dedos, disfrutando de la quietud de la noche y la deliciosa compañía.

Nunca hubiera imaginado lo bien que se estaba aquí, solamente meciéndose en una hamaca, escuchando el mar, sintiendo el uno el corazón del otro.

Ahora se preguntaba por qué, si Zack siempre la quiso, nunca le dijo nada. En la línea oscura, él nunca se declaró. ¿Qué se lo había impedido? ¿Acaso había sido alguien inseguro? ¿O se dio cuenta ya muy tarde, cuando ya Damien había entrado a su vida para destrozarla?

Tal vez por haberse tratado de su hermano él había guardado la distancia. Si hubiese sido cualquier otro extraño, ¿él se le habría acercado?

—Zack...

—¿Mmmm?

—¿Puedo preguntarte algo?

—No, no era virgen —ella se echó a reír.

—No es eso.

—Ah.

—Es... acerca de... —suspiró y tragó saliva—. Bueno, hay algo que me he estado preguntando.

—Pregunta —ella sonrió.

—¿Desde cuándo te gusto? —él elevó sus cejas y sonrió antes de contestar.

—No lo sé, creo que... desde siempre.

—¿Desde siempre?

—Cuando a mi padre lo trasladaron al hospital de Paradise, yo tenía unos diez años. Recuerdo que en una ocasión fuiste a nuestra casa con un pajarillo herido para que papá lo atendiera. Yo traté de decirte que papá era médico de humanos, no de animales, pero a ti te valió; hiciste que papá atendiera al animalito—. Amelia se echó a reír.

—No lo recuerdo.

—Ya veo que no. Cuando te fuiste, con el ala del pajarillo vendada, miraste atrás y me sacaste la lengua.

—¡Y te enamoraste!

—No lo sé, pero de ahí en adelante, siempre me daba cuenta de lo que hacías o decías; de la ropa que llevabas, de los estilos de tu peinado...

—No lo puedo creer —rio ella quedamente—. ¿Desde los diez años, Zack?

—No sé si desde los diez años —reía él—. Pero definitivamente, no conocí a otra chica que atrapara mi interés del mismo modo. Pero bueno... era obvio que yo no te gustaba a ti.

—¿Obvio? Yo no tuve más novio en la adolescencia que...

—Damien —completó él cuando Amelia se quedó callada, y ella se enderezó en la hamaca sin mirarlo. No sucedió nada, se recordó. No en esta línea.

—Eso fue a los dieciséis —siguió—. Pudiste haberme dicho algo desde antes.

—Sí, lo intenté.

—No es cierto.

—Sí, lo intenté. Varias veces. Pero bueno, no se pudo, y creo que... me desanimé un poco. Y ya no importa —dijo él abrazándola de nuevo y recostándola otra vez en su pecho—. Ahora estamos juntos—. Ella suspiró dejándose llevar por su abrazo.

—Y... cómo... Siempre quise saber... ¿cómo te enteraste tú de lo de... Damien y yo? —él guardó silencio largo rato, y Amelia se movió en la hamaca para mirarlo al rostro.

—Te escuché —contestó él al fin—. Le estabas diciendo las cosas más hermosas en la parte trasera de un restaurante, un domingo que nuestras familias coincidieron yendo al mismo—. Amelia enseguida sintió su corazón acelerarse—. Le decías algo como que... él sería tu novio eternamente, y que todo, tu felicidad, tu infelicidad, tus lágrimas, tus alegrías... todo tendría origen en el amor que sentías por él—. Ella cerró sus ojos con fuerza.

—¿Por qué... por qué escuchaste?

—Bueno, Damien desapareció, y pensamos que sólo se estaba demorando en el baño, así que entré de nuevo para apurarlo y escuché tu voz, así que me acerqué... y ahí estabas tú, declarándole amor eterno a alguien que yo sabía que no te valoraba.

—Lo siento tanto, Zack.

—¿De verdad sentías eso que decías? —le preguntó él ahora—. ¿De verdad creías que todo tu futuro dependía de tu relación con él? —Amelia sonrió. No era simplemente que lo creía, ya lo había visto.

Y ahora no podía sino reprocharse por eso. Aun después de ver semejante milagro, como lo era el volver veinte años en el tiempo, ella seguía pensando que Damien era importante para su vida... y resultaba que no lo era. En su

historia, ahora mismo, no era más que un extra.

—Sí —admitió ella delante de él. Nunca se habían hecho tal promesa como hablarse siempre con la verdad, era algo tácito, y que ya ponían en práctica—. En ese momento sí lo creía. Creía que su sombra me perseguiría por siempre, que nunca... podría ser yo misma otra vez.

—Y ahora... —preguntó él con su voz grave—. ¿Qué piensas ahora?

—Ahora pienso que fui muy patética —sonrió Amelia—. Y ridícula. Pero era una niña —se excusó, agradecida por poder echar mano de semejante falacia—. Sólo tenía dieciséis. A esa edad creía... creía que todos eran buenos, que el amor se conquistaba con fuerza de voluntad. Fue a tu lado que comprendí... que el amor es un regalo que simplemente se da. Que es un milagro que hay que atesorar, que te proporciona felicidad simplemente viendo al otro ser feliz también—. Él sonrió al fin, y acarició con sus dedos el rostro de ella.

—¿Ya no piensas más en que eres tu propia enemiga y villana? —ella lo miró abriendo grandes sus ojos, admirada porque él recordaba toda la perorata que había soltado la noche del baile de graduación—. ¿Que ese “estúpido anhelo de amor” te hace débil? —ella meneó su cabeza negando.

—Ya veo cómo te ganaste ese Summa cum laude —sonrió, y él hizo una mueca.

—Tengo buena memoria —dijo, tocándose la cabeza con el índice—. A veces sólo necesito escuchar o leer algo una vez para recordarlo.

—Ya veo.

—Por eso recuerdo cada palabra que le dijiste a Damien esa vez.

—Pero no escuchaste todo —le reprochó ella—, porque inmediatamente después de eso, le terminé, allí mismo, en ese callejón —él elevó una ceja, confundido.

—¿Le dijiste que lo amabas hasta la muerte para luego dejarlo?

—Sí, fui una idiota.

—Ah, por eso fue que dijiste que cometiste una estupidez cuyas consecuencias no esperabas que te alcanzaran.

—Tu memoria da miedo—. Él respiró profundo.

—¿Te alcanzaron las consecuencias? —Amelia esquivó su mirada, pero él le tomó la mano llamando de nuevo su atención.

—Por un momento, creí que sí. Damien sólo estaba encaprichado, y con mis palabras no hice más que echarle leña al fuego. Fue un error, y por un tiempo me persiguió, y se creyó con derechos sobre mí, tú mismo lo viste la

noche de la fiesta de graduación —él asintió en silencio, escuchándola muy atento—. Pero... creo que no pasó a mayores.

—¿Y qué crees que pasará ahora que todos sepan que estamos juntos?

—No creo que pase nada. Su vida está hecha un caos ahora mismo y no puede pretender nada conmigo. Además... ya hace mucho tiempo de eso. No puede estar obsesionado luego de ocho años...

—No lo conoces realmente. Esto podría ser un factor que influya en su capricho, como le llamas.

—Él no me quiere realmente. Nunca ha sentido nada más allá del deseo de poseer o dominar a alguien. No está enamorado.

—No se necesita estar enamorado para obsesionarse, y Damien en un tiempo estuvo obsesionado, y celoso de mí, si cabe añadir. Y ahora se combinarán las dos cosas, tú estarás con otro, y ese otro soy yo, su hermano—. Amelia se mordió los labios y se recostó a su pecho sintiendo un poco de ansiedad.

—Lo siento —le dijo. Zack la abrazó suavemente.

—No tienes que sentirlo. No podías imaginar lo que podía suceder, y, tal como dices, eras una niña de dieciséis. Sólo lo digo porque pienso que debes estar preparada para lo que sea que se presente—. Amelia cerró sus ojos con fuerza.

No, era imperdonable, se dijo, porque la que había cometido esa falta era toda una adulta a la que le habían dado la oportunidad de volver sobre sus pasos a corregir sus errores, no a cambiarlos por otros.

Y luego, algo de lo que él había dicho rebotó en su mente como una pelota de goma. Se enderezó en la hamaca y lo miró fijamente.

—¿Cuándo les diremos a todos que estamos juntos? —él sonrió con esos labios bonitos y rosados, y Amelia quiso besarlo al instante.

—Pensé que lo haríamos hoy mismo.

—¿Pensaste?

—Pero como no lo hablamos —siguió él—, dejé pasar el momento. Lo podemos hacer mañana, si quieres, o... simplemente amaneces en mi habitación y que ellos cuenten dos más dos.

—Claro que no. No quiero un recuerdo así —él la miró algo ceñudo un poco extrañado por la expresión.

—Entonces mañana, en el desayuno... —Ella sonrió ampliamente. Anunciarlo a todos, era algo nuevo para ella. En el pasado, sus relaciones no fueron dignas de anunciar, todo lo contrario.

—Sí —sonrió moviéndose bruscamente en la hamaca para abrazarlo y besarlo—. Mañana mismo—. Cuando él la acomodó sobre su regazo y metió la mano otra vez debajo de su blusa, ella lo miró alarmada—. Estamos... ¡en una hamaca!

—¿Y? —ella no contestó, y Zack aprovechó para desabrochar su pantalón corto.

—No podemos... ¿Cómo podemos...?

—Te falta imaginación —acusó él, devolviéndole las palabras que más temprano le dijera ella, en el hotel, y Amelia no pudo más que sonreír.

Pero la sonrisa se le borró cuando él empezó a tocarla, a despertarla y excitarla. Se recostó al otro lado de la hamaca dejando que fuera él quien dominara la situación. Últimamente estaba muy sumisa, se dijo, pero no le importaba, y Zack sólo tenía que tocarla un poco para que ella ya estuviera húmeda y lista para recibirlo.

Lo vio sacar un preservativo del bolsillo trasero de su pantalón y ella se lo quitó y lo abrió ella misma. Con cuidado, se lo puso y luego se movió para empalarse suavemente en él.

Zack le tomó la cintura, y la fue guiando hasta establecer un ritmo. Amelia se afirmó en su pecho y sacó las piernas a cada lado de la hamaca mientras se movía con él dentro.

Se había equivocado, en esta posición, era ella quien dominaba la situación.

Temprano en la mañana Denise se levantó y lo primero que advirtió fue que la habitación de Zack tenía la puerta abierta, así que dio unos pasos silenciosamente y se asomó. La cama estaba vacía y completamente tendida, como si nadie hubiese dormido en ella. Se asomó entonces a la de las chicas y vio que Catherine aún dormía, y la cama a su lado estaba intacta.

No fue necesario sumar dos más dos.

Una media hora después apareció su hijo mayor en la cocina, con el cabello rojo alborotado, y Amelia caminando a hurtadillas hacia el baño. Zack al verla le sonrió y la abrazó.

No le dijo nada, no quiso hacerles sentir incómodos. Que les contaran cuando se sintieran preparados, así que recibió su abrazo con una sonrisa, feliz por él.

Pasaron el día en tranquilidad, en la playa, o el porche. Leyendo, tomando el sol, o jugando en la arena. Había tiendas rodeando la playa y allí se dirigieron al atardecer.

—Amelia y yo somos novios —les dijo Zachary a sus padres sin muchos preámbulos ya en la tarde, mientras tomaban una merienda refrescante en una cafetería al aire libre. Denise, Howard y Catherine los miraron de manera idéntica.

—Es lindo que nos lo digas —sonrió Catherine—, pero ya lo sabíamos.

—Tú sí. Pero papá y mamá no lo sabían.

—Ah, hijo —contestó Denise encubriendo su risa—. Ya lo sabíamos—. Amelia elevó sus cejas mirándolos de hito en hito— Desde antes de que te fueras a Cambridge, ya lo sabíamos. Ustedes siempre han sido muy... unidos y especiales. Teníamos nuestras dudas de si al regresar iban a seguir juntos, pero...

—No éramos nada antes de Cambridge —intervino Zack, extrañado.

—Ah, ¿no?

—El que no lo sabía era él —comentó Howard mirando a su esposa con humor.

—¿Están bien con eso, entonces? —preguntó Zack, mirándolos realmente interesado en su respuesta.

—Perfecto —siguió Denise con hondo suspiro—. Amelia siempre será bienvenida en nuestra casa, y ahora, en nuestra familia.

—Gracias, Denise —contestó Amelia sintiéndose sumamente emocionada. Definitivamente, al lado de Zack, todo era diferente, más transparente y correcto. Así era como debían ser las cosas.

Y luego de haberlo anunciado a la familia, ambos se sintieron más livianos, mucho más libres. No tenían que estar escondiendo sus ganas de mirarse o tocarse. Podían perfectamente ir tomados de las manos a cualquier lugar sin que los mirasen raro, o cuestionándolos; y definitivamente, podían darse besos, aunque, por deferencia a sus padres, Zack los limitaba a simples picos.

Hablaron mucho ese día y el siguiente. Él le comentaba sus planes, diciéndole que en los siguientes años pretendía entrar a una buena empresa y trabajar mucho, ahorrar, aprender, y luego iniciar su propio negocio.

—¿Tienes una idea específica? —le preguntó ella ya en la noche, mientras caminaban tomados de la mano por la playa, y Zack asintió.

—Por ahora parece sólo un sueño, pero...

—Todo inicia siempre con un sueño —dijo ella cuando él se quedó callado—, y trabajando duro se hacen realidad—. Él la miró sonriente.

—Sí, es verdad —él se llevó la mano femenina a sus labios para besarle el dorso de los dedos—. No nací rico, así que me espera mucho trabajo. En los siguientes años, estudiaré mucho, trabajaré y viajaré mucho; dormiré poco y seguramente también tendré poca vida social. Sé que pido demasiado, pero me gustaría que me tuvieras un poco de paciencia, y que estés allí para apoyarme.

—Te apoyaré en todo lo que emprendas —le sonrió Amelia acercándose a él—. No sólo porque sé que tendrás éxito, sino porque me encantará ser parte de cualquier cosa que inicies, y estar allí para destapar junto a ti esa champaña celebrando nuestro primer millón —él se echó a reír, la acercó más y le besó los labios.

—Ya casi lo puedo ver.

—No importa el tiempo que tome, lo conseguiremos, Zack.

—Me encanta que te incluyas en el proyecto. Tu apoyo será una bendición, y estoy seguro de que con tu cerebro y el mío trabajando juntos, nos irá muy bien.

—Eso no lo dudes ni por un instante.

El fin de semana se fue demasiado rápido para todos, y Zack volvió con sus padres a la casa de su familia. Primero debía presentarse a una entrevista en Ellington & Company, y si era contratado, se mudaría, buscaría un apartamento

en San Francisco y allí podrían verse a diario si así lo querían.

Para Amelia fue terrible separarse de él otra vez luego de ese fin de semana, parecía que, en vez de a Paradise, que estaba a un corto viaje en coche, se estuviese devolviendo a Cambridge.

Sólo de pensarlo, Amelia tocaba madera.

Zack asistió a la entrevista con su mejor traje y muy bien peinado. Llevó un maletín donde llevaba no sólo los documentos que certificaban su preparación, sino las ideas que pretendía aportar a la compañía. Había estudiado a los Ellington y su trayectoria, y Amelia le había aportado datos importantes que todavía se preguntaba cómo había obtenido, así que sabía más o menos qué podían querer de él, y en eso se enfocó durante la conversación.

No habló con Horace Goldman, como hubiese querido Amelia, sino con gente con mucho menor rango, sin embargo, su propuesta, y la desenvoltura que mostró al enseñarla, debió gustarles, pues le propusieron empezar de inmediato con ellos.

Zack no fue a la casa de sus padres a darles la buena noticia, sino a la de Amelia... y desde allí los llamó a ellos para contarles cómo le había ido.

Tendría una oficina, gente al mando y un excelente salario.

Lo celebraron con una buena botella de vino y mucho sexo.

Al siguiente día, Amelia aprovechó sus horas de almuerzo para acompañar a Zack a buscar un apartamento que le quedara cerca de su trabajo, o máximo, a unas pocas estaciones de bus o el tranvía.

Zack entró ganando más dinero que Amelia, de modo que pudo elegir un apartamento más amplio que ella. Estaba en el tercer piso de un edificio con una fachada algo antigua, pero por dentro era todo lo moderno que se podía necesitar. A Amelia le encantó, sobre todo el amplio cuarto de baño con bañera y ducha. Le encantaban las bañeras.

Estuvo con él cuando firmó el contrato de arrendamiento y le entregaron las llaves, y ayudó a Denise y a Howard a traer sus efectos personales, e incluso su cama. Zack no tenía mesas o sillas, y el regalo de Howard por haber sido contratado no fue sino un televisor gigante... y Denise le hizo notar que su hijo no tenía dónde sentarse para ver la televisión.

—Este fin de semana los espero en mi casa —les dijo Denise mientras con Amelia observaba a los hombres armar un pequeño librero que Zack había comprado hacía unos días, pero que no había tenido tiempo de instalar—. El sábado en la noche. Si tenían planes, por favor, cancelenlos.

—Si lo pides así, no hay quien se niegue —bromeó Zack, y Denise sólo

hizo una mueca.

—Lo estoy diciendo con tiempo —arguyó, pero nadie le recordó que ya era viernes.

Zack, a pesar de que tenía mucho que hacer, como muebles que comprar y luego armar, cajas de libros que organizar, y montones de ropa que colgar, se fue ese sábado a Paradise junto a Amelia. Llegaron antes del mediodía a la casa de los Ferrer, y allí Amelia le dio la noticia a sus padres de que eran novios.

A pesar de que Amelia sabía que Mary y Elvis le tenían aprecio a Zack, y lo respetaban, y se alegraban mucho de sus triunfos, no pudo evitar sentir que estaban decepcionados. Un poco, pero, aun así, decepcionados. Claro, Zack no era un religioso como ellos, no iba cada domingo a la iglesia, no profesaba con fervor ser un creyente. Ellos, al parecer, habían tenido la esperanza de que eligiera a alguien de su comunidad cristiana; alguien como uno de los músicos, o al hijo del reverendo, o algún diácono soltero, o quién sabe.

Pero fueron amables y muy corteses con Zack. Elvis le habló acerca de lo importante y bienamada que era su hija, de que era su niña, y que lo menos que esperaba era que Zack la hiciera feliz.

—Me ocuparé de su felicidad cada día —les prometió Zack con una sonrisa—. Esa será mi principal preocupación de aquí en adelante—. Elvis lo miró con gravedad, tomándose esas palabras casi como un juramento. Mary suspiró.

—Y te recomiendo paciencia —dijo ella—. Porque, Dios mío, esta niña es tan testaruda.

—¡Mamá!

—No es un rasgo de la familia —se apresuró a aclarar Mary.

—Oh, Dios —se quejó Amelia, y vio cómo Zack apretaba los labios conteniendo la risa.

—Pero Dios la hizo un poquito temperamental. Así que acuérdate de invocar a Dios cuando te esté sacando de casillas.

—Seguramente sólo Dios podrá ayudarme —apuntó Zack, lo que le hizo ganarse una mirada ponzoñosa de Amelia.

—No lo dudes —le confirmó Mary.

Almorzaron juntos, y Zack y Elvis empezaron a hablar de cosas de trabajo, y Mary llamó a su hija a la cocina para hablar de un tema que ella misma calificó como “delicado”.

—Qué será —preguntó Amelia sin mucho ánimo, más o menos intrigada.

Mary en seguida se puso un poco roja, y Amelia no pudo menos que adivinar.

—Yo sé que hoy en día los jóvenes son... un poco liberados...

—Oh...

—Y ya viste lo de Penny... quedándose embarazada antes del matrimonio.

—Mamá...

—Sólo te pido que tengas cuidado... Tu Zack es joven, y no puede negarse que es atractivo, pero tú eres una señorita bien criada y bien portada. Te hemos enseñado todo lo bueno y lo malo...

—Sí... —suspiró Amelia con resignación.

—Esperamos que tú te conduzcas de mejor manera. Sabrás sortear las trampas del diablo y sus puercas tentaciones. Con tu mente y tu espíritu puedes dominar... tu cuerpo y las bajas pasiones—. Amelia no pudo más que asentir. Sabía muy bien que no se le podía contradecir a Mary, y menos en estos temas.

De verdad, su madre le estaba pidiendo que no tuviera sexo con Zack sino hasta el matrimonio.

Miró a Zack conversando con Elvis en los muebles de la sala y no pudo menos que sonreír. Aunque se lo hubiera dicho antes, Amelia no habría podido hacerle caso. Deseaba demasiado a Zack, pero, sobre todo, sabía que con él estaba a salvo.

Había empezado a ponerse unas inyecciones anticonceptivas, y en la misma cita había pedido su primera citología. No se quedaría embarazada a menos que todo fallara, lo cual era muy remoto, pues seguían usando el preservativo mientras su cuerpo se adaptaba al método.

—Gracias, mamá —le dijo con una sonrisa. De todos modos, sabía que Mary lo hacía con la mejor de las intenciones, y por su felicidad.

Ella había hecho caso a ese consejo antes, pensó. No tuvo sexo con Damien sino hasta haber firmado el acta de matrimonio, y eso no la salvó de la desgracia. Eso la llevaba a pensar que no incidía tanto el momento en que se hiciera sino con la persona con la que se hacía, y la vida misma le había llevado a ver que mientras con Damien todo fue oscuro, desastroso, difícil y adverso, con Zack, en cambio, el camino estaba iluminado.

Después de almorzar con los Ferrer, Amelia y Zack se sentaron en el porche como aquella vez, en el banco columpio, y se miraron sin poder evitar aquel recuerdo.

—Ahora sí puedo besarte —le dijo él con ojos brillantes de travesura.

—No, Zack. Mis papás están cerca.

—Me debes un beso en este banco...

—¡Zack...!

—Y me lo voy a cobrar... —él se lanzó sobre ella, y Amelia trataba de no hacer ruido, pero verlo a él estirar los labios tratando de robarle un beso era demasiado hilarante.

Al final él ganó, y le robó su beso, pero nadie salió herido.

En la noche, Zack vino a buscarla. Denise no había dado mucha idea de cómo sería su cena, pero cuando Amelia vio a Zack vestido con una americana, se dio cuenta de que había elegido bien su vestido. No tenía demasiados, pues aún no ganaba suficiente, pero este pequeño vestido de cóctel rojo le encantaba. Dejaba sus hombros al descubierto, y le llegaba apenas a la rodilla.

—Preciosa, como siempre —le dijo él al verla, y Amelia le dio su mano para que él la besara, justo lo que él hizo.

Llegaron a la casa Galecki y fue recibida con besos y abrazos de Catherine y Denise, pero Amelia quedó casi paralizada al ver allí a Damien, luciendo una simple camisa blanca abierta en el pecho y sin botones, con una copa de vino casi terminada en sus manos, y mirándola como si de repente hubiese aparecido un fantasma.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mirándola ceñudo.

—¿Cómo que qué hace aquí? —preguntó Howard llegando a la sala con una botella de vino sin descorchar en sus manos—. Es la novia de Zack.

—Y mi invitada —agregó Denise mirando a su hijo con reproche.

—¿Qué? —preguntó Damien poniéndose en pie—. ¿Novia de este?

—¿Qué te pasa? —preguntó Catherine, tremendamente molesta. Amelia tomó la mano de Zack, que se aclaró la garganta antes de hablar.

—Sí —dijo con tono grave—. Es mi novia, y como tal, te pido que la respetes, y seas todo lo cortés que puedas—. Damien al fin dejó de mirar a Amelia, y sólo soltó una risita despectiva.

Pero no dijo nada más, y Amelia al fin se fue tranquilizando. Saludó a Howard con un beso en la mejilla y trajo su aporte para la cena, una deliciosa tarta que serviría para el postre.

Damien vació su segunda copa de vino.

Conversaron un rato. Catherine le contaba a Amelia cómo le estaba yendo en su universidad, confesando que la carrera de medicina era mucho más difícil de lo que jamás pensó, pero que el haber sido criada por un médico y una enfermera le daba cierta ventaja y tranquilidad.

A Zack le preguntaron qué tal su nuevo apartamento, si se sentía cómodo, si

era de su agrado.

A Amelia, cómo se había tomado su familia la noticia de que estaba saliendo con Zack. Ella no pudo evitar reír un poco al describir la reacción de sus padres, ya antes había conversado con Denise acerca de lo ortodoxos que eran, pero que estaba segura de que querrían mucho a Zack.

—Ya los tengo de mi parte —se ufanó Zack—. Conocen a su hija, saben que es terca y temperamental, así que, en las discusiones, seguro se pondrán de mi lado.

—¡Qué mentiroso! —exclamó Amelia riendo—. Yo soy la hija, no tú.

—Pero en el futuro, me querrán más a mí que a ti —Amelia soltó un bufido y amenazó con pegarle a Zack en la cabeza con uno de los cojines del sofá donde estaba.

A esas alturas, Damien había rellenado su copa otras dos veces y los miraba conversar en silencio. Denise tuvo que acercársele y quitarle la copa.

—No has comido nada —le dijo—. No quiero que se te suba el alcohol a la cabeza.

Cenaron en calma, entre anécdotas del fin de semana en la playa al que claramente Damien no había asistido porque estaba en otro lado cumpliendo con otros compromisos.

Comentaron acerca de lo genial que era estar todos reunidos otra vez luego de tantos años separados, y claro, con eso se referían a Zack en Inglaterra. Lo hermoso que era que Amelia estuviese saliendo oficialmente con Zack, claro, porque él nunca había presentado oficialmente a ninguna de sus novias. De lo maravilloso que era que Zack hubiese encontrado tan buen trabajo en tan tremenda compañía, claro, porque él todavía estaba buscando opciones aquí y allí, luego de ser despedido de su último empleo.

A pesar de que también hablaron del trabajo de Howard, de la intención de Denise de iniciar una campaña de salud en el pueblo con ayuda de algunas amigas y colegas, de Catherine y sus dudas con respecto a algunos temas de su carrera, Damien sólo notaba que era de Zack, y sólo Zack, de quien se hablaba.

Al final de la cena ya estaba harto.

—Por la feliz pareja —brindó al final, elevando su copa. Haber comido le había devuelto un poco la lucidez, pero planeaba perderla lo más pronto posible—. Por Amelia, a quien le gusta el apellido Galecki —Amelia lo miró fijamente, incapaz de decir nada, y de inmediato sintió el corazón retumbar en su pecho.

Hacía mucho, mucho tiempo que no tenía esa sensación, y en la línea oscura, por el contrario, la había sentido demasiado a menudo. Era la sensación que le avisaba que venía una catástrofe, o cuando menos, una situación muy desagradable. Y aunque miró a Damien casi suplicándole que se quedara callado, él no lo hizo.

—No lo niegues —sonrió Damien mirándola fijamente, desoyendo su ruego—. Primero lo intentaste conmigo, y como no te funcionó, enredaste a mi tonto hermano.

—¿Qué? —preguntó Howard con ceño. Denise sólo apoyó su copa en la mesa y miró a Amelia con expresión de confusión.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Catherine sonriendo, tratando de distender el ambiente.

—Que lo diga Amelia.

—Damien —advirtió Zack con voz que indicaba peligro, pero Damien no estaba para escuchar alertas.

—¿Vas a negar que primero fuiste mi novia? ¿Y que, cuando me cansé de ti, mi hermano te recogió conformándose con mis sobras?

—¡Te callas! —exclamó Zack poniéndose en pie y haciendo vibrar los tenedores y cristales. Howard también se puso en pie, preparándose para cualquier cosa que estuviera a punto de ocurrir en su mesa, pero Damien sólo se echó a reír.

A Amelia se le humedecieron los ojos. Cuando sintió la mirada de Denise y Catherine le entró el pánico, y no pudo más que negar.

—No es cierto —les dijo al fin—. Nunca fui novia de Damien, lo juro.

—¡Lo vas a negar! —exclamó Damien indignado—. Vas a negar los besos apasionados que nos dimos...

—¡Nunca en esta vida! —gritó ahora Amelia, atajando a Zack, que parecía querer tomar a su hermano y golpearlo—. Porque preferiría caminar descalza sobre brasas que salir, aunque fuera una sola vez, contigo. El único hombre en mi vida ha sido Zack, pero no puedes soportarlo porque le tienes celos y envidia.

—¡Jamás!

—¡Ya supéralo! —siguió Amelia, furiosa—. ¡Supéralo y déjanos en paz! Lo juro —siguió hablando, mirando fijamente a todos, sintiéndose al borde de la desesperación—. Lo que dice es mentira. No entiendo cómo trata de ensuciar mi nombre delante de ustedes. ¡No sé qué tiene contra mí!

—Yo te creo —dijo Denise al fin, y miró a su hijo menor con dureza—.

Nunca vi siquiera que Amelia conversara contigo, siempre ha estado con Zack... No hay una sola muestra de que lo que digas pueda ser cierto. ¿Por qué inventas semejantes mentiras, hijo? —Damien abrió grande su boca, como si no se pudiese creer que sus padres se pusieran de parte de Amelia y no suya.

—¿Le vas a creer a ella?

—Le creo a lo que he visto, y de lo que he sido testigo.

—Estás ebrio —señaló Howard—. Dices disparates.

—¡Es verdad!

—Te dije que respetaras a mi novia, pero parece que no te queda la menor decencia para comportarte delante de nadie. Si tienes un problema conmigo, habla conmigo, atácame a mí si eso te place, pero no puedo permitir que le hagas daño a Amelia, ¿me entiendes?

Damien miró a todos, de uno en uno, casi atónito. Y luego, simplemente, rodó bruscamente la silla y se fue del comedor.

En cuanto abandonó la estancia, en la mesa se hizo el silencio, y Amelia cerró sus ojos.

—Lo siento —dijo—. Perdón... lo siento...

—No, tú no tienes que disculparte por nada —le dijo Catherine tocando su hombro con suavidad—. Es el descerebrado de mi hermano el que debería pedir perdón.

—Perdónanos tú a nosotros —le dijo Howard, sentándose de nuevo—. Nunca pensé que mi hijo llegara a hacer cosas tan desagradables—. Zack seguía de pie, y Amelia casi podía sentir la ira fluyendo de él, pero ella no podía calmarlo, no se sentía con autoridad.

Lo que había dicho era casi una mentira. En la otra vida, ella había sido más que la novia de Damien.

Pero no en esta, se repitió, y de esa verdad se había agarrado para jurar. No en esta. Nunca, nunca en esta vida.

Ni siquiera recordaba ya el tiempo con Damien, excepto ahora que él le había dado un pequeño recordatorio de lo egoísta y destructivo que siempre fue. Tampoco recordaba ya sus besos, o el sexo con él. Zack había borrado todo de su mente y de su alma con su amistad y luego su amor. Sólo llevaban una semana saliendo, pero ya eran más cómplices, socios y aliados de lo que jamás fue con Damien en seis años de relación.

Al comprender esto, se sintió al fin en calma, y le tomó a Zack la mano. Antes no se sintió capaz de calmarlo a él porque ella misma se sentía turbulenta, pero no había mentido; ella jamás fue novia de Damien. La familia

Galecki no tenía ninguna razón para dudar de su palabra.

Él la abrazó.

—Lo siento —le dijo, y ella agitó su cabeza negando.

—Está bien...

—Debería ir y enseñarle modales, pero...

—Eso no te corresponde a ti —dijo Howard al escucharlo— Yo que pensé que no podría decepcionarme más. Ahora se mete con la novia de su hermano mayor.

—Supongo que... no les apetece el postre —se lamentó Denise, y Amelia pensó en la deliciosa tarta que había traído. No iba a permitir que ese idiota arruinara lo que quedaba de la cena.

—Yo sí quiero, Denise, por favor. Si no te importa... —Denise sonrió, sobre todo, cuando Zack secundó la moción.

Ninguno quiso permitir que el exabrupto de Damien minutos atrás echara a perder del todo la velada.

Más tarde, Zack la acompañó en su auto hasta la casa de sus padres. Hoy más que nunca deseaba poder estar a solas con él, pero Elvis ya le había dicho que la esperaría despierto.

Aunque ya tenía veinticuatro años y era independiente, ellos seguían con sus reglas de llegar temprano.

—¿Estás molesto? —le preguntó, y él hizo una mueca.

—Sí, pero no contigo.

—No te pelees con Damien, por favor—. Zack dejó salir el aire.

—Creo que eso será inevitable. No puedo permitir que te lastime sin consecuencias.

—No me lastimó —él no dijo nada, y Amelia lo miró fijamente—. ¿Zack? ¿Estás dudando de mí? Porque, si es así...

—No dudo de ti, pero, por un instante, en esa mesa, tú te comportaste como si tuvieses un secreto con Damien.

—¡No es así!

—Lo mirabas como suplicándole que callara, que no dijera algo que los dos sabían...

—Zack... Dios, ¿cuántas veces debo decirte que no hubo nada con Damien? Sólo fueron unos besos y...

—Eso lo sé yo, y te creo. Y no debería importarle a nadie más, pero por un momento no pareció así.

—Oh, Dios...

—Fue un pequeño instante, pero en ese momento en que tú debiste explotar indignada, y enviarlo a la mierda por mentiroso, tú te quedaste callada, como si quisieras llorar, rogándole con tus ojos que no lo dijera, que no lo dijera.

—No, Zack...

—No le des ese poder —siguió él casi entre dientes—. No le ruegues ni con los ojos, ni con palabras. No llores porque él habla y dice algo que tiene una pizca de verdad. No permitas que él sepa que te lastima.

—Zack...

—Sé como una roca impasible ante el más embravecido viento. Que azote todo lo que quiera, pero tú mantén la calma. He comprendido que él es un tema sensible para ti. Nunca entenderé por qué, pero hablar de Damien te duele, como si te hubiese hecho daño, más del que puedes contar.

—No es así...

—Pero mientras tú le dejes saber que eres susceptible, siempre estará en medio de los dos, Amelia, y no quiero eso... no podré soportar eso—. Ella bajó la cabeza con deseos de llorar, incapaz de contradecir esas palabras.

Estuvieron largo rato en silencio, y al final, él sólo abrió su puerta, le dio la vuelta al auto y le abrió la de ella para que bajara. Amelia seguía con la mirada en el suelo, así que Zack le tomó la barbilla e hizo que lo mirara.

No dijo nada, sólo estuvieron allí, el uno frente al otro, en silencio.

Y las lágrimas de Amelia rodaron al fin.

—No quiero perderte.

—No me vas a perder.

—Pero estás molesto conmigo... por cómo reaccioné allí.

—Oh, bueno. No te lo puedo negar, pero no por eso voy a terminar nuestra relación—. Ella abrió sus manos y las puso sobre su pecho, deseando echarse a llorar como una niña sobre él.

—Soy una tonta que le tiene miedo a las mentiras. A escucharlas y a decirlas. Cuando él habló y dijo que yo primero había sido su novia, me paralicé. No, no fuimos novios. Nunca se cruzó ese término entre los dos, pero... nos habíamos besado, y para mí...

—Era casi lo mismo.

—Sí es verdad que primero besé a un Galecki y después al otro. Él tenía algo de verdad, y por eso me quedé como una tonta...

—Entonces aprende a actuar —le pidió él—. Empieza a pretender que nunca hubo siquiera besos —ella volvió a mirarlo a los ojos.

En su mente escuchó: empieza a pretender que nunca te casaste a

escondidas con él, que nunca soportaste sus innumerables infidelidades. Pretende que nunca estuviste embarazada, y que, por lo tanto, no perdiste a ese bebé.

Eran demasiadas cosas que pretender.

—¿No eres capaz? —ella se empezó a agitar. Aunque su voz era tierna y dulce, sabía que, si decía que no, si él no quedaba convencido de su respuesta, su relación empezaría a ir mal.

Dios, por favor, rogó. Ayúdame, ayúdame a olvidar. Ayúdame a pretender que nada en la línea oscura pasó.

Se acordó de la mujer anciana que la había traído aquí, y también la buscó en su pensamiento. No podía perder a Zack. No podía permitir que su relación empezara a resentirse.

—Sí —dijo al fin, con firmeza—. Empezaré a pretender... No, es que no lo necesito. Damien no es nadie. Tú lo eres todo— Él sonrió.

—Lo sé. Sé que no hay otro hombre en tu corazón, sé que tu amor y tu deseo son todos para mí. Te creo que cuando me dices que preferirías caminar descalza sobre brasas antes que estar con Damien, o cualquier otro... Todo eso lo sé, Amy, lo juro. Yo también te amo así. Con esto que te digo, sólo me aseguro de que no haya grietas en nuestra relación. No quiero que nada la rompa—. Ella asintió, atrajo su rostro con su mano y le besó los labios suavemente, dulcemente.

—Qué bien que lo sabes. Del mismo modo, yo estoy segura de que a quien amas es a mí. Tu felicidad está es conmigo—. Él sonrió y besó su cuello, y Amelia olvidó por un instante que estaban frente a la casa de sus padres y lo abrazó con fuerza.

Y un par de minutos después se despidieron al fin.

Entró a su habitación y se desnudó para ponerse su pijama. Fue al baño, se quitó su maquillaje y los rastros de lágrimas.

Cuando volvió a su habitación, vio a Damien sentado en el alféizar de su ventana, y Amelia reprimió un grito.

Él se había colado en su habitación, y ella estaba sola y desprotegida. Si gritaba y llamaba la atención de sus padres, sería peor, pues todo el barrio, y luego, todo el pueblo, se enterarían...

Y no podía darle tanto poder a Damien. No podía permitir que él destruyera su relación.

En ningún sentido.

—Qué... —empezó a hablar Amelia, controlando todo lo posible su voz, su respiración, su cuerpo, que lo que quería era gritar, salir corriendo, romper algo—. ¿Qué haces aquí? Cómo...

—Es fácil subir a tu habitación —sonrió él, como si en vez de haber irrumpido en la casa de una familia a altas horas de la noche, estuviera de picnic en el parque en un día soleado—. De alguna manera, sabía dónde pisar para no hacer ruido. Nunca subí aquí a hurtadillas, ¿no? —Amelia tragó saliva. Sí, en la línea oscura, ella le permitió subir a su habitación varias veces.

Nunca pasaba nada, porque respetaba demasiado la casa de sus padres como para mancillarla de esa manera, pero le inquietó que él tuviera esos “recuerdos”.

—Tendría yo que ser muy estúpida para permitir algo así. Vete de mi casa, si no quieres que dé aviso a la policía.

—Ya lo hubieras hecho —se burló él mirándose las manos— No te interesa el escándalo, ¿no es así? Y me lo imaginé. Parece que te conozco mejor de lo que pensaba.

—¿Qué quieres, Damien? Habla pronto, que no tengo toda la noche—. Él hizo una mueca y bajó del alféizar. Cuando se acercó, Amelia tomó de su tocador una porcelana dispuesta a lanzársela. Damien se detuvo al instante.

—No te voy a hacer daño —le dijo en tono sorprendido e indignado.

—Ah, ¿no? Permíteme dudarlo.

—¿De veras crees que yo te atacaría?

—Y de mil maneras.

—No, Amelia. Nunca te haría daño.

—Nunca habrías venido, entonces. Nunca habrías dicho semejante mentira en la mesa de tus padres. Sí quieres hacerme daño; a tu manera de ver, merezco un castigo por estar con Zack y no contigo, como si hubiese cometido un crimen imperdonable—. Él guardó silencio, y Amelia lo vio tragar saliva.

Cuidadosamente, cerró la puerta. No quería que sus padres la oyeran hablar y se asomaran preguntando qué ocurría. Debía manejar esto por sí misma.

—¿Por qué, Amelia? —preguntó él—. ¿Por qué? Trato de entender... trato

de explicarme por qué me dejaste así nomás. Me dijiste... que me amarías toda la vida.

Y te amé toda una vida, quiso decirle Amelia, pero ni siquiera mostró emoción alguna en su rostro.

—Mi vida habría sido diferente si tú...

—En eso te equivocas —lo cortó ella al instante.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque no importa lo que yo hubiera hecho, no importa lo que hubiera dicho, no importa cuánto me hubiese sacrificado... Tú nunca ibas a cambiar.

—¿Qué? Siempre hablas como si ya lo supieses todo. Hablas como si ya lo hubieses vivido todo. No entiendo. Me acusas de cosas que nunca hice. ¿Cómo puedes estar tan segura de que no hubiese sido distinto? Yo te habría amado y consentido como jamás Zack...

—Ni lo menciones —dijo ella entre dientes—. No te atrevas a compararte con él.

—¿Por qué! —exclamó él, y Amelia miró hacia la puerta como si de repente su padre fuera a traspasarla. Damien entendió su preocupación y bajó la voz—. Explícame, te lo suplico, por Dios.

Amelia respiró profundo. Una vez, dos veces, y cerró sus ojos.

—Porque... tuve... un sueño. Una visión.

—¿Qué?

—Me pediste mis razones, y te las estoy dando, así que no te atrevas a interrumpirme o a dudar de mis palabras —lo miró fijamente a los ojos como una maestra de preescolar mira a su estudiante más contumaz, y Damien acató—. Pude ver... cómo sería mi vida si seguía por el camino que andaba. Y allí estabas tú. No sé por qué razón, en ese sueño, yo me obsesioné contigo del mismo modo que tú conmigo. Se nos metió en la cabeza que si no estábamos juntos moriríamos, y decidimos seguir adelante a pesar de que mis padres no estuvieran de acuerdo, y a pesar de que tú nunca me prometiste nada seguro. En ese sueño... tuvimos una relación, pero me fuiste infiel... una y mil veces. Y embarazaste incluso a tres mujeres diferentes. Fuiste borracho, desleal, y me lastimabas de mil formas diferentes y cada vez que te placía... y yo seguía allí por miedo de haberme equivocado, de admitirlo.

—No, eso nunca...

—Hasta que me vi a mí misma totalmente destruida —siguió ella impidiéndole que la interrumpiera—, con el corazón y el alma rotos en mil pedazos... y suplicándole a Dios con lágrimas de sangre que todo fuera un

sueño, que me permitiera despertar teniendo otra vez dieciséis para deshacer todo ese desastre. Le rogué, lloré todo lo que una mujer adolorida puede llorar.... Y Dios me hizo el milagro, y desperté de esa horrible pesadilla en que se había convertido mi vida siendo otra vez una niña. Y lo primero que hice al despertar y verte, fue deshacerlo —concluyó Amelia endureciendo su voz—, decirte que nunca en la vida estaría contigo...

—No puedes hacer algo así sólo por un mal sueño...

—Pero tuve razón, ¿no es así? Dime, Damien... ¿alguna vez le has sido fiel a una sola mujer?

—A ti te habría sido fiel.

—Mientes —escupió Amelia—. Dime, Damien. ¿Alguna vez has amado tanto a una mujer que eres incapaz de verla llorar? Te cortarías las manos antes que hacerle daño, te sacarías los ojos por no verla sufrir —Damien guardó silencio, y Amelia sonrió burlona—. Nunca has amado así a nadie, ¿verdad? Por el contrario, te encanta saber que tienes a la otra persona bajo tu dominio, su corazón en tus manos, y sólo porque puedes, lo estrujas y lo hieres cada vez que te da la gana. Eso satisface todos esos pequeños traumas y complejos de inferioridad que tienes.

—Eso es una...

—¿Estupidez? Al decir eso, sólo compruebas mi punto: no conoces el amor, no lo reconocerías ni aunque te cayeras sobre él. Eres incapaz de amar de verdad, eres incapaz de ser fiel, leal. Nunca podrás estar con una mujer estando absolutamente seguro de que no deseas a ninguna más, que todo tu placer está con ella.

—No...

—Ya empezaste incluso a cumplir esa horrible pesadilla que tuve, sólo que sin mí —siguió Amelia sin darle tregua ni espacio de meter baza—, y ya dejaste embarazada a la primera mujer. ¿Te digo qué sigue? —sonrió Amelia, sabiendo perfectamente que eso lo intrigaba— ¿Te digo cómo se llama la siguiente, y qué pasará con la tercera? ¿Te digo cómo son sus rostros, y cómo serán tus hijos?

—Estás...

—No miento —siguió Amelia—. Juro por mi útero que no miento.

—¿Qué?

—Alejarme de ti fue pura supervivencia. Llámalo como quieras, di que hui de ti, me vale. Pero eres autodestructivo, llevas tu vida hacia el desastre y cualquier mujer que se junte contigo caerá en ese pozo junto a ti. Amarte

implica dejar de amarse a uno mismo...

—Eres demasiado...

—¿Dura? ¿Estoy lastimando tu pobre corazón y tu pobre autoestima? Si no cambias tu camino, el destino será muy, muy desagradable para ti. A tus treinta y seis tendrás pensamientos suicidas, y empezarás a llamar a tus ex novias en las fechas especiales para pedirles palabras de amor. Tomarás el teléfono en la madrugada, borracho y solo, durante una navidad, para mirar entre tus contactos quién... quién se apiadará de ti para que te saque de tu miseria y de tu soledad, pero encontrarás que todos esos nombres de mujeres han terminado odiándote, porque si bien les diste un instante de felicidad, la desdicha y la ruina fueron tan grandes que les hicieron olvidarse de todo lo demás. En sus mentes sólo serás un mal recuerdo, y un deseo, como en mi caso, de volver el tiempo atrás para decirte exactamente las palabras que te dije en el callejón de aquel restaurante: Prefiero caminar desnuda en la plaza antes que estar contigo. Nunca vuelvas a buscarme—. Damien la miró en silencio largo, largo rato. Ella siguió allí, en su sitio, con su pijama, pero luciendo como si en vez tuviese una armadura de acero.

Tragó saliva, porque, aunque no había creído al principio sus palabras, sí que había terminado comprendiéndolas.

Una visión, había dicho ella, pero eso parecía demasiado detallado para ser sólo una visión, un simple sueño. Sin embargo, no había en ella pizca de vacilación o inseguridad. Hablaba casi con conocimiento de causa, y lo obligaba a mirarse al fin en un espejo muy nítido.

Ese hombre, perdedor, solitario e inseguro de sí mismo, ciertamente, era él. Ya había embarazado a una mujer por tener sexo borracho, por no fijarse demasiado bien en lo que hacía, por no darle la importancia que merecía. Ya había perdido un buen empleo, ya se sentía solo, ya miraba el teléfono buscando a quién pedirle un poco de atención.

¿Se iba a cumplir todo lo que ella había visto en esa visión?

Lo correcto sería casarse con esa chica que estaba embarazada, pero no la amaba, casi no la conocía. Pero... ¿qué iba a hacer con su vida?

—Entonces... —dijo al fin, con la voz un poco ronca—. Lo que dices es... que no hay ni la más mínima opción.

—Ni en esta vida, ni en la otra, Damien —aseguró ella—. Mucho menos después de haber conocido a Zack.

—Por qué... —preguntó él, otra vez molesto—. ¿Por qué él? ¿Por qué mi hermano?

—No sé por qué el destino los mandó a nacer a ustedes dos de la misma mujer, al principio me molestó un poco, lo admito, y no lo pude ver de otra manera más que como amigo. Lo hice sufrir... pero... no puedo estar sin él. No quiero estar sin él. Es mi mejor amigo, el mejor hombre del mundo.

—¿Porque él no se embriaga, porque no ha embarazado a nadie?

—Porque se asegura de hacer siempre lo correcto, de no lastimar a los que lo rodean, y es leal, el hombre más leal que jamás vi.

—Es aburrido, tonto. Ni siquiera sabe divertirse.

—Tienes que desaprender ese concepto erróneo que tienes de la diversión —masculló ella—. Pero jamás me escucharás, porque dentro de tus orejas hay un tapón de piedra que no podrás romper sino cuando ya sea demasiado tarde.

—Casi parece que quisieras que yo termine mal.

—Ya me da igual cómo termines. Es a ti a quien debe importarte eso, pero sigues dejándote llevar, así como esta noche, mintiéndole de esa manera a tu propia familia, lastimando a tu cuñada sólo porque hace ocho años no quise seguir contigo. Entiende esto, Damien: Yo no estoy con Zack por despecho, no estoy con él sólo porque me da igual con cuál Galecki me quede. Si el alma de ese hombre reencarnara en un criminal buscado, yo iría hasta la cloaca más oscura sólo por estar con él. Amo su alma, no su apellido o la relación que tenga contigo—. Damien levantó una mano pidiéndole que se detuviera, pero ella no lo hizo—. Me encanta cómo piensa, cómo planea tan cuidadosamente cada cosa que hace. Me encanta incluso cuando sobre analiza las cosas, ralentizando su ritmo de acción. Me encanta porque no sólo es seguro, sino que me da a mí seguridad, me aconseja cuando lo necesito...

—Basta...

—Y te aseguro que no habrá mentira ni patraña que me separe de él, y únicamente la muerte podrá conseguirlo, y entonces, aun después de muerta, mi alma lo buscará en el más allá y se pegará a la de él. Esta vez no voy a permitir que nadie me separe de su amor; ni tú, ni nadie, me da igual si lo entiendes o no—. Damien tenía sus ojos cerrados y el ceño fruncido. Amelia respiró profundo y dejó la porcelana otra vez en su tocador—. Lo siento, —dijo luego de un largo rato de silencio— pero debes seguir tu vida sin mí. Haz de ella lo que quieras; haz un desastre, o haz algo importante... pero sin mí. Vas a tener que dejarme ir.

Damien tragó saliva. Respiró profundo, casi dolorosamente, y asintió.

—Entiendo —dijo—. Entiendo. Duele... pero entiendo—. Amelia siguió impertérrita, allí en su lugar. Sin mostrar emociones de ningún tipo, más que

seguridad, y tal vez un poco de incomodidad.

No había nada en su mirada, no había nada en su cuerpo que señalara la más mínima vacilación, ni una sola grieta por donde meterse.

Y no le quedó más remedio que creerle, y hasta creer en esa visión que ella había tenido.

—Perdóname, Amelia —dijo al fin, girándose a la ventana con intención de irse—. Por todo... lo que te hice en esa visión, aunque no sé cómo fue... y por lo de esta noche.

—Sólo si me prometes que nunca más te acercarás a mí, o a Zack, para dañarnos.

—Es mi hermano.

—¿Te detuvo eso esta noche para lastimarnos? ¿Te detuvo eso mientras subías clandestinamente a mi habitación? Sabes perfectamente el terrible daño que me harías si alguien te ve entrando o saliendo de aquí. ¿Te importó algo? No, ¿verdad? Porque no te importa nadie más que tú mismo. Nunca vi que pusieras la integridad de alguien más por encima de tus propios caprichos — él hizo una mueca. Estuvo a punto de decir que su comportamiento era producto del alcohol, pero se detuvo. Sentía que había usado el alcohol demasiadas veces como excusa.

—¿Entonces crees que... estoy destinado al fracaso?

—No lo sé, Damien. No soy Dios. Sólo quiero que me olvides, y nos dejes en paz—. Él volvió a asentir, y al fin pasó sus piernas por la ventana y salió de su habitación.

En un momento, ya Damien no estaba, y Amelia quedó sola de nuevo en la habitación.

De inmediato se asomó para asegurarse de que él bajaba en silencio y nadie se fijaba en él. Cuando se aseguró de que ya se había ido, cerró la ventana pasándole el seguro, y se sentó en su cama poniéndose una mano en el pecho.

¿Había hecho bien? ¿Serviría de algo lo hecho y lo dicho esta noche?

—Por favor, por favor —oró, juntando sus manos en una posición de ruego—. Dime que esto no empeorará las cosas. Dime que hice bien, por favor.

Damien se había comportado como si hubiese entendido al fin su punto, pero igual podía estar fingiendo y luego hacer algo peor que todo lo anterior.

Sólo le quedaba esperar y ver.

Al día siguiente, en cuanto tuvo un minuto a solas, le contó a Zack. Ya era una ganancia que no hubiese sido el mismo Damien quien le metiera cizaña

diciéndole lo que había hecho anoche.

Él iba conduciendo el auto de Howard, pues éste se lo había cedido indefinidamente, y cuando la escuchó, como aquella vez, detuvo su auto a un lado de la carretera y la miró fijamente.

Pero esta vez no sólo se detuvo y la miró, sino que incluso se bajó del auto y empezó a lanzar improperios.

—No pasó nada —le dijo Amelia yendo tras él—. Te juro que no pasó nada.

—¿Y hasta ahora me lo dices?

—¿Y en qué otro momento iba a ser? ¿Mientras nos despedíamos de tus padres o de los míos?

—¿A qué fue? ¿Qué te hizo?

—No me hizo nada.

—¿A qué fue! —exclamó— ¿Por qué permitiste que...?

—¿Yo no permití nada! —gritó ahora Amelia—. Él entró por su cuenta.

—Por qué no gritaste, alertaste a la policía o...

—¿De veras crees que habría estado bien gritar y alertar a Paradise completo? Por favor Zack, no estás pensando con cabeza fría.

—Pero tú sí, ¿no? Pensaste con cabeza fría anoche y por eso...

—Para ahí, Zack. No te permito que dudes de mí.

—¿Y cómo quieres que reaccione si mi novia me dice que mi hermano se metió anoche en su habitación y ella no hizo nada? —Amelia se quedó en silencio, no dándole la razón, sino sintiéndose un poco herida.

—Yo salvaba nuestra relación —dijo con voz quebrada, sintiéndose extraña. Zack nunca la había tratado así, nunca lo había visto así.

—No quiero que trates de salvar nada, no quiero que seas la heroína. Lo que quiero es que ese idiota al fin te deje en paz—. Amelia asintió.

—Con lo que le dije anoche, tal vez lo haya conseguido —dijo, otra vez en tono bajo—. Seguí tu consejo y permanecí impasible ante él, como una roca ante el embravecido viento. Fui yo la que azotó... No quise involucrar a la policía, a mis padres o a nadie más, porque no quiero que nadie jamás vuelva a decir que me da igual con cuál Galecki me quedo. Tal vez no debí contarte—. Amelia dio la media vuelta y maniobró para abrir el baúl del auto.

Zack vio a Amelia sacar el pequeño maletín que contenía sus cosas y empezar a caminar volviendo al pueblo, lo que le hizo hacer una cara de extrañeza y asombro que si Amelia la hubiese visto no habría podido evitar reír.

—¿Qué haces? —le reclamó él alcanzándola y quitándole el maletín.

—Estás molesto, supongo que...

—No sé qué supones, pero muy hijo de puta tengo que ser si dejo a mi novia tirada en la carretera por una discusión que tuvimos.

—Pensé que...

—Amelia, estoy enojado, sí, pero eso no me hace perder mi educación; menos contigo, joder. Tu actitud en este momento me toca más las narices que el mismo hecho de Damien entrando a tu habitación—. Amelia lo miró fijamente a los ojos, asombrada de sí misma, de lo que estaba pasando.

No se había dado cuenta de que todavía había pequeñas roturas en su alma que no habían podido sanar, y se echó a llorar, allí mismo, delante de él, en medio de la carretera.

Zack dejó caer los hombros, soltó el maletín y la abrazó.

—Lo siento —lloró Amelia—. Lo siento tanto.

—Está bien. No pasa nada.

—Tal vez en este momento necesites algo que certifique que no he tenido sexo en las últimas cuarenta y ocho horas para que tengas fe en mí.

—Amelia, una palabra más y dejaré de hablarte una semana.

—Pero estás dudando de mí, y nadie nunca jamás dudó de mí.

—No dudo de ti. Estoy enfadado porque...

—No lo dejé entrar —insistió ella—. Entré a mi habitación y él ya estaba allí. No quise alertar a nadie, no quise gritar, y logré manejar la situación, pero si no me crees tú, ¿qué me importa ya lo demás? ¿Si tú dudas de mí, que me queda? —él la abrazó aún más fuerte, sintiéndose dolido por el dolor que ella expresaba.

—Perdóname, Amy.

—Las relaciones se basan en la confianza. ¿Cómo podré contarte las cosas que me ocurren si no puedo confiar en tu reacción? —Zack se alejó para mirarla en silencio, y Amelia se secó las lágrimas y sorbió sus mocos. Él tuvo que pasarle un pañuelo.

—Confío en ti... —le dijo él al fin—. Pero cuando se trata de mi hermano...

—Oh, Zack...

—Cuéntame. Por qué... —él se quedó en silencio, sin completar la pregunta. Ya le había preguntado antes, y ella ya le había dicho que le había contado todo lo relacionado con Damien.

Un par de besos, algo que no llegó a ser noviazgo, pero ella parecía tan

herida y llena de miedos que parecía ser más, muchísimo más.

Algo como una relación de una década que fue puro sufrimiento, del más duro e inhumano.

Pero sólo habían sido un par de semanas, no puede ocurrir tanta fatalidad en dos semanas, y ella nunca tuvo novio antes de él, lo sabía, le constaba.

Pero ya no sabía qué preguntar, ni qué decir.

Cerró sus ojos dejando salir el aire y le besó la frente. Confianza, le pedía ella.

—Gracias por... haber sido capaz de pensar con cabeza fría en un momento así.

—Ya no soy una cría. Debo tener siempre en cuenta que todas mis acciones repercutirán en el futuro. Cada decisión que tomamos desencadena una nueva ola de reacciones... —él elevó una ceja, intrigado por esa sabiduría.

—¿No querías despertarte veinte años después deseando haber hecho las cosas diferentes? —Amelia sintió un pinchazo en su alma al oír eso.

—Es la peor sensación que jamás un ser humano pueda tener. ¿Nos vamos, entonces? —él seguía pensando en su respuesta, pero no dijo nada, sino que asintió y volvió a meter el maletín de Amelia al baúl del auto. Antes de que ella se sentara en el puesto del copiloto, él le tomó la cintura y la besó. Sus besos sabían a lágrimas, y eso le dolió un poco.

—Gracias también... por confiar en mí y contarme.

—No debe haber secretos entre los dos —le contestó ella, mientras él besaba la línea de su mandíbula y bajaba por su cuello—. Y pensé... que sigue siendo tu hermano, sea como sea. Debemos llevarnos bien con él... y con sus cuatro futuras esposas —eso le hizo reír, y Amelia al fin sintió que ese peso que tenía en el corazón se aliviaba.

No perdió tiempo y lo besó, y Zack respondió al beso con cierta posesividad.

Respiró profundo, calmándose al fin. Le encantaba cuando él se portaba un poco posesivo.

Esa misma semana, Zack recibió en el aeropuerto a uno de sus compañeros de universidad, que junto a él habían hecho equipo de investigación y ganado la beca para el posgrado. Según lo que Zack le contaba, se radicaría en América, ya que, al parecer, compartía ideas de emprendimiento con Zack y pretendían asociarse.

Por un momento se preocupó, y lo primero que hizo fue preguntarle su nombre.

—Este es Luke Stevens —lo presentó Zack—. Luke, esta es mi novia.

—Tú eres la famosa Amelia —le dijo Luke apretando cordialmente su mano. Ella lo miró elevando sus cejas en una sonrisa.

—¿Famosa?

—Zack no hizo sino hablar de ti estos últimos... veinte o treinta años—. Amelia miró a Zack un poco burlona, pero él no se molestó en negar o pretender que era una exageración, sino que simplemente se encogió de hombros admitiéndolo.

Luke le cayó bien. Era un tipo alto y atractivo, aunque le sacaba poco partido a su apostura con la ropa que usaba. Se notaba que le interesaban más los computadores que cualquier otra cosa en el mundo. De hecho, los lentes los usaba por el desgaste que había hecho de su vista.

No era ni parecido al maldito Patrick de los cojones.

La idea era trabajar juntos en su empresa en su tiempo libre, dedicarle todo lo posible a su sueño, mientras, en sus trabajos, se codeaban con gente importante y adinerada que quizás quisiese interesarse en su proyecto. Amelia se dio cuenta de que ella misma era, en cierta forma, una ayuda en ese sentido, pues Zack estaba estableciendo muy buenas relaciones no sólo con los Ellington, para quienes trabajaba, sino también con Richard Branagan, quien pareció conectar muy rápido con el par de jóvenes cuando los conoció.

—¡Cambridge! —sonrió Richard cuando le preguntó a Zack dónde había estudiado—. Mi hijo acaba de entrar a Oxford, pero Cambridge es otra excelente universidad.

—Sin duda alguna —sonrió Zack con su característico buen humor. Sus modales eran exquisitos, se desenvolvía muy bien entre hombres poderosos,

algo para lo que Luke era algo torpe, y poco a poco fue dándose a conocer, y llegó a ser invitado a reuniones, o juegos de golf que eran también juntas de negocios.

Qué cosa tan excitante, sonreía Amelia. Le encantaba la popularidad que poco a poco estaba ganando su novio en este mundo de negocios, algo que necesitaría si quería ser alguien, aunque ella bien sabía que no por eso debía vender su alma.

Y era algo nato en él, no sólo a su ayuda, consejos o conexiones. En la línea oscura, Zack también había sido exitoso. Le había tomado mucho más tiempo, pero, por sí mismo, había llegado casi a la cima. Todo se había ido a la mierda gracias a Vivian, pero ya antes él había demostrado ser una buena inversión.

Y saber eso la llenaba de orgullo.

Con el paso de los meses, habían establecido un ritmo en su relación. Zack tenía muchísimo trabajo; realmente, era poco el tiempo que podía dedicarle a su novia. Afortunadamente, como le recordaba ella, Amelia no era sólo la novia, sino la mejor amiga, así que, aunque Luke estuviera en medio, ella pasaba tiempo con él. Le llevaba comida cuando sabía que no había tenido tiempo de comprar y mucho menos preparar, pasaba la noche en su apartamento, aunque sólo fuera para dormir, o hasta aportaba ideas a sus proyectos.

Zack, de todos modos, no dejaba pasar el tiempo sin tener un detalle con ella. La invitaba a cenar, la llevaba a las reuniones que daba su empresa, o asistía con ella a las de la suya, y en cualquier espacio a solas que tenía aprovechaba para robarle besos, o dejárselos robar.

Y así pasaron un par de meses.

—Te envidio tanto —le dijo Beverly por teléfono a Amelia— Según todo lo que me cuentas, estás muy feliz.

—¿Pasa algo, Bev? —le preguntó ella de inmediato. Había perdido un poco la comunicación con su amiga de la escuela luego de entrar a la universidad, y fue gracias a la aparición de ciertas redes sociales, que Amelia sabía que más tarde desaparecerían y caerían en el olvido, que la volvió a contactar. Al escuchar el tono quejumbroso de Bev recordó que para estas fechas ella ya habría conocido a Lewis, el Damien de su vida.

Aunque Lewis no había sido tan malo.

—Bueno...

—¿Es un hombre?

—Sí, tengo novio. Llevo... tres años con él —le contó.

—¿Cómo se llama?

—Lewis Carlyle...

—Joder...

—¿Lo conoces? —Amelia respiró profundo, tratando de calmarse. Beverly la había llamado prácticamente en un mal momento, pues Zack estaba en su apartamento para pasar con ella la tarde del sábado, algo muy raro, porque últimamente no tenía tiempo libre. Pero Bev la necesitaba justo ahora.

Si no hacía algo, la vida de su amiga, su felicidad y su futuro, estarían también en juego.

Se sintió mal por haberle perdido la pista. Esperaba que no fuera ya demasiado tarde.

—No, claro que no lo conozco. Pero, háblame de él —Beverly suspiró.

Al principio empezó a decirle lo maravilloso que era, lo gentil, lo inteligente, gracioso y buen amante.

—Hay un pero —se anticipó ella dando vueltas por su cocina. Zack estaba en la ducha ahora mismo, así que se sentó dispuesta a escuchar a su amiga.

—No, no hay peros...

—Cuál es el pero, Beverly, no me digas lo maravilloso que es porque igual no siento la felicidad brotar de ti como debería y ya lo estoy odiando—. Beverly se echó a reír.

—Es que... Bueno, yo pensé que a estas alturas él... ya me habría presentado a su familia, y... llevamos tres años, pero cuando dejó caer el tema del matrimonio...

—Lo esquivas —Beverly se quedó en silencio, y a Amelia no le costó imaginársela mordiéndose los labios.

—Tal vez soy una apresurada.

—No, no eres para nada apresurada, al contrario: has sido demasiado paciente. Lo que debes hacer ya mismo es cortar esa relación.

—¿Qué? ¡No! Es un poco exagerado.

—Tú misma estás sintiendo que esta relación no va hacia ningún lado. Para pasarlo bien no se requiere de tres años, sino de una noche, un par de meses, y listo. A estas alturas, él ya te conoce, ya te ha visto sin maquillaje, ya sabe lo terrible que eres en la cocina —Beverly no dudó en protestar—. Te ha visto enferma, de mal genio, en tus días... Y también te ha visto en tus mejores momentos: feliz, apasionada, divina, de gala, como una diva glamorosa. Si no ha explotado de amor en estos tres años, ya no lo hará, amiga. Corta esa

relación.

—Pero es que...

—Si me vas a decir que es porque lo quieres, recuerda la frase que tantas veces te dije en la escuela: “Cada cual acepta el amor que cree merecer” —le recordó—. Si crees que eso que Lewis te da es todo lo que te mereces en la vida, pues adelante, pero te advierto que en los siguientes tres años seguirás sintiéndote vacía, y ya serán seis años que te dolerá echar a la basura, y luego serán doce, y tu juventud se habrá ido sin vivir el verdadero amor. Toma cartas en el asunto ya, sé valiente y admite que te equivocaste, que elegiste al hombre errado... créeme, créeme esto que te digo desde lo más profundo de mi corazón: el hombre indicado está solo, esperando por ti, mientras tú insistes en ser infeliz con el equivocado.

Beverly se quedó en silencio, al igual que Zack, que había escuchado todo lo que Amelia le había dicho a su amiga. Sonaba tan segura de lo que decía, que incluso él llegó a preguntarse cómo había aprendido ella eso.

Entró a la habitación y se sentó aún envuelto en la toalla en la cama de Amelia preguntándose si algún día entendería lo enigmática que era su novia; si acaso no era alguien traído de otro mundo, otra realidad, o con poderes extrasensoriales.

Ella era más que especial en muchos aspectos, y eso cada día lo intrigaba más.

Zack emprendió su negocio mucho antes de lo que él mismo había planeado. Richard Branagan casi le pedía ser socio, y por otro lado, los Ellington le ofrecían mejores cargos y mayores compensaciones.

Zack tuvo que elegir.

Sin dejar las puertas cerradas en Ellington & Company, se asoció con los Branagan, y el trabajo duro empezó. Aunque Amelia propuso renunciar a su trabajo para ayudarlos a tiempo completo, Zack se opuso rotundamente. Necesitaba su ayuda, sí, pero la apuesta era alta, y él no quería que ella arriesgara tanto.

—Necesitamos a alguien que esté bien anclado cuando arrecien las tormentas —le dijo, y Amelia aceptó sus términos, de modo que siguió trabajando para Branagan Enterprise.

Sin embargo, estuvo con ellos cuando al fin pudieron abrir una pequeña oficina, cuando fueron a la oficina de registros para darle nombre a su empresa, cuando recibieron su primer contrato... y cuando Vivian apareció de nuevo.

Bueno, no estuvo realmente allí, pero Zack se lo contó.

Estaban cenando en un pequeño restaurante donde ponían música alta y había un bar de licores al otro extremo. A ambos les encantaba venir aquí, y ya casi iban terminando la cena cuando él simplemente dijo que Vivian había ido a verlos esa tarde. Amelia tuvo un acceso de tos.

—No te pongas así —le pidió él sonriendo y dándole palmadas en la espalda—. Sólo fue a vernos como amiga.

—Como amiga —repitió Amelia secándose los labios con la servilleta y respirando profundo.

—Sí, nada más. Luke estuvo allí todo el tiempo...

—¡No me digas que Luke se enamoró de ella!

—Creo que no —rio Zack, más sorprendido ahora—. Diablos, Amelia, ¿qué tienes contra la pobre?

—¡Ninguna pobre!

—Me refiero a... Creí que era un asunto sólo conmigo, es decir... que estabas un poco celosa y no querías que ella se me acercara. Pero, ¿ni Luke? —Amelia parpadeó varias veces sin contestar, y Zack la vio tomar su bebida en silencio—. Nos preguntó cómo estábamos —siguió contando—. Y al final dijo que le interesaba mucho lo que estábamos haciendo, aunque no fue mucho lo que le contamos.

—Y se propuso como socia.

—¿Cómo lo sabes? —Amelia cerró sus ojos con fuerza.

—Le dijiste que no, obviamente.

—Aunque no podemos despreciar el dinero, tampoco queremos demasiados socios. Le dije que no.

—Gracias a Dios. Mantente en esa línea. No necesitas el dinero de Vivian, o el de su padre. Te lo juro, nunca lo necesitarás, y no puedes confiar en ella en cualquier sentido—. Zack frunció su ceño mirándola fijamente.

—¿Y qué hubiese pasado si yo juzgase conveniente tener a alguien como ella de nuestro lado? Su familia tiene dinero. ¿Te habrías enojado conmigo, Amelia? —ella lo miró en silencio un poco incrédula ante el tono que él estaba usando.

Era como si la estuviese provocando, retando y reprochando al tiempo.

Él tenía un punto. Era su empresa y tenía todo el derecho de aceptar como socio a quien quisiera o creyera conveniente, y tal vez ella había sonado un poco imponente sobre una cuestión en la que, después de todo, no tenía más que la opinión de la novia. Sus deseos no debían influir en la toma de

decisiones, más si eran tan importantes.

—Vivian tiene dinero, sí —siguió él, tan calmado como siempre—, no me interesa como mujer, pero podría, por sus conexiones y otras cosas más, juzgarla como una socia adecuada.

—No, ni lo pienses —saltó ella de inmediato, tocado su nervio más sensible.

—Explícame eso —Amelia se quedó en silencio con mil palabras detrás de sus labios pugnando por salir. “Porque lo sé”, quería decir. Lo sé, lo sé, lo sé.

—Es... una corazonada.

—Una corazonada... al igual que la frase: San Francisco se convertirá en el epicentro de la revolución tecnológica, que se cumplió como una profecía del oráculo.

—Yo...

—¿O lo viste en una visión? —Amelia lo miró con ojos como platos, y él asintió con un movimiento de cabeza que pareció más bien tieso—. Hablé con Damien.

—¿Cuándo...?

—Después. Fui a buscar a mi hermano.

—Te pedí que no lo hicieras, que no...

—Es obvio que no te hice caso.

—Oh, Zack...

—Me contó todo. Todo.

—Toda su versión.

—¿Y qué otra cosa podía ser? Sí, su versión. Me la contó.

—Seguiste dudando de mí, aun cuando te pedí, te rogué que...

—No, no fui a buscar la verdad, esa ya la sabía de ti, ¿no? Fui a reclamarle lo que hizo en casa de nuestros padres en esa cena, y a decirle que intentase lo que intentase, no conseguiría nada. Cuál fue mi sorpresa al escucharle decir que ya lo sabía, porque eso ya se lo habías dicho tú...

—Zack...

—Y que entendía. Él entendía, y daba el paso atrás. Me quedé asombrado, por supuesto. Conozco a Damien, no es de los que se rinden. Así que le pregunté cuáles eran sus verdaderas intenciones y me contó lo de la visión que tuviste. Una visión donde pudiste ver lo que sería de ti si seguías con él —Amelia cerró sus ojos y apretó sus manos sobre sus piernas. Damien bocazas; no había podido mantener silencio—. Una visión —repitió Zack—. Viste el futuro en esa visión. ¿Fue algo así?

—Sólo lo dije para que al fin nos dejara en paz —mintió Amelia sonriendo —. Yo... recurrí a... la ficción, para que entendiera...

—Le mentiste.

—Sí, para quitármelo de encima, tuve que hacerlo.

—Y él te creyó.

—Sí.

—Ya, qué bien, porque no habría soportado que a Damien le contaras algo tan importante y a mí me lo ocultases —Amelia tragó saliva sin sostenerle la mirada—. Entonces lo de Vivian también es una mera corazonada. ¿Cuántas corazonadas más tendrás? ¿Me conviene regir mi negocio aceptando y despreciando socios y clientes por tus corazonadas? Siempre son acertadas.

—No... no pretendo que hagas o dejes de hacer cosas que afectarán algo tan importante como una empresa sólo porque tu novia tiene corazonadas—. Él sólo la miró elevando mucho sus cejas, y Amelia se mordió los labios.

Y justo en ese momento, empezó a sonar la canción de Freddie Mercury, lo que la distrajo.

El tiempo no espera a nadie, era la primera línea. Y Amelia sintió de inmediato que la piel se le erizaba.

Miró en derredor, casi como si esperase ver a aquella anciana vestida demasiado moderna, con actitudes de adolescente, y al no hallarla, su corazón se fue tranquilizando.

—¿Pasa algo? —le preguntó Zack, extrañado por su actitud.

—La canción...

—¿Qué pasa con la canción?

—Yo, creí que... —lo miró a los ojos. Él parecía ya preocupado. Si no hacía algo pronto y se recomponía, creería que se había vuelto loca.

—Es nuestra canción —sonrió ella, pero Zack no estaba sonriendo para nada.

Dios, ¿qué debía hacer?

Él estaba sospechando. Era tan listo, que había traído toda la conversación hasta aquí para probarla, para sacarle información. Él quería saber si era verdad lo que le había dicho a Damien, y tenía todo el derecho de saber. Era su novio.

Si te cuento la verdad, quiso decirle, si te cuento que vine del futuro, primero tendrías que creer un absurdo, algo demasiado fantasioso. Y luego, tendrías que perdonarme por haber sido la mujer de Damien... y no sólo eso, sino haber sido la más patética de todas las mujeres, alguien que permitió que

la destruyeran una y otra vez, alguien que se perdió a sí misma y cayó a lo más bajo en nombre del amor.

No querrías a esa mujer. No me querrías a mí.

Y prefiero morir antes que perderte.

—Vaya, qué casualidad —dijo una voz tras ella, y Amelia se quedó de piedra al reconocer, más que la voz, el fuerte perfume, caro y femenino, que se despedía de ella. Vivian los había seguido, no había otra explicación para su presencia aquí.

—Hola, Vivian —contestó Zack un poco serio, y Amelia se giró un poco para mirarla.

—Sí, qué casualidad —saludó casi entre dientes.

De inmediato, Vivian llamó la atención de uno de los meseros, y cuando éste vino a ella, le pidió anexar una silla a la mesa, que antes había sido para dos. Zack miró a Amelia como disculpándose, mientras esta se esforzaba por no blanquear sus ojos de pura indignación. Cuando Vivian estuvo en medio de los dos, apoyó sus brazos sobre la mesa y le sonrió a Zack con toda su dentadura.

—Qué felicidad volver a verte hoy —le dijo, y Amelia, sorprendida por lo directa y agresiva que estaba siendo, abrió un poco su boca lista para soltar un sarcasmo tan grande y pesado que habría partido en dos la cabeza de Vivian, pero Zack tomó su mano y la apretó suavemente.

—¿Vienes sola? —le preguntó Zack, y Vivian asintió.

—Pensé que tendrías la cortesía de invitarme a cenar esta noche... contigo también, claro —dijo mirando al fin a Amelia—. Ya sabes que estoy acá completamente sola.

—¿Y cuándo te vas? —preguntó Amelia muy poco cortés, y Zack sólo apretó sus labios para no reír.

No había nada que hacer, estas dos gatas se iban a lanzar con las garras muy afiladas la una encima de la otra y él no podría más que mirar de lejos.

—No me voy a ir.

—¿Cómo así que no te vas a ir? Vives en Los Ángeles, ¿no?

—Vivía.

—¿Vivías? —desconcertada, Amelia miró a Zack, que le hizo un casi imperceptible gesto que indicaba que a él no lo mirara, que él no sabía nada.

—Me he mudado a San Francisco.

—Oh...

—No lo mencionaste esta tarde —comentó Zack, y Vivian volvió a

sonreírle.

—Es que no tuvimos tiempo, hablamos de tantas cosas que eso se nos pasó por alto—. Amelia casi se quedó sin aire. No pudo más, y su cortesía le falló, pero en vez de cogerla del pelo y hacerle lamer el piso, ella sólo se echó a reír.

Antes, en la línea oscura, la trató muy poco. Realmente, muy poco. La conoció sólo por fotos que le enviaba Zack, o las que subía a Facebook, y luego asistió a la boda, y en ella Vivian estaba muy ocupada de aquí para allá y no pudo sostener con ella una conversación como se debía. Nunca salieron juntos, nunca hicieron un paseo, nunca pudo ver cómo era de verdad.

El tiempo no espera a nadie.

Y era cierto. Zack y Vivian habían estado casados ocho años, ocho años en los que ella estuvo muy ocupada trabajando y creciendo como profesional sin enterarse de lo que estaba sucediendo en la vida de él... Seguro que para él no habían sido tan cortos, pues como lo describió aquella noche, cada día debió parecerle una maldita eternidad.

Vivian prácticamente los obligó a aceptar su compañía esa noche. Ya ellos habían cenado, pero tuvieron que quedarse allí mientras ella ordenaba, esperaba y cenaba, y luego les pidió que la llevaran a su apartamento, porque hoy el día no le había alcanzado para recoger su coche nuevo del concesionario, sino hasta mañana. Y luego le pidió a Zack que la acompañara para ir a buscarlo. Zack, inteligente y amablemente, le dijo que no disponía de tiempo.

Pero así a Amelia le quedó muy claro que Vivian no se iría por las ramas, que planeaba atacar directamente. Ya le había hecho saber a Zack su dirección, y a ella la hizo consciente de eso.

Sería una guerra sin cuartel.

—Yo... no sé qué decir—. Se disculpó Zack cuando ya iban hacia el apartamento de ella, y Amelia hizo una mueca. No, ella tampoco sabía qué decir. Nunca se había enfrentado a una situación así.

—Pero... eres consciente de sus intenciones, ¿no?

—Tendría que ser muy tonto para no verlas, Amy—. Ella dejó salir el aire un poco ruidosamente y miró por la ventanilla.

—¿Cómo puedo pararla?

—No, tú no puedes pararla —le contestó él con voz grave— Cada palabra que le dices, cada actitud que tomas, es para ella un reto. Casi que quiere ganar esto para hacerte perder a ti.

Vivian siguió siendo un grano en el culo.

Amelia no habría podido describirlo de otra manera. Llamaba a Zack a altas horas de la noche, le pedía que fuera a ayudarlo con cualquier tontería a su apartamento en horas que sabía que Amelia no podría acompañarlo, se presentaba en lugares donde él estaba y luego decía que era casualidad.

—Me gustaría saber qué la impulsa para perseguirte —suspiró Amelia—. Es decir... estás buenísimo, pero todavía eres un pobretón. Y no está embarazada y trata de chantarte el crío a ti.

—Oye... —llamó Zack su atención—. No me estás tratando muy bien —Amelia lo miró con una dulce sonrisa.

—Estoy tratando de verte a través de sus ojos. Para mí eres perfecto, pero ella... Realmente no sé qué te ve. Vivian ni siquiera tiene corazón, ¿por qué te quiere?

—Sigues tratándome no muy bien —Amelia se echó a reír entonces—. Sólo creo que es un poco obsesiva —siguió Zack, y Amelia hizo una mueca como si no se lo creyera mucho. Vivian no parecía una persona trastornada, en todo lo demás se comportaba muy razonable, pero en lo referente a Zack, ella definitivamente era una loca.

Ya le había hecho regalos inapropiados, le había dejado las llaves de su auto mientras ella se iba un fin de semana a donde su familia. Zack no lo había usado, por supuesto, y delante de Amelia le dijo que podía entrar y salir de su apartamento siempre que quisiera porque ella lo había registrado como una persona de entera confianza.

Quería hacerlos pelear, quería que Amelia se empezara a sentir insegura, amenazada y celosa y empezase a tener problemas con Zack, y lo triste es que no lo estaba consiguiendo, porque mientras ella más lo perseguía y se aferraba a él, mejor entendía Amelia que eso era porque él no le prestaba atención, y eso hacía que se esforzara aún más y más.

Toda una bola de nieve.

—Cariño, me voy a tardar un poco en llegar, lo siento —se disculpó Amelia hablándole a Zack por su nuevo teléfono móvil.

Le había prometido cocinar para él esta noche, y Zack encantado había aceptado mientras aprovechaba para usar la impresora de Amelia, ya que la suya estaba en reparación. Ahora, se suponía que ya debía estar en casa, pero el tráfico de viernes en la noche la había retrasado y apenas entraba al supermercado para comprar algunas cosas que le hacían falta, y Zack seguramente ya la estaba esperando dentro.

—¿Quieres que vaya por ti?

—No, cariño. Aprovecha y ve adelantando tu trabajo. La cena se va a retrasar.

—¿Seguro?

—En la nevera hay frutas —le dijo ella—. Toma una y aguanta un poquito el hambre—. Zack sonrió.

—Te quiero.

—Y yo a ti —cortó la llamada y se dispuso a buscar sus verduras en tiempo récord. Su hombre la esperaba en casa con el estómago vacío.

Zack tomó un par de manzanas y caminó hasta la habitación de Amelia, donde tenía la pequeña mesa con su portátil. Este era nuevo, y aunque Amelia a veces se quejaba de las pocas funciones que tenía, sabía que estaba encantada de haber pasado del ordenador de mesa a esta maravilla que se podía llevar y traer en el bolso, aunque llegara con la espalda adolorida.

Lo encendió y se puso a imprimir su trabajo.

Sólo unos minutos después llegó Amelia. Lo saludó desde la cocina comentándole que había una mujer en la caja delante de ella que se había negado a cederle el turno.

—Yo sólo tenía dos o tres cosas para pagar —le contaba Amelia—, y ella tenía el carrito lleno. Pensé que accedería, no le iba a quitar mucho tiempo. Pero obviamente hay gente con el sentido de la cordialidad entre las patas... —él se asomó a la cocina mirándola un poco serio, y Amelia le sonrió, y sin poder evitarlo, se le acercó y le besó los labios—. Siento haberme demorado, pero va a estar en un pispás, te lo aseguro.

—Ven —dijo él tomándole la mano y llevándola a la habitación. Amelia, creyendo que era para tener un rapidito sobre la cama, se echó a reír.

—Creí que tu hambre era de comida —dijo risueña, pero entonces él le mostró la pantalla de su portátil.

Desde el día en que Amelia había regresado a sus dieciséis años, aquel quince de septiembre de mil novecientos noventa y seis, había empezado la tarea de registrar las cosas que iban sucediendo y comparándolas con las ya acaecidas en la línea oscura. Empezó haciéndolo en libretas, pero en cuanto pudo, lo hizo en digital.

Zack había encontrado su registro de las dos líneas de tiempo, y seguro que las había leído.

Y la estaba mirando entre desconcertado y triste.

—Eso... Eso... tiene una explicación —titubeó Amelia, sintiéndose sin aire, casi como si se lo hubieran sacado de un solo golpe. Se acercó al portátil con intención de cerrarlo, pero Zack se lo impidió.

—No tiene caso que lo cierres, ya lo leí todo.

—¿Todo? —Zack la miró nuevamente, y Amelia sintió que el estómago se le revolvió. Él se veía abatido, decepcionado.

—¿Cómo es eso de que en el noventa y nueve te casaste con Damien?

—Zack...

—Abortaste un bebé en el dos mil uno.

—No...

—Y te divorciaste al año siguiente de eso.

—No, no... es todo una... Es una ficción. Es una...

—Son dos líneas de tiempo paralelas; en una... estamos juntos... todo como ahora, y en la otra... ¿yo me caso con Vivian? —Amelia cerró sus ojos con fuerza.

—Estás confundiendo las cosas.

—Claro que las estoy confundiendo. Así que por eso te traje aquí, para que me explicaras. Estaba imprimiendo el archivo que te dije cuando esto llamó mi atención. No he tenido que hurgar mucho, estaba en el escritorio. Líneas de tiempo, se llama, obvio que me dio curiosidad, y lo abrí. Si era algo tan privado, no lo tendrías allí, a la vista. Es evidente que estás llenando este registro desde hace muchísimo tiempo, pero nunca me hablaste de ello. ¿Qué significa esto, Amelia? —ella, nerviosa, empezó a apretarse los dedos de una mano con la otra, y a pasar el peso de su cuerpo de un pie al otro.

Sentía el corazón latiendo en su garganta, y náuseas. Sentía náuseas.

—Estoy... ¡estoy escribiendo una novela! —mintió ella, con una sonrisa. Zack cerró sus ojos, como si hubiese esperado otra respuesta, y sintiéndose aún más decepcionado—. Ya... me descubriste. Siento habértelo ocultado, pero estoy escribiendo una novela y esos son mis apuntes.

—Una novela.

—Sí. Me avergonzaba un poco, así que... —Zack no sonrió, sólo la miró de arriba abajo esperando, esperando que ella admitiera que aquello era una

mentira—. Pensaba decírtelo cuando ya estuviera un poco avanzada, pero la has encontrado antes. ¿Cómo... cómo así que estaba en el escritorio? Pensé que lo tenía bien guardado. Zack...

—De acuerdo —dijo él al fin, luego de lo que pareció una eternidad. Apretó fuertemente sus dientes y salió de la habitación entendiendo que ella no tenía intención de hablar con la verdad.

Amelia fue tras él.

—No te enfades conmigo... Debí contarte. No debe haber secretos entre los dos, lo siento... —él tomó su chaqueta para salir, y Amelia empezó a sentir que de verdad iba a vomitar—. No te vayas —le pidió sintiendo que sus ojos se humedecían. Le tomó la mano impidiéndole avanzar, pero una imagen de Damien soltándose bruscamente de su agarre y haciéndola caer le vino a la mente y lo soltó—. ¡Zack, por favor!

—¡Eres una mentirosa! —exclamó él, y aquello rasgó su corazón. Sólo porque era verdad.

—¡No!

—Lo eres. ¡Lo eres! Me estás mintiendo con todo el descaro del mundo, ¿es que me tomas por tonto? ¿Ese es el respeto que dices tenerme? ¿Crees que me estoy tragando esa historia de la gran novela americana?

—Pero te juro que...

—¿Lo juras? —volvió a exclamar él, ahora más sorprendido, más enfadado que antes. Amelia no le sostuvo la mirada, y él le tomó ambas manos y la puso contra la pared—. Muy bien, escuchemos eso. Júralo—. Amelia cerró sus ojos con fuerza, como si sólo con eso ya pudiera cambiar la realidad—. Jura que no me ocultas nada demasiado importante, como que en verdad te casaste con Damien y abortaste un hijo suyo.

—¿Cómo iba a abortar un hijo suyo cuando era virgen la primera vez que estuve contigo?

—Entonces ambas cosas son verdad.

—No pueden ser verdad dos cosas que se oponen y se contradicen entre sí.

—¡Júralo Amelia!

—¡No tengo por qué jurarte! —él la soltó de repente.

—Entonces esto se termina ahora.

—¡No!

—Porque tiene más sentido todo lo que encontré en ese archivo que muchas cosas que he visto en ti. “Barak Obama, primer presidente negro de la historia de América, posesionado en dos mil nueve”, ¡Faltan cuatro años para eso!

¿Instagram? ¿Whatsapp? ¿Qué es todo eso? “Zack se casa con Vivian en dos mil ocho, Tommy nace pocos meses después”. Quién diablos es ese Zack que se casa con esa Vivian. ¡¡Y quién mierdas es Tommy!! —Amelia estaba llorando, con la cabeza gacha y los hombros temblorosos—. ¿Murió tu mamá de cáncer? ¡No! Pero le insististe muchísimo para que se hiciera la citología y le encontraron células anormales que, si se hubiese descuidado o descubierto sólo unos años después, ¡habría sido demasiado tarde para ella! Incluso tu amiga Beverly está registrada. Pusiste: ¡Hurra! ¡Le terminó a Lewis, ya no va a ser infeliz!

—Zack...

—Y no sólo eso. Sabías lo de la muerte de varias figuras públicas antes de que ocurrieran, incluso lo de las torres gemelas, por Dios. Atentados en París, España, guerras en oriente y otras partes del mundo. ¿Sabes que si alguien más tuviera acceso a eso te acusarían de terrorista?

—Es por el libro...

—Admite ya que nada tiene sentido, admite que algo importante pasó. Dime, dime la verdad, Amy, cualquiera que sea, no importa lo absurda, fantásica o descabellada que sea, porque puedo soportar cualquier cosa, menos que tú... la mujer de mi vida, me mienta.

—No, Zack, por favor...

—Júralo por tu útero —siguió él, acercándose de nuevo a ella y atrapándola contra la pared. Ella lo miró al fin a los ojos, con los suyos anegados en lágrimas. Zack le puso la mano en el vientre, haciendo una suave presión—. El útero que perdiste debido a ese aborto y que ahora otra vez tienes y valoras tanto como para jurar en nombre de él. Júralo, Amelia—. Las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

Cómo, cómo me pides que te jure algo así.

Deberás confiar en alguien, recordó, o ya no tendrás un mañana.

Confiar, contarle a Zack.

Era como ir a las Vegas, entrar a un casino y en vez de dinero, apostar su relación con Zack. Si ganaba, la conservaba, si perdía... lo perdía todo.

¿Se despertaría a los treinta y seis deseando haber hecho las cosas diferentes?

Aquello era tan horrible que le hizo estremecerse.

—Zack, no... —él permaneció impassible, y Amelia supo sin lugar a dudas que era la última oportunidad que le estaba dando. En cuanto él se fuera, sería para no volver.

Y eso le quebró el corazón.

Se aferró fuertemente a él, por si tenía intención de irse, y lo abrazó.

Si le contaba, lo perdería. Si insistía en ocultárselo, también lo perdería.

Y él ya venía sospechando desde hacía tiempo que algo extraño pasaba con ella. No se podía ser tan acertado en eventos tan importantes y en los que él había sido testigo sin una buena razón.

—Lo siento —fue lo que dijo—. Lo siento.

—Qué. ¿Qué es lo que sientes?

—Todo. Todo, me arrepiento de todo.

—Cuéntame —la voz de él se había dulcificado varios grados. Y, aun así, todos los instintos de Amelia estaban rebelados.

No puedes contarle, ¿cómo puedes decirle que amaste hasta la locura al perdedor de su hermano? ¡Su hermano! No fue otro hombre, un extraño, un equis, no. Su hermano, con quien se lleva tan mal.

Pero lo perderás si no le cuentas. Sabes que Zack no miente ni exagera con esas cosas. De verdad creará lo peor de ti y ya luego no admitirá explicaciones.

—Es verdad entonces, ¿no? —preguntó él con cautela—, lo que le dijiste a Damien. Lo de la visión.

Toda Amelia estaba tensa. Admitir que sí era una visión, era aceptar que ella había preferido contarle a Damien la verdad, y no a él. Eso sería igual de malo.

—No fue una visión —dijo en un susurro cortado por su llanto—. Fue verdad. Yo... Zack... Oh, Dios, prométeme que me escucharás hasta el final.

—¿Me contarás al fin?

—No quiero hacerlo... porque no quiero perderte... y si te pierdo... nada habrá valido la pena. Nada.

—La verdad ante todo, Amelia.

—Pero prométeme que...

—No voy a prometerte nada sin antes haberte escuchado.

—Oh, por favor...

—Me has mentido por muchos años, me has ocultado cosas y casi me has tenido engañado.

—¡No es así!

—Estoy dispuesto a escucharte, y a creerte a pesar de todo. ¿No te basta eso? —tendría que bastar, pensó Amelia apretando sus labios, y respiró profundo muchas veces hasta que fue capaz de hablar con calma.

Se alejó un poco de él, nerviosa, tensa y con el alma dolorida. No podría eludirlo, no podría escapar. Había llegado el momento de la verdad.

—Esto te va a parecer sacado de un libro o una película, pero te juro que fue lo que me pasó en verdad. Te lo juro por lo más sagrado —dijo ella poniéndose sus manos en su vientre—. Por Dios te lo juro.

—Está bien. Te creeré cada palabra.

—Gracias, Zack... Pero... entenderás que no es algo sencillo de creer, que no es algo fácil siquiera de contar, y por eso... y por muchas razones más... te lo oculté —lo miró pasando saliva, pero él siguió en pie delante de ella sin hacer ningún movimiento. Sin asentir, ni negar, sólo esperando a que ella empezara a contarle.

Amelia respiró profundo. Ya había hecho todos los preámbulos, así que se lanzó:

—Yo... regresé veinte años al pasado —Zack la miró con ojos grandes, sorprendido. Amelia asintió agitando su cabeza, temerosa de que de repente él decidiera que ella sólo le estaba mintiendo otra vez—. Te lo juro, Zack...

—¿Q... qué?

—Te lo juro —repitió ella, y Zack no necesitó saber por qué lo juraba. Él siguió en silencio largo rato, mirándola con esa expresión de confusión, incredulidad y un poco de espanto. Lo vio mesarse el cabello, dar varios pasos hacia ninguna parte, y volver a mirarla como si sólo con eso fuera a extraer de su mente la explicación.

—Eso es...

—Absurdo, ya lo sé, pero te lo juro; es la verdad. Tenía treinta y seis años, y era el año dos mil dieciséis cuando, una noche... me permitieron regresar a mi adolescencia. Desperté intacta, en mil novecientos noventa y seis, en la casa de mis padres, en Paradise... con todo mi cuerpo sano, entero... y todos los recuerdos de lo que me había sucedido. Y todo lo que leíste en ese archivo... —siguió ella señalando hacia su habitación, donde estaba su portátil— es verdad en esa línea de tiempo. Yo la llamo...

—La línea oscura —completó él por ella, y Amelia asintió sintiendo un pinchazo en su alma. Zack tenía una excelente memoria, algo impresionante. Ella era buena recordando datos, pero a Zack nadie lo superaba, así que tendría que decirle todo con detalles, detalles que luego él recordaría por siempre—. Tú... viajaste en el tiempo—. Amelia asintió secándose las lágrimas, en silencio—. Pero volviste en tu propio cuerpo... es decir...

—Sí, sé a lo que te refieres... No fue como en las películas, que tu yo del

futuro le avisa de algo al yo del pasado. No. En mi caso... volví a mi mismo cuerpo, siendo una adolescente, con... con todos los conocimientos, experiencia, recuerdos y... ventajas que eso me podía dar—. Zack dejó salir el aire, y siguió dando vueltas por la diminuta sala de Amelia—. No sé si le ha ocurrido alguna vez a alguien más, pero... a mí me dieron la oportunidad. No creo que haya sido solamente por haberlo deseado con fuerza, no sé qué vieron en mí para darme semejante regalo...

—¿A quiénes te refieres?

—A Dios, primeramente... y a la anciana que me trajo aquí.

—¿Una anciana? —preguntó él, y Amelia asintió.

—Ella es algo extraña. Aparece y desaparece a su antojo, viste y se comporta como si fuera mucho más joven...

—La he visto —dijo él de repente.

—¿Qué? —Zack sacudió su cabeza.

—Es algo muy extraño que me ocurrió en la universidad. Yo... llegué quince minutos tarde a un examen. Había estado despierto toda la noche para entregar el proyecto que nos mereció la beca y... me dormí en el transporte, me pasé varias paradas, y cuando logré llegar ya era tarde, así que... me quedé afuera. Pero entonces, una anciana se me acercó, dijo algo extraño, algo que no soy capaz de recordar, y de repente, mis compañeros de clase, que minutos antes habían estado dentro tomando el examen, volvían a entrar. El tiempo se había devuelto quince minutos exactos... y yo pude tomar el examen... y pude tener esa beca, porque la habría perdido si mis notas no eran perfectas—. Amelia lo miraba con asombro—. Hasta hoy creí que eran ideas mías, que sólo me había dormido en el pasillo de ese salón de clases.

—Ella te ayudó —sonrió, pero Zack la miraba muy serio—. Entonces... me crees. No crees que estoy mintiendo en eso. Me crees cuando te digo que algo tan extraordinario me ocurrió—. Él movió su cabeza afirmativamente.

—Sí. Te creo. Lo que indica entonces que... —siguió él cambiando el tono de su voz— te casaste con Damien.

—Yo... —Amelia cerró sus ojos con fuerza.

—Y todo lo demás... es verdad.

—¿Leíste... leíste todo? —él sonrió con desdén.

—Leo rápido.

—Zack...

—Lo amabas. A Damien.

—No... Quiero decir, sí... —ella parecía en un dilema—. Quiero que

comprendas algo, Zack... La Amelia de la línea oscura, no es esta misma que está delante de ti. Ella hizo cosas muy estúpidas, reprochables... cosas que, en cuanto volví, traté de corregir.

—No me parecen dos Amelias. Me parece que son la misma, sólo que una es más experimentada y madura que la otra.

—Bueno... tal vez...

—Entonces sí lo amaste.

—No era amor. Era... una obsesión enfermiza.

—¿Esto se lo contaste a él?

—¡No! Yo... sólo le dije que... tuve una visión, un sueño, y que me había despertado alegrándome de que sólo fuera eso, un mal sueño... Pero fue verdad, Zack... —lloró ella otra vez, y caminó hasta su pequeño sofá de dos plazas para sentarse en él, cansada, desganada. Con el peso de muchos años de historia en sus hombros.

Zack no es sólo tu novio, se recordó. Es tu mejor amigo. Los mejores amigos escuchan tus pesares, te ayudan a llevar tus cargas.

Y con eso en mente, decidió relajarse y dejarse llevar. Había aguantado tanto, y por tanto tiempo, que tal vez esto fuera bueno para su alma. Había callado tanto, que ahora las palabras empezaban a salir a borbotones.

—Fue verdad —siguió—. En esa línea de tiempo... pensé que él era... todo, todo lo que yo podría querer, desear, necesitar. Pensé... que sin él moriría, que él le daba sentido a mi vida. Lo amé... lo amé tanto.

Al oírla, Zack cerró sus ojos. Él había pedido la verdad, y aquí la tenía.

Y era horrible.

—Dios mío. Ni te imaginas... todo lo que lloré por él. Todo lo que... sufrí... por él, por culpa de él. Tal como en esta línea de tiempo, empezamos a salir cuando apenas éramos unos niños. Él me besó la primera vez y yo... no le impedí que lo volviera a hacer, así empezó todo, y nos veíamos a escondidas, siempre a espaldas de todo el mundo. Nunca nadie lo supo oficialmente, e incluso fuimos a la misma universidad, Sacramento, para poder estar juntos allí también. Y cuando ya nos hicimos un poco mayores, él quiso... tener nuestra primera vez. Pero ya sabes, mis padres me habían inculcado tantas cosas, que tuve miedo. Y le dije que no me acostaría con él si no era su esposa. ¿Y te vas a creer que eso no lo desanimó? ¡No! Al contrario... me propuso casarnos—. Miró a Zack, pero él permanecía en el mismo lugar, sólo mirándola y escuchándola con atención—. Y nos casamos... a escondidas de mis padres—. Al oír eso, Zack soltó una risita.

—Claro. Eso lo dijiste la noche de la fiesta de graduación. Si tú te empeñaras, hasta te casarías a escondidas y tus padres jamás se enterarían. Lo hiciste... y tus padres nunca se enteraron—. Amelia guardó silencio. Él estaba atando al fin todos los cabos. Era de esperarse—. ¿Eran menores?

—No. Ya habíamos cumplido los dieciocho, no requerimos permiso especial ni nada. Sólo... Beverly fue mi testigo, un amigo de él el suyo.

—Y cómo hiciste con el apellido. ¿Fuiste una Galecki?

—No... Conservé mi apellido.

—¿Mis padres lo supieron?

—No. Sospechaban de la relación, pero no... nunca les dijimos oficialmente.

—¿Cómo permitiste eso?

—Ya te dije que yo era estúpida—. Él humedeció sus labios como si quisiera decir mil cosas más, pero Amelia siguió—. Nos casamos, pero nunca vivimos juntos. Todo el tiempo fuimos estudiantes universitarios. Al principio fue más o menos bien, pero con el paso de los meses... Él no toleraba que yo pusiera mis estudios por encima de él, y a mí no me gustaba que viviéramos separados, pero no teníamos opción, éramos estudiantes, no ganábamos dinero, ambos dependíamos de nuestros padres y yo estaba absolutamente segura de que los míos dejarían de pagarme la universidad si les contaba lo que había hecho. Ya los conoces. Y así las cosas... todo empezó a ir mal, y mal... él se emborrachaba y... —se quedó en silencio, con la mirada perdida en aquel tiempo, dándose cuenta de que contarle le estaba haciendo bien. Ya no le dolía tanto.

—¿Te fue infiel? —preguntó él cuando ella se quedó en silencio, y Amelia movió la cabeza afirmativamente.

—Más veces de lo que me gustaría admitir.

—¿Y qué hice yo en esa línea? ¿Nunca te advertí?

—No, tú... nunca me dijiste nada. Estuviste al margen por muchos años.

—¿Nunca traté de impedir que cometieras semejante locura?

—Ni siquiera éramos amigos, Zack.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—Yo te amaba desde los once. ¿Cómo no hice nada para impedirlo?

—¿Quisiera saberlo! —exclamó ella enderezándose en el sofá—. Y ahora que lo pienso, ¡tú me fallaste! —él frunció el ceño.

—¿Quiere decir, que a mí me habrías escuchado? Si yo te lo hubiese

advertido, ¿me habrías hecho caso? —Amelia guardó silencio, y volvió a recostarse en el sofá.

—Probablemente no. No se razona con un estúpido, y yo era eso, una estúpida. Y me casé con él contra viento y marea...

—Y lo del aborto... Cuéntame eso —la voz de él sonó ronca, como si esas palabras fueran amargas a su paladar, y Amelia se miró las manos.

—Me quedé embarazada y no me di cuenta. Nuestra relación era muy tormentosa, peleas y reconciliaciones, separaciones y reencuentros. Un estira y encoge que no... Y no me di cuenta, yo... no me enteré —cerró sus ojos esperando las lágrimas. Siempre le dolía ese bebé, siempre lo lloraba, pero ahora... se quedó sorprendida cuando se dio cuenta de que podía hablar de eso si anegarse en llanto. Se puso las manos en su vientre y respiró hondo, muy hondo. Esa pequeña alma estaba bien, dondequiera que estuviese, y ella podría volver a tener hijos, porque habían obrado un milagro.

Ya no le dolía. Ya no.

Zack empezó a dar vueltas por la habitación, molesto, ofendido, tan irritado como jamás pensó estarlo. Amaba a Amelia con locura; imaginarla en esa situación, casada con otro... con otro no, con su hermano, abortando un bebé de él... dolía, dolía tanto que le impedía estarse quieto.

—Una noche peleamos —siguió ella, con voz calmada—. Estaba lloviendo, y lo sorprendí en otra de sus infidelidades. Discutimos, él fue algo brusco, y me caí. Fue un resbalón, y caí sentada, y... perdí al bebé. Pero no lo advertí a tiempo, sino cuando ya fue demasiado tarde. La infección fue severa... y perdí mi útero.

—Joder...

—Estuve interna varias semanas en un hospital. Perdí clases, pero pasé cartas donde explicaba la situación.

—¿Y yo qué hice en ese tiempo?

—Tú... Tú fuiste la mejor persona del mundo, acompañándome cuando más lo necesité... Fuiste a verme casi cada día, me apoyabas para que me recuperara pronto. Me soportaste cuando era llorona, pesada y melancólica. Me consolabas... sólo que... no era a ti a quien yo quería ahí.

—Querías que fuera Damien quien te consolara.

—Pero él no estuvo. Estuviste tú.

—Fui un perdedor que sólo se quedó a secar tus lágrimas sin hacer nada más.

—Hiciste lo que yo necesitaba que hicieras en el momento.

—¡Lo que debí hacer fue impedir que siquiera lo conocieras!

—No sabías lo que iba a pasar.

—Dios mío, cómo compadezco a ese Zack... ¿y casarme con Vivian? ¿Qué ocurría conmigo? —Amelia al fin se permitió sonreír.

—Lo mismo que me ocurría a mí; no sabíamos lo que iba a pasar. No entendíamos que nuestras decisiones... nos llevan lejos, demasiado lejos... a un lugar de donde ya no podemos volver.

—Pero tú volviste... Volviste y... enderezaste todo.

—Eso intento. Y por eso... por eso insisto con que Vivian no se acerque demasiado a ti. Por eso me involucro tanto en algunas cosas... Porque me dieron una segunda oportunidad, Zack, y tengo que aprovecharla.

—Esto es increíble.

—Lo sé. Pero es la verdad.

—Y por qué no... ¿Por qué no me contaste eso? —Amelia guardó silencio y tragó saliva. Zack se acercó a ella sentándose a su lado en el sofá—. ¿Por qué me lo ocultaste? Hemos sido amigos desde hace unos nueve años, y novios durante cinco meses. Ha habido mil oportunidades para que me lo revelaras, así fuera en broma. Pero nunca siquiera tanteaste el terreno para saber si yo era del tipo que creía en cosas sobrenaturales, del tipo que te habría creído esto tan asombroso. No... nunca tuviste intención de contarme. He tenido que descubrirlo por mí mismo.

—Porque... me avergonzaba.

—¿De qué?

—¿Crees que esto que te conté es todo? ¡No es ni la mitad! Yo en verdad fui demasiado idiota, patética, sin respeto por sí misma. Todavía me avergüenzo de todo lo que hice, de todo lo que NO hice; de haber elegido tan, tan mal. Y porque... —se frenó, mirándolo a los ojos, otra vez con el ritmo de su corazón acelerado— era tu hermano —siguió—. Pensé que no lo soportarías, que lo odiarías. No sólo odiarías a la Amelia patética y sin amor propio, sino... que odiarías que me haya casado con tu hermano... que haya estado con él—. Él asintió varias veces, respiró profundo y volvió a ponerse en pie.

Miró en la encimera de la pequeña cocina de Amelia las compras que había traído para la cena, olvidadas.

Ya hasta se le había ido el hambre.

—Sí, todo eso es malo.

—Por eso no te quería contar. Perdóname, Zack, por favor... Pero... por

más que haya podido volver al pasado, no se puede cambiar el hecho de que yo... hice lo que hice. Ya ves que, al tener la oportunidad de cambiarlo, lo hice, y lo hice bien. Ahora estoy contigo —él meneó su cabeza, negando, y Amelia se puso en pie para acercarse a él y tomarle el rostro entre las manos—. Perdóname por todo. Lo siento. Lo siento. Lo siento.

—Amaste a mi hermano, y lo elegiste a él por encima de todos los demás hombres... por encima de mí. Eso es malo.

—Zack...

—Fuiste patética, y aceptaste humillaciones, infidelidades... y reaccionaste cuando ya lo habías perdido todo. Pero... ¿sabes qué es lo peor? —Amelia lo miraba fijamente a los ojos, muy atenta y muy nerviosa ante sus palabras—. Lo peor, lo peor... es que nunca tuviste siquiera... la intención de contarme.

—Por favor...

—De tu cuenta, habríamos llegado a viejos sin que lo revelaras. He tenido que... acorralarte, descubrirte, obligarte—. Ella lloraba otra vez, lo miraba con ojos de súplica, y Zack sintió que su corazón le dolía—. He tenido que amenazarte con terminar la relación para que al fin abrieras tu corazón a mí.

—No...

—Y lo gracioso es que no habrías podido seguir ocultándolo, de ningún modo, porque he venido sospechando que algo era muy extraño desde hace años. Así que era mi destino descubrirlo algún día.

—¿Qué...?

—Tu comportamiento, las cosas que inexplicablemente sabías, lo que predecías y justo se cumplía. He llegado a pensar que tenías un don divino, algo extrasensorial. Hablabas con tanta propiedad de cosas que jamás viviste, del corazón te salían palabras que te delataban como aquellas que le dijiste a tu amiga Beverly por teléfono, como la afirmación de que despertarse veinte años después deseando haber tomado decisiones diferentes era lo peor que un ser humano podía experimentar. Eran demasiadas señales que no pasé por alto. Pero, jamás me imaginé...

—Yo... traté de ser cuidadosa, de no ponerme en evidencia.

—Sí, lo intentaste con mucha fuerza. Y ahora... Lo siento, pero... no sé si realmente quiero estar con una persona que oculta cosas tan graves a quien se supone es el amor de su vida.

—¡No!

—Me lo dices todo el tiempo, que soy el amor de tu vida, pero acabo de ver que no es así, no soy el amor de tu vida. Damien lo fue... Lo sigue siendo.

A él sí le hablaste de esto.

—Para quitármelo de encima. Y no todo...

—Ya no quiero seguir hablando de esto.

—Le conté para que entendiera que no había manera de...

—Me voy a casa —la interrumpió él, poniéndose la chaqueta y alejándose.

Amelia fue tras él hasta el mismo pasillo.

—Zack, escúchame. Por favor...

—Ya te escuché. Y saber la verdad no me alivia, porque he tenido que coaccionarte y hacerte jurar.

—Dios...

—No me llames, voy a tener el teléfono apagado.

—¡No!

—Y no me sigas —dijo él internándose en el ascensor.

—Entonces, ¿cómo quieres que te haga ver que estás cometiendo un error? ¿Cómo te recupero si me estás amenazando con dejarme?

—No te estoy amenazando. En verdad te estoy dejando.

—¡No, Zack, no! —la puerta del ascensor se cerró, y ella no pudo entrar con él.

—¡¡Zack!! —gritó, pero ya no tenía caso gritar, él ya no la escuchaba.

Tomó el otro ascensor y bajó hasta el sótano donde él tenía el auto parqueado. Lo encontró maniobrando para salir, y volvió a llamarlo a gritos, pero él simplemente la ignoró, y se fue.

Se vio sola, en medio del silencio, dándose cuenta de que estaba perdiendo. También en esta línea de tiempo estaba perdiendo.

Y lloró no sólo de dolor, sino de terror.

Prefería morir a volver a pasar por esto.

Amelia subió de nuevo a su apartamento y tomó las llaves y el bolso. Buscó un abrigo y tomó el primero que encontró. Al salir a la calle, detuvo un taxi y le dio la dirección de Zack.

Necesitaba su propio auto urgente, pero todavía no ganaba lo suficiente como para eso, y ella estaba ahorrando, pero para su primer apartamento.

Se sentó en el asiento trasero deseando poder ir más rápido. No podía dejar pasar las horas sin arreglar esto. Encima, tenía un ave de rapiña rondando a su novio, alguien que podía, sin pensárselo dos veces, hacerles mucho, mucho daño. No. De ninguna manera iba a perder a Zack.

Cuando llegó al edificio, justo empezó a lloviznar, y ella no había traído un paraguas consigo, y cuando introdujo la llave, esta no entró siquiera. ¿Qué había pasado? ¿Habían cambiado la cerradura? ¡¡Ahora no podía entrar!!

El edificio de Zack era demasiado antiguo, no tenía un lobby, ni un conserje, ni siquiera un espacio afuera donde guarecerse, sólo una línea de timbres con el número de cada apartamento, así que timbró y timbró. Pero el auto de él no estaba afuera, así que no había regresado. Eso, o a él simplemente no le importaba que estuviera afuera mojándose.

Lo llamó a su teléfono, pero tal como él le había advertido, éste sonaba apagado. Sin embargo, no se rindió, y la lluvia empezó a arreciar.

¿Era un castigo? ¿O sólo una prueba?

No, debía ser un castigo. Debió saber que, a alguien tan listo como Zack, a alguien que la conocía tan bien, no podría ocultarle algo tan grave, algo que la definía como ser humano.

Y cuando pensó eso, se dio cuenta de que lo que la definía ya no era su relación pasada con Damien y todo lo que había tenido que sufrir por eso, sino el milagro de viajar veinte años atrás en el tiempo y las nuevas decisiones que tomó.

Tantos años atormentada por aquella línea de sucesos, y hasta ahora se daba cuenta de que ya no la afectaban tanto. Esta nueva vida había llenado todos esos vacíos, Zack la completaba.

Y por miedo, estaba a punto de perderlo.

—Zack, ábreme —le dijo a la puerta, timbrando una y otra vez—. Ábreme.

Por favor, no me dejes. Por favor, Zack—. Recostó su cabeza en el muro dándose cuenta de que poco a poco se había ido empapando hasta no quedar en ella nada seco, ni siquiera su ropa interior—. Zack...

Una luz brilló tras ella, y con los ojos entrecerrados, se giró. Era un taxi llegando, y en él estaba Zack. Él no había estado dentro del edificio, y al parecer, algo le había ocurrido al viejo auto de Howard.

Al verla, le pagó al taxista, se bajó y la miró sorprendido, mojándose también, y corrió a ella quitándose la chaqueta y poniéndosela sobre su cabeza.

—¿Qué haces aquí bajo la lluvia? —preguntó él en tono molesto—
¿Quieres enfermarte y morir?

—Tenemos que hablar —le dijo ella de inmediato—, tienes que entender. Te amo, Zack; no puedo perderte. No puedo permitir que me dejes.

—Estás loca al venir aquí en plena lluvia —masculló él, con ese tono de voz aún molesto.

—No voy a dejar que te separes de mí. Dormiré aquí afuera si es necesario. No me importa, ¿me entiendes?

—¿Qué pretendes, que te reciba de vuelta sólo porque eres terca?

—Sí, y no me importará que lo digas y luego me lo saques en cara. No puedes dejarme sólo porque te oculté una cosa.

—¿Una cosa? ¡Me ocultaste toda una vida!

—Una vida que estoy tratando de olvidar, de pasar por alto. Porque ahora mi vida eres tú, ¡la he pasado toda contigo! —él la miró en silencio un momento, y al fin, sacó la llave y abrió la puerta de entrada para que ambos pudiesen ingresar.

—¿Cambiaron la cerradura? —preguntó ella, tiritando de frío, y pasó casi un minuto en el que él estuvo en silencio. Cuando ya Amelia pensó que no iba a responder, él habló.

—Sí —dijo en tono bajo—. Hoy. Pensaba darte la llave... pero... — Amelia tragó saliva, y bajó la mirada. En el vestíbulo del edificio de inmediato se hizo un charco con el agua que los dos destilaban, y Amelia no perdió tiempo, sino que subió enseguida las escaleras.

Zack, viendo que era verdad eso de que ella no pensaba desprenderse de él, la siguió.

Una vez dentro, Amelia empezó a quitarse la ropa mojada, y cuando quedó absolutamente desnuda, tomó su ropa y la llevó al lavadero de Zack para ponerla a lavar y secar. Este sólo la miraba de reojo, y fue a la habitación para

pasarle una toalla. Amelia no la recibió, sino que terminó su tarea y se metió a la ducha.

Zack se quitó su camisa y sus zapatos mojados, y se sentó en la cama escuchando el agua correr.

Al salir de la casa de Amelia y andar varias cuadras en el viejo auto de su padre, la luz de la señal de gasolina había empezado a titilar informándole que el nivel estaba bajo, así que se había pasado por una gasolinera para abastecerse, y al tratar de encenderlo para retomar su camino, éste empezó a fallar. El chico de la gasolinera levantó el capó para revisarlo y le ofreció sus servicios para un mantenimiento. Zack no tenía mente para pensar en arreglos, pero no tuvo más remedio que encomendárselo y tomar un taxi para poder seguir su camino.

Había tenido la tentación de deambular por la ciudad y pensar a solas, lamerse un poco las heridas, y esperar a que se le pasara un poco esta ira que sentía, pero el auto no lo había dejado y había tenido que regresar. No imaginó encontrarse a Amelia ante su puerta, mucho menos empapada y dispuesta a pasar la noche allí.

Y sabía que era capaz, sabía que no amenazaba de balde, y Dios, él era tan tonto que no soportaría verla enfermar o ponerse en peligro por su culpa, así que la había dejado entrar.

Y ahora ella estaba en su ducha, desnuda, y él a sólo unos pasos.

Era como recibir una pequeña bofetada. Su corazón decía: tú la amas, ¿no puedes vivir sin ella! ¿Vas a permitir que se te escape? Y la otra parte: no puedes permitir mentiras, ni aun de ella. No puedes dejar que nadie, ni siquiera ella, pase por encima de ti.

Era una lucha muy dolorosa, porque alguien abajo opinaba que nada de eso importaba.

Amelia salió envuelta en sus toallas, secándose el cabello, y al verlo sin camisa, sentado en su cama, pensativo y cabizbajo, se sentó a su lado en silencio, sólo mirándolo, casi sin moverse.

—No debiste venir —dijo él al fin. Amelia se mordió los labios.

—No podía dejar que pasaran las horas sin arreglarlo.

—No se va a arreglar... a menos que de nuevo vuelvas en el tiempo y esta vez confíes en mí y me digas la verdad sin que yo tenga que presionarte—. Ella bajó la cabeza y se encogió de hombros.

—Dudo que me permitan hacer algo así de nuevo... —ella se acomodó a su lado en la cama e intentó tomarle la mano, pero Zack la esquivó—. Haré lo

que sea con tal de que me perdones —aseguró ella, apoyando su cabeza en el hombro desnudo de él, besándolo tiernamente y sin amilanarse por su actitud. Él no dijo nada, ni la miró—. Ponme una penitencia, lo que quieras... pero no me castigues con tu ausencia. Eso duele demasiado, Zack—. Él se puso en pie alejándose—. Zack...

—En este momento, lo único que necesito es estar a solas, pensar y dejar que pasen las horas, que pase el tiempo.

—El tiempo no espera a nadie —dijo ella poniéndose en pie también sosteniendo la toalla sobre su busto con sus manos—. Lo sé mejor que cualquiera. Cada minuto es precioso, Zack. Y yo ya desperdiicé demasiados antes, ya dejé ir una vida y me lamenté tanto, tanto...

Él le dio la espalda, como si no soportara verla, y se recostó en el marco de la puerta en silencio. Amelia lo vio masajearse el rostro, mesarse los cabellos aún molesto.

—Vete, por favor —le dijo, pero en vez de hacerle caso, Amelia se ubicó tras él y puso sus manos en su espalda con suavidad.

—No me voy a ir —le contestó, terca—. Nunca me voy a ir. Entiendo tu enojo, y lo soportaré. Aceptaré tu ira, tu decepción... pero nunca tu ausencia.

—Amelia...

—No. Por favor...

—Tienes que...

—No —lo atajó, abrazándolo desde atrás—. Adelante, sigue enojado conmigo. No me hables, no me mires... pero no te alejes de mí. Te esperaré. Esperaré mientras me perdonas. Me quedaré en un rincón de tu casa mirándote dormir, mirándote trabajar, pero no me iré.

—Oh, Dios...

—Si me separo de ti mi alma se romperá... —dijo ella otra vez con la voz quebrada— y creo que esta vez no lograré unir de nuevo los pedazos, ¿me entiendes? porque ya... ya tiene demasiadas cicatrices, demasiados remiendos.

—No por mí.

—No, jamás, nunca por ti, y es por eso que no puedo dejarte ir. No puedo ser estúpida otra vez y dejar pasar lo que le da sentido a mi vida, porque, aunque te oculté todo... tú sí eres el amor de mi vida. Creo que, si naciera cien veces, cien veces me enamoraría de ti... o al menos... noventa y nueve veces... porque hay que contar la vez que Amelia fue estúpida—. Él soltó una risita. Una muy pequeña, y Amelia no la dejó pasar, sino que retomó y con más

fuerza. Puso sus manos sobre los brazos de él, asiéndolo con fuerza—. Te amo a ti, a ti, a ti. Sólo a ti. Castígame como quieras, pero no me dejes. Lo siento, lo siento. Y te amo. Dios. Es tan duro sólo pensar que te puedo perder...

Él ensanchó su pecho en una respiración profunda, y le tomó las manos para alejarlas de él. Intuyendo que tenía algo importante que decirle, lo miró a los ojos, con el corazón en la garganta, todos sus sentidos erizados y en punta. Pero él no dijo nada, sólo la miró largo rato, y ups, la toalla que ella llevaba se cayó por tanto movimiento y no sostenerla como se debía, y las miradas de ambos se concentraron en su desnudez.

Amelia no dijo nada, no trató de cubrirse, ni siquiera sintió frío.

¿Necesitaría el sexo para engatusar a Zack? No lo sabía, pero seguro que valía la pena averiguarlo.

Estaba dispuesta a todo.

Pero Zack se agachó, tomó la toalla y volvió a cubrirla.

Qué hombre tan difícil, por Dios.

—Haz lo que quieras —le dijo, y Amelia se envolvió en la toalla sin mirarlo—. De todos modos, va a ser como si no estuvieras aquí. No te echo porque llueve, y me faltan tripas para aventarte afuera. Pero no me provoques más, Amelia; en este momento estoy tan enojado contigo que lo que menos quiero es verte —sin añadir nada más, Zack se dio la media vuelta y tomó el teléfono para llamar a alguien.

Pizza, él estaba pidiendo pizza.

Se quedó allí, de pie aún, envuelta en la toalla, con sus últimas palabras rebotando en su mente. Ciertamente, se notaba que no quería ni verla. La había tenido desnuda y dispuesta delante de sus ojos, y había sido como si mirara un mueble.

Y eso nunca antes había pasado. Los ojos siempre le brillaban, y acto seguido la pegaba a su cuerpo para sentirla.

Dijiste que aceptarías su ira; ahí la tienes, se dijo.

Se movió al fin. Entró a la habitación de Zack, buscó en su ropero algo que ponerse, y encontró ropa interior suya y limpia entre la de él, se cubrió con una de sus sudaderas y salió a la sala. Él estaba sentado en su sofá leyendo unos papeles, algo de trabajo, seguramente, ignorándola muy bien. Y Amelia no dijo nada, sólo se sentó en silencio observándolo. Zack siguió como si ella no estuviera allí.

Un relámpago iluminó afuera las calles, y ambos miraron hacia la ventana.

Silencio. Cuánto silencio.

En silencio comieron la pizza cuando llegó, y al terminar, él siguió en el sofá leyendo sus papeles tan importantes y que había impreso en su apartamento más temprano. Amelia se acostó en la cama cuando le dio sueño. Al día siguiente vio que él había preferido dormir en el sofá que con ella.

Se levantó cuando lo escuchó hablar por teléfono. Vivian lo había llamado.

—No, hoy no puedo —le decía él—. Mi auto está en reparación y... Sí, está dando problemas... Es que está un poco viejo, sí—. Amelia entrecerró sus ojos escuchando, y salió al fin a la sala tal como estaba—. No, no, no. No es necesario... Vivian, no es necesario. No quiero tu auto. Repararé el mío y... —Amelia se cruzó de brazos mirándolo. Como siempre, ofrecida esa—. Ya te dije que no. Te agradezco, pero no. Compraré uno nuevo cuando pueda... —él se giró al fin, y vio a Amelia recostada en el marco de la puerta de la habitación—. Sí, estoy seguro de que no quiero el tuyo. Gracias. Gracias otra vez, pero... De acuerdo—. Cortó la llamada al fin. Y miró a Amelia de arriba abajo. Ella lucía su sudadera aún, con el cabello alborotado y las piernas desnudas.

—¿Ya te vas? —le preguntó esquivándola, metiéndose a la cocina y hurgando en su vacía nevera. No tenía nada.

—En la línea oscura conociste a Vivian cuando tenías veintiocho años —dijo de pronto, y eso lo sorprendió un poco, y lo hizo mirarla—. No recuerdo cómo la conociste. Tal vez no me lo contaste, y te casaste a los treinta... En esta línea todo se adelantó. La conociste en Inglaterra dos años antes... todo se ha precipitado con respecto a ella y no entiendo la razón... Todo lo demás ha seguido el curso normal de las cosas—. Zack no dijo nada. Estuvo a punto de decirle que eso no le importaba, pero habría sido mentira. Sí que le importaba, le causaba curiosidad todo lo de la línea oscura.

Pero te lo ocultó, se recordó.

Cerró la nevera con las manos vacías. Debía salir para comprar algo de comer, así que caminó a la habitación para buscar algo de ropa.

Amelia fue tras él.

—Tuviste un hijo con ella —soltó de repente, y Zack volvió a mirarla—. Se llamaba Tommy.

—Diablos.

—Pero te divorciaste, y Vivian se quedó con todo... con tu casa, compró tu parte de la empresa... y se quedó también con la custodia del niño. —Él estaba ahora bastante desconcertado— Te quedaste sin nada de repente por su culpa, y eso que la infiel había sido ella, porque es una maldita. Me lo

contaste la última vez que nos vimos... allá, en la línea oscura. Estabas triste por eso. Salimos a beber y te embriagaste un poco. Estabas pasando un mal momento. Y te pregunté... —Amelia caminó delante de él empuñando ambas manos: —Si tuvieras la opción de obtener cincuenta millones de dólares —dijo, abriendo una de sus manos—, sin trabajarlos, sin condiciones, o —abrió ahora la otra mano— volver veinte años al pasado... ¿qué elegirías? Y tú... sin pensarlo mucho, dijiste que volver veinte años al pasado... Y que lo primero que harías, sería impedir que Damien me pusiera la mano encima —él cerró sus ojos al oír eso.

—Y luego de eso, volviste —susurró él al fin, y Amelia sonrió con el corazón palpitándole fuerte de puro alivio. Él le estaba hablando, había hecho bien en quedarse e insistir, en hablarle de esa línea oscura.

—Sí. Yo... soy demasiado orgullosa, así que la primera vez que oí esa pregunta, no supe qué decir. Delante de mis amigas dije que elegía los cincuenta millones, porque mi vida era perfecta y no había nada que quisiera cambiar. Mentiras. Estaba destrozada, amargada, desconfiaba de todos los hombres... No me habrías querido de todos modos en esa línea porque yo... era una celosa enfermiza.

—No lo eres ahora.

—No contigo... —aclaró— porque confío plenamente en ti. No sé cómo funciona, pero tú... me has curado... —él la esquivó de nuevo, sacó una camisa de cuadros y se la puso—. Y cuando estuve a solas, y me hice esa misma pregunta y pude ser totalmente sincera conmigo misma, sí deseé volver. Veinte años eran perfectos, tal como dijiste tú, y luego de llevarte a tu hotel, volví a mi apartamento y me acosté a dormir pensando en eso, dándole vueltas... y cuando desperté, estaba en mi antigua habitación, en la casa de mis padres... con dieciséis años otra vez—. Él la estaba mirando fijamente otra vez, escuchándola atento—. Mi madre estaba viva... Penny no estaba embarazada... y yo no me había casado con Damien. Pero... si me hubiesen enviado sólo dos semanas antes de esa fecha, habría sido más fácil, porque Damien y yo ni siquiera nos habríamos besado nunca, pero lo hicieron así... No me dejaron todo tan fácil... Y adelantaron lo de Vivian, y ella está obsesionada contigo por alguna razón. Estoy aquí de nuevo, tengo todo el conocimiento de lo que podría pasar, pero... me están cambiando de lugar las cosas y... a veces me siento perdida.

—No lo creo.

—Ten cuidado con Vivian.

—No necesitas decirlo. Ella no... nunca me fijaría en ella.

—Lo sé. Confío en ti... pero ella es mala. Te lo digo porque lo sé. Te quitó todo, se acostó con tu socio y te quitó todo.

—¿Con Luke?

—¡No! Luke no... él es un elemento nuevo, podría decir. El socio con el que Vivian se acostaba aun estando casada contigo era Patrick...

—No conozco a ningún Patrick.

—No importa, lo importante es que ella es mala, infiel, nunca te respetó. Dijiste... dijiste que fue un infierno, pero supongo que seguiste adelante por Tommy, por tu hijo—. Zack miró a otro lado.

Que le hablaran de un hijo que había tenido se sentía raro, sobre todo porque ahora ese pequeño seguramente no existiría.

—No tienes que temer por Vivian —le aseguró Zack. Tomó una chaqueta y un paraguas, pues seguía lloviendo, y salió al fin. Amelia se quedó sola en el apartamento y aprovechó para poner un poco de orden en la cocina.

Sonrió cuando pensó en que la otra Amelia, la de la línea oscura, jamás habría hecho esto por nadie, por ninguno de sus novios. Ni siquiera por Joseph había insistido tanto. Pero es que Zack era otra cosa. A él no podía perderlo. Él valía la lucha, y la merecía.

Cuando Zack volvió, encontró su apartamento más organizado y limpio. Sólo habían sido unos minutos, pero su novia era una obsesa de la limpieza.

Su novia.

Estaban enojados, y él había dicho que la dejaría, pero en su mente seguía siendo su novia. Pensó en el anillo que ya tenía visto para dárselo. Había pensado proponerse esta navidad.

El corazón le dolió un poco.

Sacó de la bolsa las cosas que había traído para desayunar y Amelia no tuvo ningún reparo en ponerse a preparar. Batió un par de huevos, exprimió naranjas mientras él hacía el café, y en menos de nada tuvo al frente un desayuno bien cargado de proteínas.

—Pregúntame —le pidió ella sentándose a su lado en las butacas de la barra de su pequeña cocina.

—Qué —Amelia lo miró con media sonrisa a la vez que partía un pedazo de pan con sus manos.

—Sé que tienes mucha curiosidad por la línea oscura.

—¿Ahora sí te apetece hablar? —ella hizo una mueca.

—Ya lo sé, me callé mucho tiempo... Y lo he pagado caro.

—A mí no me parece que un poco de agua lluvia y hacer un desayuno sea pagar caro algo.

—Me estás hablando con dureza y casi no me miras. Eso es caro—. Él la miró ahora, pero no para sonreírle. A Amelia no le importó—. Pregúntame lo que quieras.

—Bien. Háblame de mi hermano—. Amelia dejó el pan que tenía en la mano.

—¿De veras quieres que te hable de eso?

—Quiero saber qué pasó con él, y contigo.

—Zack...

—Habla, que para eso te quedaste aquí. Me impones tu presencia, ¿no? Entonces habla—. Ella apretó un poco sus dientes, pero no dijo nada. Sólo respiró profundo y decidió contestar.

—¿Qué quieres saber específicamente? —preguntó cabizbaja. Tal vez iba a hacer comparaciones, quería saber cómo lo consideraba ella en la cama, o quería escuchar que dijera que él era mejor. Era un hombre, de todos modos.

—Qué pasó luego de que te divorciaste—. Ella lo miró a los ojos, y Zack elevó sus cejas apremiándola a responder. Amelia carraspeó.

—Yo... terminé la carrera y...

—¿Nunca más lo volviste a ver? —eso la hizo sonreír.

—No, ojalá.

—¿Seguiste viéndolo? —ella hizo una mueca.

—Sí.

—¿En plan romántico? ¿Se acostaban aun cuando ya se habían divorciado?

—Claro que no. No caí tan bajo.

—¿Entonces?

—El me llamaba, siempre me encontraba, siempre daba con mi teléfono. A veces lo hacía para pedirme que volviéramos, para rogarme... y otras para insultarme, para decirme que yo no era, de todos modos, la mujer más guapa del mundo—. Zack meneó su cabeza, molesto—. Yo fui débil al principio. Lo escuchaba lamentarse por haberme perdido, pero... con el paso del tiempo lo asumí, y... tuvieron que pasar muchos años para darme cuenta de que había más hombres en el mundo. Casi una década para comprender que yo podía pasar el resto de mi vida con otro que no fuera él. Él embarazó a tres mujeres...

—¿A tres?

—Y era un borracho, y no conservaba los empleos.

—Le afectó mucho...

—No —lo atajó ella—. No fue mi culpa que su vida fuera un desastre.

—No he dicho eso.

—Míralo ahora, no estoy en su vida, no me casé con él, y aun así, míralo.

—Parece que viviste con esa duda un buen tiempo.

—Sí. Lo reconozco. Él me culpaba de ser la causante de sus desgracias, me acusaba de haber echado a perder su juventud, me acusaba de haber matado al bebé. Pero no fue mi culpa, y venir a este tiempo me ha ayudado a comprenderlo. No fue mi culpa.

—Ya... está bien.

—Pero tal vez sí fue mi culpa lo que te pasó a ti. Porque ahora pienso que nuestro destino, aun allá, era estar juntos, pero yo puse un obstáculo muy difícil de sobrepasar, y tú... al verte solo, elegiste mal... y pagaste las consecuencias—. Él suspiró y terminó de beber su café.

—¿Eso piensas? ¿Que tú y yo somos como almas gemelas que, si no están juntas, serán infelices?

—Sé que suena pretencioso, pero...

—Sí, lo es —Amelia guardó silencio, mordiéndose el interior de la mejilla. Ella tenía razones para creer que era así, pero él, al parecer, no—. Me cae muy mal ese Zack —dijo él—. Lo compadezco.

—No. No era digno de compasión, porque tal vez había sido derrotado, pero no estaba derribado. Triste, pero no abatido. Todavía tenía fuerzas y agallas para volver a empezar, y esa noche más que nunca él me gustó, y lo admiré y lo respeté. Lo acababa de perder todo, estaba casi como cuando salió de la universidad... pero, aun así, sé que luego de recomponerse arremetería contra el mundo para volver a ser exitoso... —Zack agitó su cabeza y se levantó de su silla para llevar los platos al fregadero.

—Ya escampó —dijo—. Deberías irte.

—No me voy a ir, Zack.

—Qué piensas, ¿quedarte a vivir aquí?

—Al menos mientras me perdonas. Cabemos los dos...

—Amelia...

—Pero si ya no estás tan enojado. ¿Qué tanto es perdonarme?

—Te hablo sólo porque tengo curiosidad, y tú no has dejado de parlotear de tu línea oscura—. Eso no la ofendió, y tuvo que ocultar una sonrisa.

—¿Hay alguna otra cosa que quieras saber? —Zack dejó los platos sin lavar y caminó a su habitación. Amelia fue tras él—. Tus padres seguían vivos

y sanos en el dos mil dieciséis —siguió ella, y Zack la miró con una advertencia en los ojos, advertencia que ella ignoró—. Catherine se casa con un compañero médico, y tiene dos niños. Preciosos. Uno de ellos, pelirrojo como tú—. Zack sonrió muy a su pesar—. Pensé que Tommy sería pelirrojo, pero al parecer no pintas mucho.

—Ya.

—Zack, te amo —dijo de repente, y eso lo dejó quieto—. Te amo más de lo que jamás amé... a nadie.

—No lo sé, Amelia. Como no te he hecho sufrir, puede que tu amor no haya llegado al máximo nivel.

—Sí me haces sufrir. Ahora mismo sufro—. Él casi blanqueó sus ojos, y empezó a quitarse la ropa para meterse a la ducha. Amelia le tomó la mano poniéndola sobre su pecho—. Me hace doler mucho el corazón que no me mires con amor. Que no me beses, que no me desees.

—Amelia...

—Ahora deseo tanto que también tú hubieses vuelto con tus recuerdos... Me he sentido tan sola todos estos años sin poder compartirme lo que pensaba...

—Por puro gusto —dijo él entre dientes—, porque siempre estuve ahí. No confiaste en mí, y es eso lo que más me ha herido.

—No ha sido por falta de confianza.

—¿Entonces qué fue? A Damien le hablaste de una visión exponiéndote a que te llamara loca, pero a mí... a MÍ, Amelia, a tu novio... me lo has ocultado—. Ella esquivó su mirada, y Zack siguió—. No has confiado en mí. Tuviste tantas oportunidades... mientras éramos amigos, mientras nos hacíamos novios allá en esa cabaña. Incluso dejaste que sintiera celos de Damien porque no comprendía tu dolor al hablar de él, casi has dejado que se abriera una grieta en nuestra relación... ¡Para nada!

—Me importaba demasiado lo que opinaras de mí.

—¡No te creo!

—¡Es verdad! —exclamó ella—. En la línea oscura también estuviste enamorado de mí, pero nunca me dijiste nada porque fui la esposa de Damien. ¿Y si en esta línea también...?

—Así que decidiste eso por tu cuenta, me juzgaste a mí por los actos del otro Zack. ¿Y si a mí eso no me importaba? ¿Si era más grande mi amor que cualquier otra cosa? Además... eso pasó en otra línea, en otro mundo. No tenía nada que ver conmigo, porque... porque aquí me elegiste a mí... Porque

en esta vida... pudiendo elegir a cualquier otro... te quedaste conmigo. No confiaste... no confiaste en lo que yo sentía por ti, en lo que yo pensaba de ti. No confiaste en la solidez de nuestra relación—. Los ojos de ella se volvieron a humedecer. Él al fin había sacado todo afuera, había mostrado qué tan profundo lo había herido.

—No quería hacerte daño —lloró—. No quería...

—Sí, lo has hecho... me has dañado... Ahora... ¿cómo puedo volver a creerte? Esa base tan sólida sobre la cual debe estar una relación... ¿te das cuenta que ahora estamos sobre nada? —Ella se mordió los labios, se cruzó de brazos y miró a todos lados.

—No sabes lo que es vivir con miedo —susurró—. Miedo a... no merecer nada, miedo a... no ser digna de amor. Toda la vida me pregunté... qué tenían esas mujeres que conservaban a su lado a sus maridos... sin ser las más guapas, las más listas, o las más amantes. ¿Cómo hacían para retenerlos...? A ti yo te entregué mi cuerpo puro, ningún otro hombre podía decir que lo había tocado, así que pensé... que tú jamás tendrías motivos para despreciarme, pensé que tenía ese valor agregado, sabes, algo que no tuve antes, porque se lo di al hombre equivocado.

—Dios, yo no te amaba sólo por eso.

—Ahora lo sé... pero tenía miedo, ¿bueno? Miedo de perderte, porque eres... la relación más perfecta que jamás tuve, el novio más hermoso, más fiel, más... No eres mi primer novio, Zack... no eres el primer hombre que estuvo en mi cama... Yo... nunca hice funcionar mis relaciones, ellos siempre me dejaban, y en el fondo pensaba... que era mi culpa... que había algo malo en mí—. Él la miraba en silencio, y Amelia se secó las lágrimas con sus manos y respiró hondo, pero no fue capaz de parar de llorar, ni de hablar—. Ellos retrocedían cuando les contaba lo que me había pasado, que incluso no podía tener hijos... Y ya luego dejé de confesarles mi fracaso, porque cada ruptura era una herida más, una prueba más de que jamás podría ser feliz con nadie, que mi destino era quedarme sola... Y lo fui asumiendo por mí misma, incluso... pensé en adoptar porque me aterraba... me aterraba la idea de llegar a vieja sola... Así que... al tenerte a ti... decidí cuidar esto, cuidarlo a costa de todo, a costa... de mí misma. Te necesité... necesitaba que supieras esto, pero me aguanté porque no quería... que me dejaras... porque al saberlo, todos me dejan, Zack... Y si me dejabas tú... si me dejas tú... yo moriría en vida...

Él la miró largamente en silencio sintiendo muy dentro el dolor de ella,

comprendiendo al fin sus razones. Ciertamente él conocía el miedo, y no podía juzgarla, ni castigarla por sentirlo.

Y mientras pensaba en que ella no era ni más ni menos que un ser humano con errores, como cualquier otro, hubiese viajado en el tiempo o no, ella lloró, hipó y se secó las lágrimas que no paraban de salir, temblando allí frente a él y necesitando tanto, tanto, un abrazo.

Y al fin él la abrazó. Tomó sus brazos, la atrajo a su cuerpo y la estrechó entre los suyos, y cuando estuvo allí, ella lloró más, más hondo, más fuerte, más sentido.

Se quedaron largo rato allí, sintiendo que nunca antes habían estado tan desnudos el uno ante el otro.

Habían desnudado sus almas, y aquello daba más vergüenza y temor que cualquier otra cosa en el mundo.

—No te dejaría por nada que tenga que ver con el pasado —le dijo él casi en el oído, apretándola fuertemente luego de que ella hubo llorado durante lo que pareció ser horas—. Tus decisiones pasadas, tus desaciertos... eso no me importa. Lo que me interesa es tu presente, las decisiones que tomas ahora, lo que me revelas y lo que me ocultas.

—No volveré a ocultarte nada. Lo juro. Todo... todo te lo diré...

—Y por favor, ya no tengas miedo. Necesito que creas en la fortaleza de lo que hemos construido. Esta relación será resistente a todo, Amelia, menos a la desconfianza y las mentiras, ellas son las únicas que podrían socavarla, así que no tengas miedo de revelarme todo.

—Ya no hay más que revelar. Y no volveré a tener miedo, lo juro —él la miró un momento, y al cabo, sonrió, como si al fin se le quitara un peso de encima.

—Bien, me parece muy bien. Volvamos a empezar... —propuso él—. La verdadera Amelia, y el verdadero Zack; los que no ocultan nada, y nunca mienten así se mueran de miedo. Volvamos a empezar.

—¿Me... me perdonas? —preguntó ella despegando al fin su cabeza del pecho de él, que estaba empapado por sus lágrimas. Tenía los ojos rojos, hinchados, horribles, y él le sonrió.

—Ya todo pasó.

—¿Aún me amas?

—Amarte es como respirar, Amelia... no puedo evitarlo. No he dejado de amarte ni un instante—. Ella volvió a abrazarlo con fuerza.

—No me vuelvas a dejar —le pidió ella—. Por muy enojado que estés, créeme, créeme que siempre hay una razón para todo—. Él respiró profundo.

—Está bien. Primero te escucharé, siempre.

—Gracias... y... Yo también te amo —él buscó su boca para besarla, y Amelia cerró sus ojos sintiéndolo otra vez como un bálsamo sobre su misma alma adolorida.

Casi con prisa, se sacó la sudadera y él se sacó la camisa. Siguieron besándose con hambre, mordiéndose los labios, la piel, arañándose un poco con las uñas.

Zack la alzó sobre su cintura y la apoyó en la pared de su habitación. Amelia metió las manos entre los dos y le abrió el pantalón, tomándolo en su mano y acariciándolo, estimulándolo cuando ya no era necesario; él estaba duro y dispuesto para ella.

Zack hizo a un lado su ropa interior, y allí, apoyada contra la pared y rodeándolo por la cintura con sus piernas, entró en ella. Amelia lanzó un quejido de placer que le hizo blanquear los ojos. Sexo de reconciliación.

Nunca había tenido esto con Zack, nunca se habían peleado de verdad hasta ahora. Y sabía tan dulce, y tan ácido a la vez que le daba miedo tener que volver a experimentarlo.

—Amy...

—Te amo, Zack... —le susurró ella, y tuvo que morderse los labios, porque él volvió a empujar dentro de ella—. Sí, sí, mi amor. Sí... —le decía—. Te amo... no quiero a nadie más... no me importa nadie más...

Amelia se sostuvo sobre él con brazos y piernas, sintiéndolo en su interior entrar y salir. Se movía suavemente para no interrumpir su ritmo, pero lo cierto es que él, con rezagos de su ira, y baldados de alivio, toques de posesividad y las reminiscencias de su miedo, la estaba marcando con fuerza como suya.

Sí, pensó. Soy tuya. Nunca he sido tan de nadie como hoy soy tuya.

Después de que la llevó a su orgasmo, él la apoyó en la cama, la puso de medio lado, cerrando fuertemente sus rodillas y haciéndola aún más estrecha, y empujó dentro de ella rápido, muy rápido, buscando su propio placer. Amelia no tardó en llegar al otro.

Luego él se dejó caer sobre ella, aplastándola un poquito, pero a ella no le importaba. Como siempre, él la abrazó, apretando un poquito sus muslos, sus nalgas, sus senos. Ella sonrió, y lo buscó para apoyarse sobre él, y también le pasó la mano por la espalda, las nalgas, sus piernas.

Se besaron largamente, se dijeron cosas para tranquilizarse, para calmar esos resquicios de miedo o inseguridad que hubiesen quedado, y al mirarse, se sonrieron, pues consideraban que hoy su amor se había hecho irrompible.

Hablaron muchísimo ese día. Amelia le daba todos los detalles que él le pedía acerca de muchas cosas de la línea oscura. Le habló de Tommy y él la escuchó con atención, el niño parecía producirle cierto desasosiego, y Amelia no podía más que comprenderlo. Era su hijo.

—Entonces... ¿no se parecía a mí? —le preguntó mientras lavaban los platos del almuerzo. Amelia seguía usando la ropa de él, pues la suya seguía

húmeda. Aunque eso a Zack no parecía incomodarlo.

—No, ni un poco. Pero sólo lo vi en las fotos de Facebook.

—Facebook —repitió él—. ¿Esa plataforma que sólo es para universitarios?

—Por ahora es sólo para universitarios. En el dos mil dieciséis Mark Zuckerberg será uno de los hombres más ricos del mundo gracias a esa red social.

—¿Entonces hice bien al decidir que mi negocio fuera más virtual que real?

—Amelia sonrió.

—Te esperan momentos duros, pero sólo los constantes y que no le tienen miedo al cambio serán los que triunfen. Tal vez tú entres a esa lista de afortunados.

—Habré jugado con ventaja: mi novia viene del futuro —eso la hizo reír—. ¿Crees que ese Tommy en verdad fuera hijo mío? —le preguntó Zack de repente, y Amelia lo miró un poco sorprendida—. Con todo lo que me has dicho de Vivian... no me sorprendería que me hubiese chantado al niño sin ser mío.

—Dios... podría ser...

—¿Lo crees?

—Yo... No lo sé... Sería infame, sería ultrajante, lo peor que un ser humano le puede hacer a otro... Oh, Dios, sí... —exclamó ella, al recordar que Zack le había dicho que el niño estaría bien si él volvía veinte años al pasado, pues ella le había planteado la posibilidad de que no naciera. Y realmente, no imaginaba a un Zack al que no le importaba que su único hijo no naciera—. Maldita, maldita Vivian. Pensé que no podía odiarla más, pero ahora...

—¿No te parece que ese Zack era muy tonto?

—No lo era —lo defendió Amelia al instante—. No es lo mismo cuando vas a un partido sabiendo cómo termina el marcador. Desde el principio sabes que va a perder, así que te centras en los porqués. Y eso es lo que está pasando ahora. El Zack de antes no tenía esa ventaja, él iba a ciegas, a tientas por el camino... igual que yo, igual que todos los seres humanos sobre la tierra.

—Vale, vale... Defiendes tanto a ese Zack que estoy celoso.

—Tonto, pero si eres tú mismo.

—No lo sé. —Amelia respiró profundo, pensando aún en ese Zack que se había quedado solo en su hotel lamentando todas sus pérdidas. Y tal vez ni

siquiera tenía el consuelo que le daba saber que al menos en vacaciones podía ir a ver a su hijo, porque no era su hijo—. Te quedaste pensando en él — comentó Zack sonriendo, y secando la encimera con el paño. Dejó todo en su lugar y miró por la ventana el cielo. Había dejado de llover, pero seguía nublado y hacía frío.

—Sí. No puedo evitarlo. Estoy... encajando todas las piezas en mi mente. Él no debió poner en duda lo que Vivian le decía acerca del niño, y tal vez, teniendo el ejemplo de Damien... decidió que no dejaría a ese niño sin papá, no sería como él. Y se casó. Vivian era en apariencia encantadora, algo debió verle, así que... ¿por qué no?

—Tú lo comprendes.

—Me es fácil ponerme en su lugar. Yo hice estupideces más grandes, recuerda.

—Ya no —le sonrió él tocando su nariz—. En esta línea fuiste muy lista.

—Pero requerí de ayuda divina —Zack volvió a sonreír.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Damien en esa línea? —Amelia suspiró y caminó hacia el sofá para tumbarse sobre él de cualquier manera. Zack la siguió y ella apoyó sus piernas sobre las de él—. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

—Cuéntame.

—Yo fui a Sacramento por cosas de trabajo —le dijo—. Y él me fue a buscar al hotel donde me reunía con otros personajes importantes. Al verlo... me sorprendí un poco. Ya no era ese chico guapo que yo recordaba; estaba... descuidado, gordo... sin esa energía que lo caracterizaba... Y él se acercó para darme un beso en la mejilla, y sentí su olor... un olor rancio, como si no se hubiese bañado bien, no sé... Sentí repulsión además de pena. Él me propuso salir, como amigos, tomarnos algo... pero me vi diciéndole que no. No, ¿para qué? No teníamos nada que hablar. ¿Recordar el pasado? Ya no tenía caso, ¿planear el futuro? Con un hombre así yo no planearía ni lo que me pondría al día siguiente. No, no... —respiró hondo, sintiendo la mirada atenta de Zack sobre ella—. Me sorprendí de mí misma... —siguió— porque mi propia actitud me reveló que lo había olvidado, que ya él no me importaba; ya no lo quería para nada.

—Pero al verlo otra vez aquí, fue distinto.

—Verlo otra vez adolescente, guapo, joven, bello e inocente... sí, me causó un poco de confusión... Pero no sentí nada más. Sabía lo que esa boca era capaz de decir con tal de lastimar, herir, fustigar... había visto esos ojos

bonitos llenos de ira o indiferencia demasiadas veces.

—Pero esas palabras que le dijiste afuera del restaurante...

—Sólo me desahogué —susurró ella, cerrando sus ojos—. Saqué todo lo que quise decirle durante mucho tiempo. Lo tenía allí guardado, era... era algo que me estaba envenenando... además, pensé que esa noche volvería otra vez a mis treinta y seis, o sea... que no tendría que volver a vivir todo.

—¿Eso pensaste?

—Pero estaba muy equivocada. No tenía ya a dónde volver... y si quería una vida feliz, tendría que construirla yo misma.

—¿No pensaste ni un momento en mí como posible romance? —ella sonrió.

—Para mí eras sólo mi amigo.

—¿Por qué? ¿No calificaba como amante?

—No, no se trataba de eso. Yo... pensaba que era una especie de sacrilegio pensar en ti como hombre. Te tenía en un altar, casi.

—Ay, por favor.

—¿Es verdad! Porque yo... todo lo que tocaba en sentido romántico, lo destruía. Lo vi demasiadas veces como para dudar de eso. Por eso, cuando me dijiste que me dejabas... entré en pánico. Lo había vuelto a hacer, la había vuelto a cagar... —él le tomó la mano y la apretó con suavidad.

—En ese momento —explicó él— se mezcló... ira, desconfianza, dolor... y decepción. Creía en ti como en ninguna otra persona, ¿me entiendes? Te había visto... mentirles a tus padres, manipularlos. Torcer un poco las cosas para conseguir lo que querías, pero nunca conmigo. Pensé que a mí no me mentirías nunca. Fue un duro golpe no sólo a mi ego, sino a esa imagen que tenía de ti.

—Lo siento...

—No, no te tienes que volver a disculpar por eso. Yo ahora lo entiendo, y no sé qué habría hecho en tu lugar—. Ella lo miró fijamente, con su mano pequeña entre la mano más grande de él—. ¿Y cuándo te enamoraste al fin? —le preguntó él, y Amelia se echó a reír.

—Fue... de un momento a otro. Creo que sólo hacía falta el deseo.

—¿El deseo? ¿De veras? —Amelia volvió a reír, y Zack se fue moviendo poco a poco en el sofá hasta quedar casi encima de ella—. ¿Es decir, que tú me querías, pero no me deseabas? Cuando intenté besarte en el porche, ¿no sentiste ni pizca de deseo?

—Bueno...

—¿Era por mis brackets? —preguntó él, mostrándole los dientes sin

sonreír. Amelia soltó la risa.

—¡No!

—¿Porque era un flacucho desgarrado?

—No, yo sabía que te convertirías en un tipo muy atractivo. Un mojabragas.

—Oh, mojabragas. Me gusta eso. Entonces... por qué...

—Porque prefería tenerte de amigo.

—Me relegaste a la friend zone...

—Lo siento...

—Pero dime, dime... ¿qué te hizo desearme? Ahora no quieres quitarme las manos de encima —y en ese preciso momento, ella tenía las manos debajo de su camisa. Al verse pillada infraganti, mordió su sonrisa y lo miró fijamente.

—Te vi sin camisa —admitió—. En una de las videollamadas.

—¿Y?

—¿Y? ¿Te parece poco? O sea, ustedes ven un par de tetas y ya se ponen a punto. ¿No puedo yo ver tus tetillas bonitas, tus abdominales y tu espalda sin sentir nada?

—Joder... ¿en serio fue eso? —ella asintió con un gesto.

—Sufrí mucho después de eso.

—Como cuánto.

—Te faltaban dos años para regresar.

—¡Demasiado poco! Yo sufrí siete años.

—¡No es cierto! Tenías otras novias con las que desahogarte.

—Eran inglesas, feas todas—. Amelia reía a la vez que lo manoseaba otro poco, y luego él empezó a besarla.

—Ahora entiendo un montón de cosas —susurró él besándole el cuello, y desabrochando los botones de la camisa que ella llevaba puesta para besar sus pechos—. Eras virgen... pero sólo de cuerpo.

—Pero tú estabas encantado.

—Y sigo estándolo, pero no hay nada mejor que saber el porqué de todo—. Ella volvió a reír, y Zack a restregarse un poco contra ella, y la conversación quedó en el olvido.

Noviembre pasó, pero no las lluvias, y las temperaturas empezaron a descender. Denise ya le había dicho a Amelia y a Zack que los esperaban esa navidad, y Amelia se vio entonces en una disyuntiva. Tendría que elegir entre pasar esa fecha con sus padres o sus suegros.

Seguro que a Mary y a Elvis no les gustaría que no estuviera con ellos, sobre todo, porque estaba soltera, y era su deber como hija.

—Entonces, pasas un rato con ellos, y otro rato con nosotros —Amelia lo miró de reojo por esa solución. Él sólo se echó a reír.

Vivian entró a una joyería, lugar al que Zack acababa de entrar.

Casi siempre sabía dónde estaba él. Si salía, si volvía, si estaba con la insoportable de su novia, si viajaba...

Ahora, había sido ella misma quien lo siguiera, y al verlo entrar aquí, sintió que se le revolvían las tripas. Y, efectivamente, él estaba admirando un anillo que a todas vistas era de compromiso.

Vivian palideció. No entendía. De verdad que no.

Había ido a que le leyeran las cartas hacía menos de un mes, y allí volvía a aparecer Zack como el hombre de su vida. Esta vez la mujer le dijo no sólo que era el hombre con el que ella llegaría a la cima, casi le habló de un matrimonio e hijos. ¡Un hijo!

—Pero ten cuidado —le advirtió la gitana esta vez—. Lo puedes perder, actúa sin egoísmos, sin prisas, y lo tendrás. Estás en un punto en el que cualquier paso en falso te llevará al abismo.

¿Lo iba a perder?, se preguntó con angustia. ¿No había nada que pudiera hacer? Zack era ese hombre, pero, ¿qué iba a hacer? No podía simplemente quitar a Amelia de en medio, y había intentado mostrarle de mil maneras que entre las dos ella siempre sería la mejor opción, pero este hombre estaba cegado, embrutecido por esa estúpida.

—Hola, Zack —le sonrió, y Zack se giró a mirarla, muy poco sorprendido por verla aquí.

—Hola, Vivian —le contestó. Vivian se le acercó para darle un beso en la mejilla, y Zack quedó un poco incómodo, pues ella se había demorado unos segundos más de lo apropiado con sus labios sobre su mejilla.

—Eso... eso es...

—Un anillo, sí —sonrió él—. Para Amelia.

—¿Te vas a... comprometer?

—Sí.

—Ah... Vaya... —él siguió hablando con el encargado, y Vivian lo vio sacar su tarjeta y pagar. En pocos minutos, le entregaron el anillo en una pequeña caja de cristal y él la guardó en uno de sus bolsillos—. ¿Puedo decirte algo? Algo muy... importante.

—Claro. Adelante. Ah, otra vez empezó a llover —se quejó Zack mirando por las ventanas hacia la calle. Efectivamente, llovía.

—Lo que quiero decirte es... Creo que cometes un error —él la miró al fin,

y Vivian siguió—. No te cases con Amelia. Te equivocas.

—Me equivoco —repitió Zack—. ¿Por qué dices algo así?

—Ella no es la adecuada. No... no te ayudará a crecer como persona, como empresario. Siento que no es con ella con quien formarás tu hogar, ni tendrás tus hijos.

—¿Y en qué te basas para decir eso? —preguntó él, pareciendo un poco intrigado, y Vivian tomó aire.

— Es... una corazonada —Zack elevó ambas cejas y se cruzó de brazos sin dejar de mirarla atentamente—. Siento aquí —dijo ella, poniéndose la mano en el pecho—, que te vas a arrepentir de esta decisión. Estás dejando ir a la verdadera mujer de tu vida, a tu verdadero amor, por estar con la equivocada —. Zack la miró muy atento.

—Vaya —dijo, y Vivian sonrió. Estaba escuchando, él la estaba atendiendo —. ¿Lo viste... en un sueño, una visión...?

—Algo... algo así.

—Cuéntame. Con confianza—. Vivian se revolvió un poco incómoda. Le daba un poco de vergüenza admitir que le leían la mano y las cartas. Pero al final lo dijo, y Zack no se escandalizó, sino que pareció valorar sus palabras.

—No creo en esas cosas —dijo al final—. Pero entiendo que tú sí, y por eso te preocupas.

—Sí, Zack... Sé que parece pretencioso, pero... estamos destinados. Tú y yo. No te miento, no exagero, y no estoy loca. Sé... que tú y yo... en un futuro, nos casaremos... y hasta tendremos un hijo.

—Wow —sonrió él.

—Te haría muy feliz. Tú me encantas, eres... perfecto. Y sé que podrías amarme. No... ¿no te parece? Zack... —él carraspeó, y se pasó la mano por los labios como si los limpiara.

—Si tú y yo nos juntáramos, saldría fatal —dijo al cabo de un momento—. Saldríamos lastimados porque no importa qué haga, Amelia siempre será el amor de mi vida, y si me buscara otra, sería sólo un... reflejo muy pálido de lo que ella es, y en esta vida no quiero conformarme con reflejos pálidos, ni con migajas, sino con lo real, con la plenitud. Por eso te pido... a pesar de lo que te hayan dicho, o de lo que creas, no te obsesiones conmigo, porque no va a salir bien. Te lo aseguro, en ningún sentido saldrá bien—. Él le apretó suavemente las manos y se fue de su lado. Vivian se quedó allí, largo rato, viéndolo correr hacia su auto huyendo de la lluvia.

Su mente estaba en blanco. Se sentía traicionada por el universo entero.

Ella se había venido de Los Ángeles por él, y había sido paciente tolerando la relación que él tenía con Amelia, pero ser paciente no había servido de nada. De nada.

Amelia y Zack viajaron juntos a Paradise la víspera de navidad. Ella, como era de esperarse, se quedó en casa de sus padres y Zack en la suya. Mary y Elvis le comentaron acerca de la invitación que los Galecki les habían hecho para cenar todos juntos en un solo lugar.

—¿Y aceptaron? —preguntó ella esperanzada, y Mary sonrió un poco incómoda—. Tu papá no quería, pero... Al final nos convencieron.

—Qué bien. Gracias, mamá.

—No, no... no es nada.

—No será así cada año —dijo Elvis con voz un poco áspera—. Y vas a tener que hablar con tu novio acerca de dónde pasarán navidad de aquí en adelante. Tenemos... costumbres un poco diferentes.

—No tanto —sonrió Amelia, y tomó su teléfono para llamar a Zack.

—Papá y mamá son listos —fue lo que él le dijo cuando Amelia le contó, ocultándole que había sido él quien les pidiera a sus padres que llamaran a los Ferrer. Pensaba usar la cena de navidad para proponérsele a Amelia, y lo apropiado sería que también sus padres estuvieran allí—. ¿Estás contenta con eso?

—Pues... va a ser un poco raro y lleno de gente. Penny también vendrá, con su esposo y mi sobrino.

—Son bienvenidos también.

—¿Ya estamos... uniendo a las familias? —preguntó ella con cautela, sonriente, emocionada. Zack se guardaba algo, algo grande.

—Que se vayan conociendo, ¿no te parece? —ella se echó a reír.

Tal como Amelia predijo, fue algo casi multitudinario. Damien también estuvo presente, y hasta llevó a su novia embarazada, que ya le faltaban pocas semanas para dar a luz.

Al verla, Amelia casi se paralizó. Era una chica guapa, y aunque ahora tenía todo el sobrepeso de su embarazo, sabía que también era delgada y muy atractiva. Damien no salía con menos.

Recordó ahora que ellos habían estado juntos un tiempo, hasta que el niño cumplió dos años, más o menos, y entonces se habían separado, y él buscó a otra.

Se estaba repitiendo la historia.

—¿Pasa algo? —le preguntó Zack sentándose a su lado en el sofá de la

sala, desde donde podía ver a Damien y su novia, que hablaba con Denise en la cocina.

—Ellos estarán juntos un tiempo... pero un par de años después se separarán.

—Pensé que era Damien sentando cabeza. Casi me alegré por él.

—Damien no la quiere...

—Podría ser diferente esta vez —Amelia lo miró al rostro, y Zack elevó sus cejas sin decir nada, a lo que ella sonrió.

—Ojalá.

Sus padres llegaron a la hora señalada, con viandas que de una vez fueron sumadas a la mesa de comidas. Penny y Richard llegaron con vinos de buena calidad, pero Amelia sólo tuvo ojos para su pequeño Andrew, que saltó sobre ella encantado, abrazándola y besándola, y pegándose a ella como una pequeña garrapata muy parlanchina. ¡Cómo adoraba a ese niño! Antes, había pensado que él sería toda la experiencia que tendría jamás con bebés, pero ahora...

—Te presento a Chloe —dijo Damien con cordialidad señalando a la joven mujer.

Era rubia, aunque ya se le notaban las raíces castañas, y de ojos claros muy bonitos. Amelia la recordaba, sabía que en su vientre tenía un varón antes de que se lo dijera. Todos los tres hijos de Damien habían sido varones.

—Un placer —le dijo.

—Eres la novia de Zack —sonrió Chloe cuando Damien se alejó para que hablaran tranquilas, y Amelia asintió—. Entonces somos algo así como... concuñadas, ¿no?

—Sí, algo así. ¿Ya sabes lo que va a ser? —preguntó Amelia, señalando su panza crecida, y Chloe asintió agitando su cabeza.

—Es un niño —le dijo—. Lo llamaremos Austin.

—Austin... me gusta.

—A que sí.

—Te ves muy contenta.

—Sí, bueno... Damien hasta ahora nunca me trajo a la casa de sus padres. Pensé... que estaba escurriendo el bulto, ya sabes. Ah, no debería contarte esto, lo siento, pero...

—No te preocupes. Yo te entiendo.

—¿De verdad? Seguro que lo conoces de hace tiempo y sabes... que no es un hombre fácil de atrapar. No lo hice para eso, aclaro —dijo Chloe abriendo

grandes sus ojos—. Lo del embarazo... simplemente pasó. Yo... —Amelia apoyó su mano sobre el hombro de Chloe, casi sintiéndose identificada con ella.

—Sí conozco a Damien de hace unos años, y si quieres mi consejo... —se mordió los labios. Sabía que nada de lo que dijera funcionaría, no había consejo que le pudiera dar a esta mujer que le ayudara a retener el amor de Damien, porque ni siquiera lo tenía.

Miró a Damien, que hablaba con Zack, y le llamó la atención que sus manos estuvieran vacías. Él no perdonaba el vino; a estas alturas, ya debería tener varios entre pecho y espalda, pero ahora estaba sobrio, sin ninguna copa en sus manos.

¿Sería posible que...?

Miró de nuevo a Chloe, que esperaba atenta por su consejo. Seguro que lo pondría en práctica; en el pasado, ella también había intentado que su relación con Damien funcionara, y había salido muy lastimada, criando un niño sola, además.

—Sólo ámalo —le dijo Amelia al fin—. Sé paciente, sé amorosa. Respeto por ti misma y por él, exalta esas pequeñas cosas que tiene y que son admirables y que ningún otro hombre tiene. Si ves que él pone de su parte para que esto funcione, valóralo, y guíalo para que siga haciéndolo. Si eres lista, construirás un hogar muy bonito... Si él es listo, tendrá una mujer maravillosa —. Chloe la abrazó, y Amelia la sintió llorar. Mujeres hormonales, las embarazadas, sonrió, y le palmeó la espalda con suavidad.

Nunca se imaginó que terminaría abrazando a la amante de Damien, pero, ¿qué importaba ya? Damien era su cuñado, nada más. Ya debía dejar de verlo como el hombre que la lastimó, que le hizo tanto daño que la marcó.

Debía dejar de guardarle rencor, y mirarlo como si le debiera algo.

Suspiró y miró a Zack, que le elevó las cejas algo interrogante por tener a Chloe en su hombro. Amelia le sonrió. Adoraba a ese hombre.

Damien vino a ellas y tomó a Chloe de los hombros. Chloe simplemente le dijo que la navidad era tan bonita, que el árbol era precioso, que estaba feliz, y siguió llorando como una niña sobre él. Amelia sonrió y palmeando el hombro de Damien le susurró: embarazadas. Él sólo blanqueó sus ojos, como si esta escena ya la hubiese vivido muchas veces antes. Se quedó con ella consolándola y atendiéndola, mientras Amelia se fue a donde su novio a robarle un par de besos.

—Estás contenta —le dijo Zack, y ella asintió suspirando.

—Tengo una buena corazonada con respecto a Damien —le dijo—. Lo increíble es que me alivia. Me hace feliz. Creo que es... la última cadena que al fin se suelta y se pierde en el fondo del mar, y yo... puedo salir a la superficie y respirar.

—Respira junto a mí —dijo él, y ella lo que hizo fue respirar a través de él.

Durante la cena, que se realizó en una enorme mesa que Denise armó para sus invitados, hubo mucha comida, mucha bebida, y mucha gente. Diez adultos y un niño cantaron canciones acerca del nacimiento de Jesús, intercambiaron regalos, se hicieron fotografías, contaron historias y en general lo pasaron muy bien. Cuando ya los corazones estaban muy alegres, y hasta Elvis iba por su segunda copa, Zack se puso en pie en medio de todos y les pidió silencio. Tomó a Amelia de la mano, que enseguida empezó a sentirse nerviosa, casi histérica, y la puso junto a él en medio de todos los convidados.

—Quiero decir algo —dijo, acallando con su voz las risitas de las mujeres—. Tengo delante de mí... a la mujer más hermosa sobre la tierra, y necesito... decirle, cuánto la amo, en frente de todos ustedes —se escucharon algunos gestos de admiración por parte de los hombres, y suspiros de las mujeres. Amelia miraba a Zack como reprendiéndolo por tanta locura, pero él la ignoró— Te amo, Amelia —dijo—. Entiendo que esta unión fue planeada por el mismo Dios, y no puedo explicar... cómo me siento cuando estamos juntos; en esos momentos yo simplemente quisiera que se detuviera el tiempo, y no hay nada más, sólo tú y yo.

—Oh, Zack...

—Y es por eso, que esta noche... delante de tu familia y la mía —mientras hablaba, él sacó algo de su bolsillo, una cajita de cristal. La abrió delante de ella, y Amelia vio un anillo de oro con una piedra de diamante.

—¡De rodillas! —dijo alguien, y Zack de inmediato hizo caso, y así, Amelia tuvo en frente a Zack de rodillas con un anillo de compromiso en sus manos y proponiéndose.

—Por favor —le dijo él—, cástate conmigo—. Sus ojos se humedecieron de inmediato, y agitando su cabeza sin parar dijo sí, sí, sí, sí. Obvio que sí. Por supuesto que sí. Toda la vida, sí.

Él se puso en pie y la abrazó, terminó alzándola y besándola en medio de los aplausos, vítores y gritos de emoción de toda su familia. Pero lo más hermoso era lo que vivían al interior. Zack le susurraba al oído cuánto la amaba, y Amelia seguía diciendo sí. Me casaré contigo. Sí.

—Amelia... —la llamó Elvis al final de la cena de navidad, cuando ya todos se iban a sus casas, o a sus habitaciones para dormir—. Nosotros nos vamos a casa —le dijo—. No traspases demasiado—. Amelia sonrió asintiendo. Por primera vez no le estaban poniendo una hora para llegar, ni siquiera le estaban ordenando que fuera a dormir a casa. Casi le estaban dando permiso para pasar la noche fuera.

—Eso es un avance —le dijo Zack mirándolos partir. Amelia se echó a reír.

—Tendrás que llevarme luego a casa... o... ¿me haces un espacio en tu habitación? —Zack rio también.

—Ya veremos.

—Cariño, ven y te digo dónde está la habitación de Zack —la llamó Denise rato después, y Amelia fue con ella.

—Tal vez deba irme a mi casa.

—¿Bajo esta lluvia? —reprochó Denise—. Amelia se mordió los labios un poco incómoda. Eran tan diferentes los padres de Zack a los suyos, que no sabía hallar un punto medio. Si dormía aquí, sus padres se resentirían por haber hecho algo como compartir la cama con su novio, o prometido; si no, Denise sentiría que la despreciaban, y que ella era algo rara por no querer pasar la noche con su novio después de que éste se le propuso.

Miró a Zack pidiendo auxilio, pero éste sólo le guiñó un ojo y se fue a conversar con Damien y Howard al pie de la chimenea.

—Te prestaré una pijama de Catherine —le sonrió Denise— No seas tímida, eres una mujer adulta, así que esto es normal.

—No para mis padres.

—Pero se han ido, ¿no?

—Seguro piensan que tú y Howard ayudarán a cuidar mi virtud —Denise se echó a reír.

—Tu virtud la perdiste con mi hijo hace meses en una hamaca, ¿no?

—¡Denise!

—Ah, no me mientas. Fue ese fin de semana en la cabaña, a que sí.

—Bueno, sí, pero... Es que... no fue en una hamaca.

—Tonta de mí. Pues claro que no —Amelia se echó a reír. Denise salió al fin de la habitación y ella se puso la pijama de Catherine.

Para nada, porque en cuanto Zack entró se la quitó, la desnudó al completo y le hizo el amor. Suave, casi silencioso, lento. Amelia adoraba meter sus dedos entre los rizos rojizos de él y alborotárselos, sentir la barba suave, el vello de su pecho, su piel tan cálida y elástica, y a él empujando dentro como si le fuera la vida en ello.

Era divino.

—Despierta —escuchó decir Zack y abrió los ojos. Pero no estaba en su cama, desnudo, con Amelia casi enroscada a su lado, sino en su pequeño apartamento en San Francisco, vestido y de pie en medio de su sala. Un poco confundido, miró alrededor. Todo estaba muy quieto y silencioso, no se escuchaba el ruido de autos afuera, ni de gente, ni siquiera la brisa.

Miró el reloj de pared y encontró que éste estaba detenido. Tal vez la batería se le había agotado, aunque todo se sentía demasiado extraño, como si algo faltara, como si algo no estuviera sucediendo.

¿Qué hacía aquí, de todos modos? ¿Estaba soñando?

—Algo así —contestó alguien a la pregunta que sólo había formulado en su mente, y Zack la vio, a la anciana que le había ayudado en la universidad aquella vez, y tal vez la misma que había traído a Amelia veinte años al pasado.

—Tú... —la anciana sonrió. Estaba sentada en su sofá, con las piernas cruzadas y una lima de uñas en sus manos—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo un mensaje importante para ti —dijo ella poniéndose en pie y acercándosele. Zack no pudo evitar sentir temor. Este era un ser poderoso, sin duda, pero no obedecía a ninguna descripción que él hubiese oído o leído antes acerca de los ángeles o cualquier otro ser celestial. Era muy vieja, muy arrugada, aparentaba unos ochenta años, con sus bolsas, pecas, canas y verrugas.

Pero no inspiraba esa sensación de desvalimiento que sería normal en una anciana de su edad, sino todo lo contrario, respeto y cierto temor.

—¿Quién eres?

—Una amiga.

—¿No tienes nombre? —ella elevó sus cejas mirándolo un poco admirada. Nadie nunca le había preguntado el nombre.

—Sí, tengo uno. Pero eso no importa ahora. Te he traído aquí porque hay algo importante que debes saber—. Zack la miró atento, y la anciana suspiró

—. Vas a morir, Zack.

Eso lo tomó por sorpresa, y lo dejó allí clavado en su sitio, incapaz de respirar, de pensar, de hablar. No tanto por la noticia en sí, sino por quien se la traía, pues eso indicaba que aquello, sin lugar a dudas, era cierto.

Morir. Iba a morir.

Acababa de proponérsele a Amelia, ¡acababan de empezar a vivir! Sólo tenía veintiséis años, su empresa apenas estaba naciendo, su familia...

—¿Qué? —preguntó casi sin voz, con un resquicio de esperanza, una muy mínima, de que no fuera así. No podía ser así, ¿no? Era demasiado injusto.

Pero la anciana no rio ni desmintió sus palabras diciendo que era una broma, sólo permaneció impassible a pocos metros de él.

—Por... ¿por qué? —preguntó luego, sintiéndose ahogado, que la voz no le salía como debía ser, y la anciana suspiró.

—Lo siento, no hay nada que se pueda hacer para evitarlo —aquello terminó de romper su corazón, su alma.

—No... No puede ser. No... —se puso ambas manos en la cabeza y caminó unos pasos hacia la ventana, incapaz de poner sus pensamientos en orden. Por su mente pasaba su familia, su empresa, Amelia. Todo, todo lo que habían hecho juntos, todo lo que habían avanzado. Todo se perdería, o él se lo perdería—. ¿Por qué? —fue su pregunta, y la anciana no pareció incomodarse por el tono de reproche que se denotaba en su voz.

—Es la ley de la vida. Todos tienen su hora. La tuya se acerca.

—Pero ¿y... Amelia?

—Amelia seguirá adelante.

—No, me refiero a... —se quedó en silencio, incapaz de seguir el hilo de sus pensamientos—. Ella seguirá adelante —repitió casi sin voz, sin saber por qué aquello le dolía. Debería alegrarle. Qué egoísta era. Por supuesto que debía desear que ella siguiera adelante. No es como si alguien tan joven, hermoso y perfecto como ella fuera a quedarse sola hasta la vejez sólo porque en la juventud perdió a un novio.

Y si le pidieran su opinión, él mismo pediría para ella que siguiera adelante. Por supuesto, que encontrara a alguien más, que pudiera volver a empezar.

Le dolía porque aquello sólo ratificaba algo que desde siempre había sabido y sospechado.

—Te lo garantizo —siguió la anciana—. Puedo mostrarte cómo será cuando te hayas ido—. Él se giró a mirarla, pero no fue a ella a quien se encontró,

sino a una Amelia que, años después, seguía trabajando en Branagan Enterprise, y ahora, se juntaba con Luke, su socio, para ser pareja. Con él tenía hijos, y hacia el año dos mil dieciséis, eran ricos, exitosos y felices.

—¡Los cincuenta millones, por supuesto! —le oyó decir a dos mujeres, en un bar. Ella alzaba la copa y brindaba con una morena y una pelirroja—. Yo tampoco me arrepiento de nada, y mi vida es perfecta, no *casi* perfecta...

La imagen se esfumó, y Zack sintió que su pecho ardía, ardía de dolor.

—Por qué... ¿por qué has venido a avisarme? Si no se puede hacer nada, ¿por qué torturarme con esa información?

—Porque no puedo evitar que mueras aquí, pero sí se puede evitar que pierdas a Amelia para siempre.

—¿Qué? Cómo.

—Yendo a la línea oscura, como ella la llama—. Zack la miró abriendo grandes sus ojos de la sorpresa, y la anciana asintió—. Si te llevo allá, podrás estar con Amelia. Hasta que se hagan viejos.

—Me... ¿me llevarías...?

—Sí, lo haría. Tú eres alguien bueno; es interesante ver lo que siempre hay en tu corazón. Estarás en la línea oscura, pero con el amor de tu vida, Amelia. Ella no recordará nada de lo sucedido aquí, pero con tu amor y tu paciencia...

—No —dijo Zack de inmediato.

—Podrás estar con ella, construir un nuevo presente.

—No.

—¿Por qué no? Allá podrás tenerlo todo. Es verdad que en el momento no tienes nada, pero piénsalo, son cosas materiales que podrás recuperar con un poco de esfuerzo, y te prometo que te daré toda la información que necesitarás de estos doce años que siguen y que te ayudará en lo económico; en cambio...

—¡No! —repitió Zack, ahora con más fuerza—. No me lleses allí — Cuando la anciana lo miró confundida por su respuesta, y la severidad de esta, él cerró sus ojos—. No podría... Allá Amelia ha perdido demasiado; su madre está muerta, se siente culpable por muchas cosas, y no puede... tener hijos, y... No puedo obligarla a seguir viviendo la vida a la cual renunció sólo porque... quiero estar con ella. Esto haría que nada... nada de lo que hizo aquí, valiera la pena. Todos sus esfuerzos habrían sido en vano. Ella quiere estar aquí, *ama* este presente. Está ilusionada con tener tres hijos, una casa, un perro, dos gatos... Está feliz porque en navidad... puede ver y abrazar a su madre, incluso es feliz porque su amiga Beverly tiene una nueva oportunidad y Damien está cambiando su vida. No puedo, no puedo quitarle eso, no puedo

hacerle algo así.

—Pero estarás vivo.

—A un costo muy alto. Y es un costo que no pagaré yo, sino ella.

—Piénsalo bien.

—No hay nada qué pensar. Si he de morir, yo... —apoyó su frente en el cristal de la ventana, y una lágrima rodó por su nariz— lo acepto. Acepto lo que me pueda ocurrir, pero no puedo hacerle eso a Amelia. En algún momento tendría que contárselo y de todos modos... ella no me perdonaría algo tan grande. No, no... ni yo mismo me lo perdonaría. Deja todo como está, que la vida... y la muerte sigan su curso. Ya me has mostrado que, aunque llorará, seguirá adelante, y ella... merece esa felicidad...

—¿Estás seguro de esta decisión? Estás renunciando a demasiado. ¡A la vida! —Él se secó las lágrimas, pero, aunque pasó saliva varias veces, el nudo en su garganta no se deshizo.

—No he sido yo quien ha elegido morir —dijo con su voz quebrada—. Por mí... seguiría aquí, con ella. Pero está visto que no... que no estamos destinados. No tiene sentido que le quite lo que ha conseguido aquí cuando, de todos modos, ella no volvió veinte años por mí específicamente, sino por... todo lo demás que ahora tiene. Ya lo sabía, pero no lo quise ver, no lo quise admitir. Yo no soy, después de todo, el amor de su vida. Así que no. No vale la pena arrebatarse tanto sólo por... mí.

La anciana se acercó a él, y Zack siguió dándole la espalda como si le avergonzara que lo viera sufrir, que lo viera llorar.

—Eres... impresionante.

—Oh, por favor... Dime... dime al menos cuánto tiempo me queda, cuánto... —se giró al fin para encararla, pero ya no estaba allí, y cuando se movió para buscarla, despertó en su cama, y Amelia estaba enroscada a su lado, desnuda, y profundamente dormida. Todo estaba en silencio, pero ahora sí se escuchaban los ruidos de la noche, el sonido de la respiración de ella, el tic tac de un reloj...

Se sentó en la cama y la miró dormir.

La anciana no le había contestado cuánto tiempo le quedaba. ¿Meses? ¿Días? ¿Horas, quizá?

Lo cierto es que el tiempo se les agotaba.

El tiempo no espera a nadie, recordó, y sus ojos volvieron a humedecerse.

Ah, es mi culpa, pensó. No le dije a tiempo cuánto la amaba. Dejé que una cosa tan pequeña me impidiera acercarme a ti cuando éramos niños. Cuánto,

cuánto me arrepiento.

Si yo pudiera devolver el tiempo...

No serviría de nada, se contestó, porque, de todos modos, a sus veintiséis años moriría, y a Amelia sólo le quedarían más años de recuerdos para llorar.

Su deseo de volver para estar con ella más tiempo era egoísta. Era mejor dejar las cosas así.

Se acercó a ella y le besó el hombro. Tan suave, tan cálida, pensó. Era hermosa.

Y pronto dejaría de ser suya.

Al parecer, estaba escrito que él perdiera todo, incluso a su mujer, y ésta pasara a ser de su socio, cualquiera que fuera.

—Zack... —suspiró ella despertando al sentir sus besos. Él le retiró la sábana con que se cubría y metió su mano para acariciarla, despertarla, y ella sonrió rodando hacia él—. Eres insaciable —sonrió.

Él no dijo nada, sólo siguió besándola, acariciándola y adorándola. Paseó sus labios por la piel de su garganta, muy suave y delicado, y bajó por su pecho para lamer y chupar sus senos. Cuando ella ya se tensaba de deseo, y estaba húmeda y dispuesta, él siguió bajando y la penetró con su lengua. Amelia trataba de acallar sus gemidos, pero se sentía tan bien que le era casi imposible. Y al fin, cuando creyó que veía estrellas, lo sintió entrar a su cuerpo. Ella lo abrazó fuertemente, encerrándolo en un capullo de amor, deseo y palabras bonitas.

—Mío —decía ella—. Eres sólo mío.

Sí, y de nadie más, pensó él. Nunca más.

A la mañana siguiente, Amelia despertó sola en su cama. Se asomó por la ventana de la habitación de Zack, que daba al jardín, y vio a su ahora prometido jugando con Damien en el patio. Había un tablero de básquetbol, y se turnaban el balón para hacer lanzamientos. Y conversaban, notó ella.

Nunca los había visto llevarse tan bien, y era agradable verlos así.

Una fina llovizna caía sobre ellos, y vio a Zack estornudar, así que se asomó y desde la ventana le advirtió que se resfriaría si no se cuidaba. Zack la ignoró olímpicamente y siguió jugando.

Llamó a sus padres asegurándoles que había dormido junto a Catherine en su habitación. No supo si le creyeron, pero no hicieron demasiadas preguntas. Desayunó junto a Denise y Chloe, y luego subió de nuevo para darse una ducha.

Al entrar de nuevo en la habitación, encontró cambiándose de ropa a Zack

que, al verla, le sonrió.

—¿Ya debemos irnos?

—Te iba a proponer que nos fuéramos en la noche —dijo él—. Pasemos el día aquí, ¿te parece? Podemos ir a ver a tus padres en la tarde, y de allí ir directo a San Francisco —él volvió a estornudar, y Amelia se le acercó para tocarle la frente, pero esta estaba fresca.

—Por favor, no te resfríes. Mañana tienes cosas que hacer.

—Sí, señora —se burló él.

Hicieron tal como él propuso, y fueron a ver a sus padres en la tarde. Cuando ya anocheceía, Amelia notó a Zack un poco afectado, y efectivamente, le había subido fiebre.

—Estoy bien —insistió él. Mary le trajo un par de pastillas y él se las tomó sin preguntar, Amelia se dio cuenta entonces de que eran de las que producían sueño.

—Tendré que conducir yo —suspiró ella, y así hicieron. Zack se pasó al asiento del copiloto—. Podrías irte atrás y dormir un poco.

—Dormir es desperdiciar el tiempo —dijo él, y Amelia lo miró un poco asombrada por esas palabras. Ya había visto a Zack enfermo antes y era un quejica como cualquier otro hombre, pero esta vez parecía querer soportarlo mejor. No dijo nada más, y emprendieron el viaje.

Amelia puso música, y Zack reconoció las canciones.

—Es la compilación que te hice —ella sonrió.

—La pasé a cd en cuanto pude —le dijo—. También tengo una copia en mi portátil, y cuando se puedan subir archivos a la nube, la subiré también allí.

—¿A la nube? —Amelia empezó a explicarle qué significaba aquella expresión, y Zack la escuchó atento. No importaba, porque él de todos modos no iba a llegar a la era de la tecnología, pero era lindo escucharla hablar.

Ella conducía con cuidado, porque estaba lloviendo, y ahora había empezado a relampaguear. Sin embargo, ya habían avanzado mucho en la carretera como para devolverse.

—Mientras estemos dentro del auto no importan los rayos —dijo él, y desabrochó su cinturón para alcanzar la manta que Mary le había prestado para que se abrigara—. Las llantas hacen de aislante...

Y en ese momento, ocurrió. Un rayo cayó sobre un árbol al pie de la carretera, quebrándolo desde la base de su tronco, y éste les bloqueó el paso. Amelia reaccionó rápido y pisó el freno tan hondo como pudo. Aunque no venía a una alta velocidad, la carretera mojada les hizo patinar, y el auto se

volcó cuando, de todos modos, dio contra el tronco del árbol.

Se salieron de la carretera dando varias vueltas, pero al fin se detuvieron con las llantas hacia arriba, los cristales rotos, y las puertas trabadas.

Amelia perdió la conciencia por varios minutos, y cuando abrió al fin los ojos, se vio boca abajo en el auto, sostenida por el cinturón de seguridad. Miró a su lado, pero Zack no estaba.

—Zack —lo llamó, llenándose de pánico, sintiendo que el terror atenazaba su garganta—. Zack... Zack, ¿estás bien?

Cerró sus ojos luchando por permanecer alerta, y sintió que otro auto se detenía junto a ellos.

—Ayuda —pidió—. Por favor, ayuda... —abrió de nuevo sus ojos, y vio a Vivian. ¿Vivian aquí?, se preguntó. Debía ser una alucinación.

Pero era Vivian, o alguien que se le parecía mucho e iba en su auto, y al verla, le tomó el cabello y le movió la cabeza con brusquedad, lo que hizo que le doliera el cuello.

—¿No estás muerta? —le oyó preguntar—. ¿Venías sola?

—Ayuda —volvió a susurrar Amelia—. Por favor...

—Pero si te mueres... es mejor para mí, ¿no?

—Por favor... —volvió a llamarla Amelia, y la vio alejarse caminando de nuevo hacia su auto, y luego, alejarse en él. No los iba a ayudar.

Al fin, reunió fuerzas, y despacio, desabrochó su cinturón y se dejó caer poco a poco en el techo del auto. Salió por la ventanilla, cortándose un poco con los cristales, y se arrastró lentamente hasta quedar totalmente afuera. La lluvia la azotó con su frialdad, pero logró ponerse de rodillas.

—¿Zack! —llamó, pero nadie le contestó—. ¿Zack!

Rodeó el auto, pero él no estaba dentro. ¿Por qué no? ¿Por qué no estaba allí? Un relámpago iluminó la carretera, y ella al fin lo vio. Estaba a varios metros, entre la maleza, y corrió como pudo a él.

—¿Zack? Zack, mi amor. ¿Estás bien? —él tenía sus ojos cerrados, los cabellos empapados por la lluvia. Le dio miedo moverlo, ponerlo en una posición más cómoda. ¿Y si eso le hacía más daño?

Metió la mano bajo su chaqueta para sentir su corazón, pero no le era posible, sus manos estaban demasiado frías, demasiado temblorosas. Le buscó el pulso en la garganta, pero tampoco lo halló.

A ver, cálmate, se reprendió. Recuerda tus cursos de primeros auxilios. Si él no reacciona a tu voz, si no le hallas el pulso, debe haber un estímulo al que sí responda.

Siguió llamándolo, y esta vez le tomó una de las manos y presionó fuertemente en el nacimiento de una de sus uñas, algo que sabía que era efectivo para provocar un acto reflejo, pero Zack no se movió, ni siquiera un poco, y antes de que el pánico se apoderara completamente de ella, tomó su teléfono, que seguía en el bolsillo de su chaqueta, y llamó por ayuda. Él estaba afiebrado, recordó, así que se la quitó y se la puso a él. Y al tomar su cabeza con cuidado para poner debajo su bufanda, lo sintió; había sangre, lo que parecían ser esquirlas de vidrio, y huesos. Zack se había fracturado el cráneo.

—¡Zack, no! —gritó—. No, no. No me hagas esto, no. Te lo prohíbo, ¡no! Zack. Escúchame. Tienes que estar vivo. ¡Maldición, no puedes dejarme! Dios mío, no. ¡Ayuda! —gritó ahora a voz en cuello. Quiso llamar a la anciana, la que la había traído a este tiempo, pero no tenía su nombre, no supo cómo llamarla, pero cerró sus ojos, tratando de calmarse, de concentrarse—. Ayúdame, por favor —susurró—. No lo dejes morir. Por favor. Por favor... Te doy lo que sea, te doy lo que me pidas, pero no nos hagas esto. Zack... —él seguía allí, inmóvil, entre la hierba, con sus ojos cerrados y su barba llena de tierra y agua, y Amelia se echó sobre él llorando, clamando, llamándolo.

La ambulancia llegó unos minutos después. Los paramédicos llegaron y le pidieron que les diera espacio, lo que fue muy difícil para ella, pero obedeció. Cuando vio que no le ponían la sábana encima, cubriéndole el rostro, Amelia se permitió tener una esperanza, y tal vez por el alivio, o tal vez porque ella también había perdido sangre, se desmayó.

Amelia abrió sus ojos ya en la clínica.

Se sentía pesada, tonta, con la visión borrosa. Intentó moverse, pero algo se lo impidió. Tenía suero conectado en un brazo, y sangre en el otro. Le dolía levemente la pierna, y se miró. La tenía vendada, pero no había señales de yeso, ni nada. A su lado estaba Penny, y ella extendió su mano a ella.

—Zack... —fue lo primero que preguntó. Penny le apretó con suavidad los dedos.

—Tienes que tranquilizarte.

—No, no... —lloró Amelia—. Dime cómo está Zack. Por favor... —Penny se acercó a ella y le acarició la frente echando atrás sus cabellos.

—Él... sigue vivo.

—Oh, Dios, gracias. Gracias...

—Tienes que recuperarte, Amelia. Perdiste mucha sangre, y vas a necesitar...

—¿Puedes llevarme con él? —pidió ella sentándose, ignorando lo que le había dicho su hermana y mirando la bolsa de suero que le habían conectado. La de sangre ya casi estaba finalizada, así que no pasaba nada si se la desconectaba, pensó.

—Amy...

—Necesito estar a su lado, Penny. Por favor... ¿me llevas... a donde está él?

—Sí, te llevaré. En cuanto te sientas mejor y los médicos autoricen...

—No, ahora —advirtió Amelia en voz alta.

—Pero... Amelia... debes recuperarte. No es bueno que te levantes cuando aún...

—Yo estoy bien. Estoy bien. Dime, ¿cómo está Zack? Tenía una herida en la cabeza, lo de él era más importante. ¿Qué han dicho los médicos? Por favor, vayamos a verlo...

—Amy...

—Él me necesita. Quiero estar a su lado cuando despierte. Tal vez... Dios, ¿y si pierde la memoria? Me va a necesitar muchísimo si es así...

—No hay esperanza para él, Amelia —dijo al fin Penny, elevando un poco

el tono de su voz, y Amelia la miró fijamente—. Los médicos dicen... que no va a despertar—. Amelia soltó una risita de incredulidad.

—No me importa lo que los médicos dicen —dijo, moviéndose lentamente para ubicarse a la orilla de la camilla—. Él se va a poner bien.

—Pero, Amelia... —con fuerza, Amelia se desconectó las agujas de las bolsas de suero y sangre—. ¿Qué haces?

—Tengo que verlo.

—No puedes.

—¡Sí puedo! Tengo que verlo.

—¡No hay nada que puedas hacer! —exclamó Penny, y Amelia tuvo que agarrarse de la camilla cuando dio unos pasos, pues un mareo repentino le hizo perder el equilibrio.

—Él estará bien —susurró—. Somos almas gemelas, el uno no sobrevivirá sin el otro.

—Estás delirando.

—¡Estoy bien! —gritó—. Llévame a donde está —en el momento, una enfermera acudió a su camilla, y al verla de pie empezó a regañarla por desconectarse las agujas. Amelia la ignoró por completo y empezó a andar hacia la puerta. Cuando la enfermera le tomó el brazo para hacerla volver, Amelia la miró queriendo fulminarla.

—¡Suéltame! —le gritó—. No quiero herirte, pero saldrás muy mal si me vuelves a tocar.

—Pero... no debe levantarse, necesita...

—Yo estoy bien. Estaré bien. Necesito ver a mi prometido.

—No puedes entrar allí —advirtió Penny.

—Sí puedo. Soy su novia, su prometida...

—Amy... —Amelia no le hizo caso, y avanzó por el pasillo. De vez en cuando, tenía que detenerse y apoyarse en la pared. La pierna le dolía, se sentía mareada, sin energía, pero sólo de pensar en Zack volvía a reunir fuerzas y siguió avanzando. Preguntó a las enfermeras y los médicos que se iba encontrando hasta que al fin llegó al lugar donde tenían a Zack.

Catherine estaba afuera, sentada en unas sillas dispuestas en el pasillo. Lloraba, lo que hizo que una fuerte opresión casi aplastara su pecho.

—¿Qué... qué pasa? —le preguntó Amelia, con el corazón casi en la boca—. Dime, dime qué pasa —Pero Catherine no habló, sólo siguió llorando—. Me dijiste que está vivo —reclamó mirando a su hermana, que había venido tras ella. Penny asintió llorando también.

—Y lo está.

—¿Pero entonces por qué lloran? ¿Catherine? ¿Podrías contestarme, por favor? —pero Catherine seguía sin poder contestar, y Amelia tuvo que tomarle con fuerza de un hombro y sacudirla.

—Tú eres médico —le dijo, mirándola con los ojos llenos de lágrimas—. Dime la verdad. Por favor... —Catherine se puso en pie y se secó las lágrimas con ambas manos. Respiró profundo y por fin habló.

—Está vivo, pero... no tiene... actividad cerebral —dijo al fin—. Respira... por medios artificiales. No durará mucho tiempo.

—No...

—Y es donante —siguió Catherine—. Los médicos le han pedido a papá y a mamá... que por favor...

—No, no... —Amelia la dejó atrás para por fin internarse en la habitación de Zack, y lo vio allí, acostado en su camilla, con la cabeza vendada, y no pudo evitar echarse sobre él, ignorando a Denise y a Howard que también lloraban a su hijo, a los médicos que leían planillas y conversaban entre sí.

—No me hagas esto —le pidió, pero no supo a quién, si a Zack, si a Dios, o a aquella anciana—. No puedes, no puedes hacerme esto. Por favor... vuelve a mí... por favor.

—Amelia... —le habló Denise, tomándole un brazo, pero ella no se separó de Zack—. Amelia, por favor...

—¡No! —gritó Amelia—. No van a hacer nada con él. Yo... yo sé que él va a despertar.

—No, cariño. No lo va a hacer. Lo sabemos bien.

—No, ¡él va a despertar! Él va a estar bien, va a sonreír y va a... No pueden dejarlo morir.

—No podemos hacer nada por él.

—No. Me niego. Soy su prometida, me niego a... dejarlo morir. Él va a despertar, él va a...

—Amelia, él morirá —dijo Howard con voz grave, rota de dolor—. Pero... antes... puede ayudar a muchos otros...

—No. No le van a sacar ni un pelo, ¿me entienden? Él es mío. Él es mi prometido. Nos vamos a casar y... vamos a tener niños y vamos a ser felices. ¿Me entienden? Él y yo tenemos una conexión divina que ustedes no entienden, por eso sé que él no va a morir. No va a morir.

—Amelia.

—¡Van a tener que pasar por encima de mí si le quieren hacer algo! —gritó

ahora, e hizo un movimiento que asustó un poco a Denise, e incluso los médicos tuvieron que dar un paso atrás—. Nadie se le va a acercar, si lo tocan, los mato. ¿Me escuchan? ¡Los mato!

—No seas terca, cariño...

—Déjala, ella comprenderá...

—No hay tiempo —dijo un médico, acercándose—. Le queda poco tiempo; no podemos esperar demasiado, tiene que ser pronto.

—¡Tú no te le acercas a mi novio, maldito hijo de puta! —gritó Amelia—. Es un hombre, es un ser humano, no una vaca a la que le vas a sacar sus órganos. Él va a despertar, por Dios que va a despertar. ¡Estoy tan segura como que me llamo Amelia! No volví del futuro para pasar por esto, no hice todo lo que hice sólo para perder al amor de mi vida en un estúpido accidente, por un estúpido rayo, por un maldito carnicero que quiere descuartizarlo. ¡Me oyen, o necesitan que grite más fuerte! —Denise miró a Howard, y Howard al médico. Éste sólo meneó la cabeza dejando el asunto en sus manos.

Howard dejó caer sus hombros, y rodeó a Denise por la espalda.

—¿Qué vamos a hacer?

—Déjala que llore a su novio. Yo... ciertamente quisiera tener la misma esperanza que ella.

—Pero...

—No, déjala que lo llore. No le quitemos eso —Miró a Amelia, que lloraba sobre el pecho de Zack, mientras al tiempo se quejaba, maldecía y oraba—. Si es el destino de esas personas recibir la ayuda esta noche, la recibirán. Dios es bueno.

—¿Dónde estás? —lloraba Amelia—. ¿Dónde estás, anciana? Justo ahora que más te necesito. ¿Dónde estás? ¿Para esto tanta magia y tanto revuelo? ¿Para traerme aquí, donde pierdo el amor? No quiero, no quiero esto. No lo soporto. Duele demasiado.

Se dejó invadir por los sollozos, y el miedo que la atenazaba le robaba la energía, así que sólo le quedaba llorar. Se sentía cayendo cada vez más rápido en un pozo oscuro y sin fondo; cada minuto que pasaba sin que él abriera sus ojos era un minuto en el que más se acercaba la muerte, y ella lo abrazaba rodeando los anchos hombros con sus brazos como si así pudiera protegerlo de todo mal, como si con su mera fuerza de voluntad pudiera hacerle frente a un ser que nada temía.

—Ven aquí y respóndeme. Por favor —siguió—. ¿Dónde estás? Ven, ven, ven. Zack, mi amor. Tienes que despertar. ¿No entiendes que yo sin ti no puedo

seguir?

Ya había empapado su pecho con sus lágrimas, pero él seguía allí, con sus pestañas rojizas y rizadas sobre sus pálidos pómulos, sin casi respirar. Conectado a varias máquinas que le daban el oxígeno y obligaban a su corazón a seguir latiendo.

Sin actividad cerebral, había dicho Catherine.

Sabía lo suficiente como para intuir lo que eso significaba. Su cuerpo seguía vivo, pero no su cerebro. No se podía seguir vivo así, y una vez que el cerebro muere... no había nada que hacer.

No podía perderlo, seguía diciendo. No tenía sentido. ¿Para qué? ¿Por qué mostrarle la felicidad si antes de poder asirla del todo se la iban a arrebatarse?

No tenía sentido, se repetía. Paseó el dorso de sus dedos por el rostro de él, acariciando con mucho cuidado su barba, admirando sus cejas pobladas, y los rizos que se escapaban de la venda.

Necesitaba que abriera sus ojos gris pálidos, que le sonriera elevando la comisura de sus labios. Necesitaba escuchar su voz, esa voz grave que se hacía aterciopelada cuando estaba impregnada de deseo. Necesitaba sentir el tacto de sus manos.

Sabía, sabía que amaba a Zack, sabía que él era mucho más de lo que jamás cualquier hombre fue, pero era el verlo aquí, al borde de un abismo oscuro, brumoso y horrible lo que le revelaba lo más hondo de su corazón. Al dejarlo al desnudo, en carne viva, Amelia se dio cuenta de que era Zack, siempre había sido Zack, su verdadero complemento. Eran como dos mitades de un todo. Una pequeña anomalía en el curso normal de las cosas; dos almas que separadas serían siempre entes incompletos, carentes y huérfanos.

—Te amo —dijo, como si fueran palabras mágicas, lo suficientemente poderosas como para hacerlo despertar—. Yo... no me explico... no soy capaz de dimensionar... de medir... el amor que siento por ti. Te amo, Zack... yo... Amo tu fuerza... amo tu inteligencia. Amo cuando te quedas mirando al vacío pensando intensamente en algo, cuando duermes y tu pecho sube y baja suavemente, y cuando hablas así sea sólo para planear la cena. Amo cuando bromeas, amo cuando me haces enojar. Amo cuando reímos, escuchamos música juntos, o simplemente dormimos. No te puedes ir —lloró otra vez—. Nos falta casarnos, nos falta tener nuestros niños, el perro, los dos gatos, y la parejita de loros en la jaula de la cocina. Nos falta hacer el amor en más sitios raros, y hacernos viejos celebrando cada navidad, cada año nuevo, cada cumpleaños... Nos falta vivir, mi amor—. Empezó a sentirse mareada otra

vez, y el estómago se le revolvió como si fuera a vomitar.

No encima de Zack, se dijo, y se bajó de la camilla buscando un sitio donde devolver el estómago, pero al pisar el suelo todo pareció irse lejos, y mientras la negrura llegaba a ella, cayó al suelo, escuchando solamente el grito asustado de alguien, pasos de gente que corría hacia ella.

No me puedo desmayar, fue su último pensamiento. ¿Quién protegerá a Zack de la muerte?

De repente sintió todo muy frío, helado, como si en vez de en una habitación de un hospital, estuviese hundiéndose en el lago de un páramo, y el frío se le metía por los pies y le llegaba hasta la garganta, haciéndola sentir ahogada, pesada, torpe...

Y luego ya no estaba más allí, o sí, pero no en su cuerpo. Estaba en una esquina mirando ajena todo el revuelo que se había armado gracias a su desmayo. Se vio a sí misma ser alzada por una enfermera, Howard y Denise, y cómo la llevaban a una camilla vacía al lado de Zack. También vio al médico carnicero acercarse a Zack y medir sus signos vitales.

—¡No! —gritó, pero nadie la oyó. Corrió hacia el hombre para quitarle sus manos de encima a Zack, él era la muerte disfrazada de doctor, él tenía la hoz que segaría su alma, pero no llegó a tocarlo, sino que lo atravesó como si fuera humo.

No, era ella quien se había convertido en humo. No podía tocar nada, ni a nadie.

—¡No! —gritó otra vez, ahora con más terror si se podía, volviendo a arremeter contra el médico que le hacía una pregunta silenciosa a Howard, y éste asentía con su cabeza al tiempo que Denise lo abrazaba y lloraba—. No pueden hacer esto —lloró Amelia, e, impotente, vio cómo entre varias enfermeras movían la camilla donde estaba Zack, y la arrastraban hacia otra sala, a donde lo esperaba la muerte, mientras ella no podía hacer nada más que mirar.

Gritó y gritó, a pesar de que nadie la escuchara. Gritó hasta que su garganta, que no tenía, no pudo más. Golpeó las paredes de cristal, que por alguna horrible razón no pudo atravesar, y tras las cuales preparaban a Zack para sacarle sus riñones, sus pulmones, su corazón...

¿Y ahora cómo vas a respirar, mi amor? ¿Y ahora, qué corazón voy a sentir latir mientras duermo? ¿Cómo, cómo me vas a sonreír si ya no hay aliento en tu pecho? Ni luz en tu mirada, ni sangre en tus venas...

Pasaron horas, horas; toda una eternidad.

Amelia los vio salir de aquella sala felicitándose por su buen trabajo, y ella sólo sufría, rogaba para dejar de sentir, para que la muerte viniera también por ella.

No estaba en su cuerpo, pero seguía sufriendo. Vagaba como un alma en pena, que no hace sino llorar, llorar.

Al final, se recogió en un rincón de la antesala, desde donde todavía podía ver a Zack, o lo que habían dejado de su cuerpo, sobre la mesa de operaciones.

—Basta —dijo al fin—. Ya no más. No merezco tanto sufrimiento. No le he hecho daño a nadie, nunca. Si hasta Damien se redimió, si hasta Vivian salió ilesa... ¿por qué le hicieron esto a él? ¿Por qué tengo yo que sufrir así? Basta —volvió a decir—. Paren, por favor. Es suficiente. Ya no puedo llorar más —pero era mentira, porque aun mientras pensaba esto, lloraba—. Ya no puedo más. Prefiero morir —susurró—. Prefiero morir.

—Todo pasará —dijo la anciana, acercándose a ella—. Se sufre sólo un momento. Todo pasará —Amelia la miró con rencor. No había aparecido cuando más la necesitaba, cuando aún estaba a tiempo. Ahora, que de Zack sólo quedaba su piel, ella venía al fin.

¿Ya para qué?

—Eres el ser más malvado que jamás tuve la mala suerte de conocer —le dijo entre dientes y poniéndose en pie, empuñando sus manos como si se estuviera preparando para una pelea, y la anciana elevó sus cejas sorprendida por esa actitud—. Yo, antes, te agradecí por el bien que me habías hecho, por los favores, por el milagro. Y cuando conocí el amor de Zack casi te veneré... Me dije: todo tiene sentido, he venido aquí por él, porque estamos hechos el uno para el otro. Y ahora... ahora sólo me dan ganas de maldecirte. Pero, ¿cómo se maldice a un ser divino? No te mereces la admiración que una vez derramé sobre ti—. La anciana no pareció enfadarse, todo lo contrario. Se acercó a ella y la miró atentamente, dispuesta tal vez a soltar otro bonito proverbio acerca de la vida, la muerte y el sufrimiento—. Vete —le espetó Amelia, impidiéndole hablar—. Déjame morir en paz.

—No vas a morir.

—Sí. Ya estoy muerta. Mírame, no estoy en mi cuerpo desde hace varias horas, sé lo que significa. Ya pronto traspasaré el umbral de la vida, y seré libre al fin.

—¿Quién te dijo que la muerte era libertad?

—Ahora mismo, la vida es una prisión para mí —dijo señalando el cuerpo

de Zack desnudo y vacío sobre la camilla.

—¿No quieres seguir viva? —Amelia guardó silencio, lamentándose porque, aunque no tenía un cuerpo tangible, ella podía seguir llorando, sus lágrimas no cesaban, el nudo en la garganta ya le ardía, la estrangulaba.

—¿Por qué me has hecho esto? —volvió a llorar.

—Yo no he hecho nada. Así... así estaba escrito que sucedería.

—¿Destinos grabados en piedra? —la anciana asintió—No. ¡No! —gritó—. ¿Puedes deshacerlo? Devolver el tiempo sólo unas horas. Unas pocas horas. Puedes hacerlo. Por favor, hazlo... ¡Hazlo!

—Es increíble cómo pasas del insulto al ruego, y del ruego a dar una orden.

—Lo siento, lo siento. Pero es que... tú tienes poder para hacer algo así. Te he visto. Me trajiste veinte años atrás, ¡veinte! Y a Zack lo devolviste quince minutos cuando estaba en la universidad. A mí me ayudaste para sacarme de mis miserias, a él por un examen... la vida de él... ¿no vale más que todo eso?

—¿Es así? ¿Lo vale?

—¿Cómo te atreves a preguntar? Es la vida que más valoro sobre la tierra.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Lo digo y lo sostengo. ¡No me importa nada más! Tú puedes devolvernos, justo antes del accidente, justo antes del maldito rayo... ¡rayo que seguro mandaste tú!

—Al año, muere más gente alcanzada por rayos que por accidentes de avión.

—¡No me vengas con estadísticas! Puedes hacerlo, ¡y me lo debes!

—Hay leyes, y una de ellas es inamovible: no se puede jugar con el tiempo. Todas esas veces que lo hice estuvieron justificadas, fuertemente justificadas, y tuve la autorización para obrar en ti. Si fuera por allí devolviendo el tiempo cada vez que alguien lo necesite, cada vez que alguien lo pide, no tendría sentido la vida, sería todo caos...

—Sólo esta vez, por favor...

—No. Lo siento —Amelia cerró sus ojos, se recostó en el cristal que separaba la sala de operaciones y vio allí a Zack. Estaba cubierto con una sábana azul hasta la cabeza, no podía ver siquiera sus rizos.

Las imágenes que tenía de él no dejaban de sucederse dentro de su cabeza. Zack en aquel porche intentando besarla, Zack sentado a su lado mientras juntos escuchaban música. Zack apareciendo entre la multitud en aquel aeropuerto, mirándola con ojos llenos de deseo en aquella cama de la cabaña, alzándola a su cintura cuando ella lo besó por primera vez. Zack enojado con

ella porque le mintió, asegurándole que Vivian no era una amenaza, porque nunca se fijaría en ella siquiera.

La maldita Vivian, recordó entonces. Ahora estaba segura de que no había sido una alucinación. Ella los había encontrado en la carretera, y como pensó que ella iba sola, le negó la ayuda. No sabía si el hecho de que ella les ayudara hubiese cambiado en algo las cosas, pero estaba visto que era mala, estaba escrito que destruiría a Zack fuera en esta línea, o en la oscura...

La línea oscura, pensó.

En la línea oscura, Zack estaba vivo.

—¿Estás segura de que no puedes revivirlo aquí? —le preguntó a la anciana con voz calmada, como si de repente toda la tormenta que había en su alma se hubiese ido a otro lugar dejando a su paso sólo el silencio y el caos.

Y una fiera determinación.

—No tengo poder sobre el segador de almas —dijo, con la mirada clavada también en Zack. Amelia estaba segura de que veía algo que ella no podía. A la muerte, tal vez, llevándose el alma de Zack.

—Entonces, te pido otra cosa —la anciana suspiró.

—Si puedo hacerlo...

—No, no te pido que hagas algo... sino que lo deshagas.

—¿Qué?

—Devuélveme a la línea oscura—. La anciana pareció sorprendida, como si de todo hubiese esperado menos esto. La miró largamente a los ojos, y Amelia volvió a mirar a Zack, poco interesada en los pensamientos de este ser—. Devuélveme al dos mil dieciséis —siguió—. Llévame de vuelta a mi vida de antes.

—Cómo... Qué...

—Allí Zack está a salvo, perfectamente sano. Allá... no ha sufrido accidentes, y tiene una esperanza de vida como la de cualquier otro ser humano—. La anciana se echó a reír, y Amelia la miró otra vez con extrañeza.

—¿Estás segura?

—¿Te parece que estoy bromeando?

—Es que... Me has tomado por sorpresa, y pensé que a estas alturas ya nada me sorprendería—. Amelia la miró con sus dientes apretados, y la anciana tomó aire y siguió—. Puedo hacerlo.

—Gracias. Envíame de una vez...

—Pero tengo varias advertencias para ti. Cosas que parece que has olvidado. Todo lo que te hacía infeliz y amargada allá sigue intacto, todas las

razones por las que llorabas y te lamentabas, estarán de vuelta... Y todo lo que conseguiste aquí se perderá. Allá, tu madre está muerta, Damien es un fracasado, y tu amiga Beverly es infeliz.

—Ellos... ellos están bien aquí... eso me bastará.

—Zack es un hombre maduro de treinta y ocho años que lo perdió todo, se acaba de divorciar de Vivian...

—Lo material lo recuperaremos, somos dos cerebros superdotados; juntos, saldremos adelante. Y Vivian no volverá a ser un problema para él, me puedo asegurar de eso.

—Y tú eres la ex esposa de Damien —siguió la anciana, y se quedó mirando a Amelia como esperando una reacción, pero ésta sólo sonrió.

—Él me ama; no le importa mi pasado, mis decisiones o desaciertos de años atrás. A él le importa mi presente... lo que le revelo y lo que le oculto. Puede que... tenga alguna duda, pero cuando sepa cuánto soy capaz de amarlo, y cuando al fin él deje fluir el amor que siente por mí, no habrá vuelta atrás. Lo sé.

—Y allá no puedes tener hijos. Nunca podrás —advirtió la anciana, sin dar tregua. Amelia se llevó una mano a su vientre, y se sorprendió cuando ni siquiera aquello le hizo dudar de su decisión. Zack, el Zack de la línea oscura, sabía mejor que nadie todo lo que le había ocurrido, todo lo que había tenido que pasar, y aun así, en la última noche que hablaron, él la había mirado con amor. Había tardado en darse cuenta, pero ya no dudaba de eso, nunca más dudaría del amor de él.

Y por lo de los hijos... no importaba. Tenía óvulos, podrían fertilizarlos y ponerlos en el vientre de otra mujer y así al fin tener un hijo con los genes de ambos, y lo amarían, y Zack sería un excelente padre, marido, etcétera a pesar de que allá había tenido mucho sufrimiento. Porque su corazón era puro, y no había nadie, nadie en todo el mundo, que se comparara a él.

Y tampoco importaba que Damien antes hubiese sido su esposo. Dudaba que fuera la primera mujer en la tierra que se casara con su ex cuñado. Y, de todos modos, eso sólo lo sabía Catherine, pero ahora intuía que a ella tampoco le importaría. La había llamado para que fuera a buscarlo cuando él estuvo en problemas, recordó ahora, lo que significaba que a Catherine le importaba más la felicidad de su hermano que los escándalos, habladurías y tonterías de moralismos.

Todo estaría bien. Lo malo de la vida, las incertidumbres, tristezas y sinsabores ella podría soportarlo, sobre todo, porque estaría con Zack, su otra

mitad.

—Lévame allá —le dijo a la anciana, más segura aún—. Devuélveme a la línea oscura.

Amelia abrió sus ojos, dándose cuenta de que no había dormido bien. Había tenido pesadillas, sueños raros donde ella desandaba un camino, y terminaba en una iglesia donde estaba un hombre que se parecía mucho a Zack diciéndole algo, y la miraba con una luz muy especial en sus ojos.

No era un hombre que se parecía a Zack. Era Zack.

Era el mismo sueño que había tenido la noche que despertó de vuelta a sus dieciséis.

Se sentó, y se dio cuenta de que estaba sola en una amplia cama, de un colchón de exquisita calidad. La habitación estaba completamente a oscuras, pues las cortinas bloqueaban la luz muy bien. Sin embargo, ella no estaba notando estos detalles, como lo suaves que eran sus sábanas, o la pintura colgada en la pared que le había regalado una amiga pintora y que ahora valía más o menos un cuarto de millón de dólares, la lámpara artesanal que se había comprado en una tienda exclusiva de la quinta avenida en Nueva York... Sólo era capaz de sentir dolor, dolor en su pecho, en su garganta, en sus ojos.

Había llorado mucho, y seguía con ganas de llorar, y no pudo evitarlo y otra vez lloró y lloró.

De golpe, vino a ella toda la información. Ella terminándole a Damien en la parte de atrás de un restaurante, ella despidiendo a Zack adolescente cuando él se iba a Cambridge, su primer beso en la playa, su primera vez en una habitación de hotel, el accidente en la carretera...

Parecían sueños, pero eran recuerdos... ¿Y acaso, se preguntó, no terminaba todo siendo lo mismo? Había sueños que parecían recuerdos, y recuerdos que terminaban volviéndose sueños.

Cuando fue capaz de calmarse, había pasado al menos una hora. Como pudo, bajó de la cama, luciendo su fina pijama de seda, y corrió al baño a vomitar. Sentía la adrenalina que se siente cuando te bajas de un tiovivo, o como si hubiese llegado aquí luego de una larga caída libre. Cuando se calmó, se miró al espejo. Tenía el cabello mucho más corto, aclarado con tintes. Alrededor de sus ojos había unas finas líneas de expresión dignas de sus treinta y seis años.

Había vuelto a la línea oscura, tal como se lo había pedido a la anciana... y

Zack estaba vivo.

Corrió a buscar su teléfono y lo llamó, pero él no contestó. Sin perder tiempo, se metió en la ducha, sin querer detenerse mucho en los cambios que tenía su cuerpo, en la cicatriz de su bajo vientre, ni en lo diferente que se sentía todo.

Cuando salió de la ducha, envuelta en su toalla, se permitió al fin mirar su habitación. Tenía un armario enorme con cientos de trapos de marcas exclusivas, zapatos de todos los estilos, todos los bolsos que cualquiera pudiera soñar. Pero ahora mismo, no recordaba la importancia de todo eso, ni cómo era su ropa específicamente, y se sintió perdida entre tantos objetos.

Buscó entre su ropa algo adecuado y eligió jeans, una blusa sin mangas, y sandalias. Estaban en verano, recordó.

En pocos minutos, estuvo maquillada y peinada, salió del edificio y el conserje la saludó con cordialidad. Había olvidado su nombre, había olvidado que vivía en un edificio de apartamentos de lujo.

Le devolvió la sonrisa al conserje y salió al fin a la calle para tomar un taxi.

Oh, pero ella tenía auto.

Ni modo. No pensaba devolverse ya, así que se subió en el taxi y una vez dentro, le dio el nombre del hotel de Zack. Eso no lo había olvidado.

Lo volvería a ver, a Zack, vivo y sano.

Lo volvería a ver.

Zachary Galecki despertó con resaca. Le dolía la cabeza como si se la hubiese golpeado terriblemente contra algo muy duro, y la luz le lastimaba los ojos, así que con mucho cuidado se dio la vuelta en su cama. Había sido una noche negra, sin sueños, y poco a poco fue recordando todo lo de anoche.

Amelia había venido a su hotel para llevarlo a tomarse unos tragos. Fueron a un bar de buena música y estuvieron hablando de los últimos acontecimientos de sus vidas. Él le contó de su divorcio, lo de sus acciones en su empresa...

Había sido patético, había mostrado su fracaso...

Su corazón se empezó a acelerar. ¿Habría dicho algo fuera de lugar? ¿Se había declarado estando borracho?

Vamos, recuerda, recuerda...

A su mente acudió su última imagen con ella, que era Amelia llevándolo hasta su misma cama y ayudándolo a acostarse. No, no le había dicho nada, o ella simplemente no lo habría mirado así.

Cuando ya pasó un rato, fue capaz de sentarse en la cama. Se tomó la cabeza entre las dos manos sintiendo que le iba a estallar. No había imaginado que unos pocos tragos le hicieran sentir tan mal. Qué débil era con el alcohol.

Sonrió cuando recordó a Amelia quitándole los zapatos y sacándole el cinturón de su pantalón para que pudiera dormir un poco más cómodo. Había estado ebrio, pero esas manos las había sentido muy bien alrededor de él aligerándolo de las prendas incómodas.

Dio unos pasos hacia el baño, y una vez dentro, levantó la tapa de la taza del inodoro y vomitó. Ah, qué romántico debía verse ahora, pensando en Amelia y vomitando lo que no tenía en el estómago. Divino.

Se paró al fin, y resistió la ola de mareo como auto castigo por no ser capaz de pensar en Amelia de manera más normal. Pero es que diablos, aun con resaca la deseaba. ¿Se podía ser más idiota?

Siempre había tenido su amor tras las rejas, su deseo, su anhelo por ella. Todo en una caja bien sellada con cuarenta mil candados. Que ella no lo sepa, que ella no lo note, o te mirará como bicho raro y la perderás, perderás su amistad...

No más, se dijo. Estaba cansado de eso, estaba cansado de lo mismo. Un día de estos se vería sobrepasado y todo fluiría, y tendría que lidiar con eso. Lo sabía, no podría seguir así para siempre.

¿Y qué tenía de malo decirle que la amaba? Pensó mirándose al espejo los rizos rojizos y despeinados, las ojeras por la mala noche, las comisuras de sus labios curvadas hacia abajo en un rictus amargo.

Cerró sus ojos con fuerza y respiró hondo varias veces. En este punto de su vida, ya no debía andarse con miedos. Era hora de ir por el todo o nada. Si pensaba vivir aquí en San Francisco, debía prepararse; iba a ver a Amelia más a menudo, estarían más en contacto, y su cuerpo iba a actuar solo y desearía tomar su mano, besar sus labios, abrazarla.

Se vio a sí mismo abrazado a ella, diciéndole cuánto la amaba, y ella respondiendo a su abrazo, diciéndole: Y yo te amo a ti.

Se alejó del espejo poniéndose una mano en el pecho, porque aquello había sido demasiado vívido, demasiado real. Más que una ensoñación, parecía un recuerdo.

Decidido. Tenía que hablar con Amelia. Tenía que decírselo. Ser aceptado o ser rechazado para siempre. Una de dos.

Salió del baño sintiéndose más alentado, y caminó a la diminuta cocina de la habitación y se preparó café. Pensaba, pensaba.

Hacía ya casi quince años que Amelia se había divorciado de su hermano. Él había pasado ya por un matrimonio y un divorcio. Sus padres no sabían claramente lo que había ocurrido con Amelia y Damien, sólo Catherine, y seguro que ella no lo vería escandaloso. Y si Damien decía algo y pretendía hacer un escándalo, sólo tendría que recordarle que su opinión valía lo mismo que un saco de mierda. Hasta anoche había pensado que estaba prohibida por eso, que ni él podía perdonarle el haber sido la esposa de Damien, pero eso se pensaba cuando eres miedoso, y él no iba a tener miedo otra vez. Se iba a lanzar, y el pasado de los dos quedaría atrás.

Eso en el caso de que Amelia lo aceptara.

No te adelantes a los acontecimientos. Un paso por vez.

Tenía dieciséis millones de dólares en su cuenta, producto de la venta de sus acciones de su propia empresa, porque para joder a Vivian se había puesto exquisito y le había sacado un par de millones más de lo que valían en verdad en el mercado. Vivian no había tenido más opción, pues si Zachary permanecía como accionista, sería constantemente una piedra en el zapato, y alguien que no temería recordarle en cada reunión y delante de los demás socios lo puta que era... sin decir una sola palabrota. La presencia de Zachary en la mesa de juntas se convertiría en un dolor de cabeza, y ella necesitaba tener el control para poder sentirse plena, así que, con tal de deshacerse de él, le había dado el dinero sin chistar.

Hay que ser bueno, pero no idiota, se había repetido una y otra vez mientras le daba instrucciones a su abogado. Y aunque Vivian había perdido un poco de dinero, ella le había quitado a él mucho más. Era una venganza muy pequeña, pero venganza, al fin y al cabo.

También tenía tiempo, porque ahora mismo no se estaba ocupando en nada específico, así que, si quería, podría darse un año sabático, viajar por el mundo, hacer el vago... si medía sus gastos, podía estarse varios años sin trabajar, pero se conocía a sí mismo, no sería capaz, menos estando solo, así que ese tiempo libre lo podía invertir no sólo divirtiéndose, sino elaborando un nuevo plan de acción para volver a empezar. Ah, porque iba a volver a empezar, y esta vez con más experiencia, con más amigos en el medio, con más ímpetu. Sabía de empresarios que lo habían perdido todo múltiples veces antes de llegar a la cima más alta. El secreto era no rendirse.

Además de dinero líquido, tenía dos propiedades, una casa frente a la playa y un apartamento de soltero en Los Ángeles, los cuales había adquirido antes del matrimonio, y por eso no habían entrado en la sociedad conyugal. Tenía

también un automóvil, aunque no era del modelo del año, y acciones en otras empresas que rendían beneficios puntualmente y estaban en alza.

No, no era pobre. No estaba como cuando salió de la universidad, ingenuo e inexperto. Era verdad que el haber perdido la empresa a la que le invirtió tanto tiempo, trabajo y sueños fue un duro revés, pero eran cosas materiales, las cosas materiales se recuperaban.

Excepto por Tommy, todo se podía recuperar.

Tragó saliva y pensó en el pequeño. Sólo tenía siete años, y todavía lo llamaba a escondidas de su madre para decirle que lo extrañaba.

—¿Cuándo vas a venir a verme, papi? —le preguntó ayer, antes de que Amelia viniera por él—. ¿Ya no me quieres? Yo sí te quiero a ti.

—Sí te quiero, hijo —le dijo con voz quebrada. No era su hijo, pero era cierto que lo quería. ¿Qué culpa tenía el pequeño? ¿Había pedido acaso ser engendrado por otro hombre?

—Mamá dice que ya no soy un Galecki. Dijo que ahora llevaré otro apellido —esa maldita, pensó Zack, pero respiró profundo.

—No importa el apellido que lleves, Tommy. Yo siempre te voy a querer. No importa si luego terminas hablando chino mandarín, tú siempre sabrás dónde encontrarme. Siempre que me necesites voy a estar ahí, ¿me entiendes? Siempre que me busques, me encontrarás. No importa lo que digan los demás, yo soy tu papá.

—Ya quiero ser grande para ir a donde quiera —se quejó Tommy, y Zack se echó a reír. Incluso ahora sonreía. Cuando fuera grande, Tommy entendería lo que había pasado, y entonces tendría que decidir si quería seguir llamándolo papá.

El teléfono de la habitación timbró sacándolo abruptamente de sus pensamientos, y una educada voz le informó que Amelia Ferrer solicitaba seguir.

Como si la hubiese llamado con el pensamiento, pensó, y luego de pedir una espera de cinco minutos, autorizó su entrada. Se miró a sí mismo dándose cuenta de que estaba hecho un asco, así que dejó la puerta principal abierta y corrió para meterse en la ducha. Jabón, champú, otra vez jabón. Se cepilló los dientes, usó el enjuague bucal...

—¿Zack? —dijo la voz de ella al entrar, pero él seguía en el cuarto de baño en paños menores.

—Disculpa, no estoy presentable —dijo él, y entreabrió la puerta para saludarla con una sonrisa, pero entonces Amelia se echó encima de él y lo

abrazó con muchísima fuerza.

—Estás aquí —lloraba ella—. Estás bien. Oh, Dios mío, estás bien—. Él le devolvió el abrazo muy confundido, y cuando ella le besó el hombro, el cuello, la mejilla y luego los labios, abrió grandes sus ojos.

—¿Amy? —preguntó, pero ella no contestó, sino que volvió a besarlo.

¿Y por qué iba él a impedir esto? ¿Acaso no era lo que venía deseando desde... el milenio pasado? Así que le devolvió el beso, y entonces ella se subió a su cintura, y la toalla que él tenía alrededor se le cayó. No importó.

Nada importaba, en realidad. Amelia lo estaba besando tan profundamente que parecía querer fundirse con él. Zack empezó a perder la cordura, y sus manos empezaron a actuar por sí mismas, poniéndolas sobre su trasero para acercarla más a él, apretando, acariciando.

La subió a la encimera del baño y allí la siguió besando. Amelia parecía conocer su cuerpo como ninguna otra mujer, y acariciaba y pellizcaba en los puntos clave llevándolo a la locura.

Abrió sus ojos y se miró a sí mismo y a ella a través del espejo. Amelia estaba llorando.

—Espera...

—No —le impidió ella volviendo a abrazarlo.

—Nena... ¿Está todo bien? —Ella paró sus besos y le rodeó el cuello con sus brazos, tan fuertemente que Zack pensó que jamás lo soltaría—. ¿Está todo bien? —repitió.

—Ahora sí —sollozó ella—. Ahora sí está todo bien—. Él le tomó la cintura alejándola un poco. Los ojos de ella estaban anegados por las lágrimas, pero seguía tocándole el rostro, el cabello, el cuello, el pecho. Sus manos no estaban quietas, ni su mirada—. Dios, he tenido tanto miedo —ella se volvió a acercar y le besó la mejilla sobre la barba, la punta de la nariz, los labios otra vez... —No me vuelvas a dejar—. Zack se echó a reír.

—Aunque estoy muy feliz por tu manera de besarme y tocarme... tengo que decirte que no entiendo nada. ¿Amy? —ella lo miró a los ojos, al fin, pero no dejaba de llorar.

—Sólo necesito que me respondas algo... —él elevó sus cejas alentándola a seguir, y Amelia se las tocó, como si sus cejas fueran algo muy valioso para ella—. ¿Me quieres, Zack? —él bajó la mirada, y Amelia empezó a sentirse nerviosa.

—¿Quererte... en qué sentido? ¿Como amigos...?

—¿Te parece que espero esa respuesta luego de este beso? —él sonrió con

picardía, y Amelia volvió a sentir punzadas en su estómago. Él respiró profundo, con las manos de ella ahora sobre su pecho, concentrándose en los latidos de su corazón.

—Llevo enamorado de ti... más tiempo del que quiero admitir—. Ella cerró sus ojos asintiendo, y Zack la escuchó susurrar un “gracias”, lo que le hizo torcer el gesto.

—“Gracias” no es lo que un hombre espera escuchar cuando admite estar enamorado.

—Ese gracias iba para Dios.

—Oh.

—A ti te tengo un... Te amo. Yo también te amo —y acto seguido lo besó. Zack cerró sus ojos recordando la alucinación que había tenido al despertarse. Él diciéndole a Amelia que la amaba, y ella contestándole de la misma manera. Se parecía mucho a esto.

Y sí, estaba encantado, feliz, con el corazón acelerado no sólo por la excitación de su cuerpo, sino por la felicidad de oírla decir esas palabras, pero la razón le estaba ganando la batalla a la emoción, así que volvió a separarla de él y la miró fijamente a los ojos.

—Estoy... feliz. Lo juro que sí. Pero necesito respuestas, Amy.

—No, después.

—No, ahora.

—¿No me deseas? —preguntó ella—. ¿Acaso no te mueres por hacerme el amor?

—Puedes darte cuenta perfectamente de que sí —rio él, pues en el momento Amelia se restregaba contra la dureza de su miembro. Él había empezado a temblar—. Pero... hasta anoche... sólo era tu amigo. ¿Qué pasó de la noche a la mañana?

Amelia se quedó quieta al fin. Debió saber que ni siquiera a este Zack podría engatusarlo con sexo. Ah, y lo adoraba tanto. No era capaz de tener su mirada fija sobre un punto en especial, lo adoraba a todo él, a su cabello, a su piel, sus cejas, sus ojos, sus labios, su barba...

Céntrate, se reprendió.

Pero era difícil. Su corazón estaba otra vez dentro de su pecho, sus pulmones intactos. Había luz en su mirada y el sonido de su voz la embelesaba. Era tan difícil no desear fundirse otra vez con él, que sentía que estaba enloqueciendo.

Pero Zack siempre ha sido de los que primero prefiere la explicación para

pasar luego a la acción, así que tendría que esperar.

—No ha sido... de la noche a la mañana —dijo al fin. Se mordió el interior del labio sin saber cómo empezar—. Zack yo... —estaba perdida, y mirarlo no ayudaba. Es que era tan hermoso...

Joder.

Cerró sus ojos, se cubrió el rostro con las manos, y tomó aire.

—Anoche —dijo al fin—. Todo empezó anoche. Recuerdas que... te pregunté... Si tenías la opción de ganar cincuenta millones, o volver veinte años al pasado, ¿qué elegirías...? —Zack asintió sonriendo.

—Pensé en eso largo rato —le contestó—. Creo que anoche te lo dije, que volver al pasado.

—Sí, eso dijiste.

—¿Todavía estás pensando en eso? Es sólo un deseo... Si pudiéramos volver al pasado cada vez que lo deseamos, el mundo sería un caos—. Ella hizo una mueca de rechazo ante esas palabras, pues eran las mismas de la anciana—. ¿Y? —la apremió él—. ¿Qué tiene que ver esa pregunta con... esto?

—Todo. Tiene que ver todo. Imagínate que... exista un ser poderoso que... me concediese ese deseo, y sí haya podido ir al pasado... e impido que todo lo malo con Damien en verdad ocurra, y que tú y yo... nos hiciéramos amigos, y luego... nos enamoráramos, porque es inevitable estar tanto tiempo juntos sin... Quiero decir...

—¿Estás hablando hipotéticamente de...?

—No, no hipotéticamente—. Amelia respiró profundo—. Aunque me taches de loca, aunque no me lo creas, te juro que esto que te voy a decir es la verdad: Yo anoche, real, realmente, volví veinte años al pasado —él la miró muy serio, sorprendido, o más bien, pasmado.

La miró largamente como si se preguntara qué clase de broma era esa.

Ella se veía muy seria, preocupada, y a pesar de que pasaron los segundos, ella no estalló en risas diciendo que era mentira, una broma. Lo que le dejaba dos opciones: Amelia había tenido una alucinación y creía que eso en verdad le había sucedido, o quería engañarlo a propósito con esa historia. Pero, ¿por qué querría Amelia engañarlo? ¿Qué ganaba con algo así?

Estar contigo, se dijo, pero aquello era absurdo. Ella no necesitaba una mentira así para estar con él. Eran amigos, ella sabía casi todo de él, y era una mujer muy inteligente, así que sabía que sólo necesitaba insinuarse un poco para saber a qué atenerse, por lo tanto, no necesitaba todo este montaje.

Entonces, la opción que quedaba, era que había tenido una fuerte alucinación. ¿Producida por qué? ¿Drogas? No, nunca había visto que Amelia siquiera sintiera curiosidad por ellas. Pero, ¿y si se las habían dado en algún lado?

Se alejó de ella, tan desnudo como estaba, y tomó la toalla del suelo. Amelia se bajó de la encimera del baño y lo siguió afuera.

—No... no me crees... y lo entiendo. No estoy alucinando, no me he tomado ninguna droga... no te miento —él la miró otra vez. La voz de ella temblaba, pero era por temor a que no le creyera, pensó—. Te lo juro — insistió ella—. Desperté, y en vez de estar en mi habitación de siempre, estaba en la casa de mis padres, con dieciséis años, y era el quince de septiembre de mil novecientos noventa y seis. Y lo primero que hice fue... buscar a Damien y decirle que nunca sería su novia, que terminábamos... y de ahí en adelante... mi vida cambió totalmente. Nuestra vida, Zack... porque fuiste parte de ella... una parte... muy, muy importante—. Él se sentó en la cama, en silencio, escuchando atentamente. Amelia lo siguió y se sentó a su lado. Ella se quedó en silencio, como si esperara que él dijera algo, pero Zack no podía articular palabras.

Amelia volvió a ponerse en pie y empezó a pasearse por la sala. Ya había pasado por esto antes, ya le había dicho una vez toda la verdad a Zack, pero allá él le creyó pronto. ¿Por qué aquí él actuaba así?

Porque allá él ya venía sospechando de su extraño comportamiento, recordó. Allá, él ya venía atando cabos desde mucho antes, y al oír la verdad, sólo relacionó todo y obtuvo respuestas. Aquí lo estaba sorprendiendo sin ninguna premisa, en frío, y se veía tan desconcertado y confundido, que Amelia empezó a preocuparse.

—Dime algo, por favor—. Él respiró profundo.

—No sé... qué decir —dijo él moviendo una mano y sonriendo de medio lado.

—Pero es la verdad. Te lo estoy jurando, Zack. Dios, necesito que me creas.

—¿Por qué? —le preguntó—. Tú no necesitas ninguna artimaña para estar conmigo. Ya sabías que te quiero, ¿con qué propósito me dices algo así?

—No. Antes no sabía que me querías más que como amigo. Nunca lo dijiste. Y... te lo digo porque te prometí que nunca más te ocultaría cosas... y es algo demasiado grande que no me puedo guardar para mí sola; necesito compartirlo contigo, necesito que lo sepas, que lo hablemos. Yo... Dios, tal

vez no debí decirte —se lamentó ella pasándose las manos por el cabello, desacostumbrada a lo corto que estaba. Vio a Zack ponerse en pie y tomarla suavemente por el brazo.

—Está bien —le dijo al fin—. No te niego que me estoy empezando a preocupar por tu salud mental, pero digamos... que te creo. Quiero los detalles. Cómo ocurrió, qué viste... ¿Te subiste a alguna máquina del tiempo, o...?

—Nada de eso —rechazó Amelia enseguida.

—¿Visitaste algún sitio extraño...?

—No. Fue en mi apartamento, en mi habitación. Me acosté pensando... en todas las cosas de las cuales me arrepentía, que eran tantas...

—¿Eran?

—Y tuve un sueño —siguió—. Sentía que corría por un camino, y llegaba a una iglesia donde estabas tú, y me decías: volvería veinte años al pasado... por ti. Y cuando desperté de ese sueño, estaba en mi habitación de adolescente. Todo intacto, mi madre viva, Penny aún no se embarazaba, y... me asusté, creí que era una alucinación, pero una anciana se me apareció y me dijo que no, que no alucinaba, que era una oportunidad que se me daba para reparar los errores, que lo hiciera bien.

—¿Una anciana?

—Sí. Y supe que esa anciana era un ser celestial, aunque te aseguro que no se parece en nada a un ángel. Debe tener ochenta o noventa años, pero se comporta como si tuviera veinte. Es extraña, pero muy poderosa—. Él la miró al fin con una nueva luz, había palidecido un poco mientras ella hablaba y ahora la miraba con asombro.

—La he visto —dijo, y Amelia sintió que su corazón se saltó un latido. ¿Sería posible? —Si lo que me dices es cierto...

—Es cierto, lo juro...

—Entonces... a mí me pasó algo similar... cuando estaba en la universidad —. Amelia ahogó un grito tapándose la boca, y él la miró interrogante.

—Lo sé. Lo sé... Llegaste tarde a la universidad; quince minutos tarde... y una anciana devolvió el tiempo para ti. Pudiste entrar y realizar un examen importante, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabes? Nunca se lo conté a nadie.

—No es la primera vez que tenemos esta conversación —sonrió ella, totalmente conmocionada—. Pero allá... en la línea iluminada, fue porque trasnochaste elaborando un proyecto y te quedaste dormido en el transporte.

—Sí, bueno, casi. No fue por un proyecto que me trasnoché... —él la miró fijamente—. Fue por ti. Yo había estado cuidando de ti en el hospital, y en una ocasión pasaste muy mala noche... Me quedé dormido en el transporte y me pasé varias paradas—. Amelia asintió agitando su cabeza.

—Y todos estos años pensaste que sólo te habías quedado dormido en el pasillo de ese salón y todo había sido un sueño.

—Sí. ¿Cómo...?

—Aquí fue por mí —sonrió con ojos llorosos—. Fue por mí—. Amelia se acercó a él, aunque esta vez no lo tocó, sólo lo miró anhelante, con el corazón en sus manos—. Ya sé que no es lo mismo —dijo Amelia—. Quince minutos, veinte años... no se comparan, pero ya ves que puede pasar... y me pasó, Zack. Me sucedió—. Él asintió, dejó salir el aire sonriendo y la miró otra vez.

—Pero es...

—Una locura —rio ella—. Lo sé. Imagínate mi cara cuando me di cuenta de que... tenía otra vez dieciséis... y otra vez estaba en la escuela, pero... que podía cambiarlo todo, ¡y jugaba con ventaja! Me pasó, Zack. Te lo juro por mi... Te lo juro por lo más sagrado. Me pasó—. Lo vio tragar saliva, muy pensativo, y siguió—. Logré vivir... nueve años allá, y en esos nueve años... hemos sido los mejores amigos del mundo. Nada nos separó, y también he podido ver... que me amas... —él tenía sus ojos clavados en ella, muy atento — me amas, lo sé... y yo también me enamoré de ti.

—Dios...

—Ya sé que aquí... estoy muy lejos de ser perfecta. Tengo un historial de equivocaciones más que reprochable, pero... si me aceptas, te prometo que yo... —No pudo seguir, pues Zack se acercó a ella y la abrazó. La apretó fuertemente contra su cuerpo y ella no pudo más que corresponderle.

Sí, sí, sonrió. Hemos sido creados para permanecer así, juntos.

Nada importa. El ayer, el mañana... nada existe.

Sólo estamos tú y yo.

Después de lo que pareció ser una eternidad, como si el tiempo se hubiese detenido mientras se abrazaban, Zack la separó un poco para mirarla al fin a los ojos. Increíble, aquello que ella le contaba era demasiado increíble.

Y sin embargo le creía.

Ella tenía razón, retroceder quince minutos no podía compararse a retroceder veinte años, pero todo apuntaba a que en realidad había pasado, y no podía considerarla menos que especial por haber sido elegida para un milagro así.

—Te estás haciendo muchas preguntas —sonrió ella al notar el escrutinio, y Zack no pudo menos que asentir.

—Muchísimas, como por ejemplo... ¿Quién haría algo así? —Amelia sonrió apretando sus labios, y tomó aire mientras podía sentir el tacto de su piel, pues Zack seguía con una mera toalla en la cintura.

—No sé... No sé quién es, no sé por qué lo hace. Sólo sé que fue un regalo que no pude, y no quise rechazar.

—Yo tampoco habría podido... Cincuenta millones, o veinte años de vuelta al pasado, has dicho... Creo que sólo una persona completamente feliz y tranquila por las decisiones que tomó en la vida elegiría el dinero —Amelia le dio la razón.

—Y como yo no era completamente feliz, ni estaba tranquila por las decisiones que tomé, sino que, por el contrario, todos los días me recriminaba por ellas... en el fondo de mi corazón elegí volver los veinte años. Fue... una excelente terapia; he podido ver cómo habría sido mi vida si nunca hubiera cometido el error de estar con Damien; me di cuenta de que no todo fue culpa mía... Te he conocido y te he amado, y he sido feliz—. Él frunció levemente el ceño.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí? —ella hizo una mueca, y apoyó su mano sobre el pecho de él, sintiendo sus suaves vellos bajo la palma.

—Nueve años y... tres meses.

—Fue bastante tiempo —ella asintió, y al recordar la manera en que todo había terminado lo abrazó con deseos de llorar.

No importaba. Estaba con él aquí. Ya todo había pasado.

—¿Fuimos... novios? —ella sonrió asintiendo—. ¿Cuánto tiempo?

—Sólo seis meses.

—¿Sólo? ¿Terminamos, o algo?

—No, no. Es sólo que... volví aquí.

—Oh —ella humedeció sus labios. Sabía que en algún momento tendría que contarle todo a detalle y la verdadera razón por la que había regresado, pero no quería hablar de cosas trágicas ahora, no cuando lo tenía otra vez vivo y entre sus brazos. Besó su pecho y suspiró inhalando su aroma. Él se acababa de duchar, estaba fresquito y limpio. Pudo ver a través de un espejo su espalda desnuda, las pequitas de sus hombros, y las marcas de nacimiento que se había aprendido casi de memoria.

Lo miró a los ojos, y él tenía otra vez esa luz en su mirada, ese brillo entre travieso y encantador que tanto adoraba. La estaba mirando con deseo otra vez.

—En seis meses, tuve que haberte hecho el amor unas cuantas veces —ella se echó a reír, encantada.

—Más que unas cuantas veces.

—Pero ahora yo no recuerdo nada de eso, porque aquí, lo único que he hecho es mirarte y desearte—. Amelia se mordió los labios sin dejar de sonreír. Cuando él se inclinó a ella para besarle el cuello, toda su piel se erizó, expectante, anhelante—. Nunca te dije cuánto te amo—. Amelia sonrió.

—No en esta línea de tiempo. Pero, lo sé...

—¿En esta línea de tiempo? —ella suspiró.

—Al viajar al pasado, hubo una bifurcación en el camino, se abrió otra línea, otro mundo posible. Allá, a esta línea yo la llamaba la línea oscura, por todas las cosas malas que me pasaron aquí.

—Vaya nombre —sonrió él, y Amelia asintió sin dejar de tocarlo.

—Sí. No soy muy creativa con eso, y no se me ocurría otra manera. Todo lo que viví aquí... fue oscuro, y quería olvidarlo.

—Pero has vuelto, ¿por qué...?

—Lo importante es que la terapia funcionó —lo interrumpió ella—. He necesitado todos estos años para comprenderlo, para sanar mi corazón, juntar de nuevo todos los pedazos... Y tú has sido una parte importante en ese proceso, porque me di cuenta de una verdad terrible...

—¿Qué verdad? —preguntó él acariciando su cabello, y Amelia cerró sus ojos al sentir el toque suave de sus delicados dedos detrás de su oreja.

—Mis decisiones afectaban tu vida —dijo—, del mismo modo... que las

tuyas afectaban la mía. Nuestros destinos... parecían hilos entrelazados—. Él la miró otra vez a los ojos, interesado en lo que ella decía.

—¿Como si... estuviésemos destinados? —ella sonrió con cierta timidez, lo que fue encantador para él.

—Ya sé que suena pretencioso, pero...

—No lo es —susurró él acercándose más a ella—. Es lo que he pensado toda mi vida —y acto seguido la besó. Paseó sus manos por la delgada espalda femenina y la atrajo más a su cuerpo, y Amelia recibió su boca y su lengua con alivio, deseo, y cierto regocijo.

Todavía se le dificultaba procesar tanta información, que a ella le hubiera ocurrido algo tan maravilloso, casi sacado de un cuento... Sí, sentía mucha curiosidad, pero ah, estaba tan cerca. Y teniendo en cuenta que llevaba años, décadas deseando poder besarla, su cuerpo fue tomando al fin el dominio de su razón y empezó a sacarle la blusa que tenía puesta.

Había necesitado tanto, tanto esto... la había necesitado tanto a ella.

Y era verdad, si ella no hubiese cometido el error de meterse con Damien, habría sido él quien la hiciera feliz.

Amelia volvió a quitarle la toalla, que seguía sujeta precariamente alrededor de sus caderas, y él volvió a estar desnudo. Lo estaba adorando, ella paseaba sus manos por su cuerpo como si fuera algo demasiado precioso, y casi podía jurar que nunca nadie lo había tocado así.

Tenía mil preguntas, pero también se había acumulado todo el deseo, y por esta vez éste ganó. La tomó de la cintura y la subió a la suya, Amelia de inmediato lo rodeó con sus piernas y él caminó hasta llegar a la cama. Una vez allí, la depositó sobre el colchón con mucho cuidado.

¿Y si todo esto era un sueño? ¿Y si seguía dormido, borracho, y estaba viendo visiones por tanto alcohol?

No le importaba. Así fuera en una alucinación, le iba a hacer el amor a Amelia Ferrer.

La besó profundamente, y con cada beso imprimió en su cuerpo y en su boca la grandeza de su amor, la rendición de sus sentidos ante ella. Le desabrochó el pantalón y empezó a sacárselo por las piernas, ella le ayudó sacándose el panti mientras él trabajaba en el sostén. Completamente desnudos sobre la cama, la piel de ella más trigueña que la suya, sus senos hermosos de pezones oscuros que llenaban perfectamente sus manos.

Joder, no iba a aguantar demasiado, sobre todo, porque ella no estaba nada pasiva, sino que lo había capturado con su mano.

Tuvo que apartárselas, y las tomó atrapándoselas contra el colchón con una de las suyas. Le besó el cuello, las clavículas, y llegó por fin a sus senos, tomó uno con su mano libre, lo levantó, y se lo metió a la boca. Ella gimió, también se quejaba por tener las manos atrapadas, pero ahí estaban mejor ese par de traviesas. La besó en el ombligo, y también besó su cicatriz.

La sintió gemir, o llorar, no supo. Puso su mano sobre ella y la sintió húmeda, ardiendo. Qué débil era, saber que ella lo deseaba así le sacaba toda la cordura, y no podía más, así que le soltó las manos, dejó que ella lo tocara, lo besara, y hasta casi lo arañara, y poco a poco fue entrando en su cuerpo.

Su templo, su santuario.

Y mientras llegaba al fondo, unas imágenes algo locas se vinieron a su mente. Amelia con su cabello negro y largo sentada sobre él en una hamaca, con él dentro de su cuerpo y gimiendo en silencio de puro placer.

Soltó un quejido, y de un solo golpe estuvo todo dentro de ella, y Amelia dejó salir un leve bramido, elevó sus piernas y empezó a balancearse, a enloquecerlo, y Zack se apoyó en la cama para empezar a moverse, a empujar, a embestirla con toda la fuerza de su deseo.

Y al fin Amelia empezó a temblar y a gemir, apretándolo con todas sus fuerzas dentro de su cuerpo, aferrándose a él en un violento orgasmo que lo empezó a enloquecer. Qué hermosa era, pensó mirándola estallar en su éxtasis. Siempre había querido verla así, con todo ese fuego arder en sus ojos, con la piel húmeda de sudor y deseo, completamente abierta para él...

Perdió el control. Diablos, había pensado que resistiría más tiempo, pero lo cierto es que en este momento también la locura estaba llegando a él, y empezó a mover sus caderas rápido y seguido, buscando su propia satisfacción.

Esperaba tener tiempo más adelante para probar de todo. Tenía planeado hacer sonrojar al mismísimo marqués de Sade con Amelia en su cama.

Pasaron los minutos, y Amelia no se quiso separar de él, rodó con él en la cama quedando frente a frente, mientras recuperaban el aliento, mientras sus corazones volvían a latir con normalidad. Se abrazaron, se besaron, se dijeron cosas sucias y tiernas sin orden alguno.

Estás buenísimo.

Eres preciosa.

Me encanta cuando estás dentro de mí.

Te comería.

Estás ardiendo.

Y luego ya todo pasó, y sólo quedó la satisfacción, y la conciencia de amantes de la que ella antes había hablado. Tocarse ahora era más natural. Pero Amelia no le tocaba ninguna parte íntima, ella tenía sus manos sobre su pecho, concentrada en el latir de su corazón.

—Puede ser mejor —dijo él al fin, y ella se echó a reír.

—Lo sé—. Él sonrió de medio lado y suspiró.

—He visto algo extraño —ella lo miró a los ojos—. A ti y a mí... en una hamaca. ¿Tiene sentido eso? —Amelia sonrió traviesa, un poco sonrojada.

—Sí. Lo hicimos en una hamaca...

—Oh...

—Una vez. Sí. En una cabaña frente a la playa —él pestañeó varias veces recordando la visión. Efectivamente, aquello había sido cerca de la playa.

—Wow... Es asombroso... Yo... lo siento... parece que en el fondo había tenido dudas de lo que decías...

—No te preocupes.

—Entonces... Mi Dios... ¿Por qué no me hacen recordar todo? Sería mucho más fácil para los dos —Amelia sonrió encogiéndose de hombros.

—Para mí no cambian las cosas si tú recuerdas o no. Lo importante es que estás a mi lado—. Zack la abrazó fuertemente en la cama, y cerró sus ojos.

—Lo que me desconcierta, o abruma, o... lo que me hace realmente feliz es que... allá... me elegiste a mí.

—Lo haría cien veces... si cien veces naciera—. Él volvió a quedarse en silencio al escuchar aquello, y ella volvió a reír—. Acabas de tener un deja vú.

—Sí... es tan extraño.

—Tal vez algún día lo recuerdes. Tal vez... lo sepas todo.

—Sí. Tal vez.

—Pero mientras tanto —dijo ella moviéndose y poniéndose a horcajadas sobre él— haremos nuevos recuerdos—. Verla sobre él fue increíble para Zack.

A lo largo de su vida, había tenido a varias mujeres en su cama, unas más desinhibidas que otras, pero definitivamente Amelia era la más hermosa de todas. Sabía que era segura de sí misma, decidida y sexy, pero conocer también lo apasionada que era lo llenaba de alegría y satisfacción. De inmediato atrapó sus senos con ambas manos y empezó a masajearlos con suavidad, se los metió en la boca y los chupó y acarició con la lengua por largo rato, mientras ella cerraba sus ojos y disfrutaba de sus atenciones. Zack

la penetró con un dedo y la acarició suavemente, mordisqueaba sus labios, la piel de sus hombros; la abrazaba y la adoraba. La puso de espaldas en la cama nuevamente y se dedicó a besar cada rincón de su cuerpo, cada recoveco, cada curva.

Amelia lo buscó con su mano y lo apretaba moviéndola de arriba abajo para enloquecerlo, para que parara esta tortura, pero este Zack tenía muchísima más experiencia, sabía dominarse mejor, y alargó el placer hasta que ella ya casi lloraba y rogaba, y sólo entonces se permitió darle alivio y entró en su cuerpo para llevarla al éxtasis. Amelia se corrió nomás tenerlo dentro. Y luego se corrió otra vez cuando él empezó a acelerar.

Así que pudo ver cuando él llegaba a su cima y enloquecía. La penetraba con fuerza, con toda la locura de su deseo desenfrenado. Le había dado rienda suelta a su más profunda pasión y aquí lo tenía, precioso, único, sublime... dentro de ella una y otra vez.

Qué bella era la vida.

Lo sintió correrse dentro de ella, inundarla, bañar todo su interior. Esta vez no hizo cálculos de sus días fértiles, pues no quedaría embarazada, pero se sintió bien, como si la llenara de vida, estableciendo con ella una conexión que sentía que se había perdido. Se perdió ayer, cuando lo vio vacío y cubierto con una sábana en ese frío hospital, y hoy, desnudos los dos otra vez, unidos en más sentidos de lo que podían explicar, se restablecía.

Así debía ser. Así era perfecto.

Cuando al fin terminó, Amelia lloraba. No sólo estaba feliz su cuerpo por todas las atenciones que él le había dado en menos de dos horas. Su alma estaba en paz, contenta, completa.

—¿Amy? —la llamó él cuando advirtió sus lágrimas, brillante de sudor, con la voz agitada y el corazón latiendo terriblemente acelerado.

—Lo siento —susurró ella—. Es que... no puedo evitar... —ella se acercó más y pegó sus labios en el hueco de su garganta, los dejó allí, donde su pulso latía con fuerza, y no pudo más que sonreír—. Te amo tanto.

—Y yo a ti.

—Desearía pasar la eternidad aquí.

—Sí... —sonrió él, separándose de ella con sumo cuidado y dejándose caer a su lado sin perder el contacto, pues Amelia de inmediato se apoyó en su pecho—. Pero el tiempo... no espera a nadie —al oír eso, Amelia se espantó, y se alejó de él mirándolo con miedo—. ¿Amy? —ella no dijo nada, sólo miró en derredor como si esperara ver a alguien más. Zack se empezó a preocupar,

y le tomó un brazo volviéndola a acercar—. ¿Está todo bien?

—¿Por qué has dicho eso?

—¿Qué cosa?

—El tiempo. El tiempo no espera a nadie.

—Es un decir... Un dicho popular, y también está en varias canciones.

—Cuáles.

—Pues... Unas cuantas... una de Freddie Mercury lo dice, es muy vieja, pero...

—¿Time?

—Sí. No imaginé que la conocías.

—Tú me hiciste conocerla, y escucharla muchas veces... allá, en la línea iluminada. Y cada vez que la oía, algo pasaba, algo... algo no siempre bueno.

—No va a pasar nada. ¿Qué podría pasar? —ella cerró sus ojos, y Zack la abrazó de nuevo. Ella volvió a caer a su lado en la cama tranquilizándose. La frase en sí no tenía poder, se dijo. Sólo era una verdad, una realidad.

Cuando la calma al fin llegó a aquella habitación, Zack salió de la cama. Ella dormitaba sobre su colchón, y deseó poder quedarse allí mucho rato más, pero estaba famélico.

Tomó el teléfono y en voz baja pidió servicio al cuarto. Buscó ropa para cubrirse un poco y se sentó en el colchón mirando a Amelia dormir. Qué bonita era.

Se veía completamente relajada, y no pudo más que sonreír de pura autosatisfacción. Él la había dejado así.

Cuánto tiempo deseando esto, y había ocurrido de la manera más loca que jamás imaginó.

No pudo evitar inclinarse a ella y besar la piel de su hombro, tan suave y cálida, y ella, al sentirlo, volvió a abrir sus ojos oscuros y a mirarlo con una expresión llena de paz.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó él, y Amelia frunció delicadamente su ceño un poco perdida por la pregunta—. Ya tenía pensado quedarme en San Francisco... Tengo muchas cosas que hacer, y admito que no contaba con... con lo nuestro, pero ahora que lo tengo... hay que hacer unos cuantos ajustes en el plan—. Amelia respiró hondo moviéndose en la cama, despertando del todo, y elevó su mano para tocar su barba.

—Lo quiero todo contigo —él sonrió feliz, y volvió a inclinarse a ella para besarla—. ¿Por qué te pusiste ropa? —se quejó ella tratando de meter la mano debajo de su camisa. Zack no pudo evitar reír.

—Porque no quiero recibir al botones en bolas.

—Qué importa. Cubrir tu precioso cuerpo es un sacrilegio.

—Ya me estás asustando —bromeó él cubriéndose el pecho con ambos brazos, y Amelia no pudo evitar reír.

El timbre de la puerta sonó y él fue a atender. Regresó con un carrito de comida que puso delante y Amelia recordó entonces que ella también tenía hambre.

Desayunaron entre risas y bromas. Al terminar, él le propuso salir de la habitación para tomar un poco el sol y ella aceptó más bien a regañadientes. Se fueron a caminar por las calles de San Francisco que por la temporada se llenaba de turistas, y aunque ambos sabían lo tedioso que podía ser, esta vez todo fue diferente.

Iban por la calle tomados de las manos, reían por cualquier tontería, se besaban sólo porque sí, y avanzaban sin rumbo por las calles. Se tomaron fotografías, y Amelia fue feliz al tener de vuelta la tecnología de los teléfonos inteligentes y todas las redes sociales. Subió una foto a Instagram y de inmediato todas sus amistades empezaron a hacerle preguntas.

Y también un tal Jerry, que Amelia no recordó. Parecía sumamente molesto por la foto de ella besando la mejilla de Zack. ¿Qué le pasaba a ese tarado?

Hasta que recordó que ella tenía novio.

Miró a Zack sumamente avergonzada. ¡Ella le había sido infiel a su novio con Zack!, ¡y el pobre se estaba enterando por su descarado en las redes!

¡Amelia Ferrer, una maldita infiel!

Zack sólo se reía.

—No es tu culpa —le decía—. Hacía nueve años que no lo veías.

—Soy una maldita —se reprendía a sí misma—. Me he convertido en lo que más detesto sobre la tierra.

—No te des tan duro.

—¿Ahora cómo le explico?

—Llámalo. No puedes decirle la verdad, pero merece una explicación —ella, profundamente mortificada, buscó en su teléfono el número de Jerry. Extrañamente, él le contestó, pero sólo para decirle lo mala mujer que era y para dar por terminada la relación. Amelia si acaso logró articular un lo siento, pues estaba furioso.

—Esto es terrible. No lo he recordado y he lastimado sus sentimientos. Me siento tan mal.

—Anoche me dijiste que, de todos modos, pensabas terminarle —Amelia

lo miró un poco confundida, y él sólo se encogió de hombros—. Ya veo que no lo querías ni poquito.

—Sí lo quería... —dijo estirando un poco sus labios, y Zack elevó sus cejas, interrogante—. Bueno... me caía bien... No recuerdo por qué estaba con él, pero creo que era porque lo pasábamos bien... Diablos.

—Tranquila... —Amelia respiró hondo.

—En fin... La relación no iba tan avanzada, y como tú dices, yo pensaba terminarle. Le llevo ocho años, encontrará a alguien más.

—¿Ocho años?

—Sí. Es un niño.

—No sabía que salías con alguien tan menor —Amelia se miró las uñas.

—Disculpa, a mis treinta y seis, todavía conservo lo mío—. Él volvió a reír, y la abrazó por la cintura proponiéndole volver al hotel.

Fue un día maravilloso, ensombrecido solamente cuando Zack recibió una llamada de Vivian. Él le mostró en la pantalla el número de ella, que seguía timbrando a pesar de que ya se la había rechazado dos veces, y Amelia entrecerró sus ojos.

—Contéstale —le dijo—. Sólo para ver qué quiere—. Zack le hizo caso y puso el altavoz. De inmediato se oyó la voz de Vivian preguntándole a Zack cómo estaba.

—Te he estado llamando largo rato. ¿Por qué no me contestabas? —preguntó ella, y Amelia hizo rodar sus ojos.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—¡Me preocupé! —exclamó Vivian, y Zack miró el teléfono con extrañeza.

—¿Tú, preocupada por mí? —hubo un silencio, y sólo se oyó a Vivian suspirar.

—Tuve un sueño horrible contigo —dijo Vivian, y Amelia hizo un gesto de sorpresa—. Me preocupé, fue tan vívido... Yo...

—No sabía que soñabas.

—No seas así. El asunto es que te vi... que sufrías un accidente y morías...

—Y era tu culpa —señaló Amelia haciéndose oír, Zack la miró interrogante.

—¿Quién habla? No me digas; ¿ya tienes a otra?

—No seas tan mal nacida, maldita perra del infierno —siguió Amelia—, que tú tenías a otro antes de divorciarte.

—Gracias, Vivian, por tu preocupación —interrumpió Zack—. Pero como ves, estoy bien, no me he accidentado.

—Y no se accidentará. Él está bien, aunque no por ti. Perra— Zack cortó la llamada mirando a Amelia entre divertido y asombrado por todo el veneno que ella destilaba. Amelia respiró hondo como tratando de volver a su estado Zen—. Es que la odio —dijo ante la mirada de Zack. Él soltó una risita, y guardó el teléfono.

Si Vivian había tenido un sueño donde veía a Zack accidentado, pensó Amelia, no podía ser más que un recuerdo de la línea iluminada que había traspasado las líneas del tiempo para atormentarla. Si llamaba no era por su preocupación por Zack, sino por su sentimiento de culpa.

Cada vez estaba más segura de que lo que vio en ese accidente no era un producto de su mente; Vivian de verdad había estado allí.

Pero esto era un castigo tan pequeño para ella... Se merecía más, mucho más.

Ella había sacrificado muchísimo para estar en equilibrio. Todavía sentía un peso en el pecho al pensar en su padre, que aquí lloraba la muerte de su esposa. Se preocupaba por Damien, aunque el de aquí sólo estaba cosechando lo que había sembrado, y por Beverly, aunque también estaba sufriendo por haber desoído los consejos que tantas personas les dieran. El haber visto cómo eran de diferentes sus vidas en la otra línea del tiempo era casi un castigo, una carga muy pesada de llevar.

Miró a Zack, que ignorante de todo le proponía diferentes restaurantes para ir a almorzar, pues ya se había pasado un poco la hora.

¿La comprendería él cuando le contara la verdad? ¿Se haría cargo del significado que tenía su vida para ella?

—Quiero que me cuentes algo —le dijo él en los postres, y Amelia lo miró atenta—. Haciendo cuentas, toda tu experiencia en la línea luminosa...

—Iluminada.

—Eso. Haciendo cuentas, estuvimos juntos hasta hace... once años, más o menos.

—Así es.

—En ese entonces yo trabajaba en una empresa y ganaba más o menos bien. Estaba ahorrando para iniciar mi propio negocio. ¿Qué hacía allá? —Amelia sonrió, y empezó a contarle de qué trataba su proyecto. Zack la escuchó maravillado, pues, según la dirección que le estaba dando el Zack de la línea iluminada, tenía todo el potencial de, en este tiempo, ser un hombre muy rico y exitoso.

Él pareció tan maravillado que a Amelia le empezó a doler el corazón. Si

tan sólo allá las cosas hubiesen seguido bien, lo habría sido, pensó. Pero no. Un rayo se había atravesado en su camino.

—¿Por qué no fuiste a Cambridge? —le preguntó cuando ya volvían al hotel. Cada uno llevaba un helado en la mano, comprado en un carrito callejero—. Tuviste la oportunidad y la despreciaste. ¿Por qué elegiste Sacramento? —él le dio un mordisco a su helado, que era su particular manera de comerlo, y se quedó mirando a lo lejos como si pensara en aquello.

—Pensé que, si aceptaba, estaba limitando las posibilidades de Damien y Catherine. Cambridge era muy caro.

—Pero nunca le preguntaste a tu padre si él podía cubrir ese gasto.

—No. No lo hice. Si hubiese dialogado eso con papá, tal vez me habría obligado a ir.

—Sí, seguramente—. Zack la miró de reojo. No quiso contarle que también ella había sido una razón; había preferido permanecer cerca, buscar su cuarta oportunidad, pero no quería ponerle más carga sobre los hombros. Ella, que sabía todo lo que podía ser y no fue por sus decisiones, ya tenía suficiente.

Hablaron mucho ese día. Ella le contó muchas cosas de la línea iluminada, de Cambridge, de su proyecto que le mereció una beca. Le contaba de lo emprendedor y seguro que era ese Zack, y cómo había conocido a Vivian.

Él entonces le contó de sus planes de empezar de nuevo, y cómo esta mañana había despertado decidido a declarársele, no importando si ella lo rechazaba y perdía su amistad.

—Hasta anoche pensaba... que no podía perdonarte lo de Damien. Es decir... creo que tenía ese resentimiento contra ti. Lo elegiste a él por encima de mí.

Amelia no pudo más que comprenderlo, y suspiró terminándose su helado.

Regresaron al hotel, y al pasar por el lobby, Amelia le propuso pasar la noche en su apartamento. Él le hizo caso, y tomó sus pocas pertenencias y canceló su habitación. El resto de sus cosas, según le contó él, habían sido enviadas a Paradise, a casa de sus padres. Cuando se estableciera de nuevo, las haría traer.

De esa manera, se fueron al apartamento de ella, mucho más grande y luminoso que su habitación de hotel, y allí, juntos, prepararon la cena, como solían hacer en la línea iluminada. Amelia, con cada hora que pasaba a su lado, se daba mayor cuenta de que, aunque este Zack era más maduro y experimentado, era, de todos modos, el mismo hombre, la misma esencia de la que ella se había enamorado.

Su sentido del humor, la manera de mirarla y rozarse con ella, esa necesidad natural de estar en contacto con su piel... era igual, y la hacía feliz.

—¿Cuándo le dirás a tus padres lo de Tommy? —preguntó ella mientras lavaban los platos, y Zack la miró tenso.

—¿Lo de Tommy? —ella se mordió los labios. Ciertamente, con él nunca había hablado que Tommy realmente no era hijo suyo—. ¿Lo sabes? —Amelia tenía su mirada gacha, y él sonrió—. Nunca te lo dije aquí... y allá el niño no había nacido. ¿Cómo lo supiste?

—Lo dedujo... el Zack de allá. No es tuyo, ¿verdad? —él dejó salir el aire un poco ruidosamente y dejó el plato que tenía en sus manos sobre su soporte.

—No. No es mío.

—Ya ves por qué la odio tanto—. Él no dijo nada, y Amelia se acercó a él para abrazarlo. Hubiese querido poder consolarlo diciéndole que ella le daría hijos, pero no era tan fácil.

Otra vez, esa sensación de lo injusta que era la vida, de lo mucho que había perdido.

Otras personas lo tenían todo sin merecerlo, en cambio ellos dos todo lo habían tenido que luchar, y todo lo perdían con facilidad.

Ni siquiera con los milagros que les habían hecho vivir, ni siquiera deteniendo el tiempo y volviendo sobre él tenían una garantía de poder estar completos otra vez.

¿Era tan malo desear la plenitud?, se preguntó, ¿Tan egoísta era desearlo todo?, pero entonces él le tomó la mano y la condujo a su habitación para hacerle el amor durante toda la noche, y Amelia olvidó momentáneamente sus reclamos al cielo.

Los dos tendrían que lidiar con las nostalgias de las cosas perdidas, y empezar a planear la vida que los esperaba. A pesar de todo, esta era una nueva oportunidad.

Poco a poco, tendría que acostumbrarse a que su estancia en la línea iluminada no era más que un sueño muy bonito con final trágico, y que, como todos los sueños, poco a poco van desvaneciéndose de nuestra memoria.

¿Se desvanecerá?, preguntó Él, y ella bajó la mirada en una reverencia.

Mi señor, lo saludó. *Tú lo sabes*. Él sonrió.

Tienes otra misión esperándote. No los hagas sufrir ni esperar demasiado. Corta las cadenas pronto, demasiadas pruebas debilitan el corazón.

Así lo haré, mi Señor. Él se desvaneció, y ella sólo pudo sonreír mientras

se preparaba para el siguiente paso.

No, no quería debilitar estos corazones. Todo lo contrario.

—¿Qué significa esto? —le gritó Catherine a Zack por teléfono muy temprano en la mañana, mientras Amelia desayunaba un delicioso omelette preparado por él. Ella se preparaba para ir a trabajar, y él, para buscar un apartamento donde mudarse, y al parecer, Catherine había revisado las redes esta mañana y se había dado cuenta de lo de Zack y Amelia.

Zack puso el altavoz para que también ella escuchara, y ésta no pudo menos que sonreír ante el alboroto de su eterna cuñada.

—¿Estás en contra? —le preguntó, y Catherine volvió a gritar.

—¿Estás loca? ¡Claro que no! Ah, el destino quiere que Amelia Ferrer sea mi cuñada, no importa cómo —Amelia se echó a reír—. Estoy encantada, ¡feliz! Hacía milenios no le veía esa sonrisa a mi hermano —Zack sólo meneó su cabeza sonriendo, y Amelia suspiró, porque él, con sus rizos rojos y ojos gris pálido era una cosa muy hermosa de mirar por la mañana.

También Penny la llamó, aunque ella hizo menos alboroto.

—Eres dueña de tu vida, tienes todo el derecho a ser feliz con quien así lo deseas. Te deseo mucha felicidad, hermanita —Amelia sonrió emocionada.

Almorzó con Zack, y abusó un poco de su poder para salir más temprano esa tarde y pasarla con su novio. Él había logrado decidirse por un apartamento muy bonito, amplio, y luego de verlo y firmar unos cuantos documentos, cenaron fuera.

Otra vez la noche llegó, y Amelia no pudo evitar sentir que el tiempo iba demasiado rápido.

Detente, quiso decir cuando, desnuda y en su cama, miraba a Zack dormir. Esperanos; haznos ese favor.

Pero la seguridad de que el tiempo no esperaba por nadie le estrujaba el corazón.

—Zack —lo llamó, y él casi dio un salto, pues había estado cayendo en la profundidad de su sueño. Amelia sonrió burlona, y él se quejó atrayéndola a su pecho—. Me contaste una vez que estabas enamorado de mí desde los once—. Él abrió sus ojos y la miró fijamente—. ¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Qué te impidió acercarte a mí? —él hizo una mueca, y se pasó una mano por los ojos tratando de despabilarse.

—Fue una tontería —contestó y respiró hondo—, y créeme, me arrepiento mucho de eso.

—Cuéntame —él hizo un gruñido con su garganta, y Amelia tuvo que engatusarlo para convencerlo. Lo vio bostezar y secarse las lágrimas que la pereza traía a sus ojos.

—Tenía... catorce años, creo —empezó él al fin—. Supe de tu cumpleaños y... quise sorprenderte con un regalo. Y me confesaría. Ese era mi plan —Amelia sonrió.

—¿Qué regalo era?

—Un cassette —contestó él con un suspiro—. Había compilado y grabado en un cassette un montón de canciones bonitas.

—Oh... ¡Qué hermoso! Pero sí me lo diste... Sólo que en mi cumpleaños diecisiete —él elevó sus cejas un poco sorprendido.

—Parece que allá hice ciertas cosas que estaban destinadas a pasar. Me cae bien ese Zack —Amelia se echó a reír, y le pidió que le siguiera contando. Zack así lo hizo—. Te busqué a la salida de la escuela, iba muy contento con mi regalo... Recuerdo que tú estabas hermosa, y te vi al otro lado de la calle hablando con tu amiga dispuesta a irte a casa, así que me apresuré y crucé la calle—. Amelia lo miró atenta, nerviosa—. Había llovido —sonrió él—. Marzo lluvioso, y al pasar, un auto levantó una estela de agua que me bañó todo.

—¡Oh, no! —rio ella cubriéndose la boca con la mano—. Lo recuerdo, ahora lo recuerdo. Quedaste hecho un asco.

—Y empezaste a reírte.

—¡Ah, es cierto! Cuánto lo siento.

—Quedé muy avergonzado. Todo el mundo se reía, y yo quedé con mi regalo echado a perder en mis manos, empapado, y rojo de vergüenza.

—Lo siento tanto.

—Pero eso no me detuvo. Me frenó, pero no me detuvo. Y tiempo después, cuando imaginé que ya no te acordabas de la escena del charco, lo volví a intentar. Pero te escuché decirle a tu amiga Beverly cuál era la lista de chicos guapos de la escuela. Damien encabezaba la lista... y yo ni siquiera figuraba, así que volví a desanimarme—. Amelia tragó saliva—. Y, aun así —siguió él — volví a intentarlo, pero entonces... te vi besarlo en la parte trasera de un restaurante, un domingo que tu familia y la mía coincidieron yendo al mismo —Amelia abrió grande su boca por pura sorpresa—. Fueron tres intentos, Amelia —siguió él—. Al tercero no sólo me rendí, sino que mi corazón quedó

un poco lastimado. Yo sabía que Damien no te merecía, pero... nunca pude siquiera imaginar todo el daño que te haría. Lo siento. Debí intentarlo una cuarta vez.

—No —susurró ella volviendo a abrazarlo—. Así estaba escrito que sucedería—. Él sonrió, y otra vez sintió la mano de ella sobre su pecho, con toda la palma abierta. Ella parecía encontrar calma en el latido de su corazón, y suspiró cerrando sus ojos.

—No me considero viejo —dijo en voz baja—. Todavía tenemos juventud por delante, pero no sabes cómo me hubiese encantado poder estar contigo desde antes...

—Lo sé —contestó ella cerrando sus ojos.

—Prometo que en nuestra próxima vida seré más valiente— Ella sonrió.

—Tal vez, en la próxima vida, no llueva... no haya un auto entrometido... ni rayos, ni accidentes.

—No hubo rayos —murmuró él quedándose dormido—. Sólo un charco—. Amelia no pudo más que sonreír con cierta tristeza. Mañana, mañana le contaría todo... ella también estaba cansada, agotada por todo lo que le había ocurrido las últimas cuarenta y ocho horas, así que también fue cayendo en un sueño profundo, casi narcótico, pero con los latidos del corazón de Zack resonando a través de la palma de su mano.

Todo se fue volviendo oscuro y silencioso, la total calma, y aunque la negrura la invadía, no sintió miedo.

Sintió que caminaba a través de esta niebla de oscuridad, era tan densa que casi podía palparla. Iba descalza, supo, porque de repente sintió arena bajo sus pies. Arena... como si estuviera en una playa.

Allí estaba. El mar agitando sus olas contra la tierra, intentando rebasar una y otra vez la barrera que se le había impuesto millones de años atrás. La brisa agitó sus cabellos y Amelia miró en derredor haciéndose sombra con la mano, pues la luz la había invadido por todos lados. Miró atrás y ya no había niebla, ni lo que parecía ser un túnel a través del cual había llegado aquí.

¿Qué estaba pasando?, se preguntó.

Giró su cabeza en todas direcciones preguntándose dónde estaba, o lo que era más importante: cuándo estaba.

—¿Y Zack? —preguntó, buscándolo. Pero no lo vio a su lado, y empezó a asustarse—. ¿Zack? —llamó de nuevo.

Echó a correr a lo largo de la playa, y vio un montículo que le pareció muy conocido. ¡Estaba en la misma cabaña donde ella y Zack se habían besado por

primera vez! ¿La estaban devolviendo a este momento?

¿La habían devuelto a la línea iluminada? ¿A la cabaña?

Volvió a correr, con el corazón latiendo locamente, y subió el montículo desde donde sabía que vería la cabaña. Pero allí no había nada. Sólo más arena, y más allá, otra vez, la playa. Esto era una isla.

—¿Hola? —llamó—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Anciana? Diablos, no sé su nombre. ¿Hay alguien allí? —gritó con fuerza, pero no hubo siquiera eco. Sólo el rumor de las olas chocando contra sí mismas.

Debe ser un sueño, se dijo, y como una niña, se provocó dolor pellizcándose, pero dolió y, además, todo se veía demasiado nítido como para ser producto de su imaginación. No estaba soñando; de verdad estaba aquí.

Y estaba sola.

¿Qué estaba pasando? ¿De qué se trataba esto? ¿Por qué no estaba Zack aquí? ¿La iban a separar de nuevo de él?

No, no, por favor, rogó, empezando a asustarse, a angustiarse. Ya no más, esto es sádico, inhumano. Ya no más...

Y entonces la vio.

Una niña, una hermosa pelirroja, con su cabello larguísimo y ondeando al viento. Estaba sentada mirando fijamente al mar, y sonreía como si no necesitara nada más en la vida para ser feliz. Amelia la miró atentamente por largo rato, encontrándola preciosa, la personita más hermosa que jamás vio, y su corazón se agitó de pura alegría, orgullo... aunque no sabía de dónde podían provenir esas emociones.

Se acercó a ella paso a paso y la niña, que entraba ya en la adolescencia, la miró con sus ojos azules y luminosos.

—Es un placer conocerte —le dijo, y otra vez el pecho de Amelia se agitó.

—¿Quién... quién eres? ¿Eres un ángel? —la niña rio.

—No lo soy. Diablillo... es la manera como me llaman a veces. No tengas miedo. Has venido aquí por una razón.

—Lo siento si no te hago caso, pero cada vez que ocurren estas cosas... sobrenaturales, desaparece la garantía de que todo estará bien.

—Quiero mostrarte algo —dijo la niña poniéndose en pie de un salto, con toda la energía que caracterizaba esa edad, y le extendió a ella la mano para que se la tomara. Amelia, con cautela, le extendió la suya, y al rozarse sus dedos, una fuerte electricidad atravesó su cuerpo.

—¿Qué eres? —preguntó ahora, queriendo soltarse, pero la niña la tenía fuertemente asida.

—Vamos —dijo la niña, sin contestar—. El futuro es para los valientes; hoy vas a conocer el porqué y el cómo de todas tus batallas—. Y sin agregar nada más, echó a andar, y Amelia no tuvo más remedio que seguirla.

El porqué y el cómo. Sonaba interesante.

De pronto estuvieron en un pasillo muy largo. Era ancho, cabían al menos tres personas tomadas de las manos, y Amelia vio que había muchas puertas, separadas la una de la otra con dos metros de distancia, o menos. Las puertas estaban ubicadas a cada lado del pasillo, y ellas anduvieron por largo rato, y no llegaron a doblar por ninguna esquina, ni encontraron su final.

—¿Qué es este lugar?

—La vida —dijo la pequeña con una sonrisa traviesa. Amelia notó que era delgada, lucía una simple blusa con un short jean blancos. Parecía morena por el sol, y unas pecas sobre su naricita la hacían ver traviesa y preciosa.

—¿La vida? —preguntó, centrándose de nuevo en las puertas. La niña se detuvo al fin y abrió una de las puertas, pero no entró, sino que esperó que Amelia lo hiciera para seguirla.

—Cada puerta es... una elección —dijo la niña avanzando con ella aún de la mano, y Amelia se vio entonces en una calle. Frunció el ceño. Esta calle ella la conocía, era la calle frente a su escuela primaria.

Se cubrió la boca con ambas manos cuando divisó a Zack cruzando la calle, un auto pasó pisando un charco, y bañó al adolescente con el agua sucia.

Atravesaron otra puerta y estuvieron de vuelta al pasillo principal.

—Esa que acabas de ver, es la que tú llamas la línea oscura. Es una línea muy especial, porque tú la cambiaste y la duplicaste, pero te voy a enseñar otras líneas, otras que nunca escuchaste, y de las que nunca supiste.

—Otras... ¿Otras líneas? —Estuvieron ante otra puerta, y al atravesarla, Amelia se vio de vuelta en la calle frente a su escuela primaria. Otra vez Zack acercándose a ella con el cassette envuelto en papel regalo en la mano, pero esta vez, alguien pasó a su lado y le advirtió de sus cordones desatados. El joven se inclinó para atarlos, y el auto pasó levantando la estela de agua, y Zack quedó a salvo del charco al otro lado de la calle. Cuando se acercó al fin, estaba seco, limpio, y nadie se burló de él.

Aquí, Amelia recibió el regalo de Zack con una sonrisa, toda sonrojada. Sí, sonrió mirando al par de niños; así habría reaccionado ella si un chico mayor le hubiese dado un regalo por su cumpleaños.

Lo vio todo como de un tirón. Ella acercándose luego a Zack por lo hermoso del regalo, y él hablándole de la música que había pensado que le

gustaría; ellos dos haciéndose amigos, separándose por su temporada en Cambridge, y volviendo para hacerse novios y casarse.

Y estuvieron de vuelta al pasillo.

—¡No, espera! —protestó Amelia.

—No puedes quedarte —le dijo la niña—. Hay muchas líneas por ver, mira:

Otra vez, Zack acercándose a ella para darle su regalo, pero esta vez no fue alguien que le avisó de sus cordones desatados, sino que se cayó de bruces por pisarlos. Algunos se rieron de él, pero el adolescente sólo tenía su mirada en Amelia, y al darse cuenta de que ella no había advertido su torpeza, se levantó, se sacudió la ropa y avanzó.

En otra puerta vieron que Zack no logró darle el cassette, pero cuando se acercó después y las escuchó hablar de lo guapo que era Damien, alguien del grupo de niñas de repente agregó que no era para tanto, que no le gustaban los rubios, y Amelia se echaba a reír y decía que pensaba lo mismo, y Zack sonrió, y se le acercó, y de ahí en adelante, estuvieron juntos. Y así en una puerta tras otra.

En algunas, Zack no iba a Cambridge, sino que se quedaba en Sacramento. En otras, se ponían de acuerdo para ir a una universidad en San Francisco. En una línea de tiempo vio que ella se quedaba embarazada antes de terminar la universidad y sus padres le hacían exactamente el mismo show que a Penny, pero Zack le ayudaba a terminar la carrera y seguían adelante juntos.

En casi todas moría su madre muy pronto. En muy pocas, Damien hacía de su vida un desastre, y, por el contrario, en la gran mayoría, Beverly se arrepentía de haber elegido a Lewis. Pero en todas, todas esas líneas de tiempo que logró ver, ella y Zack estaban juntos.

—Espera... —dijo ella deteniéndose en el pasillo, y se apoyó en una de las paredes tratando de recobrar el aliento. Habían estado corriendo, o eso sentía, y las imágenes se sucedían rápidamente ante sus ojos como si estuviese dentro de una película que es adelantada a su máxima velocidad.

Pero más que ver, podía sentir, siempre podía sentir las emociones de todas esas vidas. Y era increíble, hermoso, revelador y a la vez espantoso.

Desde siempre, había creído que sólo hay una vida, una elección, un camino; luego, pensó que, al menos en su caso, había podido tener dos, dos vidas, dos elecciones diferentes. Y ahora se daba cuenta de que no, que las posibilidades eran tan infinitas como estrellas hay en el universo. Cualquier cosa podía cambiar el rumbo, un charco de agua, unos cordones desatados, el

arranque de una amiga de decir exactamente lo que piensa...

Se podía cambiar el rumbo, el camino, pero el destino, no tanto, porque en la mayoría de esas vidas no importaba qué, Zack y ella terminaban juntos excepto en la línea iluminada, donde él moría en un accidente de auto, y la línea oscura.

—¿No quieres ver más? —preguntó la niña ladeando su cabeza y mirándola apremiante—. Nos faltan unas cuantas.

—¿Cuántas son?

—Me dijeron que te mostrara cien.

—¿Cien?

—Sí. En noventa y nueve de ellas, tú tienes al amor de tu vida—. Amelia se echó a reír.

—¿Noventa y nueve? Ni en la línea oscura, ni en la iluminada pude estar con Zack. Y es de donde yo vengo.

—Es la Amelia que más ha llorado de todas.

—¡Las otras Amelias nunca lloraron!

—Sí, sí lo hicieron. Pero por razones diferentes. Ven, no te quedes ahí. ¡Ven conmigo! —dijo la niña otra vez, pero con más entusiasmo aún—. Hay algo que quiero que veas.

La arrastró de nuevo hacia otra puerta, y allí Amelia se vio a sí misma brindando con Tess y Heather en aquel bar. Era la Amelia de antes de viajar al pasado, la que tenía mil cicatrices en su alma, la que se reprochaba mil cosas.

—Estamos en la línea oscura, antes del salto.

—Así es. Mira—. Amelia miró atentamente al Zack ebrio que le decía que la quería, a ella dejarlo en el hotel, e irse a dormir, y despertar para ir a trabajar como todos los días.

—¿Me estás mostrando... cómo habría sido si no hubiese viajado al pasado? —la niña asintió con una sonrisa.

Vio que pasaban los días, y ayudó a Zack a buscar apartamento, a mudar sus cosas desde Paradise, y un día... Un día simplemente Zack no pudo más y le besó los labios. Amelia lo miraba sorprendida, casi molesta, pero él no se disculpó, ni se retractó.

—Te amo más que como amiga. Lidia con eso —le dijo él, y le dio la espalda alejándose.

Demoró semanas sin verlo, ni hablarle, supremamente confundida.

¿Zack enamorado de ella? Se preguntaba. No, no le era posible asimilarlo. Era demasiado raro, ¿cómo podía ella estar con su ex cuñado?

Y dejó pasar el tiempo, casi un año, y durante ese tiempo, típico de ella, pretendió que nada pasó. Zack la llamaba, la buscaba, le pedía salir juntos, pero ella seguía poniendo distancia, ignorando sus mensajes, diciéndose a sí misma lo raro que era que siquiera se le ocurriese juntarse con él. Pero luego lo volvió a ver, y él estaba con otra mujer.

—No me amabas tanto si ahora sales con otra —le espetó, entre burlona y ofendida.

Sí, suspiró. Así de contradictoria era ella.

—¿Qué tipo de celos son esos? —le preguntó Zack sin aclararle quién era la mujer con quien lo había visto.

—No son celos. No sabía que fueras tan creído.

—Me divorcié hace más de un año, ¿no tengo derecho a rehacer mi vida?

—¿Rehacer tu vida? ¿Estás pensando juntarte con esa... desabrida?

—¿Por qué no te gusta? Estás celosa.

—No seas tan creído.

—De acuerdo —dijo él, alejándose, y ella al ver de nuevo su espalda se fue enfadando, pero su enfado terminó en lágrimas.

Por qué, ¿por qué le molestaba que Zack estuviese con otra?

—Porque me enamoré de él —contestó la Amelia de ahora, la que saltaba entre líneas de tiempo a través de las puertas de un pasillo infinito. Se cubrió los labios mirando cómo la otra Amelia reventaba de celos en una fiesta en la que coincidieron y tomaba a Zack y lo besaba. Pero habían pasado ya dos años desde que él se divorciara, había dejado pasar todo ese tiempo.

Sin embargo, al final, también en esta línea, la que ella insistía en llamar oscura, ella se quedaba con Zack. Un poco tarde, a sus treinta y ocho, pero con él.

Otra verdad que tenía más que clara era que preguntarse “qué hubiera pasado si” no tenía sentido, pues nunca se sabría, pero ella lo estaba viendo, estaba viendo todos los “y si” que jamás se le ocurrieron.

Se echó a reír. Rio y rio hasta que sus lágrimas saltaron.

Qué tonta era, qué alivio saber esto.

Estaba viendo cumplirse su promesa: si cien veces naciera, cien veces se enamoraría de Zack. No importaba el orden de los acontecimientos, o el momento, Zack siempre estaría con ella.

Pero ella había alterado esta línea, y había pedido ser enviada al pasado, y había trastornado todo.

Y tal vez por eso Zack había muerto en ese accidente, pensó, tratando de

hallarle lógica. Se había resquebrajado el muro de la normalidad, y él había salido víctima de ese caos. Los dos habían sido víctimas.

—Entiendo —dijo con humildad, secando sus lágrimas—. He comprendido, lo juro. Entiendo y acepto mi vida tal como es. Ya no... me lamentaré más por nada, no desearé más volver al pasado para cambiar las cosas. Hoy, asumo que no tengo el control de todo, y que lo haré bien con los aspectos de mi vida en que sí lo tengo. Soy sólo una hoja al viento —comprendió— Debo confiar en que ese viento me llevará a un buen puerto.

Y al decirlo, ya no estaba más en un pasillo, sino en una sala y frente a un espejo que la reflejaba completa. Se dio la vuelta y vio otros espejos más, muchos, pero la Amelia de cada espejo era diferente, y la miraban y le sonreían. Se acercó a uno de los espejos, que parecían más bien ventanas a otras realidades, y miró todos sus reflejos. Una de esas Amelias tenía el cabello muy corto y rubio, otra estaba un poco pasada de peso, y otra, al contrario, muy fitness. Las fue conociendo de una en una, cada una de ellas entregándole su sabiduría y sus experiencias, le hablaron de la maternidad, porque muchas de ellas eran madres, y le transmitieron sus mejores y peores recuerdos.

Qué extraño, y qué maravilloso. Una reunión consigo misma; no tenía otro modo de llamar este evento de su vida.

—¿Así es con todo el mundo? —preguntó—. ¿Todos tenemos múltiples yo viviendo otras vidas en otros mundos? —nadie le contestó, pero Amelia imaginó que sí. Dudaba que ella fuera un caso especial, aunque saber y experimentar esto ya la hacía a ella alguien único.

Y cuando ya no hubo más Amelias con las que hablar, volvió a la playa, y a lo lejos vio a Zack. Corrió a él, pero cuando se detuvo, vio que él seguía a la misma distancia, lejos. Echó a correr de nuevo, pero nada que se acercaba a él, y al fin lo comprendió.

—¿Y ahora qué? —gritó, y la niña estuvo a su lado otra vez.

—No puedes tocarlo aquí.

—No voy a... —se detuvo. Sí, sí que quería tocarlo, y entonces imaginó que eso era lo que evitaban. A ella le era imposible ver a Zack sin sentir de inmediato esa urgencia de tocarlo y besarlo, e imaginaba que en este plano no se admitían esos pensamientos calenturientos.

—Entonces... quiero volver a la realidad. Por favor.

—¿A cuál realidad? —preguntó la niña, y Amelia, que tenía sus ojos fijos en Zack como si temiera perderlo de vista, se extrañó.

—¿Cómo que...? ¿Puedo elegir la realidad a la que regresar? —la niña se encogió de hombros, y Amelia volvió a mirarlo—. No importa —dijo—. No importa a dónde me lleves. De todos modos... estaré con él. Él me acepta... siempre me ha aceptado tal como soy. No hay amor más grande que el que recibes sin importar las circunstancias, pues estas son cambiantes. Si alguien ama tu alma, te encontrará, siempre te encontrará.

—¿Segura que no te importa? —preguntó la niña, muy extrañada, y Amelia asintió.

—Sí. Segura.

—Bien. Elegiré yo... me encanta mi pelo rojo.

—¿Qué? —preguntó Amelia, preguntándose qué tenía que ver una cosa con la otra.

Y de repente ya no estuvo más en la playa.

La noche oscura se abrió ante ella sobre un hilo de asfalto que pronto comprendió era una carretera. Rayos y relámpagos rasgaban el cielo negro en lo que parecía ser el inicio de una violenta tormenta, y pronto Amelia se hizo consciente de que tenía las manos sobre un volante. Conducía un auto mientras gruesas gotas de lluvia se estrellaban contra el cristal, e iba a una velocidad moderada hacia algún lugar mientras los limpiaparabrisas hacían su movimiento rítmico despejándole la visión.

Y Zack estaba a su lado.

Aquello rompió todo. Su mente pareció empezar a encajar mil datos en un microsegundo armando un enorme y complicado rompecabezas. Hundió su pie en la palanca del freno todo lo que pudo, y a pesar de que iba despacio, el auto patinó sobre la carretera mojada dando una vuelta en redondo, y luego media más, hasta que al fin se detuvo para quedar mirando en la dirección contraria a la que iban, al otro lado del carril. El corazón parecía querer salir de su pecho, y con miedo, asombro y maravilla, giró su cabeza para mirar a Zack.

Era él. Era el Zack de veintisiete años que había perdido hacía tan poco, el Zack cuyo cuerpo había visto por última vez en una sala de cirugía desprovisto ya de la mayoría de sus órganos vitales, el Zack que tanto lloró.

Y ésta... esta era la carretera en la que se habían accidentado, y ahora mismo, la mano de Zack estaba sobre el broche del cinturón de seguridad para quitárselo; tan sólo unos segundos después, un rayo caería en un árbol unos pocos metros al frente, y si no hubiese frenado a tiempo, él, por haberse quitado la seguridad del cinturón, habría salido disparado fuera del auto rompiéndose la cabeza y sufriendo una muerte cerebral.

No había dudas; éste era el momento previo al que se habían accidentado.

¿Qué estaba pasando ahora?, se preguntó. ¿Qué estaban haciendo otra vez aquí? Podría ser que...

No, demasiado loco, se contestó.

¿Pero acaso todo lo que le había sucedido en los últimos días no era lo más loco y estrafalario que jamás pensó vivir? Había viajado veinte años en el tiempo, vivido nueve años en una línea temporal alterna, y luego, regresó a la

primera línea, la línea oscura, para estar con Zack; pero mientras estuvo allí, tuvo una experiencia a la que ni siquiera podía ponerle nombre, pues había hecho un extraño viaje por todas sus vidas viendo todas las alternativas posibles según las diferentes decisiones que fue tomando a lo largo de los años, representadas cada una en una puerta, y luego le habían dicho que podía elegir a qué realidad ir.

Y ella le había dejado tan importante decisión a una niña que no podía tener más de once años.

Había creído que volver aquí sería imposible; esta era la línea que había generado caos, y, además, ella no habría querido hacerlo, pues no estaba Zack... sin embargo, aquí estaba él.

Lo miró comprendiéndolo, y él la miró a ella comprendiendo también. El conocimiento se reflejaba en los ojos gris azulado de su novio, su prometido, el amor de su vida; en esa mirada ella estaba leyendo que él lo sabía todo, que no sólo ella había visto el pasillo de las mil puertas, que, del mismo modo que ella ahora reunía la experiencia y los recuerdos de todas las Amelias que vio, él ahora era el Zack de todas aquellas vidas. Así que sí, él lo sabía todo.

Y estaban otra vez aquí, juntos, a salvo...

Sus ojos se humedecieron de inmediato por la alegría, la emoción, el alivio y todo un cúmulo de emociones que no era capaz de diferenciar. Estaban todas revueltas y la embargaban, y no era capaz siquiera de desabrocharse el cinturón para abrazarlo y besarlo, ni siquiera era capaz de hablar, era como si de repente todas las palabras se hubiesen escapado de su mente y sólo le era posible mirarlo, mirarlo, y mirarlo.

—Oh... Dios... —dijo al fin, con una lágrima rodando por su mejilla, y él extendió ambas manos a ella rodeando su rostro y se acercó más para unir sus frentes—. Me han devuelto... Nos han devuelto... a la línea iluminada—. Él temblaba, ella también temblaba. La conmoción era demasiada para sus almas, el momento tan singular que ni siquiera eran capaces de hablar de él, y sólo se quedaron allí con sus frentes tocándose, las manos de él sobre las mejillas de ella, respirando agitados y con sus corazones tan palpitantes—. Gracias —susurró Amelia, con sus ojos cerrados, extendiendo sus brazos para rodear a Zack por los hombros, temblorosa, llorosa, pero increíblemente feliz, sobrepasada, incapaz de comprender del todo lo que estaban viviendo, y, sin embargo, aceptándolo—. Gracias —dijo otra vez.

Pudieron haberla llevado a cualquier otra línea, pensó. Pudieron despertarla en cualquiera de las tantas que había visto en su extraño viaje con

aquella niña pelirroja. O a la misma línea oscura, como enseñanza de que no se podía tener todo en la vida, pero la habían traído aquí, aquí donde la mayoría de las cosas estaban bien, y justo antes del momento en que todo se echara a perder. Habían sido demasiado buenos con ella, y no se lo merecía, pensó; ella no se merecía tanta bondad. El regalo era tan inmenso que la hacía sentir pequeña, pero no se atrevía siquiera a cuestionar las razones por las que se lo habían dado.

Sintió que Zack secaba sus lágrimas y besaba su mejilla, y el arrebatado de humildad se fue transformando en alegría y en alivio y en amor por este hombre. Sentir su aliento, su toque, su aroma le estaba recordando todo lo que habían vivido en todas las líneas del tiempo. Lo tenía otra vez entre sus brazos, lo estaba tocando otra vez. Estaba aquí, con ella, y algo le decía que no se volverían a separar.

Y junto con ese conocimiento llegó el momento en que él se había enfrentado a la anciana, la misma que había visto ella. Fue algo así como una visión, y pudo verlos hablar; ella le avisaba de su muerte, así que le estaba haciendo una propuesta para evadir al segador de almas, pero él había preferido morir que llevarla de vuelta a la línea oscura.

Oh... Había pensado que nada la volvería a asombrar, que ya no le quedaba nada por ver. Y cuando creía que ya había visto todos los aspectos de Zack, el alcance de su amor por ella, entonces él venía y hacía esto. Lo apretó con más fuerza en su abrazo y besó su cuello cubierto por una bufanda.

—Tú...

—Oh, calla —la silenció él con voz risueña. Parecían estar pensando lo mismo, pero eso no la asombró demasiado. Rompió el abrazo y lo miró fijamente.

—No. Sabes lo que te voy a decir, ¿verdad? —él sonrió de medio lado.

—Por supuesto que lo sé, y quieres reprocharme... Pero yo también podría reprocharte... —Amelia lo calló con un beso. Aquí sí podía tocarlo y besarlo a su antojo, así que se esmeró en saborear sus labios, su boca al completo. Cada beso era más profundo que el otro, traía a sus mentes más imágenes de ellos juntos en mil ocasiones, recuerdos de otras vidas donde se hacían el amor, donde reían frente a una taza de café, al interior de una sala acogedora, o afuera en la playa, o en un parque, andando, o desnudos en una ducha...

Todos los Zacks y todas las Amelias por fin reunidos en un beso.

Zack respondió a su beso, completamente enamorado, fascinado por ella, por su valentía y por su arrojo. Ella era fuerte, la mujer más audaz que jamás

conoció. Había dejado su vida aquí, su mundo tan bien construido, y se había lanzado de vuelta a la oscuridad sólo por él. ¿Qué podía decir él ante eso? ¿Qué podía objetar?

Nada, se contestó, porque él había hecho lo mismo.

Y aquello que ahora veía como una especie de prueba con muchos obstáculos por fin había terminado, y sobre la mesa habían quedado varias verdades imposibles de evadir: el destino de ambos era uno solo, habían nacido para hacerse felices el uno al otro. No sabía si había algo más allá de eso, pero por el momento, era todo lo que necesitaba saber.

Y era la razón por la que Amelia había preferido volver a la línea oscura que perderlo a él. Ella parecía casi inmune a cualquier sufrimiento, menos a verlo a él recibiendo daño. Había preferido volver a la línea oscura, algo que él había intentado evitar, sólo por verlo vivo y sano otra vez, sólo por darle otra oportunidad.

—Te amo —le dijo, y ella lo abrazó más fuerte aún, y sollozó escondiendo su rostro en su cuello, lo que le hizo sonreír de pura ternura.

—Zack... eres el amor de mi vida —él sonrió.

—Lo sé, mi amor.

—Nunca... nunca más pienses que no.

—Oh, mi vida, después de esto... nunca pensaré algo así.

—Te amo tanto... tanto—. Él suspiró, repitiendo esas palabras y besando su mejilla, su oreja, su cabello. Siempre había sabido del amor de ella hacia él, lo sentía en su piel y en sus huesos, pero ahora estaba marcado también en su alma y aquello no tenía comparación.

En todas sus vidas ella lo había amado, sólo en la línea oscura, que ahora también él recordaba a la perfección, ella había elegido mal, a otro.

Sí, se había equivocado de Galecki, ninguno de sus intentos para acercarse a ella pudo llevarse a término, y en la vida de ella quedó un vacío que intentó llenar con el amor de Damien, pero este amor nunca existió, y por eso su vacío se hizo más y más grande, y luego, cuando al fin obtuvo su atención, ella estaba tan rota y destrozada que requirió de casi dos décadas para que al fin su corazón sanara.

Por su lado, él se había quedado con toda una carga de amor para dar, con tantos mensajes no dados, con tantos sueños no realizados, y también eligió a alguien más. De ese modo, los dos separaron cada vez más sus caminos, llevándolos a terrenos desiertos y desolados.

Pero al fin esos caminos convergían en un punto, sólo que a ella le

regalaron la opción de volver al pasado antes de que sucediese.

En todas, todas las líneas, rotos o no, desde niños, o adolescentes, jóvenes o viejos, siempre estaban juntos, y aquello era maravilloso, pero real. Tan real como ella entre sus brazos temblando de la emoción y la felicidad.

—También te amo —le dijo, y sonrió mientras el silencio los rodeaba.

El silencio, pensó. Tan sólo unos segundos antes hubo mucho ruido, ruido de relámpagos y de lluvia, ruido de las gotas chocando contra el cristal del parabrisas, pero ahora todo estaba en absoluta calma. Miró hacia afuera y entonces algo llamó su atención. Tocó un par de veces el hombro de Amelia para que también mirara, y ella lo hizo. Amelia se fijó en el parabrisas y más allá, afuera, y abrió grande su boca del asombro.

Al tiempo, salieron del auto hacia la lluvia, pero las gotas no caían, estaban todas suspendidas en el aire como perlas transparentes que brillaban gracias a las luces frontales del auto. Amelia sonrió mirándolas, y elevó sus manos para atraparlas como si fueran pompas de jabón.

—¿Qué está pasando? —preguntó, y entonces miró a Zack asustada—. No estamos soñando, ¿verdad? Esto parece más un sueño que la realidad—. Zack sonrió tomando una gota de agua que flotaba frente a él en la palma de su mano. Al moverse, las atravesaban, y éstas se quedaban impregnadas en su ropa.

—¿No has notado algo extraño?

—¿Además de que la lluvia no cae? —él volvió a reír.

—Sí, además. Es el tiempo. El tiempo no pasa —le señaló su reloj, y Amelia vio que la manecilla del segundero estaba quieta— El tiempo se ha detenido. Por ti y por mí, supongo.

—Pero... el tiempo no espera a nadie.

—Esta vez, parece que hizo una excepción y esperó por nosotros. Se ha devuelto hasta el momento del accidente, y se ha detenido esperándonos para regalarnos este hermoso espectáculo.

—Precioso.

—Sí. Y ha evitado mi muerte—. Amelia cerró sus ojos al oírlo mencionar “su muerte”, sintiendo de nuevo los rezagos de aquel miedo. Pero ahora estaban aquí otra vez; él lucía exactamente de la misma manera que aquella horrible tarde, la misma ropa, el mismo gorro sobre sus rizados cabellos, cabellos que en el accidente se habían empapado de sangre y agua de lluvia. Tragó saliva y suspiró diciendo otra vez “gracias” en su mente.

—Tú... lo viste todo, ¿verdad? —Zack seguía observando las gotitas de

agua en el aire, con sus dos manos en los bolsillos de su abrigo, y giró su cabeza para mirarla con una sonrisa que ella adoró.

—Recuerdo cien líneas de tiempo, y en todas ellas terminamos juntos tú y yo; menos una, ésta. Porque... incluso la línea oscura, esa que tanto odiábamos, tenía un buen final.

—Sí. Algo tarde, pero bueno—. Él soltó una risita.

—Así que sí... recuerdo todo. Soy el mismo Zack que fuiste a ver la mañana siguiente de encontrarnos en el bar, cita donde me pusiste a elegir entre cincuenta millones de dólares o volver veinte años al pasado. Soy el mismo que... te acompañó en el hospital luego de que sufriste el aborto y tuvieron que extraerte tu útero, y me quedé allí noches seguidas para que no estuvieras sola, aun sabiendo que a quien realmente querías allí era a mi hermano y no a mí. Soy el mismo que se casó y divorció de Vivian y perdió mucho luego de eso... y también soy el mismo que fue a Cambridge, y que al regresar te hizo el amor como loco—. Ella se echó a reír secándose las lágrimas, que se mezclaban con las gotas de agua que se habían estrellado contra su cara; se acercó a él y lo miró fijamente—. No me caía bien ese Zack —siguió él luego—. Pero he comprendido que es parte de mí. También pienso que es el más sabio, y el que más tiene para enseñar.

—Sí —sonrió ella con su corazón agitado por oírlo hablar así—. Porque el sufrimiento enseña sabiduría, nos hace humildes y nos enseña paciencia.

—Eso nos hace un par de almas muy ancianas —ella volvió a reír, y el respiró hondo tomando sus manos y mirándola fijamente a los ojos, mientras el tiempo seguía detenido, y nada alrededor se hacía más anciano, ni moría, ni nacía, nada. Sólo ellos dos allí, mirándose a los ojos, incapaces de comprender del todo la magnitud de lo que acababan de vivir.

—Entonces —susurró ella—, no exageraré cuando dije que, si cien veces naciera, cien veces me enamoraría de ti —él se echó a reír.

—No, parece que no.

—Y siento que ahora de verdad podré estar tranquila. El tiempo, la vida y la muerte no habrían hecho todo esto si de verdad no tuvieran intención de juntarnos.

—Parecen muy empeñados en ello. Pero tengo toda la intención de obedecerles, y amarte hasta el día de mi muerte... o más allá de ella, si es que con la muerte no acaba todo —ella se echó a reír, y se empinó para besar sus labios, pero entonces algo llamó su atención.

—¡Mira! —exclamó señalando al cielo, y Zack se giró y elevó su mirada a

donde apuntaba su dedo. Un rayo empezaba a formarse a la altura de las nubes, pero iba tan despacio que eran capaces de ver cada una de sus ramificaciones extendiéndose por el aire. Asombrados, lo vieron buscar camino hacia un árbol a menos de cien metros de distancia desde donde ellos estaban. Este era el rayo que había hecho caer el árbol haciéndolos estrellarse contra él. Amelia se acercó más a Zack para apretar su mano, y desde allí, rodeados de gotas de agua que no caían, vieron al rayo rasgar el cielo con su luz y potencia.

No era el que tiempo se hubiese detenido, se dieron cuenta, era que iba lento, tan lento, que podían ver un rayo caer con todo detalle durante lo que parecieron ser largos minutos.

Las gotas de agua seguían suspendidas, pero el rayo ya estaba cerca del árbol presto para derribarlo, y ellos dos allí mirando todo el espectáculo en primera fila.

—Es un regalo para nosotros —dijo Zack sonriéndole—. ¿Crees que nuestros nietos nos creerán cuando les contemos de esta aventura? —ella sonrió emocionada, pensando en que ahora sí... Ahora sí podrían tener hijos, nietos, tataranietos. Ahora sí podrían formar una familia como tanto querían. Podría tener su casa con el perro, los dos gatos y hasta los loritos en su jaula. Todo lo que quisiera, si trabajaba por ello, lo podría conseguir. Seguía con la ventaja de saber qué sucedería once años en el futuro, y podría utilizarlo a su conveniencia, aunque ahora tendría más cuidado de no dañar a los demás con los cambios que pudiera hacer.

La línea iluminada seguía siendo superior a muchas otras por muchísimos aspectos: Su madre estaba viva, Damien estaba enderezando su camino, Beverly también estaba bien, y Zack estaba a salvo de Vivian.

Al pensar en esto, su sonrisa se ensombreció un poco. Vivian, al parecer, se quedaría sin castigo, pues en esta línea era bastante más inocente de todo que en la oscura.

Y como si la hubiese llamado con el pensamiento, pudo ver al fin el auto a unos metros de ellos. Ella venía tras ellos, recordó. Tal vez los había estado siguiendo desde Paradise, lo cual era extraño y enfermizo, pues era navidad. Se había detenido frente a ellos, pero como creyó que Amelia iba sola en el auto, le negó su ayuda, mostrando así lo negro que era su corazón.

¿Qué pasaría ahora que no habría accidente? ¿Cómo seguiría la línea de su vida de ahora en adelante? Aunque Zack aquí estuviera vivo, ella nunca tendría una oportunidad con él, pues la conocía, sabía de lo que era capaz mejor que ella misma. No tendría siquiera su amistad, nada. Ni siquiera estaba

Tommy en medio para crearles el mínimo vínculo.

—No recuerdo a Vivian de ninguna de las otras líneas de tiempo que vimos —se dio cuenta ella mirando a Zack un poco sorprendida por ese hecho, y él analizó el asunto también.

—Ni yo.

—Pero fue parte de tu vida en la línea oscura, y está empeñada en serlo también en esta.

—Sí. Es extraño.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Amelia, y lo sintió suspirar.

—Olvidarla.

—¿Tú podrías?

—Claro que sí. Ni siquiera le guardo rencor. Además, no importa cuán mala sea en verdad, no podemos acusarla o juzgarla por algo que no hará.

—Es verdad—. Él se volvió a girar a ella, y le tomó las manos mirándola de nuevo a los ojos. Amelia se sintió como si, en vez de estar en una carretera en una noche lluviosa, estuviesen en un altar haciendo votos sagrados.

Y así sonó cuando él habló.

—De ahora en adelante, vivamos los años que tenemos pensando sólo en las cosas buenas que se nos han dado, y aprendiendo de las malas. Si aprovechamos cada segundo del día, la vida habrá valido la pena... todo lo que han hecho por nosotros habrá tenido sentido—. Amelia sonrió, pues comprendía que Zack era más dado a perdonar que ella, algo que tenía que aprender de él.

—Entiendo. No dedicaré un minuto más a pensar lo injusto que es que otros se queden sin castigo, porque ya conmigo fueron misericordiosos.

—Esa es mi chica.

—Y prefiero invertir mi tiempo en amarte y ser feliz contigo.

—Es una excelente idea.

—Te amo, Zack —él se inclinó a ella y la besó, larga y profundamente.

—Yo también te amo —le dijo entre beso y beso.

Y de repente sintieron un baldado de agua fría que los empañaba. El tiempo había vuelto a correr.

Amelia pegó un grito al sentir el agua helada calarla hasta los huesos, y, riendo, sorprendidos y mojados, corrieron a refugiarse dentro del auto.

Y desde allí pudieron ver el accidente de Vivian.

Estaba en una sala de cine, advirtió Vivian. La enorme pantalla estaba encendida, pero no se proyectaba ninguna imagen en ella, y era la única luz de toda la estancia.

¿Cómo había llegado aquí?, se preguntó mirando alrededor, y se movió en su silla para mirar a todos lados. No había nadie más, sólo ella.

Trató de recordar cómo había llegado aquí. Qué confuso era esto. ¿Qué era lo último que estaba haciendo? No podía recordar... ¿Y por qué venía ella a una sala de cine sola? ¿Y qué película iba a ver?

—Vas a ver lo que yo te voy a mostrar —dijo una voz a su lado, y Vivian se giró de inmediato para ver quién hablaba. Al verla, la reconoció al instante. Era la gitana que viera en Francia, la que le dijo que el hombre de su vida era Zack... pero al parecer se había equivocado, o le había dado malas directrices.

—Tú —espetó señalándola con un dedo, sin advertir en lo extraño que era que esta anciana estuviese aquí en una sala de cine con ella—. Eres un fraude.

—¿Lo soy?

—Me dijiste que Zack era el hombre con el que me casaría, pero evidentemente fallaste. ¡Fallaste! ¡Mentiste! Devuélveme mi dinero.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿El dinero que pagaste por escuchar cómo sería tu futuro?

—Basura. Gentuza como tú debería ser... —a Vivian le entró tos y no pudo seguir hablando. Cuando volvió a intentarlo, su garganta no respondía. Se miró las manos como si allí estuviera la causa, y asustada, miró a la mujer a su lado de manera interrogante y desesperada. La anciana suspiró.

—Vamos a ver —siguió la mujer cruzándose de piernas, y Vivian notó que no tenía la misma ropa que en Francia. Ahora era mucho más moderna—. ¿Crees que yo merezco un castigo porque te dije que Zack era el hombre de tu vida? Tengo una mala noticia para ti: no hay hombre de tu vida. Hice que te interesaras en Zack en esta línea de tiempo por una simple razón: el hijo que tendrás—. Vivian la miró espantada. Trató de decir algo, pero no pudo, y cuando fue evidente que con las palabras no podría defenderse, procedió al ataque físico. Pero no pudo tocar a la anciana, ésta se evaporaba entre sus

dedos como si fuera humo, y lo peor era que se estaba riendo de ella.

Vivian empezó a hacer gestos como si gritara, pero no le salía ni un solo sonido.

—Una y otra vez fallas. Qué triste. Te di muchas oportunidades, pero cada oportunidad para ti era la desgracia de otro... Definitivamente tengo que hacer algo contigo, o seguirás haciendo daño—. Vivian la estaba mirando en extremo ofendida, se oían sus dientes rechinar, pero la furia de ella parecía divertir a la anciana, y así pasó largo rato, hasta que se dio cuenta que tendría que ser más inteligente.

Miró otra vez alrededor. Esto debía ser un sueño, un sueño muy nítido. No era de las que soñaba, mucho menos con tanto detalle, pero no podía hallar otra explicación para esta situación tan singular.

—Dónde estoy —preguntó, y se extrañó de que su voz pudiera salir otra vez.

—En mi territorio. Aquí pasa lo que yo quiero—. Vivian cerró sus ojos al recordar algo al fin. Ella conduciendo un auto siguiendo a Amelia, que por alguna razón salía sola en el auto de Zack.

Pero luego también se recordó a sí misma llamando a Zack para decirle que había soñado con él accidentándose.

Y también recordó a Amelia dentro de un auto volcado a la orilla de la carretera mientras llovía.

Se puso ambas manos sobre las sienes, pues las imágenes se le revolvían y la confundían. No sabía qué era realidad, y qué producto de su imaginación.

—¿Crees en la vida después de la muerte? —preguntó la anciana, y Vivian trató de componer su expresión.

—No.

—Oh. Interesante. Entonces, no crees en el karma, ni en “lo que el hombre siembra, eso cosechará”, ni en ninguna otra filosofía de vida que indique que debes hacer el bien o habrá consecuencias, ¿no?

—Son tonterías. La única filosofía de vida que reconozco es: “Carpe diem”—. La anciana sonrió de medio lado.

—No tienes ni idea de lo que eso significa, y lo has torcido a tu manera y antojo. Sí, hay que aprovechar el momento, no *aprovecharte* de la gente y sus circunstancias, ingenuidad o bondad, que es lo que has hecho tú. Has engañado, mentido, matado...

—¡Yo no he matado a nadie!

—Oh, ¿quieres ver? —la anciana miró hacia la pantalla, y Vivian la imitó.

En esta empezó a proyectarse una imagen. Era Vivian, grabada como si fuese la protagonista de una gran producción de cine. Imágenes demasiado nítidas, sonido muy realista, se sentía allí. No, estaba allí.

Y vio proyectada la escena que segundos antes fue un recuerdo en su cabeza; ella observando el accidente, maltratando a Amelia y alejándose sin prestar ayuda.

—Si con matar te refieres a eso —espetó Vivian—, que sepas que no tienes una base para acusarme. Negar ayuda no es lo mismo que matar. Es un asunto menor, y mis abogados desestimarían una acusación así en menos de nada. Si acaso dañaría mi imagen pública, pero con un par de obras benéficas estaría limpia otra vez.

—Con tu perorata sólo reafirmas mi punto. Pero eso es sólo un pequeño ejemplo de todo lo que te quiero enseñar. Dentro de cuatro años te quedarás embarazada —soltó la anciana como si nada, y Vivian la miró otra vez espantada, asqueada—, fruto de una noche descuidada en una fiesta, o más bien... de un mes seguido de fiestas y sexo desenfrenado. Ni tú misma sabrás quién es el padre, y al estar soltera, te aterrará el qué dirán, la furia de tu padre al ver que te embarazas fuera del matrimonio, así que, a causa de esto, tomarás decisiones muy desacertadas. No desacertadas para ti, sino para todos los que te rodean, incluyendo a ese niño.

—Si llega ese momento, simplemente abortaré—. Al decir aquello, cayó sentada en una de las sillas. Algo dentro le dolía, pero no era capaz de decir qué; le dolía el cuerpo, la cara, como si la hubieran molido a golpes.

—Definitivamente no sabes lo que dices —dijo la anciana con voz trémula de ira—. Oh, agradece que has dicho eso delante de mí y no delante de... Definitivamente, odio el libre albedrío.

—Qué... ¿qué me hiciste?

—Nada. Levántate—. Vivian así lo hizo. Tenía lágrimas en los ojos, y al mirar de nuevo a esa extraña y poderosa mujer, sintió algo de miedo, así que se retiró de ella unos pocos centímetros. La mujer no le prestó la más mínima atención—. Debido a que no hay un hombre para ti, y tú necesitas desesperadamente casarte, en todas tus líneas de tiempo destruyes la vida de alguien. En una de esas líneas fue la de Zack. Afortunadamente, es un alma fuerte, como un roble que resiste estoicamente una plaga y al fin se libra de ella. Porque eso eres tú —le dijo mirándola muy casual—, una plaga.

—Te odio.

—Ya lo sé.

—¿Qué quieres de mí? —Preguntó Vivian—. ¿Por qué dices que no hay un hombre para mí? Puedo tener al que quiera, puedo...

—Es por eso mismo, por tu manera de pensar. Verás... las almas son una cosa muy... valiosa, resistente y hermosa. Entre más puras, peores pruebas tendrán, pero también, mejores recompensas. Algunas surgen entrelazadas, otras, logran unirse con el tiempo, pero hay otras que... Bueno, hay otras como tú.

—¡Y entonces! —gritó Vivian—. Habla de una vez, ¡qué quieres de mí! ¿Vas a matarme? Mátame en este instante, ya que parece que puedes hacerlo.

—No voy a hacerte daño —dijo la anciana blanqueando sus ojos—. Sólo quiero hacerte ver varias líneas de tiempo de tu vida, para que te observes a ti misma actuando con tu desatinada filosofía de vida, y las consecuencias que esto traerá para los demás—. La anciana se sentó más cómodamente en su silla, poniendo las manos tras su cabeza y sonriendo—. Te aconsejo que te sientes. Esto va a ser muy largo.

Vivian hizo caso dejando un asiento de por medio y mirándola con recelo, pero pronto las imágenes de aquella extraña pantalla la volvieron a envolver. Y por alguna extraña razón, sin que se lo explicaran, ella sabía que todo esto era real. Parecía estar viendo videos de su vida, pero eran vidas que ella no recordaba haber vivido sino hasta que veía las escenas.

De ese modo, se vio en esa fiesta que decía la anciana a la que asistiría, y tendría sexo con dos o tres la misma noche, y luego, días después, estaría en un viaje con otro hombre, y tres semanas después, otro desconocido dejaría su semilla en ella.

“Yo no soy así”, quiso defenderse, pero algo arañaba dentro de ella y surgía gritando: *sí, y eres peor*.

Esa cosa era su conciencia, y su voz se parecía mucho a la de esta anciana, o tal vez era que había tomado prestada su voz, pues ella nunca la había oído.

Y entonces se vio ante mil puertas, decisiones, y en cada una de ellas, el resultado fue similar. Se casaba con hombres que habían sido sus amigos, conocidos, empleados de su padre, cualquiera que fuera susceptible a sus encantos, y con ellos se acostaba, y luego les decía que estaba embarazada. Todos le creían.

Era de risa.

Te da risa porque eres mala, dijo su conciencia, y Vivian sólo chasqueó su lengua despreciando ese comentario.

Y entonces vio a Zack. Y ella casándose con él. El hombre de la marca de

fuego sí se casaba con ella, y sí que tenían un hijo, o ella le encajaba uno, en una vida que ahora estaba recordando.

—Zack es el hombre...

—Pero no *tu* hombre —aclaró la anciana. Vivian apretó sus labios, pero se abstuvo de gritar. No quería volver a quedarse muda.

—Me engañaste —dijo con voz trémula—, y lo hiciste a propósito.

—Sí.

—No pensé que... pudieras mentir y engañar. Se supone que ustedes son buenos. No puedes...

—Puedo. Contigo, sí. No estás protegida contra ese tipo de daños, así que... fue muy fácil, sólo fue decirte algo que querías oír y caerías redonda, pero no lo hice por ti, lo hice por ese bebé. Date cuenta de que ninguno de tus matrimonios prospera, ninguno. A todos les haces la vida imposible, a todos les eres infiel. Con el que más duraste fue con Zack: el resto, a los pocos años te descubrían y te dejaban, porque eres insoportable, y lo peor era que al enterarse de que ese niño no era su hijo, esos hombres también lo odiaban a él, excepto Zack. Pero nada de esto sucederá en esta línea, ya no puedes hacerle daño a más personas, sobre todo, porque ni aun viendo las consecuencias te arrepientes.

—¿De qué mierda...?

—Sí, un montón de mierda —la interrumpió la anciana—. Hay gente que hace el mal simplemente porque está perdida en la vida, confundidos, encaminados por las decisiones equivocadas; algunas veces logran reparar su camino, otras no, y se hacen daño a sí mismos y a los demás. ¿Pero por qué tú siempre sales ilesa? Porque no estás perdida en la vida, ni confundida; tu intención, tu pensamiento, tus planes, todo el tiempo, son enfocados a ganar no importa por encima de quién tengas que pasar, no importa el destino de quién tengas que torcer, así que eres del peor tipo de personas, de esos que, si pasan por el fuego, no queda más que el humo, porque no hay nada rescatable en ti... o eso dicen los manuales. Tengo toda la intención de hacerte pasar por el fuego, Vivian. Vamos a ver qué queda de ti.

Vivian la miró entonces, un poco espantada por esa declaración. Esa cosa que tenía apariencia de anciana era fuerte y poderosa; hasta ahora no había podido ganarle en ninguna discusión, en parte porque hacía esa cosa de dejarla muda o volverse humo. Estaba en desventaja aquí.

Volvió a mirar la pantalla que pasaba sus vidas una tras otra. Decisiones, decisiones que ella tomó a conciencia, con todo detalle, con toda intención.

Podía ver cómo de mal quedaban las vidas de esos hombres luego de que ella pasara por encima de ellos como un huracán: devastados, todos quedaban destruidos, muchos de ellos, derribados.

Pero no era su culpa, pensó. Ellos eran tontos, ingenuos y crédulos; Zack, el peor de todos. Se lo habían buscado, era inevitable, no su culpa, del mismo modo que no es culpa del viento las casas que se destruyen por su fuerza. Siempre se había considerado a sí misma un elemento de la naturaleza: indomable, perpetuo, ineludible.

No podía ser que el destino, o esta cosa que le hablaba, fuera más fuerte que ella. Se negaba a aceptarlo.

—Esta vez no tendrás ocasión de endilgarle ese niño a nadie —siguió la anciana—. No podrás engañarlos.

—No me embarazaré.

—Oh, eso sería mejor, pero no, ese niño nacerá. Tampoco podrás deshacerte de él, ¿sabes? Viene protegido.

—¿Cómo así protegido? —exclamó Vivian, ya sintiendo que le era imposible no gritar—. Explícame eso. ¿Cómo así protegido?

—Así exactamente —sonrió la mujer—. Para que lo entiendas, aunque evites tener sexo en los próximos diez años, entonces un accidente ocurrirá e igual te embarazarás. El destino es muy recursivo. Y luego, aunque tomes veneno estando embarazada, sobrevivirá. Aunque se incendie una casa con él dentro, nada le ocurrirá; aunque lo dejes abandonado en un parque, aparecerá de nuevo ante tu puerta. Eso significa. Pero tranquila, sólo te necesitará los primeros años de su vida, luego... deberás hacer lo correcto.

—No sé a qué cosa correcta te refieres. Lo correcto es que yo me deshaga de mi útero y no pueda tener hijos—. La anciana sonrió.

—Te reto a intentarlo. Te reto a que le ganes al destino; nunca nadie ha podido, y tú no tienes ninguna posibilidad, porque no hay nadie de tu lado, ni que abogue por ti. Así que escucha el consejo y haz lo correcto—. En la pantalla se proyectó una imagen donde no estaba ella, y Vivian la miró. En ella vio a un niño, algo parecido a ella, luciendo una pijama de alguna caricatura que no reconoció, y marcaba un número de memoria.

Era su hijo ya nacido y crecido.

—Mamá dice que ya no soy un Galecki. Dijo que ahora llevaré otro apellido —susurró el niño por teléfono. Supo su nombre al verlo, Tomas, o como le decían todos, Tommy; pero, en vez de ternura, amor, u orgullo, Vivian sintió miedo. Mirarlo a los ojos era ver sus errores, su incapacidad, su

estupidez. Tenerlo cerca era admitir que era humana, que se equivocaba, y él era su más grande insensatez. Era incapaz de hacerle demostraciones de afecto, o más bien, fingirlos, porque no sentía ningún apego, ningún sentimiento positivo. Odiaba a ese niño.

Ya estaba grandecito, debía tener seis o siete años, no lo sabía, pero hablaba con Zack, y tenía lágrimas en sus mejillas como si hubiese estado llorando, pero al hablar, se mostraba sereno, fuerte. Era un alma fuerte, comprobó. No sólo insistía en nacer, sino en sobrevivir, y no volver a ser débil.

—No importa el apellido que lleves, Tommy —escuchó que le decía Zack—. Yo siempre te voy a querer. No importa si luego terminas hablando chino mandarín, tú siempre sabrás dónde encontrarme —aquello provocó una sonrisa en el niño, que se limpió las lágrimas con su bracito—. Siempre que me necesites voy a estar ahí, ¿me entiendes? Siempre que me busques, me encontrarás. No importa lo que digan los demás, yo soy tu papá.

—Ya quiero ser grande para ir a donde quiera —se quejó Tommy, y Vivian miró a la anciana interrogante.

—¿Por qué yo? —le preguntó—. Si es tan importante que nazca, y bla, bla, bla, ¿por qué yo? No quiero esa tarea. Se han equivocado, no tengo alma de mártir.

—Oh, nadie diría eso de ti. Pero entiende algo, Vivian: ese niño es tu castigo. Nunca un hijo es un castigo, sino un premio, un regalo, algo muy hermoso, pero como tú lo ves, es un castigo, y así se ha decidido que sea. Hemos analizado profundamente cuál es tu peor miedo, y aquí está: Tommy lo es, así que sufres antes, durante y después de tenerlo; pero en esta línea de tiempo especialmente, se intensificará ese sufrimiento. Y para eso te he traído aquí —sonrió la anciana mirando la sala de cine vacía y oscura—, para que te enteres de lo que va a suceder y te equivoques; tal como en Francia cuando te dije que no te apresuraras. ¿Qué fue lo primero que hiciste? Apresurarte.

—Eres una...

—Siempre haces lo contrario a lo que se te aconseja —señaló—, porque sólo te preocupa tu propio bienestar. Pero en este caso, saber el futuro no te servirá de nada. Conociéndote, sé que tomarás todas las medidas para evitar todo lo que te he mostrado, porque tienes miedo; lo que nunca vas a entender es que entre más trates de escapar, más te enredarás, y menos posible te será ser libre.

—Encontraré la salida.

—Tal vez. Pero la salida es algo que se opone completamente a tu instinto. La trampa perfecta —sonrió—, ese niño son tu red y tu escape al tiempo. Me encantan esas cosas.

—Qué estupidez.

—Como la flor de loto —sonrió la anciana elevando su mirada, sin prestar atención a su insulto—. La flor que nace en el fango. Tú eres el fango, el niño la flor. Qué bella metáfora.

—Esto es demasiado. ¿Sólo por una pila de estúpidos que se dejaron engañar por una mujer? ¿Sólo por una infidelidad? ¡Ellos se lo buscaron! Siempre quieren sexo, pero nunca se dan cuenta de que hay un precio. Y Zack se lo buscó. Fue el más imbécil de todos. Ahora lo recuerdo, era idiota. Pero Patrick también era un idiota. Sin embargo, es perfecto para quedarme con esa empresa, y me quedaré con ella si me devuelves allá. O, si me dejas acá, haré lo que me dé la gana hacer. Soy una mujer importante, mi familia es poderosa, tengo muchísimo dinero, y planeo tener mucho más. A mí nadie me dice lo que...

—Como sea —la interrumpió la anciana, callándola—. No expondré a Zack otra vez a ti, ahora es mi protegido, y también lo es Amelia. Puedes patear todo lo que quieras; aquí tu dinero y tus abogados no tienen la menor influencia, así que no quedarás impune. Todas esas lágrimas que hombres y mujeres, y hasta un niño han derramado por tu culpa, claman por un pago... vida con vida, lágrimas con lágrimas, hasta que vuelva el equilibrio de las cosas que tu actitud dejó en caos.

—No... no entiendo... —La anciana suspiró.

—Ah, tengo la esperanza de que algún día, uno no muy lejano, entiendas. Usaré esta línea de tiempo para esto especialmente. Me dedicaré a ti sólo porque eres mi proyecto ahora, Vivian, y te prometo que terminarás odiándome más de lo que me odias ahora.

—¡No!

—Oh, sí. Y ahora, volvamos a la realidad. Ah, lo que me voy a divertir.

Amelia sacó un paraguas del auto y salió en medio de la lluvia cubriéndose con él. Cuando vio que Zack la imitaba, corrió a él.

—Estás resfriado, no deberías mojararte más.

—Amy, ¿crees que un resfriado me matará? —ella lo miró llena de dudas, pero, de todos modos, lo cubrió también a él con el paraguas, y juntos caminaron hacia la zona del accidente que acababan de presenciar.

Llegaron hasta el auto, y vieron a Vivian con un golpe en su cabeza, del

cual salía una línea de sangre. Zack extendió su mano a ella y le buscó el pulso en el cuello.

—Sólo está inconsciente —dijo, y antes de pedirlo, ya Amelia estaba llamando a una ambulancia.

Ésta llegó en pocos minutos, y decidieron seguirla. Atendieron a Vivian en urgencias, y ellos se quedaron allí por unos minutos. Zack, que ahora tenía en sus recuerdos los números telefónicos del padre de Vivian, hizo la llamada correspondiente.

—Dice que mandará a alguien para que cuide de ella —le contó Zack al cortar la llamada, y Amelia la miró un poco confundida.

—¿No vendrá personalmente? —Zack se encogió de hombros.

—No son muy unidos.

—Vivian no está unida a nadie, al parecer.

—No, a nadie. Su propio padre... lo que hizo fue preguntarme si era grave, cuando le dije que pensaba que no, contestó eso. En fin... ¿crees que debemos quedarnos aquí a esperar noticias? —Amelia apretó sus labios sintiéndose algo incómoda. Vivian por ellos ni siquiera se había tomado la molestia de llamar por ayuda, y aquí estaban los dos de buenos samaritanos— ¿Amelia? —ella se revolvía por dentro. Tenemos cosas que hacer, quería decirle. Mañana hay que ir al trabajo, lo que sea. Pero al final, dejó salir el aire y asintió a su sugerencia de quedarse allí esperando por noticias.

Fue algo muy leve, dijeron los médicos. Estaría en observación por el golpe en la cabeza, pero nada de qué preocuparse. El auto también estaba a buen recaudo, sólo necesitaría reparación y volvería a ser el mismo.

Nada, a Vivian no le había pasado nada.

Ya no pienses en eso, se recriminó Amelia. No puedes empañar tu felicidad deseándole mal a otro.

Tomó la mano de Zack y éste le sonrió, pasó sus dedos por las mejillas de ella y le besó la punta de la nariz.

—Estás cansada.

—La verdad, sí. No sé cuántas horas llevo sin dormir. Ahora ni siquiera sé cuántos años tengo —él rio por lo bajo, y Amelia otra vez sintió cosquilleos en su estómago al oírlo reír—. Te amo, Zack.

—Entonces... ¿nos vamos a tu apartamento? ¿O al mío? ¿No crees que deberíamos mudarnos juntos, simplemente?

—Eso me encantaría, pero entonces, mis padres pondrían el grito en el cielo.

—Al parecer, tendremos que casarnos pronto —dijo él tomando la mano donde estaba el solitario de diamante. Amelia lo vio con sorpresa, ya hasta se había olvidado de él.

Era verdad; para el mundo, este mundo, ellos acababan de comprometerse, anoche él le había pedido matrimonio delante de toda la familia, y lo que ellos sabían ahora mismo era que iban de camino a San Francisco.

Sólo eso. Nada de accidentes, nada de malas noticias. Nada de despertar en un hospital... en este mismo hospital, escuchando que su novio tenía muerte cerebral. Él estaba bien.

—Todo está bien —le susurró él besando su frente, como si hubiese escuchado sus pensamientos, y Amelia sonrió.

—Creo que nunca podré sacarme de la cabeza esa horrible noche. Oh, Zack... te vi morir lentamente y es tan...

—Nada de eso pasará ahora —insistió él con voz ronca—. Para cuando muera, seré tan viejo que mis órganos no le servirán a nadie —ella se echó a reír.

—Moriré antes que tú, así no tendré que pasar por eso otra vez.

—Vale, vale.

—O tal vez nos vayamos al tiempo y tomados de la mano.

—Estás viendo muchas películas. Oh... hay muchos estrenos que ya nos vimos mil veces—. Amelia se echó a reír.

—Ahora sabes lo que se siente.

—Pero también sé qué crisis vendrán y cómo sortearlas. Crisis económicas, políticas, y hasta familiares.

—Un gran poder —se burló Amelia—, conlleva una gran responsabilidad.

—Sí, tío Ben, haré el bien para la humanidad.

—Nunca pensaría otra cosa de ti—. Zack estornudó. Amelia de inmediato se quitó la bufanda y se la enrolló a él en el cuello.

—Vamos a casa, mi amor. Te haré caldo, y si te sube fiebre, te pondré paños fríos por tu cuerpecito desnudo.

—Qué amable y atenta.

—Seré la mejor esposa del mundo.

—Ya he podido verlo, y digamos que tienes un nueve.

—¿Un nueve? —se quejó ella, y él le tomó la cintura con un brazo, mientras avanzaban hacia la salida del hospital para ir a casa—. ¿Sólo un nueve?

—Acaparas toda la sábana, y te me subes encima mientras duermes.

—¿Eso me hace perder toda una unidad?

- Y sólo sabes cocinar pastas.
- Comería pastas siete días a la semana.
- Necesitas mejorar tus dotes culinarias.
- Cocina tú, mejor.
- ¿Ves? Por eso tienes un nueve.

Siguieron hablando, bromeando y riendo. Amelia le dijo que él tenía un nueve coma dos, pero luego dijo que coma cinco; no era capaz de bajarle mucho, y él se le burlaba por eso.

Qué divertido era, pensaron. Ser ellos mismos al fin. Saberlo todo del otro, sin máscaras, sin miedos, ni el menor asomo de inseguridad.

Qué perfecto era.

Todo parecía tan diferente, pensó Amelia llegando al fin a su pequeño apartamento acompañada de Zack. Era la misma línea iluminada que había dejado la noche del accidente, pero, de alguna manera, todo se sentía distinto.

O tal vez se debía a que ella ahora era distinta. Con todas las cosas que había visto y escuchado, con todo lo que le habían hecho vivir en tan corto tiempo, algo había cambiado dentro de ella. Se había ido el temor, en su ser ya no había ni pizca de remordimiento, sólo una increíble y hermosa libertad.

No estaba acostumbrada a esta sensación, así que sentía que el corazón se le hinchaba y casi explotaba. Era felicidad; la felicidad producía esa sensación física como que no te cabe el alma en el cuerpo y quiere volar.

Sonrió mirando a Zack deshaciéndose de las bufandas y chaqueta que tenía puestas, y se encaminó al cuarto de baño para llenar la bañera de agua caliente. Sacó sales aromáticas y esencias perfumadas. Su hombre estaba resfriado, y si no se cuidaba esa gripa, lo tendría enfermo por varios días, y ni siquiera Zack era un hombre valiente ante un dolor de huesos y congestión nasal.

—Ven —lo llamó cuando la bañera estuvo lista, y él, con sus párpados caídos por el malestar y goteando por la nariz, meneó la cabeza negando.

—Sólo quiero meterme a la cama y dormir.

—Dormirás luego de esto. Ven, te hará bien —como él no se movió, Amelia se le acercó y empezó a desabrochar los botones de su camisa, y pronto tuvo su pecho desnudo y velludo a la vista.

—Sólo quieres mirarme —ella lo admitió echándose a reír. Al fin lo desnudó y lo fue empujando suavemente a la bañera, Zack emitió un hondo suspiro al estar completamente sumergido, se estuvo allí en el agua caliente largo rato y con sus ojos cerrados, disfrutando y sintiendo que parte de sus dolencias desaparecían. Al cabo de unos minutos se sentó en medio de la bañera y Amelia se ocupó en frotarlo suavemente y consentirlo.

—Estás resfriado por quedarte afuera mucho rato jugando con Damien bajo la llovizna—comentó ella pasando una esponja por su espalda, mientras él cerraba sus ojos y se dejaba regañar y mimar.

—Creí que sería nuestra última vez juntos —susurró—. Así que...

aprovechaba el tiempo. No pensé que tuviera que sufrir los síntomas del resfriado mucho rato —ella sonrió enternecida. Él ya había sabido que moriría esa mañana; su corazón se comprimió un poco al entender eso. Zack levantó la cabeza mojada y la miró a los ojos con los suyos muy pálidos y muy puros—. Tengo la esperanza de no tener que volver a verlo destruido, borracho y lamentable. Me pidió perdón por lo de la otra vez... Yo... le dije que estaba olvidado.

—Y lo está.

—Sabes, siempre lo acusé por lo que te pasó en la línea oscura —susurró—. Siempre estuve enfadado con él, celoso, y le guardé mucho rencor. Era difícil enfrentarlo en las fechas especiales, mirarlo a los ojos y pensar no sólo que tú lo habías preferido a él por encima de todos los demás hombres, sino que él no te valoraba; despreciaba eso tan bello que tuvo sin pedirlo, y a mí, en cambio, se me había negado. Era... como un fuego dentro de mí que no se apagaba, y me alejaba cada vez más y más de mi hermano.

—Lamento eso... pero lo comprendo—. Zack tragó saliva y dejó salir el aire. Un nudo se había formado en su garganta.

—En esta línea eso también había empezado a suceder —siguió—. Cuando lo vi besarte con él en ese callejón... lo supe, supe que eso no acabaría bien, pero predominaron el resentimiento y el dolor, y empecé a verlo de manera diferente, a... menospreciarlo un poco debido a mis celos. Y luego, al saber lo que te había hecho en la línea oscura, se incrementó esa antipatía otra vez.

—Soy entonces como la manzana de la discordia entre dos hermanos.

—No, no...

—Sí, Zack...

—Sólo en la línea oscura... aquí ya no, ni en ninguna otra. En todas las líneas me llevo relativamente bien con mi hermano. Aquí he podido arreglar las cosas con él. Esa mañana, al pensar que iba a morir, me negué a dejar las cosas así de mal con él, más cuando... lo vi cuidar de Chloe, abstenerse del alcohol, y portarse con tanta moderación. Recordé... que en el fondo amo a mi hermano, y allí me di cuenta de que extrañaba esa sensación: verlo y sentirme orgulloso, ese deseo de ayudarlo a ser mejor. Y ahora es más profundo ese sentimiento, Amy, porque sé de lo que él es capaz, sé que, si bien no es el mejor hombre del mundo, es sólo eso, un hombre, con sus cosas buenas y mejores, y no puedo creer, ni entender lo bajo que cayó sólo porque tú y él se equivocaron. Una cosa tan pequeña arruinó tantas vidas... No hubo término medio con ninguno de los tres, salimos escaldados sin compasión.

Ella, que lo había escuchado con suma atención, paseó sus dedos por sus mejillas barbadas. Todo esto que estaba escuchando sólo podía haberlo dicho este Zack, el Zack que reunía las vivencias y experiencias de todas las líneas, el que ya no tenía deudas ni reproches a nadie. Él estaba siendo tan libre como ella.

—Te entiendo perfectamente. Hemos dejado ir los pesares, porque pudimos comprender que no tienen por qué definir lo que somos, y ahora somos capaces de ver por debajo de los errores de los demás y de los nuestros. Pienso que, de ahora en adelante, cuando vea a una persona que está obrando mal, podré preguntarme si acaso en circunstancias diferentes hubiera hecho las cosas de otra manera; porque un instante puede costarte todo tu futuro, una palabra puede echar a perder toda tu vida, un segundo puede ser la diferencia entre el cielo y el infierno—. Él sonrió, y se acercó a ella para besarle los labios, y Amelia así lo hizo. Suave, despacio, cálido.

—Me encanta lo sabia que te has vuelto.

—Siento que he vivido casi mil años —él se echó a reír.

—Y si hacemos la cuenta, tal vez nuestra edad dé esa cifra.

—Quiero pasar otros mil años contigo, Zack.

—Imagínate, yo que llevo todos estos mil años amándote. ¿No sientes que, de alguna manera, la línea oscura predomina entre todas las demás? Tal vez por lo dura que fue.

—El sufrimiento forja el carácter de las personas —sonrió ella—, y allá nos hicieron pasar por un infierno —él se echó a reír, y volvió a besarla.

Antes de que el agua empezara a enfriarse, Amelia lo hizo salir de la bañera, y mientras él se cubría con una pijama que tenía entre sus cosas, le preparó comida caliente y le hizo tomarse unas pastillas.

Se durmieron abrazados, tranquilos y silentes; sabiendo que había muchas cosas de las que hablar, pero comprendiendo que había tiempo para eso.

Por fin, había tiempo para todo.

A la mañana siguiente, Zack recibió una llamada donde le informaban que Vivian había sido dada de alta en el hospital. Luego, un mensaje de texto de la misma Vivian donde le informaba que se iría de San Francisco. Le dejaba una nota de agradecimiento por su amistad, y le aseguraba que nunca la volvería a ver. Zack le mostró a Amelia el mensaje un poco intrigado, y ésta sólo se encogió de hombros.

—Es una dramática, no le prestes atención.

Y en realidad, pasaron mucho tiempo sin saber de ella.

Con el paso de las semanas, Denise y Mary empezaron a hacer presión para organizar la boda. Cuando Amelia se lo comentó a Zack, le sorprendió escucharlo decir que también él quería casarse pronto, así que empezaron con los preparativos. Denise proponía que fuera en una bonita zona de Paradise, un jardín que en la primavera luciría precioso; Mary, por su parte, insistía en que su hija menor se casara en la iglesia, con velo y doscientos invitados. Amelia presentía que, si le hacía caso a una, tendría problemas con la otra.

Así que se casaron en la playa, e hicieron sus votos frente al mar. Su boda número cien, sabían los dos, pero se casarían cien veces más el uno con el otro, eso lo tenían más que claro.

Asistieron solamente sus familiares y amigos más cercanos, y Amelia vio con agrado que Beverly y Luke, los padrinos, empezaban a hacer migas.

Ya para entonces había nacido Austin, el hijo de Chloe y Damien, y a Zack le enterneció ver a su hermano con su hijo vestido con un mameluco que asemejaba un traje con corbata. Llamaron a Howard para tomarse una foto como recordatorio de todos los hombres Galecki.

Hicieron su viaje de luna de miel a Europa, tal como Amelia había deseado. Un poco cliché, le decía Zack, pero ella sólo le hacía una mueca y se ocupaba en tomarse fotos.

Tan sólo dos semanas después de volver de la luna de miel, Amelia se enteró de que estaba embarazada.

Fue un shock total. Cuando el médico se lo confirmó, casi no pudo hablar por una hora, y afortunadamente Zack estaba a su lado, porque luego tuvo que guiarla casi de la mano hasta la salida y el auto.

—Mi amor —la llamó él, sonriente, pero a la vez inquieto por su actitud—. Hey, ¿estás bien?

Ella pestañeó varias veces, pues los ojos le picaban. Tenía sus manos en su vientre, deseando poder sentir ya a ese bebé, temblando por todas las emociones que la embargaban, sintiendo como si, de una manera u otra, esto fuera sólo un sueño que deseó tener con mucha fuerza.

Y si era un sueño, podría despertar, y tal vez sería otra vez aquella Amelia solitaria y amargada que vivía sólo para su trabajo... Su vida no podía ser tan maravillosa, aún no se acostumbraba a esto.

Al verla así, Zack la rodeó suavemente con sus brazos y le besó los cabellos. No pudiendo más, Amelia se echó a llorar. Enternecido, él la sostuvo allí entre sus brazos todo el tiempo que fue necesario, la acunó y le dijo palabras bonitas.

Eres preciosa, le decía. Mereces todas las cosas buenas que puedan pasarte. Es nuestro regalo. Gracias por hacerlo posible.

Estuvieron allí largo, largo rato, hasta que al fin ella se calmó y pudo reaccionar al mundo exterior.

—Tenemos que... tenemos que ir de compras —dijo secando sus lágrimas—. La bebé va a necesitar muchas cosas—. Zack asintió haciendo un gesto. De alguna manera, los dos sabían que era una niña lo que venía en camino.

—Es muy pronto, así que ten paciencia; tendrás casi nueve meses para gastarte todo el dinero en cosas para bebés.

—Quiero que sea pelirroja como tú —él se echó a reír.

—Seguro que así será.

Los abuelos estallaron de felicidad al recibir la noticia, y Damien incluso la llamó para desearle felicidad. Los primeros meses Amelia estuvo muy paranoica con todos los cuidados que debía tener; regresaba pronto del trabajo, había dejado los tacones, y seguía un régimen de alimentación y actividad física que le ayudarían a llevar a buen término su embarazo.

Dar a luz fue precioso, y bastante doloroso. No podía creer que un acto tan hermoso pudiera hacerla sentir que se partía en pedazos, y así, Isabella vino al mundo. Su cabello era de un rojo más vivo y brillante que el de Zack, su piel muy blanca, de mejillas rosadas, y al verla Amelia la reconoció de inmediato.

—Diablilla —sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

La empresa de Zack crecía de manera increíble. Pronto se volvió alguien importante y tenido en cuenta entre los más ricos de la ciudad, sin embargo, no perdía esa humildad que lo caracterizaba, pues reconocía que había jugado con ventaja frente a sus competidores, y que no todo era mérito suyo en exclusiva.

Había tenido razón al decir que conocía las crisis por venir y cómo sortearlas, pero ninguno estuvo preparado para recibir la noticia de que Mary estaba enferma, esta vez era algo relacionado con su corazón, y a pesar de los cuidados, de las dietas y los medicamentos, su salud se fue deteriorando poco a poco. Amelia lloró su fallecimiento con desconsuelo. No había podido evitar la muerte de su madre, de todos modos; estaba escrito que se iría y abandonaría la familia siendo bastante joven.

—Lograste estar más años con ella —la consoló Zack—. Estuvo en tu boda, conoció a su nieta, pudiste ayudarla a conseguir más años de vida que disfrutó plenamente; no te sientas culpable de nada.

Pero Amelia estuvo triste durante semanas, y sólo las ocupaciones de su

hogar parecían satisfacerla. Poco a poco, fue asimilándolo. Zack tenía razón, Mary había conseguido cuatro años más de vida que en cualquier otra línea de tiempo, y los había disfrutado. Había conseguido llevarse mejor con sus hijas, viajar más, ver más la vida, aunque su mentalidad no cambió mucho, realmente.

Isabella tenía ya tres años cuando supieron que Amelia estaba embarazada de nuevo, aunque esta vez sí lo habían planificado. Benjamin nació sano y fuerte, con el cabello oscuro de Amelia, pero los ojos grises de Zack.

—¿Todavía quieres tener un tercer hijo? —bromeaba Zack cuando la veía cansada en la noche, alzando los pies en algún mueble, y recibiendo de sus manos una merecida copa de vino. A pesar de que tenía ayuda, y que Zack hacía su parte bastante bien, una niña en edad escolar y un bebé eran bastante trabajo; a veces incluso se preguntaba en qué trampa se había metido por gusto.

Pero luego esas bolitas de arroz con ojos le sonreían, le decían “mami, te amo”, y ella caía rendida a sus pies.

Cuando Benjamin cumplió los dos años, y justo estaba en esa etapa en que lloraba por todo, Zack recibió una extraña llamada; era Vivian pidiéndole encontrarse con ella.

—No vayas —le pidió Amelia de inmediato—. Nada bueno puede venir de una invitación de esa mujer—. Zack la miró en silencio, y Amelia supo que él iría, así que dejó salir el aire exasperada—. No confío en ella —le dijo—. No confío, y no me gusta que vayas a verla.

—Ven conmigo, entonces.

—No se trata de eso.

—La escuché muy extraña, Amy. Me dejó preocupado.

—No tienes que ir. Aquí no tienes ninguna obligación con ella. No... no quiero que vayas.

—Amy...

—Sólo sabe hacerte daño. No quiero que te haga nada —Zack le sonrió.

—No puede hacerme nada. Aunque lo intente, no podrá—. Amelia apretó con fuerza sus dientes, pero no dijo nada más. Así que Zack alistó una maleta con ropa para un fin de semana y voló a Los Ángeles para hablar con Vivian.

Se sorprendió un poco al llegar a la dirección que ella le había dado. Era un edificio de apartamentos bastante destartado, sin ascensor, y desde los pasillos se oía el ruido de un televisor, una aspiradora en funcionamiento, el llanto de un bebé...

Llamó a la puerta con los nudillos. No era un hombre asquiento, pero ese lugar le daba reservas, así que se pegó el pequeño maletín al cuerpo y esperó.

Vivian le abrió la puerta, y aquello fue otra sorpresa. Había pensado que el verse aquí era solo una broma de mal gusto por parte de ella, pero esta mujer que veía encajaba muy bien con este sitio. No era la Vivian de siempre; la encontró muy extraña, muy diferente a como la recordaba. Ella siempre había sido una mujer imponente, vestida de fiesta todo el día, si le era posible; con cada hebra de su cabello en su lugar. Era el tipo de mujer que odiaba sudar, ensuciarse las manos o llevar la misma ropa durante más de seis horas, así que verla tal como la encontró lo dejó en shock, pues lucía despeinada, como si no se diera un baño en condiciones desde hacía días, con la ropa algo manchada, y sin nada de maquillaje.

Pero lo que más le aterró fueron sus pantuflas. Vivian odiaba las pantuflas, odiaba que él las llevara también, y se las tiraba a la basura cada vez que se compraba un nuevo par, pero ahora llevaba unas, y no estaban muy limpias.

Sumado a todo eso, al abrir la puerta, un vaho de malos olores revueltos salió al pasillo y alcanzaron a Zack. Uno de esos malos olores era inconfundible... olía a pañal sucio. El corazón de Zack dio un vuelco. Un papá nunca olvida cómo huele la caca de uno de sus hijos.

—Bienvenido —le dijo Vivian invitándolo a seguir, y Zack no pudo evitarlo; de inmediato miró en derredor buscándolo, y allí lo encontró, de pie en una cuna sucia, con el pañal pesado y cayendo entre sus piernecitas, y entretenido con un juguete de plástico.

Debía tener poco más de un año, tal como Benjamin, pero él estaba más pequeño y bajo de peso. Al notar su presencia, el niño levanto su carita, y le sonrió mostrándole sus dientecitos e iluminando sus enormes ojos del color del chocolate, y Zack no pudo evitar alzarlo entre sus brazos, sin importarle que estaba sucio, mocososo, y con el pañal necesitando un cambio.

—Sabía que harías eso —suspiró Vivian—. Llévatelo, por favor—. Zack la miró ceñudo.

—¿Qué?

—Llévatelo. He... he firmado unos documentos —la vio revolver papeles en el cajón de una cómoda y sacó una simple carpeta de cartón—. Aquí te cedo la custodia del niño, todos los derechos sobre él...

—¿Estás loca? No puedes hacer eso. Es un niño, no un auto o una casa.

—Da igual. Sólo con venir aquí, el servicio social sabrá que eres mejor opción para él que yo.

—Pero es tu hijo, Vivian, no puedes...

—Sí puedo, y es lo mejor que puedo hacer ahora mismo. Así que por favor... llévatelo y... —Tommy empezó a llorar, y Vivian se tapó los oídos con ambas manos—. ¡Y haz que se calle! —gritó—. ¡Haz que cierre la maldita boca! ¡Por favor! Vete con él. Sé que lo quieres, sé que siempre lo has querido, así que te lo estoy dando, ¡llévatelo, llévatelo! —Zack la miró de nuevo, un poco espantado por esa revelación. Así que Vivian recordaba la línea oscura, pensó, y trató de consolar al bebé palmeando su espalda.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó, haciéndose oír por encima del llanto del niño—. Lo sabes, ¿verdad? —Vivian lo miró a los ojos.

—¿Tú lo recuerdas?

—Sí. Estuvimos casados ocho años... y fue un infierno —ella se echó a reír, pero lucía más bien enloquecida. Tenía ojeras, las cejas sin depilar, su cabello ya no brillaba como siempre, y la vio rebuscar entre los cajones de su diminuta cocina una botella de vino que ya estaba por terminar.

—Sí. Fue un infierno. Yo no era... la mujer que tú querías.

—¿De verdad me estás achacando la culpa a mí? ¿Y cómo es que lo sabes? ¿Te mostraron esa línea temporal?

—Me mostraron las vidas que mi mal proceder arruinó —se burló ella elevando una copa y vaciándola casi al instante—. Lo único bueno que he hecho, al parecer, es parir a ese crío, que no se calla, ¡que no deja de pedir comida! —terminó gritando, y Zack cubrió la cabecita del niño como si quisiera protegerlo de su veneno.

Al ver que Tommy no dejaba de llorar, fue hasta la cocina y abrió la nevera buscando un biberón, pero estaban todos sucios, así que dejó el niño de nuevo en la cuna, que lloró con más fuerza al verse abandonado, y rápidamente preparó algo para él al tiempo que lavaba y desinfectaba las botellas y las mamilas. En pocos minutos le puso uno en la boca y lo acostó sobre un sofá para cambiarle el pañal y asearlo todo lo posible con las pocas toallitas húmedas que tenía Vivian en su casa. Al terminar esta tarea, lo acunó en sus brazos, aunque él se puso de pie, el sofá le daba asco. Vivian volvió a él y le puso por delante los papeles de la adopción.

—Eres su mejor padre, así que, quédate con él.

—No puedes hacer eso —dijo Zack—. En unos años te arrepentirás y nos formarás un problema por tratar de recuperarlo. Te conozco, y eres egoísta. Lo querrías de vuelta sólo porque es tuyo, no porque lo quieras, o desees lo mejor para él.

—Recíbelo, Zack. Te juro que no lo pediré de vuelta. Ni loca lo pediría de vuelta. ¡Por favor! ¡Me está volviendo loca! Ha arruinado mi vida, ¡es una maldición para mí!

—Oh, cállate, no sabes lo que dices.

—Sí, lo sé perfectamente. Mi vida se ha arruinado por completo. Mi padre me ha desheredado, ningún hombre me respeta, ¡nadie me respeta! He perdido todo, y es culpa de él, sólo porque... No sé por qué, no lo entiendo. Intenté... intenté abortarlo, ¿sabes? ¡Pero sobrevivió! Intenté dejarlo en el hospital, pero lo que me gané fue un problema con la policía y el bienestar infantil. Intenté dejarlo en el metro, en una iglesia, pero una y otra vez regresaba a mí. Les dije que no lo quiero, que se lo lleven a un hogar de esos, pero no, porque según, soy su madre y debo criarlo. Pero no puedo, ¡no puedo! Me está matando, ¡me está destruyendo! Por favor, ten compasión y llévatelo. Si alguna vez... si alguna vez sentiste algo por mí... O... No, no... Hazlo por él. Mira... mira que conmigo no le irá bien, no tendrá ningún futuro brillante.

—¿Qué hiciste tu fideicomiso? Era grande. ¿Y tus propiedades?, ¿tus autos?

—Ese dinero ya no existe.

—Pero tienes una carrera, experiencia, conocidos. Podrías trabajar donde quisieras...

—Ninguno me quiere contratar, y yo... no estoy dispuesta a aceptar un trabajo por debajo de mis capacidades.

—Es decir que andas buscando empleo como gerente o ejecutiva siendo que nunca has trabajado.

—Oh, cállate.

—¿Tu padre no tiene nada que decir? Es su nieto, y su heredero—. Vivian se echó a reír.

—Te interesa su dinero, ¿verdad?

—Vivian, por favor.

—Sí, tal vez tengas problemas con él, pero por eso te estoy cediendo la custodia. Ni mi padre podría quitártela. Y además... cuando te conozca aquí sabrá que eres una buena opción para el niño. Él siempre te quiso más a ti que a mí, y me reprochó tanto, tanto cuando me divorcié, sobre todo porque fue por Patrick. Tal vez quiera al mocoso, pero se interesará cuando le sirva de algo, a los dieciocho, o a los veintiuno, cuando sea adulto. Ahora no, ahora es un engorro, una carga, y a él no le gustan las cargas. Vamos Zack —añadió, sonando cansada, rendida—. Es lo mejor que puedo hacer yo, dártelo. Sé que... sé que lo quieres. No sé por qué, pero lo quieres.

—Es un buen niño —dijo Zack, acunando al bebé, que se había terminado su biberón y ahora estaba limpio y dormido—. Un alma noble—. Vivian cerró sus ojos, como si esas palabras le provocaran dolor.

—Es mi castigo, eso es lo que es.

—Un hijo no es un castigo.

—Él sí. Me lo enviaron especialmente para que sufra—. Zack la miró atentamente, intrigado por esas palabras—. Y quiero que pare. Quiero parar de sufrir.

—Si lo amaras, todo el sufrimiento pararía—. La expresión de Vivian cambió, pero no se veía nada contrita, o apesadumbrada, sino molesta.

—Lo que hice no fue tan grave —dijo—. El castigo es desproporcionado. Me han quitado todo, Zack. ¡Todo! Mis bienes, mi dinero, mi estilo de vida... sólo por... una cosa de nada. Tu vida no se arruinó, ¿o sí? O sea... saliste adelante, lo pude ver. Saliste adelante, ¡con Amelia!, y me están castigando por ti, por Jack, por Harry, por Fred, por Wayne, por Lawrence, por...

—¿Son los nombres de los esposos que tuviste en las otras líneas de tiempo? —Vivian no le contestó, sólo seguía enumerando nombres de hombres que a Zack no le sonaban de nada—. ¿No tienes un destino definido? —ella volvió a mirarlo—. ¿Tu destino no está grabado en piedra?

—Lo único que está escrito es que seré madre de un niño sin padre. Es la única constante de mi vida. ¿Por qué, Zack? —Zack miró al bebé, que se había quedado dormido mientras aún bebía de su mamila, con sus pestañas humedecidas por las lágrimas reposando sobre sus pálidas mejillas—. ¿Es más importante él que yo? Han usado mi vida sólo como... una vasija, para contener a esa cosa. Él vale más que yo—. Zack respiró profundo, y la miró en silencio por largo rato. Vivian le dio otro largo trago a su botella de vino—. No entiendo —seguía diciendo, y encendió un cigarro para darle una honda calada. Zack cubrió al niño del humo—. No entiendo.

—Tal vez algún día lo entiendas —le dijo al fin—. Pero entonces será demasiado tarde—. Zack se acercó a Vivian y tomó la carpeta de sus manos. Leyó detenidamente el contenido y estudió la firma de Vivian, era auténtica; ella de verdad estaba regalando a su hijo.

Cerró sus ojos sin saber qué hacer. Seguro que Amelia tenía algo que decir, pero no podía dejar a Tommy aquí, con Vivian.

—Empacaré sus cosas —dijo ella, y sacó una maleta, donde empezó a meter de manera desordenada las pocas pertenencias del niño; ya estaba dando por hecho que él lo aceptaría.

—Tal vez esto no es lo mejor —dijo Zack con tono dubitativo—. *Ellos* quieren que tú lo tengas, por algo lo has parido—. Vivian se echó a reír.

—No, no, no —dijo—. Ellos sólo querían que lo pariera, y que sufriera el escarnio público por haberme embarazado y no poder hacerme cargo del asunto, ya sabes cómo. Pues ya sufrí ese escarnio.

—Si *Ellos* no están de acuerdo, el bebé volverá a ti.

—Me arriesgaré. Llévate, no soporto su olor.

—Vivian...

—¡Es tuyo! —gritó Vivian al fin, y Tommy dio una cabezada, algo asustado. Zack de inmediato intentó tranquilizarlo—. Siempre ha sido tuyo, él mismo te prefiere a ti, ¿no lo ves? Nunca lo había visto tan profundamente dormido. Te llamaba a escondidas aun cuando le prohibí terminantemente comunicarse contigo.

—¿Hiciste eso?

—¡Llévatelo ya! —gritó otra vez, y empezó a empujarlo hacia la puerta—. Vete, vete, vete. Váyanse los dos. Los odio a los dos, los odio con todo mi ser. Lárgate y llévate lejos a ver si mi vida al fin va a cambiar—. Zack salió al pasillo, y la vio arrojar la maleta con las cosas del niño a sus pies y tirarle la puerta con fuerza. Tommy empezó a quejarse, asustado por los gritos y el ruido, y Zack lo arrulló para que se volviera a dormir.

Con cuidado, recogió la maleta del suelo y metió en ella los papeles que había firmado Vivian. Tendría que hacer revisar esos documentos por un abogado especialista, y también tenía que conversar esto con Amelia. Por lo pronto, Tommy no tenía a nadie más.

¿Por qué?, se preguntaba. Se negaba a pensar que el propósito del nacimiento de una persona fuera enteramente castigar a su madre, porque eso se traduciría en un castigo también para él. ¿Por qué?

¿Y qué pasaría ahora con Vivian? ¿Se acabaría su martirio ahora que había hecho, según sus palabras, lo mejor para el niño? O, por el contrario, ¿empeorarían las cosas, y como consecuencia iría a pedirlo de vuelta?

Tantas preguntas sin respuesta...

—No te preocupes por nada de eso —dijo una mujer a su lado, y Zack se giró al reconocer su voz. Era aquella anciana que nunca le dijo su nombre—. Vivian nunca pedirá de vuelta al niño, aunque se esté pudriendo en la miseria; puedes estar tranquilo. Y Tommy... nacería cien veces más, sólo por castigar a esa arpía, pero ya con esta fue suficiente. Haz de él un buen hombre.

—¿Quién es él? —le preguntó Zack, y la anciana sonrió.

—Sólo un niño más. Un alma con su destino escrito en piedra, así como tú y Amelia. Así como tus hijos, y los hijos de personas que pronto conocerás.

—Su interés por él me intriga.

—Sí, es comprensible—. No revelaría nada más, pensó Zack, si es que había algo más por revelar acerca de la identidad real del niño.

Había aprendido que había almas más resistentes que otras, con destinos especiales, si así podía llamarlo. Amelia le había contado que quien la había llevado a hacer su recorrido por las diferentes líneas de tiempo había sido la misma Isabella, o su alma. Y a veces se quedaban observando a la niña mientras jugaba preguntándose qué de especial tenía, además de ser la hija de ambos.

Y ahora también Tommy, y según lo que estaba escuchando, otros niños más.

—Tú fuiste un niño especial también —concedió la anciana con una media sonrisa—. Yo no ayudo sino a gente especial. No concedo segundas oportunidades sino a ciertas personas. Amelia y tú lo son. Este niño lo es, tus otros hijos también lo son. Es inevitable; son almas que brillan, y llaman nuestra atención. Los protegemos, los ayudamos...

—¿También Vivian es especial? Te estás tomando muchas molestias con su castigo —la mujer volvió a sonreír.

—Sí, así es. Pero eso es asunto mío. Ocúpate del niño.

—Tal vez Amelia no esté de acuerdo...

—¿De verdad dices algo así siendo que la conoces tan bien? —Zack hizo una mueca.

—No se disgustará por el niño, sino porque tomé una decisión así de importante sin contar con ella.

—Oh, eso sí—. Zack suspiró.

—Dime tu nombre—. La anciana lo miró ladeando su cabeza—. Por favor.

—¿Para qué?

—Quiero saber cómo debo llamarte. “Anciana” es muy... feo.

—¿Me llamarás, acaso?

—Tal vez, pero al menos quiero un nombre para referirme a ti en mis pensamientos.

—Mi nombre es nuevo —dijo la anciana, y Zack elevó sus cejas al notar que esta mujer, anciana y poderosa, se estaba mostrando algo tímida e insegura. No imaginó que un ser así pudiera tener tales emociones.

—Entonces... eres nueva en el oficio de ángel guardián— la anciana se

echó a reír, y se dio la vuelta avanzando por las escaleras. Zack la siguió.

—Nadie me había hecho estas preguntas.

—¿Has ayudado a muchos antes?

—No, realmente. Hay otros con un récord de miles, yo sólo llevo unos cientos.

—¿Cientos? ¿Has devuelto a cientos en el tiempo? —la mujer meneó su cabeza negando.

—Cada alma, su sufrimiento y necesidades, son diferentes. Algunos requerían pasar por la muerte, hasta más de una vez, para obtener al fin lo que tanto deseaban; pero todos han tenido que pasar por el fuego. Algunos han salido victoriosos... otros no, lamentablemente, y deben volver a empezar—. Zack, muy intrigado, no se dio cuenta de que ya habían llegado a la salida del edificio.

—¿Sigues algún criterio para ayudar a esas personas?

—Claro que sí. No ayudo a cualquiera.

—¿Qué edad tienes?

—No tengo edad. Vivo fuera del tiempo.

—Cuántos más hay como tú.

—Miles.

—¿Son ángeles?

—No. Ellos son superiores. Son más puros, más poderosos, más cerca de *Él*...

—¿Quién es...?

—Haces demasiadas preguntas.

—Dame tu nombre —le pidió otra vez, y la mujer sonrió.

—Sí que eres persistente.

—Debes saberlo mejor que nadie. ¿Es impronunciable? ¿O muy feo? —la anciana elevó sus cejas.

—Cuando pienses en mí, piensa en Ell-salah.

—¿Cómo? —preguntó Zack confundido, pero al verse en la calle frente a su casa, olvidó su pregunta. No había necesitado volar de vuelta a San Francisco. Ya estaba aquí—. Gracias —dijo, pero la mujer ya no estaba. O Ell-salah, como había dicho que la llamara. No tenía ni idea de lo que significaba ese nombre, ni siquiera en qué idioma podía estar. Ell-salah bien podía estar en kriptoniano.

—¿Qué pasó? —preguntó Amelia al verlo entrar por la puerta principal—. ¿No viajaste? Cancelaste el... Oh... —exclamó al ver al niño en sus brazos.

Tommy seguía dormido, y Amelia se cubrió los labios con sus manos al comprender.

—Parece que tenemos un tercer hijo —sonrió Zack un poco aprensivo, pero Amelia no dijo nada, sólo extendió sus manos al niño y lo alzó. Seguía dormido, pero estaba tan liviano que se preocupó—. Es Tommy —siguió Zack, estallando casi de ternura al ver que Amelia lo acunaba y arrullaba—. Ya sé que es hijo de Vivian, pero...

—Es nuestro —dijo—. Ahora es nuestro.

Adaptarse de nuevo a la vida, esta vez con tres niños en casa, fue un poco difícil al principio; al ver a Tommy, Isabella de inmediato protestó, pues sus padres habían ido de compras y le habían traído un hermanito, no una hermanita. Hacía pucheros mostrándose terriblemente defraudada. Benjamin lloraba celoso cada vez que Amelia o Zack, o incluso su niñera, alzaban a Tommy y no a él; lloraba con profundo sentimiento, sin poderse creer que alguien le estuviese obligando a compartir su lugar. Tommy, por su parte, lloraba por otras razones; según los médicos, tenía cierto grado de desnutrición que era preocupante y debía combatirse a tiempo, no se le habían aplicado algunas vacunas, su sistema inmunológico no era capaz de luchar contra algunas enfermedades, así que una simple gripa los hacía llevarlo al hospital, pero era un niño dócil y de buen carácter, y en cuanto empezó a ganar peso, también su salud mejoró.

Cuando los llevaron por primera vez a la escuela, todos creyeron que él y Benjamin eran mellizos, y poco a poco el par de hermanos se fue acostumbrando a hacer todo juntos. Zack una noche descubrió que cuando Benjamin lloraba por alguna tontería, Tommy se pasaba a su cama para consolarlo, y viceversa. A Isabella se le pasaron los celos cuando se dio cuenta de que, al ser la única niña, sería eternamente la princesa de papá, y estaba encantada con la idea.

—No quiero ocultarle la verdad a Tommy —dijo una vez Amelia, metiéndose a la cama donde ya la esperaba Zack—. No quiero que, a sus dieciocho, cuando venga su abuelo a decirle que es su nieto, él tenga que afrontar toda la verdad de golpe... que no es hijo nuestro, y que su verdadera mamá se deshizo de él.

—¿Y qué prefieres hacer? —preguntó Zack recibéndola en sus brazos, donde Amelia se puso muy cómoda.

—Ya le empecé a hablar del tema... —susurró ella elevando su mano, y tocando la barba y el cabello de él de manera distraída—. Que se vaya enterando desde ya que, aunque no estuvo en mi vientre, soy su mamá y lo amo sin distinción—. Zack le besó los cabellos sonriendo muy orgulloso de su esposa.

Amelia hizo de ese modo, y así, poco a poco, Tommy fue enterándose de la verdad, incluso le mostró una fotografía impresa de Vivian, pero el niño no la quiso a pesar de que ella se la ofreció para que la conservara.

—Tú eres mi mamá —lloró abrazándola—. Y Zack es mi papá—. Amelia sonrió arrullándolo y mimándolo.

—Claro que sí, hijo —le susurró con un nudo en la garganta—. Hasta el último día de tu vida—. El niño la abrazó cerrando sus ojitos y con el corazón acelerado. Perder a sus padres se había vuelto su más grande miedo.

En el trabajo, la pareja había logrado establecer un ritmo, equilibrando sus labores profesionales con las de la casa. Amelia tenía un horario que le permitía pasar tiempo en casa y estar con sus hijos, pero en muchas ocasiones tenía que estar en su oficina y hacer viajes de trabajo.

—Necesitas una secretaria —le dijo en una ocasión Raphael Branagan, que se había incorporado recientemente a la empresa de su padre, y estaba ahora comprometido con una niña rica.

—No necesito una secretaria, soy autosuficiente.

—No seas terca, Amelia, la necesitas. Créeme que eso te facilitará enormemente la vida, y además... conozco a alguien que también necesita este trabajo y está muy dispuesta—. Amelia lo miró de reojo.

—¿Estás tratando de acomodar a alguna amiguita?

—No una amiguita mía, de todos modos. Es amiga de mi novia.

—No sacrificaré mi privacidad y libertad sólo porque una amiguita de tu ricachona novia necesita ubicarse—. Raphael se echó a reír.

—Tú también eres una ricachona —le dijo con una sonrisa ladeada—. Trabajas con nosotros porque te gusta, y eres el vínculo entre los Branagan y los Galecki.

—Oh, cállate.

—Esta amiguita no es una mujer cualquiera... Es madre soltera, tiene tres hijos—. Amelia se giró a mirarlo de inmediato.

—Tess —susurró, y Raphael frunció el ceño.

—¿La conoces? —Amelia pestañeó cayendo en cuenta de su error, pero un escalofrío la recorría y se frotó los brazos—. Hará bien su trabajo —siguió Raphael— porque lo necesita... y a ti te facilitará la vida, y podrás dedicarte también a tus hijos.

—Sí, sí.

—¿Sí? ¿Así de repente? ¿no seguirás peleando? —Amelia entrecerró sus ojos mirándolo.

—Al fin qué, ¿quieres o no quieres que acepte? —Raphael se echó a reír.

—De acuerdo, le diré que se entrevistaste contigo mañana—. Amelia asintió, y se sentó en su sillón sin poder evitar soltar una risita. Tess trabajando de nuevo con ella... Ella ahora no tenía el mismo cargo que en la línea oscura, sino uno más alto, más libre, pues ahora tenía tres niños, un marido y una casa, así que requería de tiempo, y había muchas otras personas que también podían estar necesitando una secretaria, pero Raphael insistía en que fuera ella, y era fascinante.

Cuando la vio otra vez, tuvo el deseo de correr y abrazarla. Tess lucía cansada, pero muy dispuesta, en su mirada había un dejo constante de tristeza, pero aquello no le impedía rendir en su trabajo.

—¿Tienes novio, Tess? —le preguntó en una ocasión, cuando ya habían pasado unos cuantos meses desde que empezara a trabajar para ella. Tess se echó a reír.

—No... Tengo un esposo... que se fue hace ya un par de años y nunca volvió.

—Pero... ¿no piensas tener a alguien? Eres joven, y guapa...

—Tengo a mis hijos.

—Y ellos crecen y se van.

—Por ahora me basta.

—Oh. Estás esperando a tu esposo—. La vio tragar saliva y quedarse en silencio, y Amelia sólo sonrió, pues ya sabía que ese susodicho esposo volvía, y ella lo perdonaba y lo aceptaba de nuevo en su vida.

Qué ganas de decirle que, aunque ella ahora lo veía todo negro, estaba a poco tiempo de descubrir que era una Ellington. Cada vez que veía a Adam en las reuniones sociales, o en el club del que ahora ella y Zack eran socios, sentía la tentación de sentarse a su lado y decirle acerca de Tess, la pariente perdida que andaban buscando. Y que por favor tuviera cuidado con su auto, que no volviera a conducir uno jamás.

Pero de alguna manera, sabía que no debía inmiscuirse en ello. Casi le parecía ver el rostro adusto de Ell-salah, la anciana que los había ayudado a ellos, mirarla con su ceño fruncido y levantar su índice indicándole que no.

Suspiró. Era el problema de saber tantas cosas antes de que sucedieran.

El tiempo no espera a nadie, y así llegaron a la navidad del dos mil trece. Habían hecho una tradición formar una sola cena entre los Ferrer y los Galecki, así Elvis nunca estaba solo, aunque siempre se unía a la cena luego de estar con sus amigos de la iglesia. Catherine recién se había casado con

Shawn, el hijo del director de una clínica y especialista en oncología, y que miraba a su esposa con corazoncitos en sus ojos y saliendo de sus orejas.

Damien también había formalizado su relación con Chloe, y ahora estaban casados, habían tenido otro niño, y ahora ella esperaba un tercero. En la cena les anunciaron que también sería varón; Amelia no se sorprendió para nada. Chloe y él llevaban un pequeño negocio en el que diseñaban y confeccionaban bolsos y mochilas escolares. Pero eso era al inicio, ya habían ampliado muchísimo su catálogo y ahora también ofrecían maletas, bolsos de dama, y todo tipo de accesorios. Chloe y Damien habían proyectado este negocio hacía tiempo, y buscaron la ayuda de Zack para empezar. A Damien no le hacían un préstamo tan grande para iniciar, pero Zack sí había confiado en ellos; claro, después de estudiar a fondo su proyecto, e incluso hacerles algunas correcciones. Ahora las mochilas “Chlaen” se vendían muy bien, y habían alcanzado el mercado nacional.

Su hermana, Penny, había seguido exactamente el mismo camino que en todas las líneas de tiempo. Adoraba a Richard, y juntos dirigían su empresa de asesoría contable. Su sobrina Keren ya había nacido también, y Andrew ya había decidido estudiar lo mismo que sus papás en la universidad, aunque para eso aún le faltaba.

Por el contrario, Beverly había cambiado muchísimo su destino, y se casó con Luke. Eran felices, y ahora más cercanos a ellos que nunca, pues no sólo eran socios, sino también amigos.

Todo era igual en algunos aspectos, y en otros, completamente diferente.

Su vida era diferente. Ahora tenía un lugar cálido y lleno de risas y juguetes en el suelo al que regresar al cabo de un largo día. Un marido al que abrazar por debajo de la sábana en las noches lluviosas, o calurosas, no importaba.

La vida con Zack era tan increíble como siempre supo que sería. El sexo no había menguado en su calidad; aunque hubiese temporadas en que lo único que hacían era besarse y abrazarse, había otras en que tenían que mandar a los niños a casa de sus abuelos, o de sus tíos, para tener un poco de privacidad, viajar, o poder estar desnudos la mayor parte del día.

Habían sido bendecidos, lo sabían, y esa frase iba mucho más allá de lo que la gente normalmente decía. Ellos, real, realmente, estaban bendecidos. Para los negocios parecían tener el toque de midas, para dar un consejo o un consuelo eran siempre acertados en sus palabras, y a excepción de los problemas de Tommy al principio, la salud de todos era excelente.

Al parecer, en compensación por los malos momentos que habían tenido

que pasar antes, ahora todo era mucho más fácil, y, aun así, por sus mentes nunca se pasaba el aprovecharse de las circunstancias.

De Vivian no supieron nada más. Zack había intentado seguirle la pista, pero luego de que le informaron que se había ido el país, no tuvo modo de rastrearla. Una tarde él simplemente voló a Los Ángeles para entrevistarse con el abuelo de Tommy para hablar de la situación legal de su paternidad, y las intenciones que pudiera tener en el futuro de reclamarla, y éste, muy parcamente, le dijo que podía seguir haciéndose cargo del niño, que él no lo necesitaba.

—No tenemos a las personas porque las necesitamos —le contestó Zack con algo de rencor—, o porque podemos sacar provecho de ellas; si le hubiese enseñado eso a Vivian, su vida sería diferente—. El hombre tuvo la decencia de no molestarse por esas palabras, sólo sonrió y miró a Zack de arriba abajo.

—Entonces, por favor enséñale eso al pequeño.

Zack le contó a Amelia un poco indignado el resultado de aquel encuentro, pero Amelia sólo le recordó que Tommy tenía un destino trazado en piedra, que nada cambiaría aquello.

—¿Qué elegirías? —le preguntó Amelia a Heather Calahan y a Tess Warden, una noche que salieron juntas a tomarse algunos tragos, sin hijos, sin maridos, sólo chicas.

Tess estaba de nuevo con su marido, Heather había parido un niño hacía pocos meses, y ella le había endilgado los tres chiquillos a Zack para poder salir a divertirse con sus nuevas amigas, que ya estaban bastante achispadas por el alcohol.

También ella. Hacía tanto tiempo que no bebía de esta manera, que su resistencia era casi nula. Y pensar que en la línea oscura se había burlado de ambas por eso, y ahora ella estaba en el bote de las mujeres felizmente casadas que poco salen a bares para beber, que aunque se esfuerzen, sus conversaciones siempre terminan tratándose de niños, el hogar, y sus cuidados; compartiendo las fotografías o los videos de las travesuras de los chiquitos, de los grandes, del perro y hasta de los loros.

—Cincuenta millones de dólares —dijo Amelia casi gritando, elevando sus dos manos como si en cada una tuviese realmente la opción que les ofrecía— completamente libres, sin trampas, todos para ti; en una cuenta, inversiones, o lo que quieras... O volver veinte años al pasado, con la memoria intacta. ¿Qué elegirían?

—¡Los cincuenta millones! —gritaron Tess y Heather al tiempo, y al darse cuenta de que habían contestado en coro, se miraron y se echaron a reír a carcajadas otra vez. Amelia sonrió.

Ya había sabido que contestarían eso. No se había dado cuenta de que esta era la misma noche aquella en que las tres se habían reunido en este bar sino hasta que vio un tonto meme en el estado de alguien. Cuando vio la pregunta en la pantalla de su teléfono, otra vez se había sorprendido por cómo insistía el destino en que algunas conversaciones se sostuvieran a como dé lugar, que algunas personas se conocieran, murieran, o volvieran a sus hogares. Que mujeres que antes eran un poco desgraciadas, ahora desbordaran felicidad; que niños nacieran, que gente se reencontrara.

—¿Seguro que no quieren cambiar nada de su vida?

—¿Y para qué quieres que vuelva veinte años al pasado? —preguntó Heather—. Tendría sólo... seis años... y no sería yo, sino Heather.

—Ni si fueras Samantha te serviría —rio Tess mirando a su amiga con complicidad—. Porque tendrías sesenta, y Raphael nueve...

—Sí, terrible.

—¿Qué significa eso? —preguntó Amelia, aún intrigada por aquella respuesta, pero ninguna contestó, sólo reían a carcajadas—. A ver, chicas, concéntrense,

—¡Dame mis cincuenta grandes! —volvió a decir Heather— no me sirve ir veinte años al pasado.

—¿Y tú, Tess?

—Dame mis cincuenta también.

—¿Ni siquiera para impedir que tu marido se vaya? O Adam, para impedir que él...

—Quiero los cincuenta —insistió Tess, sonriente—. Los donaría, porque afortunadamente no los necesito. Pero es que no quiero ni necesito retroceder en el tiempo. Estoy satisfecha con mi vida tal como es ahora. No dejaría de hacer nada de lo que hice.

—Pero...

—Todo pasó por una razón. Todo lo que viví —siguió Tess poniendo una mano sobre su hombro y acercándola más para que oyera sus palabras— me trajo a este momento, a este día... donde soy feliz con mis hijos y mi marido. Mi vida es casi, casi perfecta. No cambiaría nada de nada.

—¡Nada de nada! —gritó Heather elevando de nuevo su copa—. ¡No me arrepiento de nada! —las dos amigas se miraron y rieron. Se abrazaron y

cantaron algo.

Ella miró en derredor y en silencio, y en ese momento se sintió tan identificada con las palabras de Tess que sus ojos se humedecieron. La comprendía, la comprendía perfectamente.

—Y tú —preguntó Tess—. ¿Qué elegirías? —Amelia sintió de repente que todo el cuerpo se le erizaba; la exactitud de esta escena con la de la línea oscura casi la dejaba estupefacta, y para completar, en los altavoces empezó a sonar la canción de Freddie Mercury: Time—. Vamos, contesta —insistió Tess—. ¿Cincuenta millones, o veinte años en el pasado? —Amelia sonrió, tomó su copa y la elevó en un brindis, y hubiese deseado tener a Dios mismo delante para que escuchara sus palabras, porque eran ciertas, tan ciertas, que su corazón no pudo evitar latir con mucha fuerza.

—¡Los cincuenta millones, por supuesto! —exclamó—. Yo tampoco me arrepiento de nada y mi vida es *perfecta*, no “casi” perfecta—. Heather y Tess aplaudieron su respuesta, y acto seguido, Amelia se bebió el contenido de su vaso.

Pero pocos segundos después Heather aseguró de que tenía ganas de vomitar y ella y Tess tuvieron que correr al baño.

Ella se quedó allí sola en la mesa sintiendo que sus ojos picaban de lágrimas.

—Gracias —dijo a nadie, pero ella sabía que la estaban escuchando—. Mil Gracias.

—Con tu felicidad me es suficiente... al menos a mí —dijo Ell-salah frente a ella, y Amelia se echó a reír. Se secó las lágrimas y la miró fijamente. Una anciana de casi cien, pero bien vestida y a la moda.

—¿Tomas esa forma porque te gusta? Podrías ser más joven y bella, podrías no ser ni mujer, ni hombre, ya que tienes el poder.

—Tess me dio esta forma, y estoy cómoda con ella.

—¿Tess? ¿Ayudaste a Tess? —Ell-salah se encogió de hombros.

—¡Con razón! ¿También a Heather? —ahora la anciana esquivó su mirada, y Amelia abrió grande su boca—. ¿También a ella? ¡Es increíble! ¿Qué hiciste por ellas? ¿Fuiste quien ayudó a que sean así de ridículamente felices?

—Tú y tu esposo han adoptado esa costumbre de hacer comentarios y preguntas personales—. Amelia volvió a sonreír, y miró su vaso, pero estaba vacío.

—¡Pero si eres maravillosa! No sé que hiciste por ellas, ¡pero gracias! Espero que no hayas sido tan cruel como conmigo—. No hubo respuesta a eso,

y Amelia no pudo evitar reír, pero al verla seria se fue calmando—. Aunque todavía no te perdono que me hayas hecho vivir la muerte de Zack —dijo luego—. ¡Y qué muerte! Fuiste muy cruel... y aquello fue innecesario.

—En ocasiones es necesario que la gente pase por el fuego más cruel para demostrar lo que realmente son. Allí tu amor por él brilló como nunca, y te sacrificaste por él... del mismo modo que él se sacrificó por ti.

—¡Pero ustedes son poderosos! ¿No podrían haber sabido que mi amor y el de él eran auténticos sin hacernos pasar por la prueba?

—La prueba no era una demostración ante nosotros de que tú eres capaz de hacer lo que sea por el amor de tu vida.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces?

—Era para tus adversarios, y para ti misma. Ahora sabes de lo que él es capaz por ti, y jamás dudarías de sus palabras, de sus actos, de su amor. ¿No sientes como que el peso de la duda y de los celos desaparecieron para siempre? —Amelia sentía la mente un poco revuelta. La palabra adversario se le había quedado, resonando un poco; siempre creyó que su peor enemigo era ella misma, pues era quien arruinaba sus relaciones, pero al oír esto, todo cobró sentido.

Con razón, se dijo. Con razón todo. No era sólo que ella tomaba malas decisiones, es que era necesario probar la fuerza del amor entre ella y Zack

Y era real. Nunca había vuelto a sentir ni pizca de celos. A veces le hacía pequeños reclamos a Zack sólo por ponerle un poco de picante a la relación, pero lo cierto es que sabía que no había ninguna otra mujer en el mundo por la que él se pudiera sentir mínimamente tentado. Era un eunuco para las demás.

Se echó a reír.

—Salúdame a tu amigo El Tiempo.

—Lo haré—. Amelia hizo una fuerte inspiración.

—¡Existe!

—Claro que sí. Ustedes le gustan, por eso accedió a ayudarlos.

—Bien, ya que estamos, salúdame también a la muerte—. Ell-salah se encogió de hombros.

—No trato mucho con él, pero si tengo ocasión, se lo diré. Es alguien muy ocupado.

—Me imagino.

—¿No tienes un último deseo, Amelia? —ella sonrió, respiró hondo y miró al techo lleno de luces de neón de múltiples colores y que se movían locamente a un lado y a otro.

—Ya no deseo nada más. Ya lo tengo todo. Sólo pediría... sabiduría para enfrentar el resto de la vida, porque... estoy completa. Gracias.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Sólo sigue ayudando más gente, para que alcancen también la felicidad, así como yo —Amelia miró a Tess y a Heather que volvían del baño con mal aspecto—. Para que sean también gente absurdamente feliz.

Time seguía sonando, y esa canción, ahora, más que un recordatorio de que las cosas estaban mal y que debía cambiarlas, eran un aviso de que, de aquí en adelante, ella debía marcar la pauta de su futuro.

Sabía lo que sería de su vida casi hasta el día de su muerte, pero de la línea oscura ya no tenía más referencias; se había acabado su viaje al pasado, estaba de nuevo aquí, pero llevando una vida totalmente diferente.

Cuando Heather no fue capaz ya de tomarse otra copa, Amelia hizo los honores y llamó a los maridos de ambas. Raphael llegó primero, y segundos después, el guapo de August Warden.

Los miró mientras se saludaban. Raphael miraba divertido a una Heather borracha que creía ser un cisne, o alguna diosa olímpica en brazos de su marido, y Tess le había saltado encima a August, como si llevara años sin verlo, y casi lo estaba desnudando allí.

—¿Necesitas que te llevemos a casa? —le preguntó August, pero Amelia negó sonriendo, y en ese momento, vio el auto de Zack.

—Ya vinieron por mí —lo señaló.

Su marido se bajó del auto y saludó a Raphael y a August, que le devolvieron el saludo con cordialidad al tiempo que se ocupaban de sus ebrias esposas, y luego la miró a ella analizando qué tan borracha estaba, y el corazón de Amelia empezó a saltar rapidísimo.

—Te amo, Zack —le dijo ella cuando lo tuvo en frente, y él le sonrió cuando ella le rodeó los hombros con sus brazos.

—Estás ebria.

—Sí, mucho—. Él se echó a reír, y se inclinó un poco para olisquearla.

—¿Qué tanto?

—Podrías aprovecharte de mí y no opondría resistencia.

—Qué interesante.

—¿Te vas a aprovechar?

—Es mi deber de marido aprovecharme de mi esposa ebria.

—Qué buen esposo tengo —celebró ella restregándose un poco contra él. En el momento, August y Raphael se despidieron y de alguna manera lograron

meter a sus mujeres en el auto. Todavía se podía escuchar a Heather cantando una canción que parecía estar en francés.

—Me gustan tus amigas.

—Han sido bendecidas también por Ell-salah.

—Oh, ¿de verdad?

—La vi hoy, a la ancianita. Le dije que podía cambiarse el look, pero no quiere.

—Supongo que, contigo ebria, fue una conversación muy interesante —se burló él guiándola hasta el auto. Amelia trastabilló detrás de él, y Zack la ayudó a introducirse en el auto sin golpearse la cabeza, e incluso le abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Sabes qué fecha es hoy? —le preguntó ella mirándolo con una sonrisa boba en el rostro; él apretó un poco sus labios, y asintió.

—Sí. Mañana irías por mí al hotel... y beberíamos unas copas en un bar oscuro y con las sillas sucias de semen —Amelia se echó a reír admirando una vez más su buena memoria—. O... —siguió Zack— mañana yo iría por ti... para verte por alguna tontería... O también, mañana amaneceremos desnudos y en la misma cama, después de haberte hecho el amor una y otra vez.

—Esa perspectiva me gusta mucho.

—Sabía que te gustaría —sonrió él—. No importa qué día es hoy, o qué día será mañana... lo que me importa a mí es que, de una manera u otra, lo pasaré contigo.

Amelia se acercó a él, le tomó la barbilla fuertemente entre sus dedos, y lo besó, duro, profundo, y caliente, tal como le gustaba que fueran sus besos con él, y Zack le puso su mano en el cuello de manera posesiva, y entonces ella rio encantada.

—Sexy —susurró entre dientes, y Zack no pudo evitar echarse a reír, al tiempo que ponía el auto en marcha y aceleraba para salir de la zona para dirigirse a casa, el hogar que con sus sueños y anhelos habían construido.

Te he visto muy cercana a ellos dijo Él, y Ell-sallah hizo una reverencia, como siempre que veía a este hermoso ser, y del mismo modo, su corazón se aceleró por el amor y la emoción de poder hablarle cara a cara. *Incluso les revelaste tu nombre.*

Yo... supongo que no debí hacer eso.

No tengas miedo, ellos no te defraudarán. ¿Lista para tu viaje? Ella sonrió, y cerró sus ojos asintiendo.

Sí, mi señor.

Bien. Ven conmigo. Nadie alrededor notó nada especial, y los dos seres simplemente desaparecieron de esa realidad.

Zack y Amelia entraron de nuevo a casa. Amelia iba cantando Time, recordándole a Zack la primera vez que lo escucharon juntos, y el cassette que él le regaló en su cumpleaños. Con paciencia, Zack la metió en la habitación y le quitó la ropa para ducharla, pero ella se opuso, y lo que hizo fue empujarlo a la cama y empezar a quitarle la ropa.

—Si me bañas —le dijo—, se me bajará la borrachera, y quiero hacerlo borracha —Zack se echó a reír, pero no hizo nada para quitársela de encima, completamente desnuda e inquieta.

—Amy —la llamó, pero ella sólo respondió con un sonido de su garganta; parecía haber olvidado cómo se desabrochaban los cinturones—. Te amo —ella lo miró al fin a los ojos—. Si cien veces naciera, cien veces me enamoraría de ti —ella sonrió enternecida.

—Tonto, eso ya lo hiciste.

—Eres mi amor —susurró sentándose y buscando su boca para besarla—. Eres mi anhelo de amor.

—No. Eso eres tú para mí. Te amo, te amo, te amo. Deberíamos ser inmortales para amarnos por toda la eternidad— Él la besó, deseando lo mismo, pero conformándose con todos los años de vida que les quedaban.

Los sueños que faltaban por cumplirse sólo requerían de tiempo, ese esquivo que una vez accedió a ayudarlos.

-Fin-

Otros libros de la autora

Ámame tú

Yo no te olvidaré

Rosas para Emilia

Tu silencio (Saga Tu silencio No. 1)

Tus secretos (Saga Tu silencio No. 2)

Mi placer (Saga Tu silencio No. 3)

Tu deseo (Saga Tu silencio No. 4)

Dulce renuncia (Saga Dulce No. 1)

Dulce destino (Saga Dulce No. 2)

Dulce verdad (Saga Dulce No. 3)

Un príncipe en construcción (Saga Príncipes No. 1)

Un ogro en rehabilitación (Saga Príncipes No. 2)

Un rey sin redención. (Saga Príncipes No. 3)

Locura de amor (Saga Locura No. 1)

Secreto de amor (Saga Locura No. 2)

Anhelos de amor (Saga Locura No. 3)

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Virginia Camacho nació en Colombia, en la ciudad turística de Cartagena de Indias en el año 1982.

Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas en voz alta a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública y profesional.

Estudió Literatura en la Universidad del Valle, y actualmente es maestra en la asignatura de Lenguaje; vive en Bucaramanga, Colombia, y además de leer y viajar por el país en busca de ideas e inspiración, escribe sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública todas las historias que tiene en su haber.